

*La*  
*sorpresa*  
*del*  
MARQUÉS

*Los caballeros II*

*Dama*   *Beltrán*

# Índice

<a href="#">Portadilla</a>	
<a href="#">Copyright</a>	
<a href="#">Nota de la autora</a>	
<a href="#">Dedicatoria</a>	
<a href="#">Prólogo</a>	
<a href="#">I</a>	
<a href="#">II</a>	
<a href="#">III</a>	
<a href="#">IV</a>	
<a href="#">V</a>	
<a href="#">VI</a>	
<a href="#">VII</a>	
<a href="#">VIII</a>	
<a href="#">XIX</a>	
<a href="#">X</a>	
<a href="#">XI</a>	
<a href="#">XII</a>	
<a href="#">XIII</a>	
<a href="#">XIV</a>	
<a href="#">XV</a>	
<a href="#">XVI</a>	
<a href="#">XVII</a>	
<a href="#">XVIII</a>	
<a href="#">XIX</a>	
<a href="#">XX</a>	
<a href="#">XXI</a>	
<a href="#">XXII</a>	
<a href="#">XXIII</a>	
<a href="#">XXIV</a>	
<a href="#">XXV</a>	
<a href="#">XXVI</a>	
<a href="#">XXVII</a>	
<a href="#">XXVIII</a>	

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros títulos](#)

**La sorpresa  
del  
marqués**

# **Los caballeros II**

*Dama Beltrán*

©La sorpresa del marqués

©Dama Beltrán

Primera edición: mayo 2017

Diseño de cubierta: Paola C. Álvarez

Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez

Imágenes de cubierta: ©Adobestock

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático y transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

ISBN-13:978-1541280243

ISBN-10: 1541280245

Querido/a lector/a, aquí tienes el segundo libro de la serie Los Caballeros. Espero que si William te enterneció, Roger te haga sonreír al vivir sus aventuras. Como en la anterior novela advierto que todo lo que vas a leer a continuación es producto solo y exclusivamente de mi imaginación. Aclarado esto, espero que disfrutes con la lectura que guardan estas páginas.

Atentamente,

Dama Beltrán.

*Para Ana Belén González Rico con mucho cariño. Gracias por tu amistad.*

«En el amor y en la guerra... ¿todo vale?». Dama Beltrán.



# Prólogo



**Londres, 26 de septiembre de 1866. Residencia del señor Lawford.**

Colin miró pensativo hacia la calle. Observó la vitalidad de esta a pesar de ser un día gris: carruajes que circulaban de un lado para otro, viandantes ocultos bajo sus paraguas, sirvientes inquietos realizando con rapidez las tareas asignadas... Todo a su alrededor seguiría igual cuando se marchara. Todo menos ella. Sabía que lo que pretendía era una locura, pero lo hacía por su bien. No podía dejarla desamparada y, después de la tercera visita al doctor, no le quedaba otra alternativa. El tiempo no jugaba a su favor. Lo que empezaron siendo unos leves e imperceptibles temblores en las manos dejaron de serlo. Ahora todo el cuerpo se zarandeaba con fuerza y, si el desarrollo de la enfermedad avanzaba tan rápido como le sucedió a su madre, pronto fallecería en pésimas condiciones.

El joven arrugó la frente al recordarla. La veía de nuevo tumbada en la cama, incapacitada incluso para poder alimentarse por sí misma. La asemejó a una flor: hermosa al crecer, vigorosa en plena floración, pero marchita al llegar el final. Él no podía acabar así. Él no podía contemplar el rostro aterrorizado de Evelyn cuando la muerte estuviera merodeando a su lado. No quería que ella viviera recordando cómo su único hermano moría sin poder evitarlo. Por eso había tomado la mejor decisión. Lo supo cuándo lo vio el día en el que el duque de Rutland desafió al conde de Rabbitwood. Aquella actuación violenta, aquellas palabras de odio hacia la persona que había menospreciado las posibilidades del duque... Fue en ese instante cuando comprendió quién era en realidad Roger Bennett: su única esperanza.

—Debería recapacitar un poco más sobre su última voluntad. —El señor Lawford alzó con un dedo las gafas y miró al joven con detenimiento.

Arthur Lawford superaba los cincuenta años. A pesar del aspecto desaliñado, de su mal olor y del carácter agrio, todo el mundo alababa su increíble trabajo como administrador. Quizá porque empezó a ejercer la profesión a los quince años y bajo la atenta mirada de su padre, uno de los mayores estafadores de la ciudad. En Londres, si se deseaba lograr algo insospechable, el señor Lawford lo conseguía sin esfuerzo. Por eso Colin había acudido a él. No le importaban las formas que utilizaría para lograrlo. Solo le interesaba que lo hiciera pronto.

—Llevo meditando esta decisión desde la primavera. Ya no la puedo retrasar y, aunque parezca una locura, estoy seguro de que es la mejor opción para ella —dijo apartándose de la ventana y caminando hacia la mesa.

Se notaba cansado, mucho más que el día anterior. Las ojeras, la delgadez de su cuerpo e incluso el pesar en su caminar lo delataban. No sabía cómo había sido capaz de ocultarle su enfermedad a Evelyn todo ese tiempo.

—¿Qué pensará de esto la señorita Pearson? —insistió el administrador después de leer, por décima vez, lo que le dictó su cliente.

—Me odiará con todas sus fuerzas pero, por suerte, no tendré el placer de verlo. —Sonrió de medio lado. Se sentó, cogió el documento, lo leyó y lo firmó sin vacilar. Luego miró al señor Lawford y le preguntó—: Entonces, para que sea legal, ¿solo necesito su firma?

—Sí. Una vez que el señor Bennett firme con su puño y letra este escrito será oficial —afirmó el administrador con resignación.

—¡Perfecto! —exclamó feliz Colin—. ¡Lo conseguiré!

—¿De verdad cree que se puede poner un collar a un perro salvaje? —cuestionó Lawford mirando perplejo el entusiasmo de su cliente. Entendía su desesperación, pero no podía conciliar que lo estuviera tanto como para hacer lo que pretendía.

—Se lo pondré. Bueno, más bien yo solo le acercaré ese collar, como tú lo has llamado. Él solito dejará que Evelyn se lo abroche —continuó hablando sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

—¡Que Dios proteja a la señorita Pearson! —exclamó el administrador poniendo los ojos en blanco.

—Más bien que Dios proteja al señor Bennett de mi hermana. —Colin se reclinó en el asiento, cogió el documento y soltó una gran carcajada.

# I



Sus manos recorrieron de nuevo la espalda. La suavidad del tacto le embelesaba hasta tal punto que perdía el poco control que tenía. Era la mujer perfecta: bella, ardiente, cariñosa, apasionada y sobre todo... viuda. Roger acercó su boca a la de ella para aplacar la intensidad de sus gemidos. Nunca había escuchado a una amante sollozar con tanta fuerza al ser penetrada. Gemía, se retorció sobre su cuerpo, le pedía más y él se lo ofrecía. Cerró los ojos al percibir cómo su sexo comenzaba a palpitar. Estaba a punto de explotar. Aferró con fuerza la cintura de la mujer y, justo antes de que brotase su semilla, la apartó de su cuerpo. Sin levantar las pestañas y satisfaciéndose él mismo, dejó que Eleonora soltara los acostumbrados improperios ante tal acción. Odiaba que sus encuentros pasionales finalizaran siempre igual, pero él era incapaz de eyacular dentro de una mujer. A pesar de sus insistentes comentarios sobre las medidas que tomaba para no quedarse embarazada, Roger no la creía.

Desde que William descubrió que lady Juliette no era la viuda que decía ser y sufrir las consecuencias de un engaño, él se cuidaba mucho de las afirmaciones de cualquier fémica. ¿Qué haría con un hijo? Nada. Ni se planteaba tenerlo. No podía permitir que un rato de placer alterase el resto de su vida. Aunque, si lo pensaba mejor, no sería el primer Bennett que engendrara hijos bastardos. Buen ejemplo de ello era su respetable padre, ese que le acusaba de no ser el hombre adecuado para poseer el título de marqués de Riderland. ¿Cuántos tenía? ¿Veinte, treinta o tal vez cuarenta? Había perdido la cuenta cuando apareció la última sirvienta pidiendo clemencia. Rotundamente, él no se iba a convertir en lo que tanto odiaba.

—¡Me dejas fría como un témpano de hielo! —exclamó Eleonora cogiendo las sábanas para cubrir su cuerpo.

—*Mon amour...* —Roger la miró de reojo y sonrió—. No te enfades con este pobre enamorado...

—¡Basta, no me mires así! —dijo ofuscada.

—¿Quieres que me vaya? ¿Quieres que no vuelva más? —Se levantó con rapidez de la cama y sin ocultar su desnudez se acercó hacia el butacón donde tenía la ropa.

—¡Haz lo que quieras! —continuó alzando la voz. Le dio la espalda y, como una niña enfadada, empezó a refunfuñar.

No quería que se marchara. Si lo hacía no conseguiría su objetivo y no era justo que después de comprarle a aquella gitana todo tipo de brebajes para quedarse encinta no lo lograra. Eleonora respiró hondo intentando captar la atención del hombre. Quería que creyera que se sentía herida por sus dudas y así eliminar, de una vez por todas, la desconfianza que le impedía alcanzar su propósito: dejar de ser la viuda de un vulgar mercader y convertirse en la futura marquesa de Riderland.

—No te enfades, *mon amour* —contestó Roger con voz melosa. Se abrochó la camisa, se ajustó bien el pantalón y antes de terminar de vestirse, caminó hacia la muchacha, levantó su barbilla con un dedo y le dio un tierno beso—. Mañana regresaré y volverás a amarme cómo has hecho durante estos dos meses.

—¿Y si no lo hago? —preguntó desafiante.

—*Ce n'est rien* (1)... Me buscaré otra viuda a la que no le importe fornicar sin tener que almacenar mi semilla entre sus piernas. —Se retiró, colocó la chaqueta sobre sus hombros y salió de la habitación.

Cuando cerró la puerta algo estalló sobre la madera. Instantes después escuchó los gritos de la mujer. Roger sonrió y con paso firme se marchó al segundo lugar al que llamaba casa: el club de caballeros Reform.

Jugar a las cartas ya no era tan interesante como en el pasado. De los tres, solo él aparecía en el club. Federith vivía apartado del mundo con una mujer que apenas conocía porque jamás salía de su hogar. Según su amigo, siempre estaba enferma o indispuesta o enferma e indispuesta. Albergó la esperanza de que, tras el nacimiento del pequeño, Cooper se tomara unos días tranquilos en Londres, pero no fue así. Federith no apareció.

Tampoco podía contar con William porque desde que se casara con Beatrice tres meses atrás y anunciaran que estaba embarazada, nadie les hacía abandonar Haddon Hall. Al parecer, necesitaban vivir alejados del mundo para que nadie interrumpiera ese amor insaciable.

—¿Otra copa? —preguntó uno de los jugadores.

Roger miró a la persona que se había dirigido a él. Entrecerró los ojos y clavó sus azulados ojos en el joven Pearson, el único testigo de la afrenta de William hacia Rabbitwood. Después de aquella mañana en la que lo observó apoyado en uno de los árboles de Hide Park, pensó que sería la última vez que lo vería. Pero se equivocó. De repente se hizo asiduo al club y raro era el viernes que su asiento no estaba ocupado.

—¿Pretendes emborracharme? —dijo Roger con voz socarrona. Alzó la ceja izquierda, lo miró sin pestañear y cuando observó el cambio que deseaba producir en el rostro del muchacho, se carcajeó—. ¡Claro! ¡No dejes la copa vacía!

—Bueno, caballeros —empezó a decir otro jugador que fumaba con ansia su puro—. Vuelvo a perder. Creo que, después de diez derrotas, la mejor opción es retirarme. Esta noche la suerte no está de mi lado. —Puso las cartas sobre la mesa, apartó la silla con las pantorrillas y, tras despedirse, se marchó.

—Quedamos tres...—murmuró Roger jocosamente—. ¿Quién será el siguiente? —Levantó varias veces las cejas mientras apretaba con los dientes la boquilla de su cigarro.

—No piense que la partida es suya...

Colin tenía que incitar a Bennett a continuar. No podía dejar que se le escapara otro viernes. Durante los últimos días apenas se sostenía en pie y había utilizado la poca fuerza que tenía para asistir esa tarde. Si no conseguía su propósito, su hermana quedaría desamparada.

—¿Ah, no? —Roger lo miró desafiante.

—¡No! —exclamó el joven con firmeza.

—Aumenta la apuesta entonces... —le retó Bennett.

—Si me disculpan... —intervino el otro jugador—. Yo también cedo. Según observo, la jugada se hará al alza y no he traído la cartera.

—¿No ha traído la cartera, señor Blonde, o más bien su mujer le cortaría el cuello? Porque según tengo entendido es una mujer con muy mal carácter —comentó divertido.

—Se habla de muchos temas últimamente... —dijo a regañadientes el señor Blonde al tiempo que se ponía la chaqueta—. Sobre todo de sus asiduas visitas a una joven viuda.

—¿Solo a una? —continuó con mofa—. Pues entonces, nada de lo que haya escuchado es verdad.

—Buenas noches, caballeros. Espero verles el próximo viernes.

—Buenas noches —respondió Colin ante el silencio repentino de Roger.

—¿Qué? ¿Te vas o te quedas? —insistió Bennett después de un tiempo de mimetismo durante el cual había encendido otro cigarro y había llenado su vaso.

—¡He venido a jugar y jugaré! —clamó haciéndose el ofendido—. Para que no piense que le estoy engañando —empezó a explicar el joven mientras buscaba algo en los bolsillos—, ¡he aquí mi prueba! —Lanzó sobre la mesa un sobre cerrado.

—¿Qué es eso? —espetó Bennett al tiempo que dejaba de sonreír.

—Las escrituras de mi residencia en Londres. No es muy grande, pero será suficientemente acogedora para sus amantes —afirmó el muchacho con solemnidad.

—¡Oh! —exclamó Roger divertido—. ¡Qué benevolencia por tu parte! Seguro que las damas estarán encantadas de tal proposición. Pero, en el hipotético caso de que esta partida la perdieras, ¿cuál sería tu premio?

Lo miró fijamente a los ojos intentando descubrir cómo un mocoso podía enfrentarse a un jugador con tanta experiencia como él. ¿Qué as guardaría bajo la manga?

—Su barco —sentenció sin titubeos.

—¿Mi barco? —exigió saber con una mezcla de sorpresa y diversión—. ¿Te quieres quedar con mi barco? Pero... ¿qué harías tú con él, muchacho? —Se levantó del asiento, se dirigió hacia la mesa que tenían justo detrás de ellos, cogió papel y pluma y empezó a escribir.

—Bueno... sería interesante saber qué hay fuera de Londres. Estoy cansado de los días nublados, de la lluvia e incluso de la gente que me rodea, ¿usted no?

—Colin miraba sin parar el sobre. Había llegado muy lejos y le quedaba tan poco tiempo que empezó a sentir pánico. ¿Cómo lograría esa firma? ¿Cómo abrir el sobre e impedir que leyera lo redactado?

—Por eso mismo no me he deshecho de él, joven Pearson. Él me aleja de toda esta maldita sociedad —explicó. Roger hizo un garabato sobre el papel y se lo entregó al joven—. Debes firmarlo. Si tanto ansías mi navío, necesito tu consentimiento.

—Entonces... —Colin intentó ocultar la felicidad que le provocó escuchar aquellas palabras. Ya sabía qué paso era el siguiente. Cogió el sobre, lo abrió y, ocultando el contenido de este bajo su palma, se lo acercó—. Sé que es un hombre de palabra...

—¡Por supuesto! —dijo enojado.

—Pues si no hay nada más que indicar, yo firmaré su hoja y usted la mía. —

Colocó el papel frente a Roger y rezó para que no quisiera leerlo.

Sin mediar palabra y sin apenas mirarlo, Bennett firmó con ímpetu la hoja, luego se la devolvió esperando a que el joven hiciera lo mismo. Cuando cada uno tuvo su respectivo acuerdo, prosiguieron con la partida.

Duró más de lo imaginado. Colin empezó a sudar al descubrir que la suerte no estaba de su lado. Tenía una escalera de color y con eso no iba a perder. En medio de su aparente sosiego, se preguntó cómo podía hacer desaparecer dos de las cartas para cambiarlas por las que guardaba bajo la manga. Observó varias veces la actitud de su contrincante. Parecía alterado, mordía la boquilla de su cigarro con cierta ansiedad, bebía largos sorbos de su vaso y no dejaba de repiquetear en la mesa. Estaba claro, no conseguiría su propósito. De repente, alguien interrumpió la partida abriendo la puerta con fuerza. Roger se giró hacia ella para averiguar de quién se trataba; mientras tanto, el muchacho tiró al suelo sus dos mejores cartas y sacó las que tenía escondidas.

—Disculpen la impertinencia, pensé que el señor Blonde permanecía en la sala —dijo el hombre sofocado.

—Se ha marchado hace un rato —respondió Bennett al tiempo que volvía a girarse hacia el joven.

—Muchas gracias y de nuevo perdonen la interrupción. —Se despidió y cerró tras su marcha.

—Bueno, señor Pearson —dijo Roger colocando las cartas sobre la mesa para que el muchacho las observara—. Creo que mi barco es tuyo. Lo echaré de menos.

Enfadado, se levantó de la silla y empezó a empujarla con las pantorrillas. No se podía creer que aquel jovenzuelo le hubiese ganado el mayor de sus tesoros.

—¿No quiere ver mi jugada? —preguntó Colin.

—No hace falta, has ganado. Solo si has... —Se quedó callado cuando el muchacho desveló sobre la mesa el contenido de su mano. De repente, toda su tristeza se volvió euforia.

—Ha ganado, señor Bennett —afirmó el joven con tono desolador.

—Puedes quedarte con tu propiedad. No pienso aceptar... —empezó a decir Roger al ver el rostro compungido del muchacho.

—¡Me ha dado su palabra! —clamó Pearson levantándose del asiento con rapidez y extendiendo el sobre hacia el hombre.

—Pero no me parece justo que pierdas... —Iba a decir lo poco que le quedaba, pero sus labios se sellaron con rapidez. Eran conocidas las



desdichas de la familia Pearson y no quería hacerle daño a un hombre que vivía bajo esas penurias. Aunque todo el mundo lo catalogaba de un ser sin escrúpulos, se equivocaban.

—¡Es suya! —Levantó la cara hacia el rostro del hombre—. ¿Quiere humillarme, señor Bennett?

—Todo lo contrario. Desearía...

—¡Pues cójalo! —insistió con más vehemencia de la que su débil cuerpo podía ofrecer.

—¿Estás seguro? —Roger enarcó la ceja izquierda y contempló durante unos instantes al muchacho.

—Sí —respondió con firmeza.

—Si es lo que deseas... —Cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo derecho de su chaqueta—. De todas formas, si mañana cuando amanezca has recapitado sobre esto y quieres que te devuelva tu propiedad, no tendrás reproche alguno —expuso con seriedad.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, señor Bennett, pero a pesar de mi juventud, jamás retrocedo en mis acciones. —Alargó la mano hacia Roger para despedirse.

—Buenas noches, señor Pearson. Ha sido un honor jugar con un rival de mi altura —dijo Roger con entereza.

—Buenas noches, señor Bennett. Lo mismo digo.

Cuando su oponente abandonó la sala, Colin se sentó con rapidez, se llevó las manos hacia la cara y sonrió. Lo había conseguido, ya podía continuar con su plan y, si Dios era benevolente, descansaría al fin en paz.

## II



Evelyn apartó con rapidez las sábanas. No le gustaba permanecer dormida cuando aparecía la doncella. Le daría un aspecto de holgazana que se alejaba de la realidad. No estaba de acuerdo con el comportamiento que tenían las señoritas de la alta sociedad. Para ella no era propio de una futura señora de familia permanecer en la cama hasta pasado el mediodía. Aunque también era cierto que ya no era una señorita y nunca sería una señora. Con algo más de treinta años, ¿quién iba a pedirle matrimonio? Enfadada al ver cómo el futuro que soñó se había hecho añicos por una mala decisión, se levantó con rapidez de la cama, se dirigió hacia el ventanal para apartar las cortinas y permitir que la luz del exterior se introdujera en la habitación. Esperaba que no hubiese amanecido. Le encantaba contemplar cómo el sol aparecía entre las montañas. Sin embargo, se llevó una gran desilusión al apreciar que de nuevo el día amanecía lloviendo. «¡No! ¡Otra vez no!», pensó con tristeza.

Odiaba los días de lluvia. Creía sinceramente que cuando el sol brillara dejaría de sentir esa congoja que poseía su corazón, pero parecía que la meteorología no estaba de su parte. No deseaba verla feliz. Resignada a permanecer otro día más en el interior de Seather Low, anduvo con pesar hacia la palangana, se lavó la cara y se recogió el pelo.

—Buenos días, señorita Pearson —saludó la criada después de abrir la puerta y dar dos pasos hacia el interior—. ¿Ha descansado bien?

—Buenos días, Wanda. Sí, por supuesto —mintió.

Después de estar esperando el regreso de su hermano hasta las dos de la madrugada, se marchó a su dormitorio y fue incapaz de conciliar el sueño hasta que estuvo muy cansada. La sirvienta caminó decidida hacia el armario, eligió uno de los vestidos de color claro que poseía la mujer y se acercó para vestirla.

—¿Está Colin en casa? —preguntó después de que Wanda le abrochara los botones de la espalda.

Sabía la respuesta pero albergaba la esperanza de que hubiera llegado cuando se quedó dormida.

—No, el señor Pearson no ha llegado todavía.

—Qué extraño... —murmuró—. Si no recuerdo mal, me dijo que dormiría aquí.

—Quizá necesitó permanecer otra noche más en su residencia —le dijo la criada con cierta insinuación.

—¡Colin no es de ese tipo de hombres! ¡Él jamás haría tal cosa! ¡Es un Pearson! —exclamó enojada al escuchar la descarada sugerencia.

—Lo siento —se disculpó la mujer agachando la cabeza—. No he querido...

—Bueno, si él no viene, iremos nosotras a verlo. Últimamente está muy extraño y no sé qué es lo que le inquieta tanto —comentó tras palmearse el vestido y dirigirse hacia la puerta.

—¿Desea desayunar o lo hará fuera? —quiso saber la doncella.

—Desayunaré aquí. Pero mientras lo hago, informa al cochero que deseo partir hacia Londres antes del mediodía —ordenó al tiempo que salía de la habitación y se dirigía al comedor.

Mientras se tomaba el té, Evelyn no paraba de pensar dónde estaría su hermano. A pesar de la inoportuna insinuación de la doncella, ella empezaba a creer que era cierto. Colin siempre había sido un joven respetable, educado y amable, pero su humor y sus actitudes habían cambiado. Le respondía con enojo cuando le preguntaba si se encontraba bien y evitaba cualquier conversación sobre el futuro; sospechaba que tenía un secreto, el cual no consiguió descubrir por mucho que lo intentó. «Demasiadas incógnitas», murmuró para sí.

Tomó el último sorbo y depositó la taza sobre el plato. Al contemplar las tostadas arrugó la nariz. No le apetecía seguir comiendo, tenía el estómago cerrado de preocupación por su hermano y por el futuro de ambos. Por mucho que él insistiera en que no debía inquietarse, lo hacía. Desde que su padre falleció, hacía ya tres años, las rentas no eran las adecuadas para poder subsistir como lo habían hecho con anterioridad, de hecho había tenido que despedir a seis criados que habían trabajado en Seather antes de que ella naciera. Debía reducir los gastos por muy doloroso que fuera.

Se levantó de la silla y deambuló por el comedor meditando las posibles alternativas que le quedaban para no tener que vender el hogar donde se crio, donde sus padres se amaron y murieron y su único legado familiar. De repente, escuchó el sonido de un carruaje. Corrió hacia la ventana para confirmar que

se trataba de Colin, pero no fue así. Era el coche del párroco. ¿Qué desearía el señor Miller? Si volvía a insistir en recaudar dinero para los pobres, ella tendría que exponer su irremediable necesidad y no estaba dispuesta a volver a ser el principal rumor de Londres. Bastante había tenido cuando anunciaron la ruptura de su compromiso como para escuchar de nuevo desoladores argumentos sobre su pobreza.

Tras respirar con profundidad, se dirigió hacia el recibidor. Deseaba atenderlo ella misma para que no descubriera que el mayordomo no se encontraba bajo su servicio. Agarró el pomo de la puerta, alzó el mentón y dibujó su mejor sonrisa.

—Buenos días, señor Miller —saludó extendiendo su mano.

—Buenos días, señorita Pearson —respondió al saludo. Evelyn observó el semblante del hombre. Parecía triste. Quizá demasiado. De pronto un extraño escalofrío recorrió su cuerpo y sintió frío—. Necesito hablar con usted.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Acompáñeme al salón.

Evelyn intentó mantener la calma a pesar de los pequeños temblores. Posiblemente sus inquietudes no estaban justificadas pero su cabeza no dejaba de susurrarle que su vida iba a cambiar otra vez. Con paso firme, condujo al párroco hasta el salón y dejó que pasara primero observando sus manos agarradas tras la espalda y su cabeza inclinada hacia abajo. La mujer se retorció las suyas con fuerza y esperó a que se decidiera a hablar.

—Siento ser yo quien le dé la noticia —empezó a explicar—, pero he preferido venir antes de que el médico o cualquier otro decida hacerlo. Pienso que la amistad que poseemos desde hace años me permite tal derecho. — Evelyn lo miró con atención. Las primeras lágrimas comenzaron a brotar y, por mucho que intentó mantenerse de pie, sus piernas se debilitaron tanto que tuvo que agarrarse a una silla—. Señorita Pearson... —dijo después de darse la vuelta para mirar a la mujer—, siento informarle que su hermano ha... ha fallecido.

Evelyn intentó hablar aunque le fue imposible. Un nudo le estranguló la garganta impidiéndole emitir tan siquiera un pequeño quejido. Empezó a ver borroso y aquellos leves zarandeos fueron aumentando. De repente, la debilidad se acentuó y no consiguió mantenerse de pie. Finalmente se desplomó.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —exclamó el párroco con fuerza al tiempo que levantaba del suelo la cabeza de la mujer.

—¿Qué...? —Wanda acudió con rapidez al salón. Cuando contempló la escena

se llevó la mano a la boca y no supo reaccionar.

—¡Ayúdeme! —gritó el hombre al advertir que la criada estaba paralizada—. ¡Cójala de los brazos y levántela! Yo le alzaré las piernas —ordenó.

—Señorita... Señorita Pearson... —murmuraba la doncella mientras le abanicaba con su mano la cara—. Despierte. ¡Oh, Dios! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué le ha dicho usted a la señorita para hacerla desmayar?

—Que el señor Pearson ha muerto.



Cerró la puerta despacio. Por mucho que el señor Anderson había insistido en despertarlo, le daba miedo. Todo el servicio conocía la primera norma de la casa: no molestar al señor hasta que él mismo demandara los servicios. Sin embargo, le habían encomendado la terrorífica tarea de romper la orden. Tragó saliva cuando observó la silueta sobre la cama. Como era habitual en él, dormía desnudo, y las sábanas apenas cubrían sus piernas. El ayudante de cámara miró para otro lado. Si el señor abría los ojos y se lo encontraba a oscuras observándolo sin parpadear, podría echarlo a la calle a patadas. El joven escuchó un ruido, se giró hacia la puerta e intentó salir de allí, pero era tarde, el señor había notado su presencia.

—¿Qué sucede? —gruñó Roger al contemplar la silueta de una persona a su lado.

—Buenas tardes, milord. Perdone si...

—¿Buenas tardes? —refunfuñó al tiempo que se sentaba sobre la cama—. ¿Qué hora es? ¿Qué día?

—Es domingo, señor —respondió el muchacho mientras se acercaba hacia la ventana y apartaba las cortinas.

—¿Domingo? —Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Dormir tanto tiempo y ser un poco perezoso le causaba más bienestar que inquietud.

—Disculpe que lo haya despertado, pero el señor Anderson ha insistido para que lo haga. Dice que debe conocer lo antes posible la noticia que se ha publicado en Londres —explicó el joven tras regresar a la entrada.

—¿Qué noticia? —Enarcó las cejas y lo miró con atención. La sonrisa de niño travieso desapareció con rapidez. Si su mayordomo había roto la norma más sagrada de Lonely Field tan solo se debía a una cosa: algo les había ocurrido a Federith o a William.

—El señor Pearson...—comenzó a decir entre balbuceos—. El señor Pearson... —repitió.

—¿Qué? ¿El señor Pearson, qué? ¡Habla de una vez! —exclamó airado. Se levantó de la cama y sin mostrar vergüenza alguna por su desnudez, se colocó frente al muchacho.

—Ha fallecido —respondió cerrando los ojos.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho? —inquirió levantando la voz.

—Que ha fallecido —susurró. Continuaba con los ojos cerrados e incluso para que el señor confirmara que no lo miraba, agachó la cabeza.

—¡Sí, eso ya lo he oído! —gritó enfadado al tiempo que caminaba hacia la palangana para mojar su cara y despertarse de una vez.

—Según cuentan, uno de sus sirvientes lo encontró ayer por la mañana en su dormitorio tras escuchar un ruido extraño —empezó a narrar.

—¿Y? —Se echó agua con tanto ímpetu que no solo mojó su rostro sino que humedeció también el cabello y el torso.

—Y el joven yacía sobre la cama en un charco de sangre. Se pegó un tiro en la cabeza y nadie pudo salvarle la vida —explicó. La ayuda de cámara, al comprender que Roger había dado por terminado su descanso, caminó raudo hacia el armario para coger un traje.

—¿Se le disparó el arma? —preguntó asombrado.

—No, señor, se suicidó.

—¿Me estás diciendo que ese joven ha tenido el valor de pegarse un tiro? —Se giró hacia el muchacho sin reducir la ira que mostraba su rostro.

—Sí, mi señor. Eso es lo que cuentan. —Levantó las manos y enseñó la ropa elegida esperando a que el señor aceptara su elección.

—¿Cómo se le ocurre...? —No terminó la frase. En ese momento se acordó de la partida de cartas y de lo que guardaba en su bolsillo. Con grandes zancadas, se dirigió hacia la silla donde había dejado sus ropas antes de acostarse. Al no hallarlas, miró al ayudante y le preguntó con más angustia que ira—: ¿Dónde está la ropa?

—¿Qué ropa, milord?

—¡¡La que me puse ayer!! —clamó con tanta fuerza que el criado empezó a temblar de miedo.

—La tienen las lavanderas —contestó. Agachó la cabeza e intentó dirigirse hacia la puerta. Hasta ahora el señor nunca había sido cruel con sus lacayos, pero la escena que estaba viviendo en la alcoba le indicaba que pronto empezaría a serlo.

—¡Tráela! ¡Que nadie la toque! —gritó.

El muchacho abandonó la habitación tan rápido como pudo. Era tanto su nerviosismo por salir que dio un portazo, aunque Roger no fue consciente del ruido. Tenía su mente ocupada recordando el momento en el que el joven le ofreció la propiedad. Se sentó en la cama aturdido por la noticia, sintiéndose culpable del dramático final. Estaba seguro de que un hombre al borde de la desesperación haría cualquier cosa para terminar con su calvario, y la pérdida de lo último que poseía habría sido el detonante de esa decisión. Él se había negado a aceptar el ofrecimiento, le advirtió que podía reclamarlo y que se lo devolvería sin objeción alguna. «¿Desea humillarme, señor Bennett?», esa pregunta le golpeó en la cabeza de improviso. No, por supuesto que no deseaba humillarlo y menos sabiendo que la familia Pearson estaba pasando un mal momento económico.

Se llevó las manos hacia el rostro y se lo apretó. Todo el mundo le echaría la culpa de esa muerte. Todo el mundo lo señalaría con un dedo inquisidor para demostrar que, como era costumbre en él, había destrozado otra familia. Antes de poder levantarse y recriminar al criado su tardanza, este tocó la puerta.

—Milord, aquí la tiene —comentó el muchacho extendiendo el traje sobre el asiento—. Las lavanderas no la han tocado.

—Bien, márchate. Déjame solo. Te llamaré cuando te necesite —dijo con voz grave.

—Estaré tras la puerta —le informó antes de salir.

Roger se levantó de la cama y caminó hacia la butaca. Metió la mano en el bolsillo izquierdo y, al no encontrar nada, gruñó. Luego la introdujo en el derecho y sacó el sobre. Con prisa lo abrió y cuando empezó a leer, extendió la mano hacia atrás buscando un lugar donde sentarse.

*Yo, Roger Bennett Florence, futuro marqués de Riderland, en plenas facultades mentales, hago oficial mi compromiso y matrimonio con la señorita Evelyn Pearson Laurewn.*

Roger no pudo continuar leyendo. Lo único que observó antes de doblar la hoja fue la firma de Pearson, del señor Lawford, la suya e incluso la de la mismísima reina aceptando el enlace. Sintió cómo un intenso escalofrío recorría su cuerpo. Empezó a sudar tanto que las gotas resbalaron por su frente. Su visión se difuminó tanto que apenas conseguía distinguir la silueta del papel. Abrió la mano dejando que aquella sentencia cayera al suelo

mientras que él se desplomaba sobre la cama en estado de *shock*.



### III



Vestida de riguroso negro seguía el féretro de su hermano caminando cabizbaja tras el carruaje. No tenía fuerzas para dar un solo paso, pero debía hacerlo. Tenía que acompañarlo en sus últimos momentos. Notó una presión en su brazo y miró de reojo para descubrir quién la sostenía. Se trataba de Wanda, su doncella, su única amiga, que no cesaba de llorar, de susurrar plegarias a Dios y de consolarla diciéndole que la vida le tendría reservado algo bueno para su futuro. Sin embargo, ella no le prestaba atención, solo intentaba averiguar cuándo la había agarrado y en qué momento se había colocado a su lado. Le resultó imposible acordarse; el único recuerdo lúcido que poseía era la llegada del párroco y cómo sufrió una repentina ceguera al escuchar la noticia. Colin estaba muerto.

Decidió quitarse la vida y abandonarla.

El porqué apareció después, cuando el médico fue a visitarla esa tarde. Le informó que su hermano tenía la misma enfermedad que su madre y, por mucho que insistió en que debía afrontarlo con la mayor entereza posible, decidió no padecer ese doloroso sufrimiento. Evelyn se acordó de los duros momentos que sobrellevó al ver cómo su madre, una mujer llena de energía, positividad y vitalidad, terminaba sus días postrada en una cama, con la mirada perdida en algún lugar lejano, con el rostro demacrado y sin ser consciente del deterioro de su cuerpo. No, por supuesto que su hermano no quiso sufrir ese fin. ¿Acaso ella no habría hecho lo mismo?

Agachó la cabeza, aunque apenas podía ver un palmo de distancia; el velo le impedía observar con detenimiento quién estaba a su alrededor, salvo a Wanda. Escuchó cómo el carruaje se paraba y el incesante murmullo de las pocas personas que habían asistido al funeral finalizaba. Estaban cerca del temido fin, demasiado para que ella pudiera asumir que no volvería a abrazar a su hermano, que ya no se sentaría en el sillón para escucharla leer mientras se tomaba un brandy, que no lo escucharía reír y que permanecería sola el

resto de su vida. Intentó deshacerse del agarre de la doncella mientras las lágrimas dejaban un reguero sobre su rostro, oculto bajo el velo. Pretendía acompañarlo hasta la tumba y ver cómo era resguardado bajo el suelo, pero Wanda no la dejó marcharse sola e impidió que se alejara. Se llevó la flor que agarraba en la mano a los labios y la besó. Era un tulipán, la flor preferida de Colin. La dejó caer sobre la caja y apenas pudo respirar cuando la primera pala de tierra empezó a cubrirla.

Oyó que Wanda le susurraba algo. No entendió con claridad de qué se trataba, aunque dedujo que le indicaba que debían marcharse puesto que empezaron a caminar hacia la salida. De repente, la doncella la hizo parar.

—Señorita Pearson...—Alguien se había acercado. No distinguió la silueta de esa persona aunque la voz sí que le sonó bastante familiar. Era Coleman, el doctor, el hombre que apareció en su casa después del párroco—. De nuevo, mi más sentido pésame.

—Gracias...—respondió con un suspiro largo.

—Si necesita cualquier cosa, mi casa tiene las puertas abiertas para usted —continuó diciendo la voz.

—Solo quiero estar sola —comentó con voz apagada.

—Por supuesto, pero recuerde mis palabras. —Coleman le hizo un leve movimiento de cabeza y se marchó.

Wanda apretaba con más fuerza su brazo, como si con ese gesto pudiera reconfortarla. No lo hizo. Nada podía consolarla. Estaba sola. Durante el resto de su vida debía vivir sin familia, sin nadie que estuviera velando por ella, sin nadie que se preocupara por su bienestar. ¿Cómo lo afrontaría? ¿Cómo conseguiría sobrevivir? Apenas quedaban monedas en las arcas y no lograría vender la residencia de Colin. ¿Quién compraría una propiedad donde su dueño se había disparado en la cabeza? La única salida era abandonar Londres y marcharse con el único pariente que le quedaba: su tía abuela.

—Mis condolencias... —Otra voz masculina interrumpió su marcha. No la reconoció. Intentó recordar si podía tratarse de algún amigo de Colin, pero el tono suave, aterciopelado y el ligero acento extranjero no le ofrecieron muchas pistas.

—Gracias... —contestó sin dejar de mirar hacia el suelo.

—Sepa usted que su hermano fue un hombre honorable.

—¿Honorable? —masculló. Alzó lentamente el rostro hacia quien permanecía de pie junto a ella. Apenas pudo distinguir las facciones de su rostro, el velo se lo impedía. Lo único que traspasó la oscuridad de la tela fue la intensidad

de una mirada azulada—. ¿Llama usted honorable a una persona que se ha suicidado?

—Señorita... —intentó hablar.

—Ni se le ocurra mencionar esa palabra, señor —continuó con voz desafiante—. Le agradezco que haya venido al entierro, pero eso no le da derecho a decir que mi hermano...

—Su hermano, señorita Pearson, fue, es y será el hombre más respetable que ha tenido esta maldita ciudad —dijo Roger sujetando el brazo de la mujer y hablando con los dientes apretados.

Evelyn clavó su mirada en la persona que aferraba con fuerza su brazo. Por mucho que intentaba averiguar de quién se trataba, no conseguía descubrirlo. Era un extraño que había osado sujetarla delante de los asistentes al entierro. Tomó aire, alzó su mentón y tirando con energía se deshizo del amarre. Quiso replicar sus palabras. Quiso gritarle que no conocía a su hermano si pensaba tal cosa de él, pero no pudo. Le resultaba imposible debatir las palabras. Quizá porque ella también lo creía.

Ignorándolo, empezó a caminar hacia su carruaje. Deseaba alejarse de allí lo antes posible. Necesitaba entrar en su casa y llorar hasta que no le quedaran lágrimas.



Después de recomponerse y leer unas veinte veces el documento, Roger decidió presentarse en el funeral. Quería ver con sus propios ojos que la muerte del joven Pearson no era una mentira. No sería la primera vez que familiares, desesperados por su bienestar económico, ideaban patrañas semejantes para conseguir la estabilidad deseada. Sin embargo, mientras el ayuda de cámara lo vestía, intentaba recordar la última noche que pasó con el joven. No mostró nada que le hiciera presagiar lo que pasaría al día siguiente. Sonreía, jugaba, hablaba con los otros jugadores e incluso bebió más de lo que le estaría permitido a un muchacho de su edad, pero... ¿quién era él para juzgar los vasos de whisky que debían beber los demás?

De repente, una imagen demasiado nítida apareció en su cabeza. Si esta no era errónea se trataba del momento en el que Pearson se levantó de su asiento para arrojarle a la cara el sobre. La rememoró una y otra vez intentando sosegar su inquietud. No se había dado cuenta, quizá porque no se interesó en ello aunque

ahora lo viera claro: el joven cada vez estaba más escuálido, sus ojeras parecían servirle de antifaz y su pulso no era estático como el que todo hombre debía poseer en una situación como aquella. «Estaba muy enfermo», meditó.

—Milord. —Anderson apareció en la puerta interrumpiendo sus pensamientos.  
—¿Has preparado el carruaje? —quiso saber. Cogió el sobre y lo metió en el bolsillo de su traje.

—Sí. El cochero acaba de informarme que está preparado.

—¿Has averiguado la hora a la que se celebrará? —El mayordomo se quedó mirándolo asombrado; era la primera vez en los años que le servía que adoptaba una voz tan grave, tan impersonal.

—A las cinco, señor.

Roger miró su reloj y frunció el ceño. Habían pasado las cuatro y media. No podía entretenerse en almorzar, ya lo haría después de hablar con el señor Lawford y averiguar qué alternativa podía encontrar para anular el documento. En completo silencio, salió de la habitación, bajó las escaleras que le conducían hacia el hall y esperó a que Anderson le trajera la capa y el sombrero.

—Pobre muchacho... —murmuró el sirviente antes de que Roger subiera las escaleras del carruaje—. La señorita Pearson debe de estar consternada.

—Hay más personas que van a sufrir la pérdida del señor Pearson —respondió con seriedad.

Anderson cerró la puerta y se quedó observando a su señor. No acaba de entender qué quería expresar pero sin duda algo importante sucedería tras esa muerte. Jamás había presenciado un desmayo en el futuro marqués. Ni cuando bebía hasta no poder más se había desplomado de esa forma. La inquietud hizo que sintiera un escalofrío. Miró al cochero y le indicó que iniciara la marcha. Si el dueño de Lonely Field tenía problemas era mejor que los resolviera cuanto antes.

Roger corrió las cortinas del coche. Necesitaba oscuridad para pensar sobre lo ocurrido. La penumbra siempre le venía bien para meditar. Tenía que encontrar una alternativa, algo que le ayudara a salir del problema en el que se había metido. El jovencuelo le había tendido una trampa y él había caído sin darse cuenta. Ahora entendía los aspavientos del muchacho cuando le negó el ofrecimiento, de la satisfacción que expresó su rostro al meterse el sobre en el bolsillo y de sus continuas apariciones en el club. Estaba esperando su momento. Había tejido una tela de araña y, con la tranquilidad que caracteriza

a un depredador, había aguardado a su presa. Se lo tenía merecido. Nunca debió subestimar a un contrincante por muy vulnerable que pareciera. Sin embargo, pese a lo que había firmado, él no iba a casarse. Buscaría cualquier excusa para no hacerlo. Incluso podría fingir su propia muerte, si con ello le decía el señor Lawford que conseguiría su propósito. Él no era un hombre que pudiera atarse a una mujer. Él era un hombre que amaba a todas las mujeres.

De repente su cuerpo se entumeció. No había cavilado sobre ello y la zozobra aumentó al nivel más alto. «*Mon Dieu!* —exclamó al tiempo que se llevaba las manos hacia el rostro—. ¿Cómo será esa señorita Pearson?». Antes de poder encontrar una respuesta, el carruaje cesó su marcha. Como si tuviera púas en el trasero, Roger saltó del asiento y salió con rapidez del interior. La tenue luz le cegó hasta tal punto que tuvo que cerrar los ojos para protegerlos. Cuando consiguió abrirlos se quedó de piedra. El coche fúnebre estaba parado en la entrada del cementerio. Los empleados sacaban la caja donde yacía el cuerpo del joven y a su lado solo había cinco personas que lloraban la pérdida. No podía ser verdad. ¿Por qué nadie había acudido a despedirlo? ¿Acaso no tenía amistades? Roger arrugó la frente y apretó los puños. No se trataba de eso sino de la manera en la que el muchacho puso fin a su vida. Sería una deshonra para la familia y para cualquiera que se acercara a darle el último adiós. Sin embargo, él no tenía ese tipo de escrúpulos sociales. A él le importaba un bledo lo que los estirados de la alta sociedad pensarán.

Mientras se acercaba, intentó descubrir quiénes eran los tres varones que acompañaban a las dos señoras y cuál de ellas sería la señorita Pearson. Un pequeño gemido brotó de su garganta al ver la silueta del señor Lawford. Él era el culpable de su desdicha y con él debía hablar cuando la última pala de tierra tapara el féretro. Intentó hacer desaparecer de su cabeza la posible conversación que mantendría con el administrador al terminar el entierro, pero le resultó imposible pensar en otra cosa. ¿Cómo no le advirtió de la trampa? ¿Le habría ofrecido aquella residencia que poseía el joven en Londres a cambio del trabajo? Le pareció una tontería pensar en eso porque Lawford conocía su poder adquisitivo y si le hubiera contado las intenciones que tenía Pearson le habría pagado el doble.

Con entereza, prosiguió su camino hasta quedarse a escasos pasos de las mujeres. ¿Quién sería su futura esposa? ¿La de la derecha o la de la izquierda? Las dos eran altas y delgadas. No podía apreciar el color del pelo puesto que llevaban unos sombreros que lo ocultaban.

—Señor Bennett —le saludó una voz conocida.

—Señor Coleman. —Roger volvió su atención hacia el doctor y le tendió la mano.

—No sabía que era amigo de la familia —comentó entrecerrando sus oscuros ojos.

—Era, más bien, un conocido del joven —respondió sin dejar de mirar a las féminas. Una de ellas agarró con fuerza a la otra por el brazo, como si intentara evitar que se cayera.

—Pobre Colin —dijo el médico cuando el féretro fue colocado en la tierra—. Jamás creí que su desesperación lo llevaría a realizar un acto tan deplorable.

—¿Sabe usted qué le ha conducido a *ese hecho deplorable*? —preguntó masticando la pregunta. En efecto, ahí tenía la respuesta a la falta de asistentes. Nadie quería que lo relacionaran con un suicidio. No sería bien visto en la sociedad acompañar a un joven que, desesperado, puso fin a su vida.

—Estaba enfermo —contestó Coleman antes de dar un paso hacia delante.

—¿Qué clase de enfermedad? —insistió Roger.

—Parkinson. Lo mismo que sufrió su madre. Si me disculpa, he de ofrecer mi apoyo a la señorita Pearson. —Inclinó suavemente la cabeza y se dirigió hacia las damas.

Roger prestó atención hacia quién se dirigía. «La de la izquierda», se dijo. Esperó a que el médico le diera el pésame para hacerlo él también. Sin embargo, descubrió algo en la actitud del señor Coleman que no le hizo gracia. No solo se acercó demasiado a la mujer, sino que también le susurró al oído, como si entre ambos existiera una relación más íntima de la que debiese. Apretando la mandíbula, aceleró el paso. Debía interponerse con rapidez para zanjar aquella situación.

—Mis condolencias... —dijo tras acercarse. Observó con afán la figura de la mujer. Era bastante alta y delgada. El vestido, pese a no ser muy ostentoso, marcaba unas bonitas curvas femeninas, pero Roger se quedó inmóvil cuando olió el perfume de la mujer. Era tan suave y floral como una mañana de primavera en su jardín. Agachó la cabeza y besó con suavidad la enguantada mano.

—Gracias.

—Sepa usted que su hermano fue un hombre honorable —explicó dando unos pasos hacia atrás.

—¿Honorable? —escupió con rabia—. ¿Llama usted honorable a una persona que se ha quitado la vida antes de cumplir los veinte?

—Señorita... —intentó hablar.

—Ni se le ocurra mencionar esa palabra, señor —continuó con voz desafiante—. Le agradezco que haya venido al entierro, pero eso no le da derecho a decir que mi hermano...

—Su hermano, señorita Pearson, fue, es y será el hombre más respetable que ha tenido esta maldita ciudad —le susurró al oído apretando los dientes.

Roger, en un acto de insensatez, avanzó los pasos que había retrocedido y la sujetó con fuerza del brazo. No podía permitir que la mujer se marchara a su hogar con aquel pensamiento sobre su hermano. Pese a que el joven le había conducido a una situación de la que no podía escapar con facilidad, consiguió su respeto. ¿Quién no comete locuras por los seres a quienes se ama? Porque eso es lo que había hecho Pearson, una tremenda locura para salvar a su hermana. Aunque estaba seguro de que cuando ella descubriera cuál era su última voluntad, desearía que estuviera vivo para matarlo ella misma con sus manos.

—Señor Bennett. —Lawford apareció detrás de su espalda.

La mujer se soltó de un tirón y Roger dejó que se marchara. Luego se giró hacia Arthur y mostrando una enorme y falsa sonrisa le dijo:

—Señor Lawford, le estaba buscando.

—¿A mí? —preguntó el hombre levantando las cejas.

—Sí, a usted. Tenemos un asunto pendiente —masculló.

—Me imagino de qué se trata... —Volvió a sonreír.

—¿Hablamos ahora o...? —insistió.

—Mejor a las siete en mi oficina. He de acompañar a la señorita Pearson hasta su hogar. Mucho me temo que necesitará más apoyo del que ella se imagina —expuso antes de exhibir una gran sonrisa.

—Allí me encontrará. —Bennett entrecerró los ojos.

Comprendió con rapidez las palabras del administrador. No solo la pérdida de su único familiar le proporcionaría una gran desgracia, sino que cuando la informaran sobre su inevitable futuro, desearía morir ella también.

## IV



A las siete en punto Bennett estaba tocando la puerta de la oficina del señor Lawford. Mientras lo recibía, cogió un cigarro, se lo encendió y le dio unas intensas caladas. Estaba nervioso, demasiado. Aquel hombrecillo mal oliente, desaliñado y gruñón le había destrozado sus planes de futuro. Siempre pensó que llegaría soltero hasta los cincuenta, entonces, justo en esa edad, empezaría a buscar la candidata idónea para casarse y engendrar un varón. Conseguiría así sus dos únicos propósitos en la vida: casarse con una mujer muy joven, porque no le gustaban las que superaban los treinta años, y nacería otro futuro marqués que haría temblar las piernas de las nuevas viudas de Londres. Sin embargo, si no lograba que el administrador revocase aquel acuerdo, todo se iría al traste; sus amantes, sus noches de cartas, sus borracheras, sus escapadas en barco... ¡todo!

—De nuevo, buenas tardes. —Lawford le permitía el acceso al interior.

Roger observó que el anciano no podía o no quería dejar de reír. Hasta hubo un momento en el que deseó quitarle la sonrisa con un puñetazo, pero si deseaba lograr su propósito debía mantenerse calmado.

—Ya sabe a lo que he venido —dijo aplacando todo lo que pudo su malhumor.

—Así que... ¿al final lo consiguió? —Se sentó en su sillón, le ofreció otro a él y levantó con el dedo las gafas.

—¿Por qué cree que estoy aquí? —continuó con tono suave pero serio. Aceptó la invitación de sentarse, se reclinó sobre la silla y terminó de fumar el cigarro.



—Le advertí al señor Pearson que no era una idea sensata. Intenté, de todas las formas que encontré, hacerle entrar en razón —empezó a explicar mientras agrupaba unos papeles que tenía esparcidos sobre la mesa.

—No. Ciertamente, no ha sido una buena opción. ¿Cómo se le ocurrió tal estupidez? ¿Acaso no hay suficientes solteros en Londres, con mejor reputación, como para elegirme a mí? —¿Quería reír? Sí, claro que deseaba hacerlo. Las últimas palabras del administrador parecían indicarle que había una salida. «Gracias, Dios mío», exclamó para sí.

—Le aconsejé que buscara otra alternativa más razonable para cuidar a su hermana; que pusiera su hogar en venta, que se la llevara con esa tía abuela que tienen en Harlow... —prosiguió al tiempo que colocaba la pila de papeles en un cajón del escritorio—. No entiendo cómo pudo pensar que casarla con usted era lo mejor que les podía suceder a ambos.

—¿A ambos? ¿Se refiere a su hermana y a mí? ¡Ese muchacho estaba loco! ¿De verdad que pensó que yo podría salvarla? ¿Acaso no ha escuchado la fama que me precede? —clamó—. Usted es un hombre sensato, señor Lawford —comentó con tono encantador—, y seguro que su conciencia no descansará tranquila ante este acto tan demencial. Así que, dígame, ¿cómo puedo anular este contrato? —Se inclinó hacia la mesa, apoyó los codos en ella y puso carita de niño bueno.

—Tal como usted indica, la voluntad de mi cliente es un tremendo disparate, pero mucho me temo que no hay manera de escapar. Debe casarse —afirmó cerrando el cajón con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué no puedo escapar? —gritó al mismo tiempo que se levantaba del asiento y empujaba la silla con las piernas—. ¿Me está diciendo que no hay manera de romper el compromiso?

—¿Usted firmó? —Lo miró y enarcó las cejas.

—Sí. Aunque con engaño.

—¿Puede demostrar que fue engañado?

—No —dijo con un resoplo.

—¿Por qué?

—Porque estábamos solos.

—¿Nadie presenció el momento en el que, supuestamente, fue timado? —  
continuó con el interrogatorio.

—¿No me ha escuchado bien? —gritó.

—Pues mucho me temo, señor Bennett, que pronto tendrá a su lado una señora Bennett a la que cuidar y respetar hasta que la muerte les separe. —Lawford se recostó en el asiento, colocó las manos como si fuera a rezar y dibujó de nuevo una enorme sonrisa.

—Encontraré la manera de invalidarlo —murmuró apretando los dientes.

—Búsquela, pero le adelanto que soy el mejor en mi trabajo —afirmó con orgullo.

—¿Tanto odia a esa pobre mujer? ¿Tantas ganas tiene de verla amargada el resto de su vida? —gruñó.

—Yo no seré quien se case con ella, señor Bennett, aunque le indico que me hubiese gustado tener esa posibilidad. Si la señorita Pearson se convierte en una esposa desdichada o amargada será por su culpa, no por la mía —sentenció—. Ahora, si me disculpa, tengo otros asuntos que atender.

Roger miró a su alrededor buscando cualquier cosa que romper, pero salvo gruesos tomos de libros, allí no había nada. Enfadado, se giró sobre sus talones y salió al exterior. La lluvia había regresado. Levantó el rostro y dejó que las gotas lo empaparan.

Durante la caminata hacia el carruaje, su ira se fue mermando y la mente empezó a ofrecerle un sinfín de alternativas para deshacerse de todo el embrollo. Sin embargo, solo una le pareció correcta.

—¿Hacia dónde vamos, milord? —quiso saber el cochero cuando abrió la

puerta para que pasara al interior.

—Hacia Haddon Hall —respondió con entusiasmo.



Los caballos empezaron a reducir su trote. Bennett levantó la cabeza del almohadón y sonrió al deducir que estaban aproximándose a la mansión. Miró por la ventana y observó cómo la oscuridad ocultaba la belleza de aquellos parajes. Sin embargo, la majestuosidad del hogar de su amigo no se mermaba ante la llegada de la noche. Respiró profundamente cuando el carruaje paró en el jardín de la residencia.

A pesar de la hora, esperaba que William entendiera que su visita tenía una buena razón. ¿Podría ayudarlo? Sí, estaba seguro de que encontraría la forma de hacerlo. Si no recordaba mal, tras el matrimonio con Beatrice, había ocupado su puesto en la Cámara de los Lores y debía conocer a alguien que, a pesar de la insistencia de Lawford, hallara un pequeño error para romper el acuerdo.

No esperó a que el cochero le abriera la puerta, saltó de su asiento y se apresuró a salir al exterior.

—¿No desea que informe de su visita, milord? —escuchó preguntar al cochero.

—No, gracias. Me presentaré yo mismo.

Subió las escaleras de dos en dos, agarró con fuerza la aldaba y llamó con vigor. Estarían durmiendo, ¿quién no lo haría a las cuatro de la madrugada? Pero eso no le impidió seguir golpeando la puerta hasta que escuchó unos pasos acercándose.

—Buenas... ¡¡Señor Bennett! —exclamó el señor Stone asombrado—. ¿Qué hace usted aquí a estas horas?

—Buenas noches, ¿se encuentra el duque en casa? —preguntó caminando

hacia el *hall* sin que el mayordomo le concediera permiso.

—Sí. Su Excelencia está durmiendo —aclaró. Mucho se temía que el señor Bennett no se había dado cuenta de la hora que era, aunque también solía perder la noción del tiempo cuando residían en Londres. Algunas veces hasta pensó en echarle un caldero de agua fría por la ventana para que se le pasara la borrachera de inmediato. Sin embargo, en esos momentos ni estaba borracho ni podía recorrer a pie la distancia entre su hogar y la del duque.

—¿Puedes llamarlo? Es urgente —dijo mientras arrojaba sobre una de las sillas del recibidor su capa y su sombrero.

—Por supuesto. Pase a la biblioteca. Iré a comunicarle a nuestro señor quién ha irrumpido en mitad de la noche en este apacible hogar y el deseo que lo ha conducido hasta aquí —refunfuñó Brandon al tiempo que cerraba la puerta e intentaba abrir los ojos para no tropezar con algún peldaño de la escalera.

Roger lo seguía con la mirada. Cuando lo perdió de vista, caminó hacia la sala rezando para que su amigo no tardara en aparecer.

Miró hacia todos los lados de la habitación buscando una botella que saciara su sed o, mejor dicho, que calmara su nerviosismo. Llevaba dos días y medio metido en un carruaje. Apenas había comido ni bebido; lo único que había hecho era fumar un cigarrillo tras otro. Durante el trayecto intentó encontrar la manera de salvarse él mismo sin tener que comprometer a su amigo, pero no halló nada coherente salvo fingir su propia muerte. Caminó hacia el mueble bar, cogió una copa y la llenó hasta el filo. No había posado la botella sobre la superficie de madera cuando ya se lo había bebido. Volvió a llenarlo y justo cuando iba a repetir la acción escuchó los ininterrumpidos gruñidos de William.

—¿Acaso no has visto la hora que es? —gruñó el duque malhumorado—. ¿No habrás olvidado que me casé, verdad? Porque como hayas venido a ofrecerme otra de tus inevitables pero grandiosas orgías, le digo a Beatrice que baje y te ponga en tu lugar.

—Yo también me alegro de verte, amigo mío y no, no he venido a nada de eso. Así que deja a tu pequeña leona en la cama—respondió alzando su copa y

mostrando un gesto que parecía una sonrisa.

—¡Dios Santo, Roger! —exclamó Rutland al observar la figura desaliñada de Bennett—. ¿Qué sucede? ¿Estás enfermo? ¿Te han asaltado en el viaje? — Caminó hacia él con rapidez.

—Estoy con la soga al cuello. —Como si fuera un niño buscando la protección de un mayor, Roger se abalanzó hacia William y lo abrazó con fuerza.

—¡Hueles a estiércol! —clamó retirándose con rapidez.

William lo observó con detenimiento. Nunca había visto a su amigo de aquella guisa. La oscuridad de su rostro le mostraba que, en efecto, no se había parado a afeitarse, ni a adecentarse. Olía a tabaco, whisky y a sudor, algo impropio en un hombre que tardaba en arreglarse más que una mujer.

—¿Cómo se te ocurre cubrir tu desnudez con esa mísera bata? Acabo de rozar algo que no debería haber tocado jamás —dijo jocosamente intentando aplacar el desconcierto de William, porque si su deteriorado aspecto le había provocado cierto disgusto, conocer la razón por la que había llegado a Haddon Hall le haría desmayar.

—Me imagino que no eres portador de buenas noticias, ¿verdad? —Rutland, asustado, cogió una copa y se sirvió un poco de licor para acompañar a su amigo.

—No —afirmó Roger bebiendo su tercera copa de un sorbo.

—La última vez que alguien me visitó antes del desayuno me dejó tan perturbado que cometí una locura —explicó William mientras caminaba hacia el sofá. Se sentó y no apartó sus pupilas de la figura de Roger. Mostraba cansancio y algo más que no podía descubrir.

—¿Quién fue? —quiso saber Bennett.

—Federith —respondió con rapidez.

—¿Qué te dijo? —Se mantuvo de pie con la copa vacía en su mano.

—Que se iba a casar con lady Caroline —dijo con pesar.

—Bueno, yo... —comenzó a decir agachando la cabeza.

—¿A qué has venido, Roger? —Alzó la voz William. El malhumor se había esfumado dando paso a un estado de alerta. Conocía muy bien a su amigo y aquella postura encorvada, la mirada hacia el suelo y aquel aspecto de mendigo le indicaban que nada bueno iba a explicarle.

Bennett metió la mano en el bolsillo para sacar el sobre. Lo miró con desesperación. Luego avanzó hacia su amigo y se lo mostró.

—Lee esto y sabrás el motivo por el que te he apartado de los brazos de tu esposa.

Rutland dejó la copa en el suelo y cogió el sobre que le ofrecía. Lo acercó hacia la lámpara de gas, lo abrió y comenzó a leer el documento que portaba. La primera reacción del hombre fue toser. Se había atragantado con su propia saliva. Después abrió los ojos como platos, arrugó la nariz y miró a su camarada con una mezcla de sorpresa, inquietud y terror.

—¿Cómo has podido firmar esto? ¿Estabas borracho? —gritó exaltado.

—No exactamente —repuso. Caminó hacia la chimenea, colocó la mano derecha sobre la piedra y agachó de nuevo la cabeza—. Me engañaron.

—¿Cómo que... te engañaron? —Colocó el documento sobre las piernas, cogió la copa y se la bebió de un trago.

—El hermano de la señorita Pearson, mujer con la que supuestamente estoy prometido, jugó conmigo una partida de cartas. La jugada era interesante y se puso aún más cuando me propuso que ganaría una de sus propiedades.

—¿Trató a su hermana como si fuera un mísero caballo? —escupió William enojado.

—¡No! Él me aseguró que el documento era la escritura de su propiedad. Una pequeña residencia que tiene en Londres y en la que podrían vivir mis amantes —explicó con desdén.

—Bueno, si se trató de una patraña y puedes demostrarlo, el contrato será invalidado —indicó con un halo de esperanza.

—No lo puedo demostrar, William. Solo estábamos él y yo... —susurró afligido. Acercó la cabeza hacia la cenefa de la chimenea y tuvo ganas de golpearse contra ella.

—Entonces... ¡haz que confiese! ¡No puedes casarte con esa mujer! ¡Será desdichada! —exclamó con tanto ímpetu que su voz sonó por toda la casa.

—No puedo obtener una confesión del estafador porque se suicidó —prosiguió con tono suave mientras miraba las pequeñas ascuas que intentaban sobrevivir a la sepultación de la ceniza.

—¿Cómo dices? —preguntó William levantándose y dejando caer el sobre al suelo.

—Justo a la mañana siguiente se pegó un tiro —repuso con ahogo.

—¡Dios bendito! ¿Por qué? ¿Acaso ese muchacho no sabe lo que su acto puede conllevar? —Se dirigió hacia el mueble bar y se sirvió otra copa. Notaba la garganta tan seca que debía humedecerla con todo lo que tuviera a su alcance.

—Lo único que he deducido es que pretendía que me quedara con su hermana y cuando lo consiguió, finalizó su calvario. —Seguía con la cabeza agachada y con los hombros inclinados hacia delante.

—¿Por qué dices eso? —William se volvió hacia él y no detuvo su caminar hasta que estuvo a su lado.

—El muchacho estaba muy enfermo, me lo confirmó el doctor Coleman. Según parece heredó una enfermedad que le mataría tarde o temprano.

—Pero eso no le da derecho a...

—Ya, pero la posición económica en la que ha quedado su hermana no es la adecuada para una mujer de la alta sociedad y creo que pensó protegerla

proporcionándole un buen matrimonio —prosiguió con voz apagada.

—¿Contigo? —preguntó con asombro.

—Algún día seré marqués y ya sabes lo que eso significa... —Se enderezó cuando notó cerca la presencia de William, que le ofreció el vaso que tenía en sus manos y Bennett lo aceptó de buen grado—. Quiero que me ayudes a descubrir cómo puedo librarme de esto. No quiero casarme, no aún. Además, siempre soñé que lo haría por amor no por obligación.

—¿Amor? —preguntó antes de soltar una carcajada—. ¿Tú hablando de amor?

—¿Quién habla de amor? —La figura de Beatrice apareció en la puerta. Tenía las manos pegadas en la cintura y fruncía el ceño. Una larga bata de seda roja cubría su cuerpo. Era la primera vez que se mostraba ante Roger con el pelo suelto y despeinado. Esa naturalidad con la que apareció le agradó a Bennett, porque entendió que no solo tenía la amistad de William sino la de su esposa también.

—Hola, cariño. ¿Te he despertado? Lo siento mucho. —Rutland se dirigió hacia ella, le tendió la mano y le dio un suave beso en los labios.

—¿Quién habla de amor? —repitió.

—Tu esposo, no yo —dijo Roger avanzando hacia la mujer. Antes de saludarla se quedó mirándola con asombro. Estaba muy cambiada por el embarazo. La pequeña cintura había crecido varios palmos y la figura diminuta, ya no lo era tanto—. ¿Quién eres y por qué te has comido a la duquesa? —comentó con mofa.

—Buenas noches para ti también, Roger —habló malhumorada.

—Amor mío, no te enfades por sus inoportunas palabras, estás preciosa. Además, creo que cuando escuches la historia por la que ha venido hasta nosotros, serás tú quien ría más.

La abrazó y la llevó hasta la chimenea. No quería que pasara frío y menos en su estado; desde que se había quedado embarazada, Beatrice estaba más débil



de lo que intentaba aparentar.

—¿Qué es eso? —Señaló Beatrice mirando hacia el suelo. Intentó agacharse para coger el papel pero William se adelantó.

—Ven, siéntate y lee. Luego, por favor, no te rías mucho. Nuestro querido Bennett está pasando el peor momento de su vida.

—¿Reírme? ¿Su peor momento? —Tal como le sugirió su marido, se sentó y empezó a leer. Al igual que su esposo, abrió los ojos de tal manera que Roger pudo ver el verdor de sus pupilas. Se llevó la mano hacia la boca impidiendo que un grito o una carcajada brotaran de ella—. Por el amor de Dios, ¿qué has hecho?

Bennett cogió una silla y se sentó a su lado. Durante algo más de una hora le explicó a ambos lo sucedido con todo detalle: el día que Pearson fue testigo del desafío de William, cómo lo observó vigilando a la mañana siguiente en Hide Park, las asiduas visitas de este al club, lo tramado con Lawford y por último les narró la desoladora escena de su entierro.

—Las personas pueden ser muy crueles —señaló Beatrice cuando escuchó que la señorita Pearson estaba sola en un momento tan difícil.

—Nadie quiere estar involucrado en una muerte y menos cuando el fallecido se ha suicidado. Todo el mundo estaría hablando sobre las posibles causas de esa decisión. Estoy seguro de que se acusarían unos a otros sin sopesar la verdadera razón por la que el muchacho puso fin a su vida. —William colocó la mano sobre el hombro de su esposa y lo apretó con ternura.

—Pobrecita —comentó Beatrice con pesar. Se llevó la mano hacia el vientre y se lo acarició con suavidad. Aquello le recordó la agonía que sufrió cuando su esposo decidió batirse en duelo por su honor. ¿Qué habrían hecho ella y su hijo si hubiese muerto?

—La verdad es que siento lástima por ella. Si no ha tenido suficiente con la muerte de su hermano, imagínate lo que va a padecer cuando descubra que está comprometida a un hombre como yo —añadió Roger.

—¿Por qué? —le interrumpió Beatrice—. ¿Por qué ese muchacho te eligió a ti?

—Bueno, no todo en Bennett es malo, cariño —intervino Rutland. Miró a su esposa y esbozó una pequeña sonrisa cuando ella mostró un gran asombro en su rostro—. Tiene buen corazón.

—¡Tiene un corazón enorme! —exclamó la mujer al tiempo que se levantaba—. ¡Tan grande que es capaz de amar a todas las mujeres!

—¿Perdón? —se entrometió el aludido—. No me juzgues todavía, señora Rutland. Sé que el día de mañana, cuando de verdad desee casarme, seré el hombre más fiel del mundo.

—¿Tú? —se burló Beatrice sin pensar—. ¡Imposible!

—Por favor... tranquilicémonos —medió William.

—¿Acaso tu esposo no cambió?

—¡Por supuesto que lo hizo! ¡Porque me encontró! —clamó enfadada.

—Ruego que os calméis. —Rutland se dirigió hacia su esposa para abrazarla y relajarla. No quería que terminara blasfemando. Últimamente su estado emocional se desequilibraba con facilidad y ahora, la dulce y tierna mujer que momentos antes le había ofrecido pasión y deseo, se estaba convirtiendo en una bruja.

—Tienes razón... —dijo Roger tras suspirar—. No me merezco otra cosa salvo todo tipo de reproches. —Con paso firme regresó hacia el mueble bar pero esta vez no se llenó la copa sino que cogió la botella.

—No quiero decir que el día de mañana no seas capaz de amar a una mujer, no entiendas eso. Solo quiero que comprendas que la señorita Pearson ya ha sufrido bastante —explicó Beatrice suavizando su tono.

—El suicidio es... —intentó decir Bennett.

—¡No! ¡No es solo por el suicidio! —La mujer miró a ambos hombres y se

quedó sin palabras al descubrir que, por la expresión de sus rostros, no sabían a qué se refería. ¿Dónde estaban cuando todo Londres cuchicheaba sobre lo sucedido a la señorita Pearson?

—Me temo, cariño, que conoces algo sobre la señorita Pearson que nosotros no, ¿verdad? —William amusgó sus ojos negros y arrugó levemente la frente.

—No debería hablar de eso. Soy la menos indicada para propagar un rumor —comentó en voz baja.

—¿Pero...? —insistió su marido.

—Fueron las amigas de mi madre las que hablaron sobre ella una tarde que se presentaron para tomar el té —empezó a decir al tiempo que se dirigía hacia su marido para abrazarlo. No le gustaba recordar ciertos temas y menos cuando ella había estado en boca de los demás por causas parecidas.

—Cariño... —William la atrajo hacia su cuerpo con fuerza y al notar un pequeño temblor en ella le besó la cabeza—. Nos gustaría saber qué le sucedió a esa mujer. Tal vez eso haga que Roger se salve de ese fatídico enlace.

—No paraban de cuchichear sobre la pobre hija de los Pearson y la desgracia que había llevado a su hogar —comenzó a contar apartándose del cuerpo de su esposo y dirigiéndose hacia su asiento junto a la chimenea. William acortó distancia entre ellos y le agarró una mano para darle esa confianza que parecía necesitar—. Ocurrió en una de las fiestas que realizó su familia en la residencia Seather Low. Yo todavía no tenía edad para aparecer en sociedad, así que me quedé en casa. Sin embargo, mis padres sí acudieron.

—¿Qué sucedió? —Roger empinó la botella y dio un gran trago.

—La encontraron en brazos de un hombre.

—¿Cómo? —Bennet escupió todo el líquido que saboreaba en la boca—. ¿Me estás diciendo que...?

—No vayas a replicar sobre eso, Roger —masculló Beatrice—. No eres el

más apropiado para juzgar la decencia de una mujer.

—No creo que se atreva, ¿verdad? —participó Rutland.

—Al parecer, ocultaba su romance porque sus padres no estaban de acuerdo con que ella se prometiera a un...

—¿A un? —insistió Bennett.

—Sinvergüenza —sentenció la mujer.

—Entonces, como puedo concluir, la deshonró y la abandonó —farfulló Roger.

—No sé si será cierto o no, pero el señor Pearson siempre pensó que cortejaba a su hija porque deseaba obtener la dote que había ofrecido al casarla. Así que luchó todo lo que pudo para que nunca estuvieran juntos, pero cuando la encontraron en sus brazos, tuvo que anunciar el compromiso en aquella fiesta.

—¿Qué sucedió? —pregunto William con curiosidad.

—Al poco tiempo, el señor Pearson se declaró en bancarrota. Mi padre nos comentó que había hecho una mala gestión con cierto inversor que le había ofrecido conseguir una gran suma de dinero y, por supuesto, lo estafó.

—Entonces, ese patán anuló el compromiso —apuntó de manera reflexiva Bennett.

—¡No! ¡No fue así! Poco tiempo después de aquella noticia, el prometido se alistó en el ejército.

—¿Y qué le pasó a ese estimado militar para que no se casara con la señorita Pearson? —pregunto Bennett con retintín.

—Murió —afirmó Beatrice.

—¿Murió? —Su esposo alzó de nuevo las cejas y arrugó la frente.

—Sí. Al parecer en unas maniobras que debían realizar a alguien se le escapó

una bala y le disparó a él.

—Vaya... ¡qué mala suerte! —exhaló Roger despacio.

—Pues parece que la mala suerte le persigue, ¿verdad? —La mujer se volvió hacia él y lo miró enfadada.

—He venido hasta aquí para intentar resolver eso mismo, señora duquesa. No quiero que mi mala reputación destruya a nadie más salvo a mí.

—Pero no va a ser posible, amigo mío. No puedes eludir la firma de la mismísima reina —explicó Rutland.

—¿Qué otra alternativa me queda? —preguntó Roger después de mirar a ambos.

—Casarte con ella y ser un buen marido —señaló Beatrice con firmeza.

# V



Habían pasado dos semanas desde la muerte de Colin aunque para Evelyn ese tiempo le pareció una eternidad. Creyó que ocupando su día con todas las tareas que le surgían en la cabeza no lo echaría tanto de menos, pero se equivocó. ¿Cómo hacer desaparecer tan rápido a un ser que se ha querido con tanta intensidad? Tenía el corazón destrozado. Apenas le quedaban fuerzas para continuar viviendo y cualquier cosa que hacía le recordaba a su hermano. Nadie podía solventar su dolor, su pérdida, su vacío. Ni la muerte de sus padres le había producido tal congoja. Pero era normal. Cuando ellos fallecieron todavía le quedaba una persona por la que luchar, por la que vivir, por la que levantarse todos los días. Sin embargo, ¿ahora qué tenía? Nada salvo deudas. Cerró el libro de cuentas que estudiaba y comenzó a llorar de nuevo. Los déficits empezaban a superar el dinero que guardaba y, tal como imaginó, nadie había preguntado por la venta de la residencia de su hermano. El final de una época estaba llegando. Solo le quedaba enfrentarse con entereza al desastroso futuro.

Miró de nuevo la carta que tenía sobre la mesa. En ella, su tía abuela le explicaba que una conocida suya necesitaba una institutriz para sus hijos. Era una buena oportunidad para marcharse de Londres y alejarse de todo. Quizá de este modo también dejaría de sufrir las impertinentes visitas de aquellos que intentaban salvarla mediante un matrimonio.

Desde el fallecimiento de Colin, los caballeros solteros o viudos de la ciudad aparecían por su hogar para ofrecerle la mejor alternativa a su desdicha. El primero en comentarle tal locura fue el señor Coleman. Evelyn no presintió nada cuando habló con él en el entierro. Si no recordaba mal le comentó que las puertas de su hogar siempre estarían abiertas para ella pero... ¿casándose? Las razones que el buen doctor alegó para la proposición matrimonial eran que

ella estaba sola, desamparada en la vida y que él, al enviudar, necesitaba una esposa con quien tener hijos. Se quedó muda tras la exposición. Su cuerpo se entumeció y tuvo unas ganas terribles de vomitar, pero mantuvo la compostura y rechazó la proposición de la manera más sensata que encontró hasta ese momento: declaró que se encontraba en período de luto y no se hallaba en plenas facultades para pensar. Sin embargo, cuando el señor Coleman se marchó, creyó que ese tema estaba zanjado, pero no fue así. Día tras día aparecían más caballeros con la esperanza de encontrar su ansiado sí.

—Señorita Pearson...

Su doncella apareció en la salita sobresaltada. Tenía el rostro pálido y la respiración era más agitada de lo habitual.

—Dime, Wanda, ¿qué sucede? —preguntó mientras se incorporaba del asiento para dejar junto a la carta el libro de cuentas.

—Disculpe si la molesto pero acaba de llegar otro carruaje —expuso sin apenas tomar aire para respirar—. Imagino que será otro posible pretendiente.

—¿Otro? —gritó con rabia—. ¿Acaso no ha quedado clara mi postura? ¿Voy a tener que enviar unas líneas al periódico para aclarar que no busco esposo? — Su furia era tal que el rostro se llenó de fuego.

—Lo siento mucho, imagino que todo el mundo piensa que usted debe casarse para poder subsistir —repuso avanzando hacia ella.

—¿Subsistir? ¿De verdad crees que vivir al lado de un hombre que no amo y que piensa que soy una máquina de hacer hijos puede ofrecerme esa supervivencia? ¡Maldita sea! ¡¡No soy un animal!!

—Mi señora... —la interrumpió Wanda al ver que el caballero empezaba a subir las escaleras.

—¿Qué? —preguntó dándose la vuelta hacia ella.

—Se acerca... Debe decidir qué hacer.

Evelyn corrió hacia la ventana. Apartó las cortinas y se quedó observando a la

persona que avanzaba hacia la entrada. Sin lugar a dudas, era el hombre más apuesto de los que hasta ahora habían aparecido pero, aun así, no quería recibirlo. Durante unos instantes se mantuvo callada meditando en silencio cómo podría evadir la visita. Por mucho que lo intentó, no se le ocurrió nada.

—Señora, es el mismo hombre que se acercó a usted el día del funeral. Ese caballero que osó sujetarla del brazo delante de los presentes —explicó la doncella al contemplarlo más de cerca.

—¡El señor honorable! —exclamó. Casi tiró a Wanda al suelo al apartarse de la ventana. Empezó a pasear de un lado a otro al tiempo que blasfemaba sin parar. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Cómo se le ocurría aparecer en su casa después de lo ocurrido?

—¿Qué hago? ¿Lo recibo o espero a que tire la puerta? —preguntó la sirvienta sin poder reducir su inquietud.

—Lo recibiré yo... —dijo Evelyn entornando los ojos y esbozando una sonrisa pícaro.

—¡Es una locura! ¿Cómo le va a recibir usted? —La doncella se quedó inmóvil en mitad del salón. Sus cejas se alzaron infinitamente y se llevó la mano a la boca al observar el rostro malicioso de su señora—. ¿No pretenderá...? ¡¡Dios, no!!

—No me queda otra opción —sentenció—. Te necesito.

Llevaba cuatro días en Londres, tiempo que utilizó en consultar a toda la gente que conocía y sabía de leyes para romper su acuerdo. Pero siempre obtuvo la misma respuesta: un inmenso «nada se puede hacer» acompañado de una enorme carcajada. Ya se había dado por vencido. No le quedaba más remedio que cumplir la última voluntad de la persona que le había destrozado la vida. Con un gran pesar, le dio al cochero la dirección a la que debía llevarlo, se metió en el carruaje y cerró los ojos. Durante el trayecto recordó una y otra vez la noche de la partida. Intentaba obtener algo que le salvara de aquella situación. Sin embargo, seguía sin encontrar aquello que buscaba. Era tanta su



rabia por lo que iba a hacer que empezó a golpear con los puños el interior del coche. ¿Cómo había sido tan tonto? ¿Cómo no fue capaz de darse cuenta? De repente, el carromato paró. Escuchó el relinchar de los caballos y cómo el cochero bajaba del asiento. Quiso agarrar la manilla e impedir que el lacayo realizara su trabajo. ¿Y si se quedaba allí encerrado el resto de sus días? ¿Podría salvarse? Pero no lo consiguió. Cuando extendió la mano para echar el pestillo, el criado la abrió.

—Milord, hemos llegado —le informó el hombre que, al ver al señor extendido hacia la puerta, se quedó tan sorprendido que dio un paso hacia atrás.

—Gracias —dijo a modo de respuesta.

Roger inspiró todo lo que pudo cuando alzó la vista hacia la residencia. No era tan grande como la suya pero tampoco la podía catalogar de pequeña. Se alisó el traje, apretó el sombrero con fuerza en la cabeza y comenzó a subir los peldaños que lo conducían hacia su muerte. Sí, su muerte. Aunque pensó que si fallecía antes de tocar la puerta, sería el hombre más feliz del mundo.

Muy a su pesar llegó sano y salvo hasta la entrada.

Cogió el llamador y tocó varias veces. Oyó unos suaves pasos acercándose y, ocultando su aflicción, mantuvo una figura rígida.

—Buenos días, señor —le respondió una sirvienta vestida de riguroso negro.

—Buenos días. Necesito hablar con la señorita Pearson. ¿Se encuentra en el hogar?

—Sí, milord. ¿Quién le digo que desea verla?

La doncella seguía mirando al suelo. Llevaba el cabello recogido en un voluminoso moño aunque se le habían escapado algunos mechones. Roger observó el color y se quedó sin habla. Era de un rojo tan intenso que parecía desprender fuego. Adoraba ese tono de pelo y, muy a su pesar, nunca había yacido con una mujer con ese rasgo tan erótico. Embelesado por el brillo, tomó aire intentando mantener la compostura, pero fue peor. Cuando el

perfume de la mujer se introdujo en su nariz, algo en él despertó con más rapidez de la que esperaba. «*Mon Dieu, non!*», exclamó mentalmente. Olía a lilas. Si hubiese cerrado los ojos se habría visto de nuevo en el hogar de sus padres, caminando bajo un largo túnel de lilas mientras que su madre le hablaba con entusiasmo de cómo cultivarlas. Por unos instantes, su mal humor desapareció y dejó que una extraña paz calmara su cuerpo.

—¿Quién dice que es usted? —insistió la mujer al ver que no le respondía.

—Soy el señor Bennett —contestó al fin.

Pero no fue capaz de seguir hablando. Cuando la criada levantó con suavidad su pálido semblante y expuso el verdor de sus ojos, estuvo a punto de caerse al suelo. Eran tan profundos, tan hermosos, que deseó acercarse la mano y tocarlos con delicadeza. Pero si aquella mirada lo dejó sin palabras, tras descubrir el rostro se quedó tan alelado que olvidó la razón por la que había aparecido en aquel lugar. Las mejillas de la mujer estaban cubiertas de unas diminutas pecas que le daban un aspecto tan juvenil como lujurioso. De repente tuvo ganas de salir corriendo, huir lo antes posible de allí. ¡Estaba loco! ¡No podía casarse! Era un hombre maldito. Porque... ¿acaso no era una maldición el repentino deseo de regresar a casa y hacerle llegar a la sirvienta una carta indicándole que la quería como amante?

¿Cómo iba a mantener su juramento? ¿Cómo iba a respetar a su esposa si antes de conocerla ya tenía fantasías con su propia sirvienta?

—Si es tan amable de esperar aquí, le preguntaré a la señora si puede recibirle. —Con paso firme y más recta de lo que debería mostrar una empleada, la mujer desapareció tras una puerta.

Roger no pudo apartar la mirada de ella. Lo había hipnotizado hasta tal punto que estaba a punto de cometer una locura. Sin embargo, justo cuando se iba a dar la vuelta y bajar las escaleras de tres en tres, la criada apareció sonriente.

—Si es tan amable de seguirme, mi señora le recibirá en el salón. —Se colocó delante de él y avanzó con la misma actitud.

¿Su corazón seguía latiendo? La respuesta debía ser que no porque creía que

había dejado de sentirlo. Estuvo a punto de llevarse la mano hacia la corbata para deshacer el nudo. Le faltaba aire. Notó cómo le sudaba el cuerpo y la punzada entre las calzas aumentaba en cada movimiento de cadera.

Roger alzó la mirada e intentó clavar sus pupilas en el techo. Necesitaba calmar ese extraño deseo que le había despertado la criada. Nunca se había fijado en una sirvienta. Para él eran personas intocables y respetables. La mera idea de someter a una doncella no solo a un trabajo en el hogar sino también en la alcoba, le provocaba náuseas. Quizás el culpable de eso fuera su padre quien no era capaz de respetar a ninguna mujer que se le acercara.

—Señor... —le indicó con suavidad—. Si es tan amable de pasar.

Roger quiso cerrar los ojos para escuchar la melodía que sonaba al hablar. Nunca había tenido el placer de oír un suave canto parecido al de las sirenas y en ese momento lo estaba oyendo. Haciendo un gran esfuerzo, se adentró en el salón y dirigió la mirada hacia la mujer que se encontraba de pie esperándolo. Volvió a quedarse mudo. Lo había sopesado en más de una ocasión pero siempre rezaba para que no ocurriese. Aunque ya no había marcha atrás, se iba a casar con una mujer que rozaría los cincuenta.

—Buenas días, señorita Pearson. —Extendió la mano hacia ella y la besó con suavidad. Al contacto con su piel, Roger notó una aspereza impropia de una mujer de su rango. Sin embargo, rápidamente recordó que su economía no era la apropiada y pensó que debido a ello la mujer tendría que realizar tareas propias de una doncella.

—Buenos días, señor Bennett —le saludó con un pequeño tartamudeo—. ¿Qué motivo le ha conducido hasta mi hogar? —Se alejó de su lado y se sentó cerca de donde se encontraba la lacaya.

Roger la siguió con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los de la sirvienta. Un extraño cosquilleo en su estómago surgió sin poder controlarlo. Apenas le salían las palabras, estaba extasiado por culpa de aquella mujer. Pese a ese estado de ensimismamiento, respiró hondo y anduvo por el salón hasta colocarse en el centro. Miró a su futura esposa y le dijo con tono suave:

—Me gustaría hacerle entrega de un documento que firmé a su hermano antes

de su muerte. —Metió la mano en el bolsillo y lo mostró. La doncella se acercó para cogerlo y en ese instante volvió a azotarle el delicioso perfume—. Me gustaría aclarar que no estuve de acuerdo en su momento, pero tras reflexionar durante este tiempo, creo que será lo más acertado para ambos.

—¿Para ambos? —inquirió la dama con asombro. Abrió el sobre, sacó el documento y dejó que la sirvienta lo leyera a la misma vez que ella—. Esto... Esto...

—Sí, señorita Pearson —dijo sin dejar de observar cómo la criada empezaba a palidecer—. Es nuestro compromiso matrimonial.

No esperaba que la persona más afectada por la noticia fuese la empleada de su futura esposa. Así que, por mucho que lo evitó, prestó más interés a su comportamiento que al de la señorita Pearson. La observó temblar, después cómo miraba la carta y luego dirigía sus verdes pupilas hacia él. Roger, asombrado, descubrió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y que alargaba las manos hacia el respaldo donde se sentaba su señora para evitar un posible desmayo, pero no consiguió agarrarse con fuerza. Sus manos se resbalaron y tras ellas, el cuerpo entero. De repente, saltándose todos los protocolos que le habían inculcado desde la cuna, dio unos grandes pasos hacia la doncella y consiguió cogerla antes de que tocara el suelo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó agarrándola de la cintura.

—¿Wanda? —preguntó su futura esposa—. ¡Dios mío!

—No se preocupe, ha sido solo un desmayo, pronto se recuperará. Pero si es tan amable de indicarme donde he de posarla, lo haré encantado —señaló Roger alzando entre sus brazos el cuerpo desplomado.

—¡Sígueme! —exclamó la mujer corriendo delante de él—. La dejaremos descansar en mi alcoba.

Era pecado y lo sabía, pero no pudo resistirse. Mientras la sujetaba entre sus brazos, Bennett intentaba sentir su calor, oler su aroma e imaginar que aquel cabello rojo resaltaría la palidez de sus almohadas. Intentó borrar de su mente aquellas escenas tan lujuriosas y más a sabiendas que su futura esposa estaba

junto a él. No le quedaba otra alternativa, tendría que despedirla una vez que contrajese matrimonio porque... ¿acaso se resistió Adán a comer la manzana cuando Eva se la ofreció desnuda?

—Puede tumbarla ahí. —Indicó después de abrir la puerta del dormitorio.

Cuando Roger la posó sobre la cama, notó cómo se enfriaba su cuerpo y cómo empezaba a extrañarla. Desesperado por tal locura, caminó con rapidez hasta colocarse a los pies del lecho. Tenía que hacer desaparecer ese inoportuno deseo; no debía sentir esa quemazón en el pecho por alejarla de su lado. Sin lugar a dudas, si él fuera Adán y ella le ofreciera la manzana se la habría comido en dos bocados.

—Si usted lo desea, vendré en otro momento para aclararle cuándo se celebrará nuestra boda —dijo sin voz. Un enorme nudo en la garganta le impedía hablar con normalidad y sus pupilas, por más que se lo proponía, no podían apartarse del cuerpo desvalido de la lacaya.

—¿Y si no deseo casarme? —respondió la mujer mirándolo con ojos vidriosos.

—Le juro por mi honor que he estado buscando esa alternativa desde que leí la carta, pero no he hallado ninguna. Usted y yo estamos prometidos. Pero...

—Tomó aire y rezó para que la opción que había sopesado durante los últimos días fuera la correcta para ambos—, no se preocupe por mí. Después de casarnos me marcharé de Londres y no regresaré hasta que necesite un hijo para heredar el título que poseeré.

La mujer enmudeció. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas recorrieran su rostro. Agarró con fuerza la mano de la doncella y después de unos minutos en los que parecía reflexionar preguntó:

—¿Dónde viviré? —exigió saber con una mezcla de inquietud y tristeza.

—Donde usted desee.

—¿Cómo lo haré?

—Será la futura duquesa de Riderland y vivirá como tal —aseveró. Colocó las manos en su espalda y alzó el mentón. No le pareció una actitud adecuada para una señorita de buena familia pero entendió que se preocupara por su economía.

—¿Cuándo desea que se celebre esa boda? —demandó al tiempo que le apartaba un mechón de la cara a la sirvienta.

—Lo antes posible —respondió con rotundidad.

—Bien, en ese caso lo acepto como esposo. Ahora, si es tan amable de dejarme sola, podré atender a mi doncella como se merece.

Roger afirmó con la cabeza, golpeó suavemente los talones de sus botas y salió de la habitación. Cuando cerró la puerta agachó la cabeza y decidió celebrar sus últimos días de soltería llenando su estómago de todo el licor que encontrara.

## VI



Como era de esperar, cuando Evelyn se despertó salió de la habitación y, sin darle tiempo a Wanda a colocarle la capa y el sombrero, se montó en el carruaje y se dirigió hacia la oficina del señor Lawford. Había visto su firma en el documento junto a la de su hermano, la de su futuro esposo y la de la mismísima reina, así que era la única persona que le podía ayudar a liberarse de esa proposición irrefutable. ¿Por qué Colin había ideado ese plan tan desastroso? No se lo terminaba de creer. Era impensable que él la forzara a realizar algo que no deseaba.

Desde la ruptura con Scott, había gritado a los cuatro vientos que jamás se comprometería con nadie, que viviría soltera el resto de su vida pero su hermano no le concedió su único deseo. Sin poder dejar de llorar miró por la ventana y se percató de que no llovía. Por primera vez en semanas los rayos iluminaban la ciudad, sin embargo, ella se sentía en plena oscuridad. Ni las continuas palabras de aliento de Wanda la consolaron. Por mucho que insistiera en que era la mejor opción para no caer en la destrucción por las deudas, Evelyn seguía alegando que marcharse como institutriz era su única salvación. ¿Por qué se iba a casar con un hombre que no conocía? ¿Qué futuro le esperaba? ¿De verdad era tan ingenua Wanda que esperaba que el hombre se marchara y la dejara vivir tranquilamente? Los hombres mentían. Susurraban las palabras que una necesitaba escuchar pero, cuando conseguían lo que andaban buscando, se esfumaban como las nieblas matutinas.

—Mi señora, hemos llegado —comentó la doncella con voz suave.

—¿Me dijiste que él buscó cómo deshacerse de este compromiso? —quiso saber Evelyn al tiempo que fruncía el ceño y entornaba los ojos.

—Sí, eso mismo fue lo que dijo cuando estuvimos en la habitación —respondió Wanda un tanto sorprendida por la pregunta.

—Así que... el señor Bennett tampoco está feliz por este acuerdo —prosiguió con tono mordaz.

—Según parece más que placer le provocó obligación.

—¡Pues yo le liberaré de esa obligación! —exclamó al tiempo que saltaba de su asiento y abrió con vigor la puerta del carruaje.

—¡Señorita, su sombrero! —clamó Wanda horrorizada al ver cómo la muchacha salía al exterior sin cubrir su cabello y rostro.

Evelyn no la escuchó. Caminó de prisa hacia la puerta de la oficina, agarró el llamador y golpeó tan fuerte como pudo.

—¿Quién osa llamar...? —empezó a preguntar Arthur Lawford sorprendido. Se quedó atónito cuando halló frente a sus ojos a la señorita Pearson. No llevaba el oscuro velo que cubría su rostro y gran cantidad de su cabello se había escapado del moño. El administrador tragó saliva.

—Buenas tardes, señor Lawford —dijo a modo de saludo. No esperó a que este le invitara a entrar, accedió al interior con tanto ímpetu que el hombre tuvo que apartarse para no rozarla.

—Buenas tardes, señorita Pearson. ¿Qué hace usted aquí y sin su velo? —preguntó aturdido.

—Necesito que me aclare la última voluntad de mi hermano —respondió entrecortada.

—¿Su última voluntad? —repitió al tiempo que la seguía hasta llegar a su escritorio.

—¡No me esquive, señor Lawford! —exclamó enfadada mientras se giraba hacia el administrador y lo miraba iracunda—. Sabe muy bien de lo que estoy hablando. ¡Usted también firmó mi sentencia de muerte!



—Cálmese, por favor —le dijo con voz pausada—. Si es tan amable de tomar asiento, le contaré todo lo que desee.

Arthur apartó una silla y esperó a que ella se sentara. Luego rodeó la mesa y ocupó su lugar. No habló hasta que escuchó que la mujer respiraba con más tranquilidad. Necesitaba que le prestara toda la atención posible y estaba seguro de que si lo hacía inquieta el resultado sería catastrófico.

—¿Quiere una copa? —Abrió el cajón y sacó una botella y dos vasos que colocó sobre la mesa.

—Por favor —respondió como afirmación.

Lawford se la llenó hasta el borde, después hizo lo mismo con la suya pero cuando iba a tomar el primer sorbo observó que el vaso de la mujer ya estaba vacío.

—El señor Pearson apareció una mañana en mi oficina con un libro de cuentas —empezó a explicar mientras colmaba la copa de nuevo con líquido ambarino—. Me pidió que le echara un vistazo. Imagino que necesitaba mi ayuda para intentar salvar la situación económica por la que pasaban.

—Desde que mi padre realizó aquella inversión, las rentas familiares no han sido muy boyantes —indicó con calma.

—Por mucho que estudié y analicé la situación, no encontré una salida a ese problema —aclaró con pesar—. Poco después su hermano me informó sobre su enfermedad. Le recomendé que vendiera su residencia en Downing Street. Lo hizo, la puso en venta sin que usted lo supiera durante seis meses, pero nadie preguntó por ella y Colin empezó a angustiarse al ver que el tiempo pasaba, su enfermedad lo hacía más débil y las deudas aumentaban.

—¿Fue en ese preciso momento cuando decidió buscarme un esposo? —consultó con sarcasmo.

—No, la verdad es que no fue en ese momento. Ocurrió unos días después del duelo de...

—¿Duelo? ¿Colin estuvo implicado en un duelo? —Levantó la voz más de lo que debiera.

—¡No! ¡Él jamás haría una locura así! —saltó Arthur en su defensa.

—Entonces... ¿qué fue lo que le condujo a tomar esa decisión? —Su tono seguía alto, mostrando el enfado y la desesperación que sentía en esos instantes.

—Según me dijo, la actitud del señor Bennett.

—¿Y me puede decir cuál fue esa actitud para pensar que sería un buen esposo?

—Su fidelidad.

—¿Fidelidad? ¡Yo también tengo fidelidad a cualquier perro que me encuentre por la calle!! —clamó perdiendo la compostura.

—Lo siento mucho, señorita Pearson. Perseveraré mucho en hacer razonar a su hermano, pero no me hizo caso —indicó con resignación.

—He de encontrar la manera de romper ese compromiso. ¡No puedo casarme con el señor honorabilidad! —Se levantó de la silla y merodeó por el pequeño espacio haciendo aspavientos y blasfemando sin parar.

—Mucho me temo que no hay nada que podamos hacer para revocar el documento. Hasta la mismísima reina consintió el enlace.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo consiguió que nuestra reina firmara una cosa así? —dijo después de apoyar las palmas de sus manos sobre la mesa y mirar al hombrecillo con ira.

—Tengo contactos, señorita Pearson —afirmó con orgullo—. Su hermano quería un compromiso inapelable y yo se lo conseguí. Soy el mejor en la ciudad...

—¿El mejor? —Enarcó las cejas y lo contempló desafiante—. ¿Está usted seguro de eso?

—¡Por supuesto! —exclamó el administrador.

Le había herido su orgullo y, por muy enfadada que estuviera la mujer, no dejaría que menospreciara su trabajo.

—Pues si es tan bueno en lo suyo, ¡busque la manera de liberarme de esta prisión!

—Mucho me temo que no podrá librarse de eso. Ha de casarse con el señor Bennett.

Evelyn soltó varios improperios, gritó con fuerza y, sin mermar la ira, alargó la mano para tirar al suelo los vasos y la botella de whisky.

—¿Qué hace? —espetó Arthur levantándose rápidamente de su asiento—. ¡Esa botella vale más de diez libras!

—Cárguelo en la cuenta de mi futuro esposo. Seguro que estará encantado de pagar los desperfectos de quién nos ha unido para siempre. —Y sin nada más que añadir, se dio media vuelta y salió de la oficina.

Cuando cerró la puerta, el sol brillaba más que nunca. Cerró los ojos y dejó que sus cálidos rayos la calmaran. No había forma de escapar. Estaba atada a un hombre que no conocía. Sus piernas empezaron a debilitarse. Notaba cómo la fuerza la abandonaba. Era, de nuevo, una mujer desdichada por culpa de un hombre. Levantó su rostro bañado en lágrimas, caminó hacia el carruaje y dejó que Wanda la acogiera entre sus brazos.

—Tranquilícese... —le murmuró mientras le acariciaba el cabello—. Estoy segura de que ese caballero cumplirá su palabra y se alejará de usted.

—¡Oh, Wanda! ¿Por qué me está pasando esto? ¿Acaso no he sufrido bastante?  
—Con la cabeza apoyada en las piernas de la sirvienta Evelyn continuó su agónico llanto.

—Todo se solucionará. Dios es piadoso con las personas buenas —continuó susurrándole—. Ahora solo debe pensar una cosa.

—¿El qué? —Movió lentamente la cabeza para poder observar a la mujer que

la consolaba como si fuera su madre.

—¿Cómo se va a presentar el día de su boda si su futuro esposo piensa que es la sirvienta?

## VII



Una semana después de aparecer en el hogar de la señorita Pearson, Roger empezaba a prepararse para su supuesto gran día. A pesar de la insistencia de su ayuda de cámara en que se vistiera con uno de los trajes azul marino que guardaba para celebraciones especiales, eligió el negro, dándose un aspecto aún más tétrico si cabía. Durante los siete días aprovechó para visitar a sus padres y darles la buena nueva. Creyó que, al cumplir el mayor de sus deseos, le abrazarían, se llenarían de júbilo y le desearían una vida próspera. Pero no fue así. Su madre comenzó a llorar y cuando cesó el llanto, se desmayó. Su padre le gritó que era un insensato, que jamás hubiese imaginado que un hijo suyo hiciera una propuesta matrimonial sin su consentimiento y añadió que, si no hubiese nacido, se habría sentido el hombre más afortunado del mundo. Lógicamente, Roger salió de la casa de sus padres con un sentimiento de ahogo que ni la botella que guardaba en el carruaje pudo eliminar. No entendía la actitud de sus padres. Durante toda su vida le habían advertido que debía buscar una esposa que le hiciera sentar la cabeza, que lo retirara de la vida pecaminosa que llevaba y que les obsequiara con la llegada de nietos. Sin embargo, al conseguir una de esas aspiraciones, descubrió que en el fondo nada de eso era cierto, que todas aquellas conversaciones sobre el futuro eran falsas y que en realidad albergaban la esperanza de que un día desapareciera de entre los vivos para que su hermano Charles poseyera el título de marqués.

Hundido por el descubrimiento, hizo llamar a las únicas personas en quienes podía confiar: William y Federith, su verdadera familia. En pocos días recibió la respuesta de ambos. Federith le comunicaba que iría solo a la ceremonia porque su mujer no se encontraba en buen estado para viajar. William, después de escribirle una parrafada sobre el deber de un marido hacia su esposa, le respondía que tanto él como Beatrice estarían acompañándolo en un día tan importante. Como postdata, el duque de Rutland añadió que no se quedarían en

Lonely Field, sino que pernoctarían en la casa de los padres de Beatrice, que visitaban Londres esa misma semana. Así que se encontraba solo, en su casa, en su habitación y con el traje elegido. Se miró en el espejo y se asombró. No era la imagen de un hombre a punto de contraer matrimonio sino la de un hombre que asistiría a un funeral, pero así era como se sentía.

—Milord. —Anderson entró en la alcoba con la sutileza que le caracterizaba —. Debemos irnos.

—¿Has preparado el equipaje? —preguntó mientras echaba un último vistazo a su alrededor.

—Sí, mi señor. Cuando partamos hacia la iglesia, uno de los criados lo llevará hasta el barco —indicó.

El mayordomo no podía dejar de observar a la persona que servía desde hacía algo más de una década. Por mucho que intentara encontrar una situación que le hubiese producido tanta tristeza a su señor, no la halló. Era la primera vez que el futuro marqués estaba sumergido en una depresión tan inmensa que le resultaría difícil salir de ella. Con la misma aflicción que el hombre para quien trabajaba, Anderson bajó las escaleras, le ofreció la capa y el sombrero y abrió la puerta del carruaje.

—Gracias por ser tan fiel —susurró Roger antes de introducirse en el interior.

—Milord, si me permite el atrevimiento, creo que Dios se apiadará de usted y le ofrecerá la felicidad que tanto ansía —expuso antes de cerrar.

—No estoy tan seguro de eso —murmuró Bennett mientras se sentaba y miraba el exterior por la ventana.



Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Había tenido la esperanza de encontrar algo que la deshiciera del terrible final, pero durante los siete días que transcurrieron desde que el señor Bennett apareció en su hogar, no descubrió nada que la liberara. Su hermano había hecho la mejor jugada de su

vida destrozando la suya. Era cierto que ahora no tendría que preocuparse de su estabilidad económica, ni sufriría la agonía de elegir qué criado debía despedir, pero eso no le proporcionaba la ansiada felicidad. Echó la cabeza levemente hacia atrás para que Wanda le colocara el sombrero y el velo. Había insistido en comprar uno tan oscuro que apenas la dejaba observar lo que tenía a un palmo de distancia. Notó cómo le clavaba las horquillas y aferraba con pericia el enorme sombrero para que no pudiera escaparse ni un solo cabello del interior. El tiempo pasaba demasiado rápido y no sabía cómo pararlo.

—Me siento tan triste... —dijo la doncella entre sollozos.

—Lo sé, pero será lo mejor para ambas. —Alargó las manos hacia el velo enrollado y empezó a estirarlo para cubrir su rostro.

—Siempre soñé que estaría a su lado en un momento tan importante. —Wanda dio unos pasos hacia atrás, extendió los brazos hacia el suelo y agachó la cabeza.

—Fue culpa mía que te hicieras pasar por mí y lo siento. —Evelyn se giró hacia su criada y abrió los brazos para abrazarla—. Te prometo que regresaré en cuanto todo termine.

—¡Mi niña! ¡Mi pobre niña! —exclamó en mitad del llanto—. ¿Cómo ha llegado a esto? ¿Por qué su hermano no fue más sensato?

—Quería cuidar de mí. Quería morir tranquilo pensando que su hermana no sufriría las penurias a las que me vería expuesta si no contraía un matrimonio afortunado —dijo con firmeza intentando no solo consolar a la sirvienta sino también a ella misma.

—¿Y si no se va? ¿Y si decide quedarse? —Wanda se apartó de Evelyn, abrió los ojos como platos y se llevó una mano a la boca. No habían sopesado esa opción. Hasta ese momento habían creído en las palabras de un extraño.

—Se irá. Estoy segura de que lo hará —sentenció.

—¿Y si no lo hace? —insistió la mujer aterrorizada.

—Me marcharé con él a su residencia y tú te quedarás en Seather como ama de llaves —indicó.

—¡No quiero separarme de usted! ¡No quiero quedarme sola! —exclamó sin cesar de llorar.

—Yo tampoco, Wanda, yo tampoco...



Una pequeña sonrisa apareció en su rostro cuando bajó del carruaje y observó las figuras de sus amigos frente a la puerta de la iglesia. Como un niño que necesita ser abrazado y consolado por alguno de sus padres, Roger corrió hacia William y lo asaltó.

—Gracias, mil gracias —balbuceó.

—No podía dejarte solo —le dijo con su típico tono grave—. Para eso están los amigos, ¿verdad?

—¿Estás seguro de que no has podido encontrar algo que te libere de esta situación? —preguntó Federith mientras se acercaba a Bennett y le ofrecía su mano para saludarlo.

—Nada. —Negó con la cabeza—. Ese muchacho dejó todo bien atado.

—Bueno, si lo miras por el lado positivo, no tendrás quebraderos de cabeza buscando a la candidata idónea para vivir contigo —comentó antes de soltar una pequeña carcajada.

—No entiendo cómo puedes ser tan arrogante —masculló Beatrice hasta ese momento callada—. ¿Ves que tu amigo está sufriendo y en vez de ofrecerle tu apoyo te mofas de esa forma?

—No era mi intención... —se excusó apartándose de Roger para cederle su espacio a la mujer.



—¿Sabes lo que pienso? Que estás sufriendo una tristeza tan grande que no eres capaz de superarla salvo cuando confirmas que las personas que más quieres están sufriendo mucho más que tú —sentenció señalándole con el dedo inquisidor.

—Amor mío... controla ese genio. De los tres, Federith ha sido el más afortunado...

—¿Afortunado? ¿Ibas a decir afortunado? ¿Acaso tú no lo eres? —demandó frunciendo el ceño.

—No soy afortunado, querida. Soy el hombre más afortunadísimo del mundo. —William avanzó hacia su mujer, la agarró de la cintura y le dio un beso tan apasionado que la dejó sin respiración.

—Señores... —apuntó Federith—, llega la novia.

Roger miró hacia el carruaje que estacionaba a escasos metros de ellos. Se quedó tan inmóvil que las suelas de sus zapatos se quedaron pegadas al suelo. Fue William quien lo hizo despertar de su shock al empujarlo hacia el coche. Intentando dibujar una sonrisa en su rostro, abrió la puerta y tendió la mano hacia la mujer que se convertiría en su esposa.

—Gracias por venir —comentó a modo de saludo.

—¿Me quedaba otra opción? —gruñó la mujer.

—No —respondió sin voz.

—Pues entonces, terminemos esto de una vez. Quiero regresar a mi casa. — Con una entereza que no tenía, Evelyn caminó al lado de Roger hasta que se introdujeron en la iglesia.

Sin cruzar entre ambos ni una palabra más, escucharon el monólogo del párroco quien no cesaba de hablar sobre la lealtad, la fidelidad y el compromiso que implicaba un enlace matrimonial. Bennett no se dio cuenta de que ella tenía guantes hasta que le ofreció el anillo, ni cuando le tendió la mano para ayudarla a bajar descubrió que los llevaba. ¿Dónde estaba su

mente? ¿En qué lugar del mundo se encontraba? De repente, el cura les indicó que ya eran marido y mujer. Esperó a que ella levantara el velo para poder darle un beso, pero no lo hizo, así que acercó sus labios a la rugosa tela y la besó en lo que se suponía que era una mejilla.

—¡Enhorabuena! —exclamó Beatrice a la actual señora Bennett cuando se alejaron del altar.

—Gracias —respondió Evelyn con suavidad.

—Sé que no me conoces, soy Beatrice, la esposa del duque de Rutland, que es uno de los mejores amigos de tu marido. Quiero que sepas que, aunque parece un hombre horrible, no lo es. Tiene un gran corazón y estoy segura de que abandonará su inapropiada vida para convertirse en un buen esposo. —Abrió sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Mis felicitaciones —apareció la voz de William al lado de las mujeres—. Bienvenida a la familia. Quiero informarte que nuestra casa ahora también es tuya y puedes visitarnos cuando desees.

—Gracias... —dijo con un pequeño hilo de voz.

—Soy Federith Cooper, otro de los amigos de su esposo. Le doy la enhorabuena. —Alargó su mano, cogió la de ella y la besó.

—Gracias a todos por acudir —empezó a decir Roger que hasta ese momento se había mantenido callado para que todas las atenciones se dirigieran hacia su esposa—. Quiero que sepáis una cosa; se lo dije a ella en el pasado y lo sigo manteniendo. Me marcho.

—¿Cómo? —inquirió Beatrice asombrada.

—He de hacerlo. Este matrimonio ha sido una obligación para ambos y le prometí que, una vez casados, me alejaría de Londres para dejarla vivir tranquila.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó William enfadado.

—Sí que lo haré y espero que cuidéis de ella. Mi querida señora Bennett

espero que disfrute de su nueva vida. He dado orden a mi administrador para que pague todos sus gastos. Si tiene cualquier problema, él sabrá dónde encontrarme —comentó antes de caminar con firmeza hacia su carruaje. No podía mirar atrás porque si lo hacía no podría alejarse de la única familia que tenía. Pero había hecho una promesa y, muy a su pesar, debía cumplirla.

—¡Dios mío! —exclamó la duquesa de Rutland cogiendo las manos de la señora Bennett—. ¡Se ha vuelto loco!

—Es la mejor decisión —murmuró Evelyn sin dejar de mirar la figura que se alejaba de ella tal como le había prometido.

—¿Estás segura? —quiso saber Beatrice.

La miró sin parpadear. No podía distinguir el rostro de la mujer que había contraído matrimonio con el amigo de su esposo. Tampoco pudo comprender si esa situación le parecía correcta o no. Todo en ella era oscuridad, no solo por su vestimenta sino por el tono de voz con el que hablaba.

—Muy segura —afirmó sin moverse del lado de Beatrice.

—Pues quiero que escuches atentamente mis palabras. Si en algún momento necesitas una amiga con quien hablar, estaré complacida de escucharte, ¿entendido?

—Sí.

Una repentina tristeza la azotó. No comprendió por qué, al verlo marchar, quería gritarle que no lo hiciera. ¿Sería miedo? ¿Estaría aterrada por su futuro? Porque si esas no eran las razones de su repentino cambio de pensamiento, ¿cuáles eran? Quizá descubrir que en el fondo el señor honorabilidad cumplía su palabra le había provocado un pequeño afecto. Durante toda su vida los hombres de su entorno jamás habían cumplido sus promesas. Sin embargo, él abandonaba una vida cómoda en Londres para llevarla a cabo sin importarle las consecuencias. ¿Estaría ante un hombre leal? ¿Se habría dado cuenta Colin de eso y por ese motivo tramó el plan? Evelyn no podía pensar con claridad. Lo único que deseaba era marcharse a Seather y vivir igual que hasta ahora. Aunque muy a su pesar, tal vez no lo lograría

sabiendo que, mientras ella dormía plácidamente en su cama, su esposo se encontraría solo en algún lugar del mundo y sin el afecto de las personas que lo amaban por su culpa.

Estaban a punto de abandonar Londres cuando Roger se incorporó. Golpeó con fuerza la pared del carruaje y esperó a que el cochero parara. Había estado tan ocupado buscando algo que le librara de su matrimonio que no pensó en su juramento.

—Dirígete hacia Baker Street —ordenó asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Está usted seguro? —preguntó Anderson con asombro.

—Sí —respondió con seguridad—. Quiero demostrarme que no soy como él.

—¿Y si lo hace? ¿Y si se convierte en su padre? —prosiguió el mayordomo con temor.

—No regresaré jamás —sentenció.

# VIII



## **Londres, siete meses después.**

Los brazos le servían de almohada mientras sus largas piernas, enfundadas en unas botas negras, descansaban sobre la mesa. De vez en cuando se balanceaba en la silla y un suspiro tras otro llenaba el silencio del camarote hasta que empezaron a oírse los silbatos del resto de barcos que navegaban por el Támesis.

Había pasado mucho tiempo desde que decidió marcharse y por fin llegaba a su hogar. Pese a que visitó los lugares más paradisíacos del mundo, no encontró un lugar donde habitar el resto de su vida. Nada era comparable a Londres. Quizá porque no le bastaba tener a su alrededor un sitio repleto de paz si solo encontraba soledad.

Echaba de menos a sus amigos, a su verdadera familia. Se planteó regresar en más de una ocasión, pero la promesa a su esposa pesaba más que sus propios deseos. Nunca había sido un caballero, de eso no le cabía la menor duda; solo bastaba recordar sus actitudes en el pasado para afianzar ese pensamiento. Aunque le doliera.

Cuando recibió la invitación de William para conocer a su primer hijo, no se lo pensó y puso inmediatamente rumbo hacia su añorada ciudad. Durante el viaje barajó multitud de alternativas para enfrentarse a la nueva etapa que se presentaba en su vida y llegó a la conclusión de que lo más acertado sería fijar su residencia en Lonely Field, su casa en las afueras de la ciudad. De este modo no afectaría la vida de su esposa, que continuaría conservando esa paz

que le había prometido. Sin embargo, antes de asistir a la fiesta de presentación del pequeño Rutland y de recluirse, debía armarse de valor para visitar a su mujer y explicarle el cambio de situación. ¿Cómo actuaría? ¿Respetaría su decisión o sería ella quien tomaría prestado su barco y zarparía al amanecer? En el fondo, le daban igual su comportamiento o sus posibles reproches. Ya había pasado solo el tiempo suficiente como para seguir haciéndolo. Se había casado y eso no significaba que tuviera que sufrir una condena eterna.

Bajó los pies de la mesa para deambular por el camarote. La desesperación por descubrir qué sucedería tras pisar tierra firme lo tenía alterado. No paró de andar de un lado a otro hasta que percibió que el barco aminoraba la velocidad preparándose para atracar. El latir de su corazón empezó a ralentizarse y una presión desconocida en el pecho apenas le dejaba respirar. A pesar de la incertidumbre, se sentía feliz, tanto que era incapaz de expresarlo con palabras.

Roger se giró hacia la puerta al escuchar unos pasos. Alguien se acercaba para informarle de lo que él ya sabía: estaba en Londres.

—Buenas tardes, milord —le saludó Anderson—. Hemos llegado.

Con una extraña mezcla de euforia y nerviosismo se puso la camisa para salir al exterior. Durante su viaje apenas había cubierto su cuerpo con ropa, se acostumbró a exhibir el torso desnudo, como si fuera un pirata, aunque él no necesitaba más riquezas de las que ya poseía; necesitaba mucho más que el botín suculento de un corsario: felicidad.

No había terminado de abrocharse la prenda cuando empezó a subir los escalones que llevaban a cubierta. El ambiente de la ciudad lo abrazó de inmediato haciendo que una gran sonrisa se dibujara en su boca. La niebla, el olor, la ligera llovizna... Lo había añorado todo tanto que ahora, al sentirlo de nuevo, se recriminó por el tiempo que había pasado lejos de allí.

—No es lo mismo, ¿verdad? —La voz de su mayordomo le despertó de su ensimismamiento.

—No, no lo es —comentó con pesar.

—No hay nada como el hogar, mi señor —afirmó después de respirar profundamente.

Hubo unos momentos de silencio, interrumpido tan solo por las voces que daban los tripulantes del barco. Roger no dejó de observar a lo lejos. Parecía que la ciudad había cambiado en su ausencia, o tal vez el que había cambiado era él. En un pasado, habría saltado del barco y tras meterse en el carruaje se habría dirigido a una taberna. Sin embargo, su primer deseo cuando puso pies en el suelo fue bien distinto.

—¿Ella está al corriente de mi llegada? —preguntó a su sirviente sin mirarlo.

—Me ocupé personalmente de enviarle la información.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro semanas, señor.

—Y no hemos obtenido respuesta... —No fue una pregunta, más bien una reflexión.

Durante su viaje, sin saber por qué, empezó a escribirle cartas. Al principio fueron dos al mes pero terminó por enviar una cada semana. En ellas le contaba sus aventuras, los lugares que visitaba, la gente que conocía y le preguntaba cómo se encontraba ella. Terminaba las narraciones con un cordial saludo y esperando que su nueva vida fuera la que esperaba. Nunca obtuvo respuesta. Quizá ni se dignó a leerlas, pero era normal, su esposa no le quería y tampoco podía reprochárselo. Se habían unido mediante las argucias de su hermano y, tras la marcha, él no hizo nada por hacer crecer entre ellos algo de afecto.

—¿Continúa con la idea de ir a Seather Low?

A Anderson no le parecía apropiado que su señor fuera a visitarla cuando ella no había mostrado durante todo ese tiempo interés alguno sobre el bienestar del futuro marqués, de su marido. ¿Acaso era tan egoísta que no se preguntaba dónde se encontraba y qué clase de penurias estaba padeciendo? Tenía que ser una mujer muy fría para actuar de esa manera. Miró de reojo a su señor y

sintió lástima. Siempre albergó la esperanza de que encontrara una mujer que lo sacara del abismo en el que vivía, pero Dios no le ofreció esa oportunidad.

—He de hacerlo. No me gustaría que descubriera que estoy aquí por boca de otra persona —aclaró.

Regresó a su camarote, se adecentó y media hora más tarde se encontraba en el carruaje dirigiéndose hacia la residencia de su esposa.

Cerró las cortinas del coche y se reclinó hacia atrás. Sus largas piernas se estiraron sobre el asiento, se cruzó de brazos y cerró los ojos. ¿Cómo se tomaría la noticia? Mal. ¿De qué otra forma podría recibirla? Había roto su promesa de dejarla sola, de no interrumpir su vida. Aunque, antes de que ella le recriminara su falta de palabra, le explicaría que el motivo de su llegada se debía tan solo a la inevitable visita que haría a los duques de Rutland. Lo de quedarse para siempre se lo haría saber con posterioridad.

Poco tiempo después, el cochero frenó el trote de los caballos. Habían llegado a su destino. En ese momento el corazón de Roger latía sin freno y sus manos eran ríos de sudor. Era la primera vez que la visita a una mujer le causaba ansiedad, tal vez porque anteriormente sabía cómo terminaría su aparición; sin embargo, en esta ocasión no habría sexo sino reproche.

Con manos temblorosas, se aflojó el nudo de la corbata para poder respirar. Le faltaba el aire, le faltaba algo que jamás creyó perder: seguridad.

—¿Desea que lo anuncie? —señaló Anderson esperando con paciencia alguna orden por parte del señor Bennett.

—No. Lo haré personalmente.

El mayordomo salió primero y, tras sacar los peldaños metálicos, dejó que Roger descendiera. Se tomó su tiempo en salir del interior. En cualquier otra situación habría saltado del asiento con rapidez, pero no era una de esas ocasiones.

Cuando puso los pies sobre la hierba del jardín, Bennett miró hacia la fachada del edificio y quedó sorprendido al descubrir que no había sido arreglada.



Continuaba igual que antes de su partida. Durante su ausencia imaginó que su esposa no perdería el tiempo en reconstruir su casa con el dinero que le asignaba mensualmente. Habría sido lo normal puesto que la mansión necesitaba ciertas reformas urgentes; el paso de los años y el descuido se apreciaban con claridad. Sin embargo, se quedó desconcertado al ver que no había invertido ni un solo penique.

Sin poder evitarlo, una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Quizá la señora Bennett no era tan arpía como pensaba. Quizá la había juzgado de manera errónea. Algo más tranquilo, se ajustó el sombrero, se estiró la chaqueta del traje y ascendió las escaleras que conducían hacia la entrada. Alargó la mano y, después de coger la aldaba, tocó la puerta varias veces.

—Buenas tardes, señor —le saludó un hombre de avanzada edad.

Bennett entrecerró los ojos al ver al mayordomo. Había esperado que, como la vez anterior, la doncella de su esposa apareciera para darle la bienvenida. Pero era mejor así, no podía volver a prestar más atención a la sirvienta que a su propia mujer.

—Buenas tardes —dijo avanzando hacia el hall sin esperar a que fuera invitado—. Necesito hablar con la señora Bennett.

—¿Quién pregunta por la señora?

El anciano frunció el ceño y mostró una rectitud en su longeva figura impropia de un sirviente. Roger percibió con rapidez ese cambio de actitud y, aunque no debía enfadarse porque estaba seguro de que nadie del servicio lo conocía, lo hizo.

—Su esposo, el señor Bennett—respondió con solemnidad.

—¡Mil disculpas, milord! —exclamó el sirviente agachando con rapidez la cabeza y haciendo una reverencia—. No lo había reconocido y pensé que era otro que... —se quedó callado. Debía controlar su lengua o su señora se la cortaría. Desde que apareció el primer caballero proponiendo aquella locura, ella les hizo prometer que jamás hablarían de ello.

—¿Otro? —Roger lo miró de reojo mientras ofrecía a Anderson el sombrero.

—La señora no se encuentra en el hogar, milord. Se marchó hace algo más de un mes —dijo rezando para que la pregunta del señor se olvidara con facilidad y evitar así informarle sobre lo acontecido durante su ausencia.

—¿A dónde? —continuó su interrogatorio sin variar la expresión de su rostro y sin moverse de la entrada.

—Según nos indicó, a casa de un amigo. —Los dientes le castañearon como si de repente tuviera mucho frío.

—¿Un amigo? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Sí —respondió agachando la cabeza.

Roger colocó las manos en la espalda y comenzó a andar en círculos. De todas las opciones que había sopesado durante el viaje, nunca imaginó que su esposa le sería infiel. Debía haberlo imaginado. ¿Con cuántas mujeres se había acostado mientras sus maridos estaban ausentes? Ese era el riesgo más evidente de mantener un matrimonio a distancia. Por mucho que las mujeres clamaban a viva voz que no necesitaban los placeres sexuales tanto como los hombres, terminaban añorando aquello de lo que carecían. ¿Qué ser humano podía soportar más de medio año sin sentir el calor de otra persona?

«Yo —se dijo—. Porque fui tonto». Enfadado, caminó con firmeza hacia el sirviente, que seguía mirando el suelo, y le preguntó con tono mordaz:

—¿Por qué pensabas que era otro? Dime, ¿cuántos hombres han acompañado a mi esposa mientras he estado ausente?

—¡Oh, mi señor! ¡Ella sería incapaz de hacer tal cosa! —respondió el sirviente atónito al comprender que había dado a entender una idea equivocada.

—Entonces... —Entrecerró los ojos y lo miró sin parpadear.

—Mi señor, no creo que deba explicarle algo que solo le concierne a su esposa... —susurró.

—¿Acaso está ella presente para responder? —gritó con tanta fuerza que su eco recorrió el hogar durante varios segundos.

—Excelencia, tenga piedad de mí, se lo ruego —continuó el mayordomo murmurando.

—Tendré clemencia si me dices qué ha ocurrido durante este tiempo y por qué mi esposa no está donde debería —masculló perdiendo toda sensatez; agarró al hombre por el cuello de su traje, lo levantó unos palmos del suelo y esperó a que comprobara la furia que había despertado con tanto misterio.

—Desde que usted se marchó —empezó a decir—, la señora ha sido visitada por una gran cantidad de señores que intentaban...

—¿Intentaban? —gruñó sin soltar al sirviente.

—Ofrecerle un lugar como... como... amante —tartamudeó.

—¿Amante? —rugió con más ira de la que nunca había poseído en sus treinta años de vida.

—Milord... —intervino en voz baja Anderson.

Quería tranquilizarlo y que recobrarla la cordura. No era propio de él maltratar a un criado, aunque le diera la peor noticia de su vida.

Roger soltó al lacayo, echó unos pasos hacia atrás y empezó a maldecir en voz alta mientras su mayordomo intentaba calmarlo. Pero no había nada que lo hiciera, su cólera era tal que tenía el rostro sonrojado y el color de sus ojos había tornado del azul al negro.

—¿Dónde está en estos momentos mi esposa?

—Como ya le dije, se ha ido a casa de un amigo...

—¡Nombre! ¡Quiero el nombre de ese maldito hijo de perra! —preguntó acercándose al sirviente tan rápido que parecía cortar el aire a su paso.

—El duque de Rutland, milord —contestó el hombre encogiéndose ligeramente.

Roger se detuvo en seco haciendo una profunda inspiración mientras la niebla que obstaculizaba su visión se disipaba. ¿Era alivio lo que sentía? Quizá.

Miró de reojo a Anderson, que permanecía completamente inmóvil sin ni siquiera parpadear. Intentó calmar el latir de su trastornado corazón regulando su respiración. No llegaba a entender aquella desmesurada furia; estaba seguro de que no eran celos. ¡Para nada! ¿Cómo iba a tener celos de una mujer que rondaba los cincuenta y que sus manos eran más ásperas que una lija? Por supuesto que tenía otro nombre a su conmoción: orgullo. Ningún caballero querría vivir para ver cómo su dignidad era pisoteada sin escrúpulos.

De repente, un dolor inesperado en el estómago casi le hizo doblarse cuando su conciencia empezó a despertarse a base de golpes lacerantes.

—¿Hay algún ayuda de cámara en la residencia? —preguntó sin mostrar el quemazón de su interior.

—No, señor. Solo teníamos a la doncella y se marchó con la señora —habló el criado expectante por lo que continuaría.

—Busca uno, quiero que lo contrates para los dos días que permaneceré en esta casa.

—Por supuesto, milord. ¿Quiere que ordene a una sirvienta que le prepare una habitación?

—¿La alcoba de mi esposa está lista?

—Sí, mi señor.

—Pues dígle a la criada que descansaré en ella —ordenó.

Con paso firme salió al exterior. Necesitaba tomar aire, todo el que pudieran acoger sus pulmones. Tenía que calmarse y meditar el plan que le había surgido de repente. Como futuro marqués y en honor al título que poseería, pese a la angustia de sus padres, debía hacer saber a todo el mundo que había

vuelto y que mataría al próximo que decidiera rondar a su esposa.

Anduvo por la calles de la ciudad durante la tarde, saludó a todas las personas que se le acercaban y sonrió como si no sospechara que, más de un caballero que aferraba el brazo de su mujer, podría haberle insinuado a su esposa que fuera su amante. Caminó hasta que empezaron a dolerle los pies y su cuerpo le exigió algo de beber. Sin dudarle un segundo, puso rumbo hacia el club de caballeros, donde reforzaría su posición como esposo. La primera sensación que tuvo al entrar en el local fue de comodidad; nada había cambiado y eso le satisfizo. No quería encontrarse en un lugar extraño, necesitaba relajar su estado de nerviosismo y eso solo lo conseguía cuando estaba en sitios familiares. Con la espalda rígida, avanzó por los pasillos, visitó las salas de juegos y tertulias y charló con todo aquel que decidió acercarse. Casi en todas las conversaciones hablaba sobre su viaje, el regreso definitivo a Londres y los cambios que realizaría en su nueva vida. Sobre esto último, aseveraba que iba a tomar las riendas de su destino y que aceptaría su impuesta vida matrimonial.

—¡Me sorprendes, Bennett! —exclamó Powell, uno de los jugadores que se habían sentado en la mesa junto a Roger—. Creía que tu boda te causó urticaria y que por ese motivo decidiste alejarte de tu flamante esposa.

—Necesitaba tiempo para acostumbrarme... —murmuró sin apartar la mirada de las cartas y apretando la boquilla de su cigarro con los dientes.

—Te comprendo —respondió Turner, otro de los jugadores—. Cuando mis padres formalizaron el compromiso con mi esposa, tuve que cabalgar durante varias horas. No miré atrás ni decidí regresar hasta que me entró hambre y mi caballo estuvo a punto de morir por el esfuerzo.

—Bennet no cabalgó, embarcó y huyó como una rata del veneno —replicó Powell con tono divertido.

—Pero ya estoy aquí. ¿Eso es lo que importa, no? —Posó las cartas sobre la mesa y sonrió—. Escalera de color. ¿Alguno supera esto?

—Tienes mucha suerte, Bennett. Eres afortunado en el juego y en el amor — dijo Turner antes de soltar una sonora carcajada.

—Más bien diría que en el juego... —susurró antes de alzar la mirada hacia el criado para que le llenara de nuevo la copa.

—¿Acaso no te satisface haberte casado con ella? —preguntó Powell un tanto incrédulo por lo que escuchaba—. ¡Te la cambiaría por mi esposa sin dudar!

—Si es una burla hacia la señora Bennett, no me ha gustado nada —comentó Roger con seriedad.

—¡Por el amor de Dios! ¡No es una broma! ¡Tienes una mujer preciosa!

Roger apretó con más fuerza la boquilla del cigarro y miró a su adversario con recelo. Intentó descubrir la mofa en sus palabras o en su rostro pero no la halló. Sin lugar a dudas, a dicho personaje le gustaban las mujeres que superaban los cuarenta y que podían arrancarte la piel con una caricia de sus manos. Advirtiendo que era el momento que esperaba, dio un trago al brandy, se recostó en la silla y miró a sus oponentes.

—¿Algunos de vosotros ha osado pensar en mi esposa como una amante? — preguntó con serenidad, firmeza y esa seguridad tan característica en él.

—¿Quién sería tan inconsciente de tocar a tu mujer? —comentó rápidamente Thirlond el tercer jugador que, hasta ese momento, se había mantenido callado.

—¿Lo has hecho tú? —Arqueó las castañas cejas y lo miró sin parpadear.

—¿Estás borracho? Porque salvo un increíble estado de embriaguez no veo otra causa por la que imagines tal disparate —se defendió.

—Ha llegado a mis oídos que la han estado cortejando durante mi ausencia — expuso con frialdad—, y me gustaría saber quiénes lo han intentado.

—¡Ni se te ocurra mirarme! —expuso Turner—. ¡Bastante tengo con mi esposa!

—¿Y tú, Powell? —Dirigió sus airados ojos hacia el hombre. Este parecía bastante sereno mientras bebía despacio otro brandy que le habían servido.

—No puedo negar que lo pensé en algún momento. Una mujer recién casada, apenada por la pérdida de su hermano y del repentino abandono del esposo. Pero recapacité. No quiero verme involucrado en nada tuyo salvo el dinero que pierdas en las partidas —afirmó con serenidad.

—¿Quién más decidió convertirla en una concubina? —preguntó apretando la mandíbula.

—Yo que tú, empezaría por averiguar quién no la ha deseado. La lista será más corta —repuso Powell.

—¡Malditos sean! —gritó Roger levantándose de su asiento y golpeando la mesa con tanta fuerza que tiró todo lo que había sobre ella—. ¿Acaso nadie en esta maldita ciudad es capaz de respetar la propiedad de los demás?

—Me parece increíble que hables sobre eso, Bennet —dijo Turner con calma —, cuando tú y tus amigos habéis hecho temblar incansablemente los lechos de otros maridos.

Bennet apretó los puños, frunció el ceño y dirigió la mirada hacia él. Su respiración era agitada y podía sentir cómo las palpitaciones de su corazón le estrangulaban la garganta. No podía replicarle y por ese motivo contuvo las repentinas ganas de golpearlo. Solo él tenía la desfachatez de pedir respeto cuando había sido el primero en no respetar, pero ahora se encontraba en el bando contrario y, a pesar de no amar a su esposa, deseaba mantener la dignidad de su apellido intacto. Enfadado, caminó hasta el perchero, cogió su sombrero y, sin despedirse, se marchó del club.

# XIX



Todo estaba preparado para la fiesta de Elliot. Gente de todas partes de Londres acudiría a la ceremonia que los duques ofrecerían para la presentación de su primer hijo. Beatrice andaba de un lado para otro histérica al igual que William, quien se contagió de la ansiedad de su esposa. La pequeña mujer llevaba varias semanas aterrorizando al personal de servicio, ordenaba sin parar cuando no tenía en el regazo a su bebé, momento en el que los sirvientes podían respirar tranquilos, pero cuando lo posaba en la cuna o se lo daba a su esposo, los lacayos corrían por la residencia buscando un hueco donde esconderse.

Solo la señora Stone y Evelyn calmaban su ansiedad. Esta última llevaba viviendo con ellos desde que nació el pequeño. William creyó oportuno retirar a la mujer de la ciudad alegando que Beatrice necesitaba, tras la llegada del bebé, el apoyo de una amiga, pero la verdadera razón era otra bien distinta. El rumor sobre las proposiciones que la señora Bennet estaba recibiendo en su propio domicilio había llegado a sus oídos e ideó un plan para que se marchara de allí cuanto antes. No deseaba que cuando Roger decidiera regresar descubriera lo que había sucedido en torno a su esposa. Además, tanto William como Beatrice decidieron unir de una vez por todas a la pareja y que abandonaran la idea de vivir separados. No era lógico que su amigo surcara los mares mientras su esposa era acosada por canallas. Tenía que hacerle ver a Bennett que necesitaba afrontar la vida conyugal que se le había impuesto, y si eso le costaba su amistad, que así fuera.

—¿Crees que vendrá? —preguntó la duquesa con incertidumbre mientras posaba con cuidado al pequeño en la cuna.

—Tú misma leíste la respuesta. —William esperaba al pie de la cama a que su



mujer le ayudara a colocarse la corbata.

Desde que se habían casado ya no necesitaba al ayudante de cámara, el cual cambió de trabajo con carácter inmediato. Prefería mil veces las manos de su esposa a las del joven.

—Sé que decía que estaría con nosotros en la presentación de Elliot pero no leí nada sobre su esposa. Ni se preocupó por saber cómo se encuentra —dijo enfadada.

—En su defensa alegraré que él no sabe que está bajo nuestra protección.

—Ya, pero...

—No se conocen, cariño. Hay que darles un poco de tiempo, aunque mucho me temo que Roger se arrepentirá de esa escapada cuando aparezca —expuso al tiempo que exhibía una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué dices eso? —Beatrice caminó despacio hacia su marido, apretó con suavidad el lazo de la corbata y apoyó la cabeza en su pecho. Le reconfortaba tanto permanecer a su lado que la hacía olvidar cualquier preocupación.

—Me apostaría la cabeza que no se habría marchado jamás si la hubiese visto una sola vez. Sin lugar a dudas, Evelyn es su tipo de mujer —afirmó.

Levantó el semblante de su esposa y dirigió sus labios hacia los de ella.

—¿Tú crees? —preguntó con inseguridad.

Estaba convencida de que a Roger le gustaban todas las mujeres y nunca imaginó que pudiera existir una en especial. Si no recordaba mal, cuando se acercó a ella el día del baile que organizaron para que todo el mundo comprendiera que no era la concubina de William, Bennett le dijo que le gustaban las jovencitas y Evelyn, aunque tuviese un rostro infantil, pasaba de los treinta.

—Si viene, lo comprobarás. Y ahora, mi querida duquesa, bajemos para recibir a nuestros invitados mientras el futuro duque de Rutland descansa —

dijo sin ocultar su orgullo.

Le ofreció el brazo y Beatrice lo aceptó, le dio un beso en la mejilla y salieron de la habitación en silencio.



Evelyn estaba demasiado inquieta como para quedarse inmóvil. Había escuchado a Wanda suspirar más de treinta veces desde que empezó a peinarla, pero aunque lo intentaba, le resultaba imposible. ¿Cómo iba a serenarse sabiendo que él podría aparecer en la fiesta? Pese a que Beatrice y William se rieron al contarle el engaño que elaboró cuando la visitó en su casa, ella estaba segura de que a él no le haría ninguna gracia. Supuestamente se había casado con la sirvienta y, por la cara de horror que puso al verla, no pareció gustarle.

No pensó en las consecuencias, cansada como estaba de tanta visita inadecuada. Si hubiera sabido que él sería el hombre con el que finalmente se casaría, no se habría planteado actuar de aquella forma.

Miró hacia delante clavando sus verdes pupilas en el espejo. Apenas se reconocía. Llevaba más de medio año vistiendo y adoptando la figura de una mujer de luto y ahora, verse de nuevo luciendo un color diferente al negro, le resultó extraño. El duelo por su hermano había finalizado, pero no su dolor. Seguía añorándolo y, aunque no lo admitiría nunca, también continuaba maldiciéndolo en silencio por hacerla casar con un hombre de quién solo sabía su apellido. Gracias a los Rutland descubrió que sería el futuro marqués de Riderland, que no era muy mayor y que tampoco había llevado una vida tan honrada como le pareció al conocerlo. El señor honorable era un libertino acostumbrado a calentar las camas ajenas. Sin embargo, William alababa el carácter de su amigo. No había conversación en la que no ensalzara la multitud de cualidades que poseía, pero Evelyn creía que lo hacía para no entristecerla, para que no sufriera por el hombre con el que debería vivir el resto de su vida.

—Está preciosa —le susurró Wanda apoyando las palmas sobre sus hombros desnudos—. No recuerdo haberla visto tan hermosa.

—Quizá debería haberme puesto el rosa. Este es demasiado llamativo para la ocasión. —Evelyn se levantó, se observó con paciencia en el espejo y suspiró.

Beatrice la había convencido para comprarse aquel vestido rojo. Según ella hacía juego con el color de su pelo y enfatizaba los bellos rasgos de su rostro, pero ella se veía demasiado descocada, tal vez porque se había acostumbrado a ocultar su figura bajo la oscuridad de las ropas. Ahora, tener que exhibir aunque fuera de manera insinuante el nacimiento de sus senos, mostrar sus brazos excepto lo que ocultaban los guantes y dejar que todo el mundo observara el delgado y estirado cuello le provocaba temor. Sin lugar a dudas, se sentía más cómoda oculta bajo el velo.

—¡No diga tonterías! —La sirvienta la hizo girar hacia ella y frunció el ceño—. ¡Lleva demasiado tiempo bajo las penumbras y es hora de disfrutar!

—¿Penumbras? —preguntó Evelyn.

Caminó hacia el butacón de terciopelo azul y, como si hubiese corrido un maratón, se sentó alzando las piernas.

—Sí, penumbras. —Dio unos pasos hacia ella, se colocó las manos en la cintura y frunció el ceño—. Desde que ese malnacido rompió su compromiso, no ha hecho otra cosa que esconderse del mundo. Nunca salía de Seather Low. Cada vez que alguien visitaba a sus padres se encerraba en la alcoba y no aparecía por el salón hasta que la visita se marchaba. Luego llegó la muerte de su madre, que Dios la tenga en su gloria. —Se santiguó y miró al techo—. Un motivo más para seguir oculta. Después la de su padre y, finalmente, la de su hermano.

—He tenido una vida dura... —murmuró como excusa. Resopló y miró hacia el techo. Todo lo que contaba Wanda era cierto. Desde la ruptura con Scott y la excusa que difundió su padre ante aquel suceso, lo único que deseaba era mantenerse alejada de cualquier persona que le hiciera daño.

—Porque usted ha decidido que así sea. Ahora tiene una oportunidad para vivir, para disfrutar de todo aquello que ha decidido no poseer.

—Creo que te olvidas de algo —dijo enfurruñada. Se levantó con rapidez del

asiento y, esquivando el cuerpo de Wanda, se dirigió con paso firme hacia la puerta.

—¿El qué? —preguntó la doncella sin apartar la vista de ella.

—Que me casé con un hombre que no puedo recordar cómo es y al que no amo —sentenció.

Estaba a punto de salir de la habitación cuando observó que la sirvienta acortaba la distancia entre ellas. Movi6 despacio la cabeza hacia ella y se sorprendió de lo rápido que había llegado a su lado. La doncella apoyó la espalda en la puerta evitando así su huida y la miró sin parpadear.

—¿Acaso no recuerda cómo la contemplaba? ¡Fue incapaz de fijar su bella mirada azul en mí ni un solo segundo! Usted era el centro de su atención. Por si lo ha olvidado, he de indicarle que cuando apareció en el salón se hallaba en estado de *shock*, como si permaneciera engatusado tras conocerla.

—¡Bobadas! —exclamó enfadada.

—No diría eso si usted hubiese visto cómo la sostenía con firmeza entre sus brazos, cómo la miraba preocupado, cómo la posaba sobre la cama para no hacerle daño y cómo...

—¡Basta! —gritó alzando la mano para que parara de hablar—. ¡No quiero seguir escuchando sandeces!

—Sí, mi señora... —Wanda se retiró de la entrada, agachó la cabeza y contuvo la respiración.

—Lo siento... —dijo después de unos instantes de silencio—. Perdóname. Estoy demasiado nerviosa.

—No tengo que perdonarle nada. Creo que ha hecho bien en hacerme parar —comentó en voz baja.

—¡Oh, Wanda! —exclamó al tiempo que se abrazaba a ella—. ¡Tengo miedo! ¡Muchísimo!

—No lo tenga. Sé que al final será feliz. El señor Bennett la convertirá en la mujer más dichosa del mundo.

—¿Y si descubre la verdad?, ¿qué hay otro engaño más cruel que el de aquel día? —Pegó la frente al pecho de la mujer.

—Si llega a amarla, su pasado no le importará —afirmó con rotundidad. Sus manos se dirigieron hacia los brazos de Evelyn y con cuidado la distanció para que pudiera mirarla a los ojos. Una vez que la joven alzó el mentón, Wanda le ordenó con suavidad—: Y ahora recompóngase. Tiene una fiesta a la que asistir.

# X



Había estado retrasando el momento de su llegada todo lo que pudo, pero ya no podía hacerlo más. Cuando el cochero aparcó el carruaje en el único hueco que encontró libre por los alrededores de Haddon Hall, Roger estaba tan impaciente que él mismo se abrió la puerta. El atardecer ya había dado paso a la oscuridad de la noche y solo los lobos parecieron percatarse de su llegada.

Miró a su alrededor. Otra vez se presentaba en la mansión a unas horas inapropiadas, aunque estaba seguro de que en esta ocasión William no lo recibiría con su habitual sonrisa. Se colocó el sombrero, cubrió su cuerpo con la capa y avanzó sin escuchar los murmullos de Anderson. Posiblemente continuaría refunfuñando sobre lo inadecuado de llegar más de dos horas tarde a una ceremonia tan importante, pero en ese momento no quería prestarle atención. Su mente estaba ocupada en averiguar cómo debía actuar frente a su esposa y cómo ella recibiría la noticia de su llegada. No era lo mismo informarle a solas, donde solo escucharían sus alaridos los sirvientes del hogar, al escándalo que se armaría en una ceremonia con más de setenta invitados.

Con firmeza, agarró el llamador y tocó varias veces. El ruido de la orquesta parecía silenciar sus golpes. Dio unos pasos hacia atrás para poder mirar el gran balcón, que permanecía abierto. Seguro que los anfitriones habían decidido dejarlo de esa forma para que las parejas salieran y pudieran encontrarse durante unos instantes a solas.

Roger sonrió al recordar el momento en el que encontró a su amigo bailando con Beatrice y cómo la besaba con ternura. Se había enamorado. Por más increíble que le parecía, William había entregado su corazón a una mujer. Lo envidió. Sí, aunque pareciera increíble codició aquel sentimiento de afecto.

Nunca había tenido algo parecido. Sus amantes, pese a ser buenas en la cama, ninguna de ellas lo había mirado como Beatrice miró a su amigo. Los ojos verdes de la mujer brillaban con más fuerza que la luna y el deseo de protegerlo de cualquier mal sobreponía a su propio beneficio.

Su mente le llevó al día del duelo volviendo a ver a la pequeña mujer corriendo por Hide Park, tropezando con la hierba, destrozando aquel bonito vestido. La recordó arrodillada en el suelo llorando al pensar que William había fallecido. Nunca observó en una mujer tal desconsuelo, tal tristeza por la pérdida de un hombre. Y por último rememoró el beso de ambos. Una muestra de pasión que dio mucho de qué hablar en la sociedad londinense puesto que no estaba bien visto que la gente se besara en público. Pero si hay amor, ¿qué más da el lugar en el que se muestra? Ahora él no encontraría nada parecido. Por imbécil, por ser un necio, Dios le había castigado ofreciéndole una esposa que podría ser su propia madre. Sin contar, claro está, que si deseaba tener descendencia, tendría que intentarlo lo antes posible puesto que ella pronto sería estéril.

De repente un sonido lo despertó de sus pensamientos. Dirigió los ojos hacia la entrada y descubrió que alguien, por fin, lo atendía.

—Buenas noches... ¿señor Bennett? —preguntó el mayordomo más asustado que asombrado.

—Buenas noches, Brandon. Parece que la fiesta todavía no ha finalizado —dijo. Como era habitual en él, avanzó hacia el interior del hogar sin ser invitado.

—¿Qué le ha sucedido? —continuó preguntando el sirviente atemorizado.

—Nada, ¿por qué lo dices? —Se quitó el sombrero y la capa para ofrecérsela a Anderson que, como siempre, permanecía a su lado.

—¡Parece que le han asaltado en el camino y lo han tenido preso durante años!  
—exclamó el señor Stone escandalizado.

—¿Lo dices por la barba y la longitud de mi cabello? —preguntó divertido Roger—. Es mi nuevo aspecto. Creo que la vida de casado no me ha tratado

tan bien como esperaba.

—Ordenaré al antiguo ayuda de cámara que mañana visite su alcoba para adecentarlo —dijo el criado con cierta resignación al comprobar que la actitud del hombre era la de siempre.

No parecía haber cambiado durante su ausencia. Seguía siendo el mismo caballero descarado, engreído y déspota, y por mucho que rezó a Dios para que la vida lo pusiera en su lugar, este no había escuchado sus súplicas y le había premiado con una mujer encantadora.

—No te molestes, no voy a requerir de sus servicios. Me satisface mi nueva apariencia —comentó al tiempo que caminaba con solemnidad hacia el salón principal.

Anderson miró con tristeza al señor Stone. No les hizo falta hablar para entender lo que deseaban decirse, bastó con un leve asentimiento de cabeza para conocer las palabras que guardaban en sus mentes.

Cuanto más se acercaba a la entrada, más ganas tenía de salir corriendo. Durante el tiempo que estuvo navegando se había planteado más de un millar de formas de tratar su nuevo estado, pero a la hora de la verdad ninguna le resultaba adecuada. ¿Qué debía decir? «Señora Bennett, encantado de volver a verla. Quiero indicarle que he decidido regresar pero no tema, la dejaré vivir en su residencia el tiempo necesario hasta que decida tener un heredero». ¡Menuda tontería! Sin lugar a dudas ella saldría gritando de la fiesta y se encerraría en su habitación hasta que él se marchara. Le prometió que no la molestaría y estaba rompiendo su palabra.

Roger levantó el rostro para mirar hacia el interior de la sala. Había parejas bailando. Reconoció al señor Wadlow, al párroco y al administrador de William. No quiso mirar hacia el grupo de mujeres que se habían agrupado en el lado derecho. Prefirió avanzar hacia los hombres, donde pudo divisar sin obstáculos a sus dos amigos. Sonrió al ver que Federith también había aparecido y deseó de una vez por todas conocer a su esposa, puesto que la señora Cooper parecía un fantasma.



Los ojos oscuros de William se clavaron en los suyos y tal como pensó, no obtuvo una sonrisa como respuesta a la suya.

—Buenas noches, caballeros. William, Federith, como siempre es un placer volver a veros. —Extendió la mano hacia Cooper y este le saludó con un buen apretón. Luego se la ofreció a Rutland y el duque se la negó.

—Pensaba que habías muerto —dijo William con voz ruda—, porque de no ser así, no encuentro razón alguna por la que hayas venido tan tarde.

—No me castigues, amigo —comentó mostrando una sonrisa—. Mi pesar todavía no ha empezado.

Rutland se disculpó de los invitados y, bajo su atenta mirada, agarró con fuerza el brazo de Roger para alejarlo del salón. Sin darle ningún tipo de explicación lo condujo hacia el balcón. Una vez fuera, liberó el fuerte amarre, lo empujó hacia la barandilla como si quisiera lanzarlo, y lo observó con ira.

—¿No estarás pensando en besarme, verdad? —rompió el inesperado silencio Bennett con su típico tono jocoso. Era la primera vez que sentía la furia de su amigo hacia él y no le gustaba ver cómo una amistad de tantos años se empezaba a romper.

—¿Por qué has llegado a estas horas? ¿Acaso no te quedó bien clara la hora de la ceremonia? A Beatrice y a mí nos habría gustado que permanecieras a nuestro lado en un día tan importante.

—Lo siento, te pido mil disculpas y os compensaré con...

—¡No hay nada que compense el dolor que nos has causado, Roger! —gritó malhumorado—. ¡Queríamos que tú fueras el padrino de nuestro hijo!

—¿Quién ha ocupado mi lugar? —preguntó después de unos minutos de silencio tenso y caminando hacia el lado contrario al que permanecía William inmóvil.

—Federith.

—Ha sido la mejor opción. Yo jamás estaré a su altura para tal honor.

—¡Maldita sea, Bennett! ¿Qué narices te ha pasado? Casi no te reconozco.

—Siete meses dan para mucho... —susurró.

Se giró sobre los talones y enderezó su figura, como si así pudiera deshacerse de la tristeza que le había provocado descubrir que sus amigos habían confiado en él, para el cuidado de su primer hijo, y les había defraudado.

—Dan para exhibir ese aspecto de miserable que muestras —dijo el duque con tono más sosegado.

—Llegué ayer por la mañana y tras desembarcar puse rumbo hacia Haddon Hall —mintió. No quería desvelarle lo que había descubierto tras poner los pies en Londres porque, además de sermonearle sobre cómo pedir respeto cuando uno mismo no lo ha hecho, se reiría al comprender que en el fondo no odiaba tanto como creía el título de su padre.

—¡No mientas! —exclamó William apretando los dientes—. ¿Te olvidas de que nada se puede ocultar? ¿Crees que una noticia tan importante como el regreso de un marido que abandonó a su mujer después de casarse no llegaría al condado de Derbyshire? Sé que apareciste hace algo más de dos días y que esa misma noche visitaste el club. ¿Echabas de menos tus juegos y tus borracheras? ¿Esas son las razones que te han impedido aparecer a tiempo en la presentación de mi heredero?

—¡No! —dijo con rapidez.

—¿Entonces? ¿Qué ha ocurrido? Y no vuelvas a mentirme o jamás volverás a pisar mi casa —sentenció.

—Es duro de contar, William, incluso he de asumirlo primero yo. —Metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta, sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno.

—Te escucho. Me conoces bien y sabes que no te juzgaré sea lo que sea —respondió con voz sosegada.

—Es verdad que regresé hace varios días, pero antes de venir necesitaba

aclarar ciertas cosas. Durante mi largo viaje recapacité sobre mi futuro. — Hizo una pausa para dar una larga calada—. Como puedes imaginar, entre mis cavilaciones se encontraba cómo hacer frente a mi esposa. Ya os dije que le hice la promesa de alejarme de su lado para que pudiera tener una vida en paz, pero eso hizo mella en la mía. Así que decidí visitarla para darle una explicación sobre mi regreso.

—Ella está con nosotros —le interrumpió Rutland—. Beatrice y yo decidimos que lo más apropiado sería que permaneciera una larga temporada a nuestro lado.

—Y os lo agradezco de corazón porque no te imaginas lo que descubrí cuando llegué —repuso afligido.

—Lo sabemos. Como te he dicho antes, ningún rumor tiene fronteras.

—¿Desde cuándo conocéis que todo el mundo le propuso que fuera su amante? —inquirió un tanto enojado—. ¿Por qué no me lo hiciste saber en tu carta?

—No lo creí oportuno...

—¿Oportuno? —Frunció el ceño—. ¿Darme esa información no te pareció oportuno?

—Necesitabas aclararte las ideas y pensé que te vendría bien algo más de tiempo.

—¡Maldita sea, Rutland! ¿Sabes que casi todos los hombres de Londres le han propuesto esa locura?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué harías tú en mi lugar? —lo increpó.

—En primer lugar, yo no la habría dejado sola en un momento tan duro. No solo había perdido a su hermano de una manera deshonrosa sino que también descubrió que se había casado con un bastardo que no se interesó por su bienestar —aclaró con solemnidad.

—¿Le prometí que la dejaría vivir en paz! —exclamó airado. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con ímpetu—. Y aunque no lo creas, soy un hombre de palabra. Además, mi administrador se ocupó de que no le faltara nada.

—¿Le preguntaste a ella qué deseaba? ¿Te dignaste a saber qué pensaba ella en aquellos momentos? —dijo airado.

—No hizo falta, lo vi en sus ojos. No me quería a su lado —reflexionó con tristeza.

—¿Cuándo viste sus ojos? ¿En la boda? ¿Antes de embarcar? —insistió William.

—El día que me presenté en su hogar y dejé que leyera lo que su hermano me hizo firmar —confesó con un pequeño hilo de voz—. Aunque te puedo asegurar que más pavor le provocó a su sirvienta que a ella.

—Ya entiendo... —Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Rutland. Evelyn les había contado lo sucedido aquel día. Ella se hizo pasar por la criada y esta por la señorita Pearson. Según les dijo, quiso decírselo el día del enlace pero al marcharse sin apenas dirigirle la palabra, decidió proseguir con su secreto.

—Sé que suena muy duro decir esto, William, pero no la quiero. No es el tipo de señora con la que desee vivir el resto de mi vida. Me he casado con una mujer por la que únicamente siento lástima. Es más, te voy a confesar algo que no puede salir de aquí. —Miró a Rutland a los ojos y se mantuvo callado hasta que su amigo afirmó con la cabeza—: Te juro por mi vida que me impactó más la lacaya que ella.

—Entonces... ¿necesitabas alejarte de tu esposa o de la sirvienta? Me estás confundiendo —dijo divertido.

Conociéndolo como lo hacía, estaba seguro de que al descubrir a Evelyn, aunque fuera vestida de criada, lo dejaría en estado de *shock*. La debilidad de Roger por las mujeres con el cabello de color fuego era indescriptible y se apostaba el cuello a que la verdadera razón por la que se embarcó fue el deseo que la muchacha le había provocado. Bennett no quería parecerse a su padre.

Odiaba todos los engaños que había sufrido su madre, los vástagos que merodeaban las calles de la ciudad y la obsesión del actual marqués por levantar faldas.

—*Mon Dieu!* —exclamó alzando las manos y agitándolas—. ¡Por la sirvienta! Durante estos malditos meses solo he pensado en esa mujer, en su olor, en cómo sería acariciar ese pelo de fuego. Le he escrito multitud de cartas a mi esposa con la esperanza de que sus respuestas alentaran algo que no sentía, pero no he recibido ni una sola contestación. A ella tampoco le intereso, solo soy la persona que le ofrece estabilidad económica. ¿Qué? —Se encaró a William al ver que sonreía—. ¿Por qué sonríes?

—¿Crees de verdad en tus palabras? —Se acercó y posó la mano sobre su hombro.

—¿Debería pensar en otra cosa? —respondió inclinando la cabeza levemente hacia abajo.

—Reflexiona sobre esto: tu esposa vive con nosotros desde hace unas cuatro semanas pero ha estado sola en su residencia seis meses. ¿Cuántos hombres han podido ofrecerle semejante locura durante ese tiempo?

—Muchos... —susurró sin voz.

—¿A cuántos le ha dicho que sí?

—Según el mayordomo que me recibió en Seather Low, a ninguno.

—¿Eso no te indica nada?

—No —respondió—. Quizá ninguno de los que apareció la atrajo sexualmente.

—Pues si piensas eso eres más tonto de lo que imaginaba. La conversación ha terminado. Debemos regresar. Estoy seguro de que Beatrice estará buscándome y no quiero que se sienta abandonada. —Rutland avanzó hacia la entrada mientras observaba de reojo a su amigo.

Como si le hubieran clavado un puñal, Bennett caminó hacia el interior de la

sala de nuevo. La gente seguía igual que antes de ausentarse: bailaban y cuchicheaban sin cesar. Posiblemente estaban hablando de su llegada y de su desmejorada apariencia. Lo entendía. Con la espesa barba y el cabello a la altura de los hombros daba la imagen de un corsario, pero tampoco engañaba, lo había sido durante el tiempo que surcó los mares.

Dirigido por William, regresó al grupo donde los hombres proseguían con sus charlas aparentemente importantes. Echó un leve vistazo por el lugar, buscando a su esposa, aunque no la vio. Todas las que vestían de luto eran bajas y rellenas. Sabía que en siete meses se podía cambiar mucho pero... ¿tanto? De repente los hombres dejaron de hablar para dirigir sus miradas hacia un punto de la sala. Roger estaba de espaldas y hasta que no se giró no pudo comprobar qué les había dejado mudos. Abrió los ojos tanto que casi se salieron de las cuencas. No podía ser. ¿Qué hacía ella allí acompañando a Beatrice y vestida como una dama? Con rapidez, volvió la vista hacia Rutland, que sonreía más de lo normal.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Bennett enfadado—. ¿Qué hace aquí?

—Me gustaría que fuera ella misma quien te lo dijera, Roger, pero tal como te has quedado, me temo que debo ser yo la persona que te informe...

—¿De qué me debes informar? ¿Qué sucede? —Apretó con tanta fuerza las mandíbulas que empezó a dolerle la cabeza.

—Mi querido amigo, ella es tu esposa.

# XI



Sabía que estaba allí al igual que podía advertir su penetrante mirada clavada en el pequeño escote de la espalda que regalaba su vestido. Intentó mantener la calma y continuar charlando con las mujeres que se encontraban a su alrededor, pero a pesar de querer mostrar indiferencia, no podía. Le temblaban las piernas y apenas podía sujetar la copa sin que se derramara el champán. Intentó escuchar el monólogo apasionado de una de las invitadas, aunque en realidad no podía oír ni una sola palabra. Todo su cuerpo se centraba en una cosa: él.

De pronto, observó que las mujeres de su alrededor empezaban a mirar detrás de ella y fue entonces cuando su corazón dejó de latir. Apreció que algunas, las más jóvenes, movían sus pestañas como si fueran abanicos y levantaban la comisura de sus labios en forma de sonrisa. Otras, las casadas, se ruborizaban y se ponían un tanto nerviosas. A Evelyn no le cabía duda de que la causa de aquella perturbación femenina era su marido. Hasta ese momento, ningún hombre había causado tanta expectación entre las féminas.

Intentó recordarlo: alto, con buen porte, el pelo rubio y unos ojos azulados como el cielo. Sí, ella también se había quedado anonadada el día que lo recibió en su casa, pero debido a su edad y a la mala experiencia con Scott, ya no se fijaba en el físico de los hombres sino en lo que escondían en su interior. Contempló sorprendida la zozobra a la que estaban sucumbiendo sus acompañantes. ¿Qué estaría haciendo? Quiso darse la vuelta y averiguarlo por ella misma, pero su cuerpo no le respondió. Tenía miedo a enfrentarse cara a cara con él; aunque había meditado muchas veces cómo actuar tras su regreso, no estaba preparada. ¿Cómo reaccionaría al verla? ¿Estaría tan enfadado como para gritarle delante de todos que era una embustera? Posiblemente. Su marido no solo había sufrido la mentira de Colin sino también la suya.

Tomó un sorbo de su bebida. Luego otro y cuando notó una suave brisa caliente en su cuello, se la terminó de un trago.

—*Bonne nuit, madames* —saludó Roger a las damas mostrando una enorme y sensual sonrisa—. ¿Se están divirtiendo?

—Roger... —Beatrice, atenta a la perplejidad de Evelyn, se adelantó y le tendió la mano—. Creí que al final no vendrías.

—Perdona la tardanza, señora duquesa, pero unos asuntos un tanto bochornosos en Londres hicieron que mi partida se retrasara —dijo colocándose detrás de su esposa y esperando que ella se girara hacia él y le saludara.

Notaba el pequeño temblor de sus hombros y los agitados movimientos del líquido de su copa. Estaba nerviosa ante su presencia y, aunque no sería oportuno, tuvo unas ganas inmensas de cogerla de la cintura y arrastrarla hacia el exterior de la casa. Allí, acompañados tan solo por la oscuridad de la noche, le haría el sinfín de preguntas que le habían abrasado la cabeza mientras caminaba hacia ella, pero se contuvo; era mejor torturarla un poquito más antes de asaltarla con sus dudas y besar aquellos labios que tanto había pensado devorar.

—¿Se solucionaron? —A Beatrice no le apetecía seguir conversando con quien había faltado a la confianza de su esposo, pero lo hizo por Evelyn, que no había dejado de mirar el cuadro que se encontraba en la pared de enfrente y de llevarse una copa vacía a los labios.

—*Bien sûr que oui!!* (2) ¿Acaso duda de mi poder resolutivo? Solo fue un malentendido y creo que he dejado muy claro que nadie puede tocar lo que es mío —dijo con tono dominante—. Por cierto, mi querida esposa, ¿se encuentra bien? Observo que su tez ha palidecido y su mano no puede parar de temblar.

—Solo necesito tomar un poco de aire fresco —murmuró mirando a Beatrice en busca de ayuda, pero Roger no le dio la oportunidad; extendió su mano, agarró la suya y le dijo con voz aterciopelada:

—Acompañeme. La llevaré hacia el exterior. Estoy seguro de que se recobraré



cuando respire el aire puro de los terrenos de mi amigo.

Cuando Evelyn se giró para reprocharle tal inmoralidad, se quedó asombrada. Su esposo, ese a quien recordaba con un perfecto corte de pelo y un rostro suave y delicado, había cambiado totalmente. Su cabello ahora rozaba los hombros y la barba, espesa y áspera, ocultaba la mitad de su rostro dejando al descubierto tan solo los labios. Ahora entendía el estupor de las mujeres.

—No me tenga miedo... No la voy a morder... por lo menos delante de toda esta gente —le susurró en el oído mientras caminaban hacia los jardines.

—No se atrevería... —dijo Evelyn con voz estrangulada.

Si la había agarrado de la mano en vez de ofrecerle el brazo como era lo normal, estaba segura de que haría cualquier cosa cuando tuviera la más mínima oportunidad.

Pese a que había menos de cien pasos desde el interior de la sala hacia el exterior, a Evelyn le parecieron una eternidad. No veía el momento de poder soltar aquella mano firme y correr hacia algún lado de la casa para esconderse. Miró de reojo a su esposo y no observó ira alguna. Es más, parecía divertido, pero ella seguía intranquila. Sabía que le iba a pedir explicaciones, no solo por su engaño sino por lo que habría escuchado en Londres. Ella había rechazado todas las proposiciones porque desde que le hicieron llegar la primera carta que le escribió su marido, supo que no todo estaba perdido, pero no era el momento ni el lugar para indicárselo.

—Bueno, señora Bennett —dijo Roger abriendo la mano para que ella pudiera alejarse de su lado—. Creo que tenemos varios temas pendientes, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere —replicó andando hacia la barandilla de piedra. Una vez que se apoyó en ella, miró hacia abajo para calcular los metros que había por si tenía que saltar.

—En primer lugar, veo que no eres la señorita Pearson que me recibió. O quizás, el hecho de que luzcas un color diferente al negro me ha dado otra imagen diferente a la que recuerdo —afirmó con tono jocoso.

—Estaba cansada, asqueada de las continuas visitas de caballeros que me ofrecían matrimonio —explicó sin mirarlo—. Como puede imaginar, pensé que era otro más.

—Claro... claro... Y por eso sufrió un desmayo al leer la carta. Por cierto, haciendo alusión al tema de las cartas y de las buenas noticias, el señor Lawford me pasó la factura de diez libras como concepto de una botella de... ¿brandy?, que, según afirmaba, usted rompió en su oficina.

Una sonrisa cubrió su rostro. Tres semanas después de zarpar recibió una misiva del administrador relatándole la escandalosa visita de su esposa y cómo esta le había roto uno de sus mejores licores. Como respuesta, Roger le mandó una caja de seis botellas y las diez libras que le reclamaba. Recordó que aquel día, justo cuando habían superado una de las peores tormentas, le hizo tan feliz y se carcajeó tanto de la actuación de su mujer que se sintió orgulloso de ella.

—Ese ratero... —masculló con rabia—. Tenía que haberle roto esa botella en la cabeza.

—Entonces nos tendríamos que haber casado en la cárcel, ¿no cree? —dijo antes de soltar una enorme carcajada.

—Eso hubiese sido menos escandaloso que la muerte de mi hermano —comentó con pesar.

—Bueno, no nos alejemos del tema que me interesa. ¿Por qué no me dijo quién era el día que nos casamos? —preguntó sin parar de caminar hasta que se colocó detrás de ella.

Quería que olvidara el dolor que debió padecer por la pérdida de su hermano y la soledad que habría sentido sin tener a su esposo a su lado. Pero ya no se marcharía más. Aunque no lo quisiera, él ya no la dejaría sola.

—Tuve que asimilar muchas cosas, señor Bennett. —Al percibir el cuerpo de su marido próximo, un extraño escalofrío la hizo temblar.

—¿Tiene frío? —preguntó preocupado Roger. Se apartó unos pasos, se quitó

la chaqueta y esperó a que su mujer se diera la vuelta para ofrecérsela. Al no hacerlo, él mismo se la colocó sobre los desnudos hombros.

—Tiene que entender... —empezó a decir sin apartar la mirada del horizonte —, que después de la muerte de Colin comenzaron a verme como una mujer carente de recursos y una posible candidata a contraer matrimonio con viudos o ancianos solteros.

Agradeció la calidez de la prenda de su esposo. Metió las manos en las mangas e inspiró con fuerza. Olía a él: una mezcla de colonia, esencia varonil y tabaco. Todo ese tiempo imaginando cómo olía y ahora tenía la respuesta.

—Y... ¿cada vez que alguien la visitaba se hacía pasar por la sirvienta? —preguntó burlón.

—No, solo lo hice en una ocasión. —Quiso girarse para enfrentarse al él y, al hacerlo, se habían aproximado tanto, que sus rostros estaban más cerca de lo deseado.

—¿Por qué no me lo dijo el día de la boda? —Roger alargó las manos hacia la baranda y la retuvo con su cuerpo. Se inclinó tanto hacia ella, que sus pequeños senos se ajustaron demasiado a la tela del vestido y empezó a sobresalir más superficie redondeada de lo permitido.

Roger no pudo evitar la mirada hacia ellos y se relamió pensando en el momento en el que los tendría en su boca. Muy a su pesar subió de nuevo la vista para encontrarse con la mirada de la mujer. No estaba asustada, sino sorprendida y, como reflejo, apretó con suavidad sus labios. Ese acto infantil hizo que Roger deseara con todas sus fuerzas besar aquellos voluptuosos y eróticos labios.

—¿Habría cambiado algo? —preguntó Evelyn haciéndole despertar de sus pensamientos.

Bennett tuvo que hacer un esfuerzo para recordar qué le había preguntado para responder.

—¿Qué si habría cambiado algo? —Sonrió maliciosamente—. ¡Habría

cambiado todo! —exclamó antes de que su boca colisionara con la de ella.

Evelyn se quedó sin respiración. Era la primera vez que un hombre la asaltaba de aquella forma. Los besos de Scott eran suaves, torpes e incluso débiles, pero el beso de su esposo era un tornado. Invadió el interior de su boca conquistándola, dominándola, poseyéndola a su antojo. Era tanta la pasión de aquella muestra que notó cómo su sangre empezaba a burbujear.

—Esto, mi pequeña bruja, es solo un adelanto de lo que será vivir a mi lado —murmuró Roger con gran esfuerzo.

Le temblaba el cuerpo. Sus manos podrían fundir los casquetes polares y su sexo levantar la vela más pesada de su barco. No había sentido tanto deseo por nadie en su vida. Quizá la razón de tal exaltación fuera sus meses de celibato o, posiblemente, que su esposa tenía los rasgos que él consideraba perfectos para ser una mujer excitante. Fuera como fuese, tenía ganas de más. Mucho más.

—Esto no ha sido apropiado, señor Bennett —dijo Evelyn quitándose la chaqueta y ofreciéndosela con una mano.

—Me llamo Roger, ¿entendido? No volverás a decirme señor Bennett nunca más —comentó a regañadientes—. Y quiero advertirte que soy un hombre bastante apasionado. No albergues la posibilidad de tener una sola noche libre. Dónde te vea, dónde te encuentre, si quiero poseerte, te poseeré; si quiero besarte, te besaré. —Se acercó de nuevo a ella, la agarró de la cintura y habló tan cerca de sus labios que se rozaban—. Pero tranquila, no solo yo voy a obtener placer, mi querida esposa. Te volveré tan adicta a mí que no hará falta que yo te busque, serás tú quien venga a mí.

Y la volvió a besar.

## XII



La acompañó hasta el interior del salón. Esta vez de manera correcta: ella cogida del brazo y manteniendo una distancia prudencial entre los dos. Nada más acceder, todas las miradas se dirigieron hacia la pareja. Evelyn notó cómo le ardían las mejillas. Nunca había sentido tanta vergüenza, ni siquiera cuando anunciaron la ruptura de su compromiso con Scott. Intentó agachar la cabeza para ocultar su sonrojo, pero volvió a sentir el calor del aliento de su esposo en la oreja.

—Se me olvidó decirte que eres preciosa —le susurró—, y me siento muy afortunado al provocar cierta envidia entre los caballeros asistentes a esta fiesta.

Quiso replicarle, regañarle por decirle ese tipo cosas, pero no lo hizo. Tal vez porque nadie le había regalado palabras de halago. Siempre había sido la pobre Evelyn. La primera en expresarlo fue su madre, el día que la descubrió llorando amargamente en su alcoba al descubrir aquello que deseaba ocultar a todo el mundo pero que la naturaleza no le dejaría esconder.

Con paso inalterable y sin dejar de mostrar cierta arrogancia, su marido la condujo hacia el grupo de mujeres. Estas, al verlo, volvieron a pestañear como si fueran a abanicar a sus acompañantes. No había duda, su esposo era un hombre apuesto y muy seductor.

—Espero que no hayas reservado todos tus bailes, mi pequeña bruja. Enloquecería si esta noche no pudiera bailar contigo —murmuró de nuevo en su oreja.

—No tengas esperanzas, Roger —dijo su nombre de pila con retintín—. Si no

recuerdo mal, tengo todas las piezas ocupadas.

—Entonces, *mon chérie*, tendré que remangarme y pelearme con alguno de mis oponentes —comentó sonriendo de medio lado.

—¿No te atreverás? —Se giró hacia él y lo miró asombrada. Evelyn contempló por primera vez en aquellas pupilas un intenso color rojo. Se quedó observándolo sin poder pestañear. ¿Sería capaz de realizar tal fechoría? El endurecimiento de la mandíbula y esa mirada intensa le indicaron que hablaba con total seriedad. En efecto, la consideraba su propiedad pero... ¿eso era suficiente para comenzar un matrimonio?

—Como ya he dicho antes, lo mío no se toca —sentenció acercando imprudentemente sus labios a los de ella.

Estuvo a punto de besarla delante de todo el mundo, pero lo consideró mejor. A pesar del inmenso deseo que sentía por atraparla de nuevo entre sus brazos y saborear los labios de su esposa, se contuvo. A disgusto, alzó el rostro para apreciar cómo las damas que se encontraban detrás de su mujer, no dejaban de sonreír con coquetería. Ninguna de ellas llamó su atención salvo quien lo había dejado sin palabras: Evelyn. Era, para él, la única en quien podría pensar en ese momento.

Extrañado por su comportamiento, recordó las palabras que William le dijo tras casarse con Beatrice. Se había mofado de su amigo en varias ocasiones y le había señalado, de manera categórica, que él jamás poseería ese tipo de ideas absurdas hacia una mujer. ¿Qué hombre cabal necesitaba demostrar que una mujer le pertenecía? Y ¿por qué aparecía ese tonto instinto de protegerla hasta tal punto de ansiar la muerte de la persona que le produjera daño o la hiriera? Sin embargo, sus pensamientos, por mucho que intentaba hacerlos desaparecer, eran exactamente esos de los que se había mofado. Pero... ¿cómo podía meditar sobre cosas tan importantes después de un par de besos? Era cierto que había causado en él un gran impacto. No solo el día que ella se hizo pasar por doncella, motivo principal por el que decidió alejarse, sino también al verla aparecer en la sala vestida de rojo, dejando que su pelo de fuego brillara como una luna llena abrasada por el sol.

Tenía que reflexionar mucho sobre lo que le estaba sucediendo y la mejor

forma era atrapando una botella de whisky. Antes de alejarse y llenar su estómago del ansiado licor, inclinó levemente la cabeza para despedirse de aquellas que no cesaban de cuchichear y, sin mediar palabra con su esposa, se dirigió hacia el grupo de caballeros. Albergaba la esperanza de que las incoherentes tertulias masculinas le abstraieran de sus inapropiadas divagaciones.

Evelyn no podía respirar. El corsé le apretaba tanto que no entraba aire en sus pulmones. Por unos instantes creyó que la iba a besar delante de todos los presentes. Eso hubiera sido un escándalo terrible. ¡¡Nadie besa a su esposa en público!! Ansiosa y desesperada buscó con la mirada a Beatrice y cuando la halló sentada al lado de una de sus invitadas, se dirigió hacia ella.

—Si me disculpa —dijo la duquesa a la anciana al tiempo que se levantaba.

—¡Por supuesto! Tienes más invitados a los que atender —respondió la mujer clavando sus ojos en Evelyn.

Beatrice no quiso preguntarle a la muchacha qué había sucedido, por la expresión de su rostro intuía que nada bueno. Antes de que todas las miradas se centraran en la señora Bennett y murmuraran sobre lo ocurrido tras la desaparición de la pareja, extendió su mano hacia ella, se la aferró con fuerza y la alejó del salón. Si deseaba hablar de lo sucedido, el mejor lugar para permanecer tranquilas y fuera del alcance de terceros oídos era la cocina. Además, confiaba en que Hanna pudiera ayudarla si ella no era capaz de consolarla.

Caminando hacia el lugar elegido, rezaba para que Roger no la hubiera tratado con desprecio y que en sus palabras mostrara comprensión por el engaño. Por el temblor de la mano de Evelyn, mucho se temía que no había actuado con demasiada cortesía.

—¿¡Señoras?! —exclamó la señora Stone después de dar un respingo al escuchar un portazo en su cocina.

—Hanna, por favor, ¿nos puedes servir un té? —preguntó Beatrice a la cocinera al tiempo que se giraba hacia Evelyn y le daba el abrazo que tanto parecía necesitar.

—Les serviré té de tilo, si les parece bien. —Sin esperar el asentimiento de la duquesa, la anciana empezó a calentar agua y a buscar en los armarios las ramitas de tila.

—Esto es una pesadilla —susurraba la señora Bennett cuando Beatrice dejó de abrazarla—. Nunca he pasado tanto...

—¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha dicho? —le interrumpió la duquesa aterrorizada—. ¿Se ha enfadado mucho al descubrir tu engaño? ¿Te ha rechazado? ¿Ha sido mordaz? ¡¡Evelyn!! —le gritó al ver que ella no reaccionaba.

—¡Oh, Dios mío! ¡Apiádate de tu sierva! —exclamó cerrando los ojos.

Beatrice y Hanna se miraron sin saber qué decir. Entonces la duquesa, intentando mantener la serenidad, apartó una silla e hizo que se sentara. Ella se colocó a su lado, extendiendo sus manos hacia las de Evelyn que no dejaban de temblar.

—Cuéntame por favor, ¿Roger estaba muy enojado? —preguntó usando un tono mucho más relajado.

—No se ha enfadado —empezó a hablar agachando la cabeza—. Sinceramente, creo que le ha gustado más la idea de casarse conmigo que con mi doncella.

—¿Entonces, a qué se debe tu desasosiego? Deberías sentirte feliz. Muchos maridos rechazarían a sus mujeres por haberles mentado nada más conocerlos.

—Mi inquietud, Beatrice, se debe a otra cosa. ¡Jamás imaginé que me casaría con un hombre así! —Volvió a alzar la voz.

—Sé que Roger es un hombre especial —comenzó a explicar la señora Rutland—. Posee un temperamento rudo, aunque todo el mundo sabe que, en el fondo, es un cielo. Según me contó mi esposo, ha sufrido mucho durante su vida. Puedo decirte que una de esas penas se debe a la opinión que sus padres tienen de él. No lo aceptan como futuro marqués y eso le ha roto el corazón.



—Entiendo la razón por las que los actuales marqueses no lo consideran apropiado... —dijo apretando los dientes con cada palabra.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te ha hecho? —inquirió la duquesa alterada sin dejar de apretar las manos.

—¡Me ha besado! ¡Dos veces! Pero no le ha bastado hacer eso sino que me ha advertido que me rendiré al placer sexual que me va a ofrecer todas las noches —exclamó la mujer con horror.

—¿Eso es lo que tanto te escandaliza? ¿Eso es lo que te inquieta? —dijo entre risas. Apartó sus manos de las de ella y las cruzó delante de su pecho—. No deberías lamentarte por eso. Si yo te contara cómo es mi marido en la cama...

—¡Beatrice! —clamó Evelyn aterrorizada.

—Debes comprender que, por suerte para nosotras, nos hemos casado con unos hombres muy especiales y debemos padecer las consecuencias de estos matrimonios. Aunque te puedo asegurar que para mí no es ningún castigo. —Sonrió.

—¡Pues no sucumbiré a sus encantos! —afirmó con fuerza—. Soy una mujer decente y actuaré cómo me corresponde. ¿Acaso se piensa que soy una libertina como él?

—Si no lo haces tú, lo harán otras mujeres. Seguro que hay muchas en ese salón que les gustaría estar en tu lugar —interrumpió Hanna la conversación. Colocó las tazas sobre la mesa y vertió el agua humeante en ellas.

—La señora Stone tiene razón. No lamentes la suerte que vas a tener. Piensa que el fracaso de muchos matrimonios que conocemos se debe a que no existe complicidad entre ambos. No hay que aparentar el sentir amor por la persona que tienes a tu lado, sino también tenerlo. Un esposo o una esposa busca fuera de su hogar lo que dentro no halla —repuso la duquesa al tiempo que se acercaba hacia la mesa para tomar el té.

—Pero él no me ama como para insinuarme tales aberraciones —susurró Evelyn—. Acabamos de conocernos y, por experiencia, sé que es imposible

que nazca un amor tan rápido.

—Si me permiten participar en la tertulia... —comentó la cocinera sentándose frente a la señora Bennett—, puedo hacer una reflexión sobre este tema.

—No necesitas pedir permiso, Hanna. Sabes muy bien que eres un miembro más de la familia —expuso Beatrice dibujando una gran sonrisa en su rostro.

—En el amor no hay lógicas —afirmó la anciana sin apartar la mirada de la desconsolada mujer—. De hecho, hace poco debatí con mi esposo sobre ese tema. Solo existen sentimientos. Imagino que usted se sentirá abochornada por el deseo que su marido le ha insinuado, aunque le advierto que es así cómo comienza un buen matrimonio. Si no hay cierta lujuria entre ambos, si no hay interés, no hay nada. Debería sentirse feliz al saber que ha despertado esa pasión en su esposo. En muchas ocasiones, solo las amantes lo consiguen.

—No dejaré que me trate como si fuera una concubina —habló con firmeza Evelyn—. Soy una señora y os repito que me comportaré como tal.

—No creo que él te considere una amante —intervino Beatrice—. Recuerda que estáis casados. Supongo que al principio os costará asumirlo pero después será mejor. Él te abrirá su corazón y tú podrás hacer lo mismo.

Tras las palabras de la señora Rutland, las tres miraron las tazas de té y se mantuvieron en silencio. Las tres cabezas no cesaban de meditar sobre cómo continuar la tertulia. Hanna estaba a punto de hablar cuando observó que Evelyn alzaba su rostro hacia ellas; sus ojos verdes brillaban más de lo normal debido al acúmulo de lágrimas que amenazaban con desbordarse. La cocinera dejó con cuidado su taza sobre la mesa y cruzó las manos, esperando que la joven confesara aquello que escondía y le producía tanto dolor.

—Hace tiempo... —comenzó a decir la señora Bennett después de hacer desaparecer el nudo de su garganta—, cuando el entusiasmo de la juventud se apoderó de mí, creí en eso que defendéis con tanta vehemencia. Ofrecí mis sentimientos de manera incondicional a una persona que me hablaba de amor, pasión y de un futuro maravilloso. Sin embargo, por si no lo sabéis, esa relación terminó provocándome la mayor humillación de mi vida. No puedo volver a sentir ese dolor, esa vergüenza. Esta vez no conseguiría superarla.

—Pero en esta ocasión las cosas son diferentes —la interrumpió Beatrice colocando de nuevo sus manos sobre las de ella—. Ahora estás casada y estoy segura de que Roger jamás te hará daño. Confía en mí. Terminarás amándolo.

—Todos los hombres son...

Evelyn no consiguió terminar la frase; las miradas de las mujeres se dirigían hacia la puerta y, despacio, se giró. Por el asombro que mostraban, había imaginado que era su esposo la persona que las interrumpía, aunque se sorprendió al ver que se trataba del duque de Rutland el que caminaba hacia ellas. De repente, otra figura apareció desde las sombras del pasillo; se quedó apoyada sobre el marco de la puerta, con los brazos cruzados en el pecho y clavando sus ojos azules en ella.

El corazón de Evelyn dio un vuelco al contemplar a un ser tan seguro de sí mismo, tan dominante, tan espantosamente atractivo. No parecía enfadado por su ausencia, más bien divertido puesto que no dejaba de sonreír. Pensó en lo que le había dicho la cocinera y concluyó que tenía razón. Sin lugar a dudas muchas de las damas del salón estarían deseosas por caer en sus brazos. Era un hombre misterioso a la par que seductor. Sin embargo, ella no podía tropezar nuevamente en la trampa del amor. No podía volver a sufrir la agonía de la destrucción. Le daba igual que estuviera casada con él. ¿Quién le podría jurar que, después de poseerla como le había insinuado, no volvería a yacer con alguna de sus amantes?

—Señoras... —saludó el duque con una pequeña inclinación—. Las andaba buscando.

—Necesitábamos un poco de paz —indicó Beatrice. Se levantó de su asiento y aceptó con agrado el brazo que su marido le ofrecía.

—Te he echado de menos —le murmuró William a su esposa.

—Después me demostrarás cuánto —le contestó dándole un beso en la mejilla.

—Si me disculpan —dijo Hanna levantándose de la silla y haciendo una leve reverencia al señor—, tengo mil cosas que hacer.

La única que no se movió fue Evelyn. Estaba tan nerviosa que le resultaba imposible hacer una tarea tan sencilla.

—Mi pequeña bruja —comentó Roger desde su posición—, me debe un baile.

—Como ya le dije —empezó a decir mientras apartaba la mirada del hombre y la fijaba sobre la superficie de la mesa—. Mis bailes están reservados y no me gustaría defraudar a todos esos bondadosos caballeros que han decidido pedirme una pieza.

Con paso firme, Bennett abandonó su lugar para colocarse al lado de ella. Sin borrar la sonrisa extendió el brazo para que Evelyn pudiera apoyarse en él. Al apreciar que ella no lo aceptaba, agachó lentamente la cabeza hacia el oído femenino y le susurró:

—Tienes dos opciones: te alzo sobre mis hombros y te llevo a nuestra alcoba para hacerte el amor hasta que llegue el amanecer o bailamos en el salón. Tú decides.

# XIII



Aunque se imaginaba que elegiría la segunda opción, no le importó demasiado. En realidad tenían mucho tiempo por delante para poder disfrutar de esos placeres que tanto ansiaba. La miró de reojo y se sintió dichoso al tenerla a su lado. Durante el viaje había reflexionado bastante sobre el terrorífico golpe que le había otorgado la vida; él, un hombre nacido para disfrutar del sinfín de placeres que había en el mundo, un ser libre para hacer lo que se le antojara sin tener que dar explicaciones, se encontró, de la noche a la mañana, obligado a casarse con una mujer que no conocía, mayor que él y que físicamente se alejaba bastante de lo que algún día esperaba encontrar en una esposa. En esas divagaciones llegó a definirse como un ángel a quien le habían cortado las alas sin piedad. Tanto asumió su deplorable futuro que, a pesar de añorar a quienes consideraba su familia, decidió mantenerse alejado hasta que William le convocó. Mientras retornaba, consolado y abrazado tan solo por la brisa marina, se concienció de su nuevo estado y aceptó su desdicha. En cambio, al regresar ¿qué encontró? A una bruja. Una bruja mentirosa que le había engañado sin imaginar el pesar que había sufrido por su embuste. Para su deleite, esa hechicera, esa seductora mujer, era la más hermosa que había contemplado jamás; una diosa de pelo rojo que desprendía un aura tan embelesadora que, según parecía, ni ella misma era consciente del erotismo que emanaba.

Roger no pudo, ni quiso, dejar de ensanchar su pecho al observar el rostro de envidia que mostraban los caballeros. Allí donde había creído que vería mofas y burlas solo encontró expresiones de rabia. Por supuesto que ahora entendía las incontables e inapropiadas insinuaciones hacia su esposa. Seguramente, si no hubiese estado casado con ella, habría sido el primero de esa larga cola. De repente el terror se apoderó de él al imaginar que, finalmente, ella hubiera aceptado alguna proposición. Fue tan grande su

padecer que notó un dolor semejante al producido por una daga atravesándole el tórax. Se lo habría merecido por abandonarla. Si Evelyn hubiera consentido alguna de las propuestas, no le habría podido reprochar nada, puesto que él mismo sería el culpable de provocar la dolorosa infidelidad.

Sin piedad, por egoísmo también, la había dejado sola en el peor momento de su vida. Pero había vuelto a casa y estaba dispuesto a recompensarla por tantos días de abandono. No sabía cuánto tiempo tardaría en lograrlo o cómo lo conseguiría, pero lo haría. Quizá, de esa forma, él también hallaría la paz que tanto había añorado en el pasado.

De pronto, una leve presión en su brazo lo hizo despertar de sus divagaciones. Evelyn necesitaba su apoyo, no solo mediante la fuerza que le ofrecía su extremidad, sino también emocional. Quiso susurrarle algunas palabras para sosegar esa inquietud, aunque mucho se temía que le provocarían el efecto contrario. Además, ¿qué podría decirle? ¿Que no tuviera miedo porque él cuidaría de ella? ¿Que mientras estuviera a su lado nadie se atrevería a hacerle daño? No era el hombre idóneo para consolar a una mujer salvo que necesitara ser satisfecha en la cama. Él no era romántico sino práctico. En el transcurso de su vida le habían hecho seguir esas mismas directrices y le había ido bastante bien.

Ninguna de las mujeres que se dejó seducir buscó una estabilidad, posiblemente porque sabían que él jamás la proporcionaría. Además... ¿qué era el amor? ¿Acaso no se fundamentaba en una atracción sexual? ¿En una constante agonía por yacer junto a una persona? Para él, sí. Sin embargo, mucho se temía que Evelyn no era como él ni como las mujeres con las que se había acostado. Lo supo en el mismo momento en el que la miró a los ojos y se aventuró a besarla. Ella no se mostró sumisa sino recelosa ante sus caricias e insinuaciones. Sus amantes, a las que no podía poner un rostro o un nombre, se habrían derretido en sus brazos y buscado cualquier lugar oculto de miradas para ser amadas con descaro. Pero ella no era así. Al quedarse solos sintió miedo e inseguridad. Su cuerpo nunca dejó de temblar a pesar de haberle ofrecido su chaqueta. Quizás, en vez de avasallarla y dictarle cómo debía comportarse al ser su esposa, debía averiguar la razón por la que lo rechazaba y mucho se temía que la respuesta la encontraría en el pasado. Y, por supuesto, en cuanto tuviera la más mínima oportunidad, rebuscaría por cielo y tierra

para conocer qué le sucedió y por qué no era capaz de dejarse llevar por la pasión.

—Un vals... —susurró la mujer al escuchar los primeros acordes de la melodía que iban a bailar.

—¿No te gusta? —preguntó Bennett mientras la colocaba entre los demás asistentes, alargaba su mano hacia la pequeña cintura y exhibía una gran sonrisa.

—No es uno de mis bailes preferidos —dijo muy segura de sí misma.

—Eso, *petite sorcière*, es porque no has bailado con el hombre adecuado —afirmó con tanta seriedad que Evelyn creyó haberlo herido con su inofensivo comentario. Pero justo después, como siempre de manera descarada, agachó la cabeza y dejó que su boca se acercara a su lóbulo más de lo permitido para susurrarle—: Te puedo asegurar que cuando termines de bailar esta pieza, no desearás danzar otro vals con nadie salvo conmigo.

—Eres un engreído —habló apretando los dientes. El rostro, cubierto de innumerables pecas, se sonrojó de nuevo. Su pecho subía y bajaba agitado. Evelyn podía sentir cómo la debilidad volvía a hacerle flaquear las piernas.

—¿Engreído? —Roger sonrió divertido—. Yo me defino más como un hombre bastante perverso.

—¿Perverso? —La mujer abrió tanto los ojos que Roger admiró el esplendor de los mismos.

—*Oui*, perverso. Soy tan malvado que en estos momentos, mientras los demás caballeros colocan sus plantas en el suelo y se posicionan para comenzar el baile, mi mente no es capaz de pensar en otra cosa que no sea disfrutarte. —Volvió a agachar la cabeza para murmurarle en voz baja—. Desde esta inadecuada cercanía, puedo oler esa deliciosa fragancia a lilas que desprendes y, gracias a mi altura, tu escote me permite observar mucho más que el nacimiento de tus pechos.

Evelyn estuvo a punto de desmayarse. Y estaba segura de que si Roger no la

hubiera sujetado con tanta fuerza, habría caído al suelo. El descaro de su marido la perturbaba más de lo que él se imaginaba. No llegaba a comprender la razón de tal comportamiento hacia ella. Quizás el propósito de esa desfachatez era asustarla para que huyese de su lado, para que lo dejara vivir en paz. Si esa era el verdadero motivo, lo estaba consiguiendo puesto que ella deseaba partir de Haddon Hall incluso antes de que amaneciera.

De repente notó una suave calidez en su espalda. Levantó de nuevo el rostro y observó el de su marido. Sus rasgos se habían endurecido. No había burla ni mofa en ellos e incluso advirtió que entrecerraba sus ojos como si intentara averiguar sus pensamientos. La música comenzó a sonar con más fuerza. Se acercaba el tiempo de los giros. Evelyn observó cómo Roger se distanciaba lo conveniente, alzaba su mano agarrada a la suya y la hacía girar sobre sí misma; una, dos y tres vueltas dieron hasta regresar a la posición inicial colocando las manos a su lugar: unas entrelazadas con tanta firmeza que no eran capaces de soltarse y las otras apoyadas en ambos cuerpos. La de Roger era tan grande que al extender sus dedos, ocupaba todo el escote que ofrecía el vestido en la espalda y ella solo conseguía posar la suya sobre el hombro.

La mujer contuvo la respiración en varias ocasiones al notar un pequeño y suave movimiento de los dedos masculinos. La acariciaba con mucha sutileza. Tal vez para despertarla del letargo al que se había inducido al descubrir que, tal como le había indicado, bailar con él un vals sería inolvidable. No solo sus movimientos eran perfectos, o la rectitud de su cuerpo, sino que exhibía en cada paso la dominación, la serenidad y el absolutismo que desprendía la figura masculina. Los vaivenes acompasados y metódicos la condujeron, sin ella pretenderlo, a un placentero estado de éxtasis. Su pecho, agitado por el baile, rozaba el de su marido. Cada toque, cada leve impacto, Evelyn lo vivía con el mismo temor que si permaneciera cerca de un volcán a punto de despertar. «Otro giro más y terminaré esta agonía...», meditó exhausta.

Para hacer más llevaderos los últimos momentos, intentó cerrar los ojos pero Roger impidió que lo hiciera tras soplarle con suavidad. Quería que continuara observándolo, que lo admirara y advirtiera lo que sucedía a su alrededor.

Y lo consiguió.



Evelyn miró a las parejas que bailaban cercanas y comprendió lo diferente que eran ellos. Allí donde las mujeres eran incapaces de tocar con sus vestidos las prendas de los acompañantes, su corpiño se ajustaba con perfección al hueco que le ofrecía el chaleco. Allí donde las manos femeninas se estiraban y alzaban lo suficiente para que no consiguieran tocarse, la suya, aunque enguantada, ardía por la presión que ejercía su marido. Donde las demás eran incapaces de inspirar el aroma de la persona con la que bailaban, ella podía oler cada partícula emanada del cuerpo de Roger, emborrachándola de esa impregnación viril hasta el punto de no ser capaz de dejar de respirarla. No supo que había terminado la música hasta que escuchó una pequeña risita cercana a su oído.

—Te advertí que después de bailar conmigo, nada sería igual —dijo jocosamente y orgulloso de haberle mostrado a Evelyn la veracidad de sus palabras.

—¿Una frase hecha? —preguntó enfadada e intentando no mostrar su perturbación.

—¿Por qué dices eso? —respondió abandonando esa mofa que exhibía en su rostro.

—Porque mucho me temo, *mon chérie* —expuso con retintín—, que esas palabras se las dirás a todas. Ahora, si me disculpas, tengo otros bailes que disfrutar.

Agarró el vestido con ambas manos, hizo una pequeña genuflexión y lo abandonó en mitad de la pista de baile.

Pese a que su corazón se sacudía con unos espantosos e inmensos latidos que se extendían por todo su cuerpo, Evelyn caminó hacia el grupo de mujeres que se encontraba en la parte derecha de la sala con una aparente tranquilidad. No podía exhibir la zozobra que le provocó el baile, ni tampoco demostrar que, sin duda alguna, ninguno de los siguientes bailarines la atolondrarían tanto como lo había hecho Roger.

Era un hombre demasiado seductor, enigmático y, por supuesto, encantador. Sin embargo, ella no podía volver a hechizarse con aspectos tan banales. Prueba de ello era el desastroso final con Scott. Él también la hablaba con

sutileza, con fascinación hasta que descubrió que estaba embarazada y que su padre no podía ofrecerle la dote que había prometido. Entonces comenzó el amargo proceso del desamor, de la destrucción, del dolor por todo aquello que le había prometido y que no cumplió. Era cierto, como le había indicado Beatrice, que en esta ocasión las causas eran diferentes, pero ella no se convencía. ¿Qué sucedería cuando consiguiera su propósito? ¿La abandonaría de nuevo? ¿Volvería a sus antiguos vicios? No podría soportarlo. Aunque ella no lo amara, sería incapaz de vivir de nuevo otra humillación.

—¿Desea una copa, señora? —La pregunta de un sirviente, que portaba sobre sus manos una bandeja con copas de champán, la despertó de sus pensamientos.

—Gracias —respondió al tiempo que alargaba la mano para alcanzar una. Se la bebió de un sorbo y, antes de que el criado se alejara, cogió otra. No estaba sedienta sino abochornada y esperaba que el licor calmara esa sofocación.

—Mi querida señora Bennett —escuchó decir a una voz masculina—. ¿Me permitirá el siguiente baile o su marido la raptará como la vez anterior?

—No creo que vuelva a ser tan descortés —afirmó sonriente—. Y estaré encantada de brindarle la siguiente pieza.

El caballero extendió su brazo para que Evelyn se agarrara, después de que ella colocara su mano, la condujo hacia el centro del salón.



Lo que estaba viviendo era inaudito. Su esposa lo había abandonado delante de todo el mundo como si fuera un ser despreciable. Por un momento, solo durante unos segundos, quiso correr tras ella, agarrarla del brazo, girarla hacia él y besarla con tanta pasión que incluso los invitados se quedaran sin aliento. Tal vez, de esa forma no volvería a rechazarlo en público. Él, un hombre que hacía debilitar a las mujeres, un hombre que escuchaba suspiros de deseo tras su paso, era repudiado por la única fémica que no debía hacerlo porque, le gustara o no, estaban casados. Enfadado y con el orgullo herido, decidió regresar al grupo de caballeros que parecían divertirse con lo sucedido.

—Un buen baile...—comentó William con tono jocoso.

—Los he tenido mejores —repuso con frialdad.

—¿Una copa, milord? —le preguntó un sirviente.

—Tráeme una botella del mejor brandy que el duque tenga en la bodega —ordenó malhumorado.

El criado, confundido, miró al duque y, tras ver el movimiento afirmativo de su cabeza, se alejó del salón para hacerle llegar al caballero aquello que había pedido.

—Es una mujer indomable... —murmuró Roger a regañadientes—. Jamás en mi vida he visto un ser tan esquivo y tenaz.

—Discrepo en tu afirmación, amigo mío. Evelyn es encantadora y Beatrice está entusiasmada de poder contar con su amistad.

—¿Encantadora? —gruñó Bennett al tiempo que fruncía el ceño—. ¿Te parece correcto su comportamiento? —continuó con enfado—. Nunca he visto un desprecio semejante de una esposa hacia su cónyuge.

—Me pregunto... ¿qué lo habrá provocado? —señaló William entrecerrando sus ojos y sin apartar su mirada de Roger.

—Solo he tenido buenas palabras, por si estás insinuando que el culpable de su inapropiada actitud he sido yo —replicó con voz firme y pausada.

—Pues entonces no entiendo lo sucedido porque si te das la vuelta y la observas, apreciarás que no borra la sonrisa.

Roger se dio la vuelta de inmediato y se quedó tan pétreo que fue incapaz de respirar. Allí estaba su esposa, en mitad del salón bailando y sonriendo con coquetería a su acompañante. De repente, sus manos se cerraron con fuerza convirtiéndolos en dos duros bloques de acero y una extraña sensación de quemazón le recorrió el cuerpo.

—No habrás acertado con tu conversación —le susurró Rutland divertido al

ver que, por primera vez, los celos le hacían borrar la picarona sonrisa que siempre exhibía—. En cambio, el señor Battelow, viudo desde hace algo más de dos años, sí que ha sabido encontrar lo que a ella la hace...

—No continúes por ese camino... —masculló Roger apretando con tanta fuerza los dientes que estuvieron a punto de partirse—. Ella es mía.

—¡Por supuesto! ¿Quién ha insinuado lo contrario? Solo te he querido demostrar que, a pesar de estar curtido en el ámbito de la seducción, no siempre puedes conseguir lo que deseas —continuó exponiendo William sin abandonar su tono burlón.

—Da igual con quién baile esta noche o a quién le regale sus coquetas sonrisitas. Ella dormirá con un solo hombre —empezó a decir al tiempo que se giraba hacia su amigo y arrugaba la frente con furia—, y ese seré yo.

## XIV



Por fin la tortura había acabado y se encontraba a salvo en el interior de su alcoba. Evelyn, inquieta por lo acontecido, no podía dejar de moverse por toda la habitación, creyendo que si permanecía parada algo más de dos segundos terminaría por caerse al suelo. Continuaba alterada, abochornada, avergonzada y sobre todo enojada. Se había casado con un ser depravado, un hombre que no sabía lo que significaba la palabra decoro, y no estaba dispuesta a que la tratara sin respeto delante de todo el mundo. Como venganza a su humillación, decidió ser más amable de lo que solía con los caballeros que la rondaban. No solo simuló que prestaba atención en sus conversaciones, sino que también les sonreía al bailar con ellos. Sin embargo, mientras que llevaba a cabo su hazaña, advirtió que su marido no podía apartar sus ojos de ella; a veces fruncía el ceño, otras le sonreía con malicia y en contadas ocasiones se giraba para no verla.

No había llevado a buen término su plan; quería provocarle tal enfado que se marchara de la fiesta, pero tuvo que contentarse con las pocas expresiones de apatía que mostró. Observó, un tanto preocupada, que entre sus manos aferraba una botella de licor. No bebió como los demás, con prudencia y en las copas de cristal, sino que adoptó la actitud del bucanero que aparentaba ser. Por supuesto, las apropiadas interrupciones de Beatrice la salvaron de algún que otro caballero impertinente que entendió como quiso sus actos de cordialidad. De hecho, la duquesa puso en su lugar a uno de los que insistía en aproximarse a ella más de lo debido.

En otro momento, en otro lugar, no hubiera necesitado la ayuda de nadie. Ella misma, con alguna de sus socorridas frases, habría dejado bien claro que su cortesía no indicaba nada salvo eso mismo, pero no pensaba con claridad. La ingesta de alcohol y el soponcio que sufrió al descubrir la bestia con quien

debía vivir el resto de su vida, la hicieron perder su apreciada sensatez.

Asustada por todo lo acontecido, miró a su alrededor e intentó calcular el tiempo que le llevaría a Wanda preparar el equipaje. «Más de lo que ansío — terminó diciéndose mientras se sentaba sobre la cama con desgana—. Es imposible que pueda partir antes del amanecer», concluyó.

Decepcionada y cansada, abrió los brazos y se dejó caer sobre la cama. Quiso cerrar los ojos para descansar un poco hasta que llegara su doncella, pero cuando lo hizo, todo empezó a darle vueltas y terminó por notar ciertas sacudidas procedentes de su estómago. Con rapidez, se alzó del lecho pero fue peor. Las náuseas aumentaron al igual que los mareos. Decidió arrodillarse sobre el suelo y esperar a que todo aquel malestar desapareciera. Pese a su intento por controlar los vómitos, terminó expulsando lo que contenía en el interior.

—¡Mi señora! —exclamó Wanda al entrar al dormitorio—. ¿Qué le sucede?  
—La doncella no esperó una respuesta, quizá porque no la obtendría. Corrió hacia Evelyn y le alzó el mentón para que dejara de ensuciarse el vestido nuevo.

—Me muero... —murmuró cuando dejó de vomitar—. Mi fin está llegando...

—Creo, más bien, que ha ingerido más champán de lo habitual —comentó la criada intentando no mostrar la diversión que le ocasionaba lo que veían sus ojos.

—¡Él es el culpable! ¡Él me ha conducido a este tormento! —exclamó al tiempo que retiraba con sus manos las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Apóyese en mí. La incorporaré y la desvestiré —dijo Wanda mientras la agarraba con fuerza de un brazo—. Sin lugar a dudas, mi señora, un buen baño le aliviará ese estado de malestar y de hedor.

—¡Lo odio! ¡Odio todo lo que procede de esa bestia! —seguía gritando.

—Muy bien... Si usted lo odia, yo también lo odiaré, pero por favor, incorpórese.

—No le ha bastado con avasallarme en la intimidad sino que también lo ha hecho delante de todos los presentes —continuó hablando entre balbuceos.

Con gran esfuerzo, Wanda consiguió levantarla y colocarla lo más derecha posible para lograr desabrocharle los botones del vestido.

—¡Me he casado con un descarado, obtuso e incorregible! Dios mío, ¿tan mala ha sido tu sierva que condenas mi vida con un hombre prehistórico? —exhaló con pesar.

—Nadie es perfecto... —indicó la doncella sin pensar.

—¿Perfecto?! —gritó antes de darse la vuelta y perder de nuevo el equilibrio.

—Mi señora, por favor, no se mueva —suplicó después de evitar que cayera al suelo.

—Ese hombre se aleja mucho de la perfección. Es un descarado, un indecente, un hijo de satanás...

Wanda evitó continuar con la conversación porque la alteraba cada vez más. Con manos ágiles, le fue desabrochando los botones hasta que el vestido terminó en el suelo. Mientras se afanaba en conseguir su propósito antes de que Evelyn volviera a alterarse, meditaba sobre si había vivido una situación parecida durante sus años al servicio de la actual señora Bennett. «Nunca —concluyó para sí—. Siempre ha sido una muchacha muy sensata salvo cuando se enamoró de ese sinvergüenza». Pero en aquella ocasión, pese al sufrimiento que padeció, nunca bebió como lo había hecho esa noche. Era más, jamás la había visto tomar más de una copa y solo en los casos en los que le estaba permitido: durante una comida o en una celebración. Por eso, el hecho de que estuviera ebria, la tenía, no solo asombrada sino también confundida.

—Siga apoyándose en mí. La conduciré hasta el baño y esperará a que le llene la tina de agua. Seguro que después verá las cosas de otra manera —dijo con voz apacible.

—¡Ay, Wanda! ¡Qué desdichada soy! No he tenido suficiente con lo vivido en el pasado que, para continuar mi desgracia, el destino sigue jugándome bromas

pesadas. Ese hombre... ese... ese... animal que mi hermano decidió convertir en mi esposo no es bueno.

—No debería juzgar con tanta rapidez a las personas. Quizá, su inapropiado comportamiento se haya debido a que está molesto. Recuerde que se marchó de Londres pensando que se había casado conmigo y no con usted —aclaró en voz baja. Con gran esfuerzo, la llevó hasta el baño. Justo en la misma entrada, con el cuerpo laxo de su señora sobre la mitad del suyo, Wanda miró con rapidez a su alrededor buscando un asiento donde poder posar a la mujer. Tras hallarlo, la sentó con cuidado, le apartó de la cara los mechones que habían escapado del moño y le besó la frente—. Espéreme aquí, no tardaré.

Evelyn asintió con suavidad. No quería mover más de lo debido la cabeza porque ya empezaba a dolerle. El suave golpe de la puerta al cerrar, hizo que dirigiera sus palmas hacia su frente y la apretara con fuerza. Todo seguía dándole vueltas y, por mucho que su doncella hubiera pensado que la había colocado en un lugar seguro, no lo sentía así. Su cuerpo se balanceaba sin ella desearlo y la pequeña habitación giraba alrededor suyo cada vez más deprisa. Finalmente terminó tendida en el suelo, en posición fetal y murmurando frases apenas audibles.

No supo que su doncella había entrado y salido del baño hasta que la despertó.

—Continúe apoyándose en mí —le dijo en voz baja—. Muy bien, así está mejor. Metemos un pie, ahora el otro y... ¿A que el calor del agua la reconforta? —Mientras Evelyn echaba la espalda hacia atrás, la doncella le quitó las horquillas, dejando libre la rojiza melena—. Puede apoyar la cabeza en estas toallas que he encontrado. Le servirán de almohadón.

—Gracias... —susurró—. No sé qué haría sin ti.

—Pues imagino que seguir tirada en el suelo, como una mujer de mala vida, vomitando y desamparada —respondió con cierta diversión—. Bueno, ¿se encuentra mejor para poder contarme lo que tanto le ha perturbado?

—Ha sido él —dijo con firmeza. Intentó girarse para poder contestar mirándola a los ojos pero Wanda se lo impidió—. Nunca imaginé que los rumores sobre su comportamiento fueran ciertos. Albergué la posibilidad de



que la gente exageraba para que sintiera temor, pero decía la verdad.

—¿Qué es lo que le ha hecho? —quiso saber. Mientras le contestaba, cogió la pieza de jabón y lo fue expandiendo por el cabello.

—Cuando apareció, y después de hablar con el duque a solas, se acercó hasta dónde me encontraba. Obviando de forma descarada mi presencia saludó primero a quienes lo miraban y se ruborizaban.

—Ya le dije que era un hombre muy apuesto —repuso al tiempo que frotaba con sumo cuidado el pelo.

—Y no mentiste. Prueba de tu verdad fue la desmesurada paralización que causó al aparecer. Las jóvenes casaderas movían las pestañas como si quisieran provocar un huracán en la sala y las que, por suerte, han contraído matrimonio con un hombre honrado, no dejaban de cuchichear.

—¿Tanta expectación provocó? —insistió.

—¿Crees que un hombre con un aspecto semejante al de un vulgar pirata no conseguiría tal hazaña? —refunfuñó con más serenidad.

Los suaves masajes la empezaban a relajar y, tal como le indicó Wanda, ya se encontraba mucho mejor.

—¿Un pirata? —preguntó la doncella asombrada. Dejó de enjabonarle el pelo para alargar la mano y coger un cazo.

—Según me contó la duquesa, es el dueño de uno de esos barcos mercantiles. También me dijo que lo utiliza para transportar mercancías o pasajeros, aunque mucho me temo que erró en su conclusión. Estoy segura de que es un asaltante de navíos y que tendrá las manos cubiertas de sangre inocente —sentenció.

—¿Eso fue lo que le pareció poco decoroso, que exhibiera una imagen de corsario despiadado? —continuó preguntando al tiempo que vertía sobre el cabello agua limpia.

—No. Lo que sucedió fue otra cosa aún más terrorífica. Cuando las saludó, se

dirigió a mí llamándome propiedad. Luego me arrastró hasta el balcón agarrándome la mano. Al principio, aunque me sentí enojada por ese comportamiento, casi se lo perdono puesto que se preocupó de mi padecer durante su ausencia. Dialogamos con cordialidad, pero de repente, la conversación dio un giro inesperado. Todo empezó tras decidir que debíamos tutearnos.

—¿Se ofendió por ello?

—¡No! Me sorprendió gratamente; sin embargo, el hecho de tener que llamarle Roger le brindó la oportunidad de... besarme y ¡dos veces! —explicó afligida.

—Ajá...

Wanda sonrió al escuchar las palabras de su señora. Pese a que le parecieron infantiles, la entendía. Después de lo vivido con el villano del señor Wyman, no quería volver a sentir el pesar de otra humillación. No obstante, ella no veía mal que un marido mostrara su afecto en público. Era más, estaba segura de que todas aquellas mujeres que, según contaba, se alteraron ante la presencia del señor Bennett, estarían encantadas de ocupar su lugar.

—Más tarde me pidió un baile...—Hizo una leve pausa para recomponerse. Al recordar lo ensimismada que permaneció al notar la cercanía de su marido, las pequeñas y sutiles caricias en la espalda, el encantador aroma y la firmeza al danzar, provocó que su vello se erizara y que brotara nuevamente una extraña sensación de necesidad por tenerlo a su lado.

—¿Y? —Wanda cogió una toalla y la extendió para que Evelyn pudiera cubrir su desnudez con ella.

—Y bailamos —respondió sin ofrecer más detalle.

—¿Solo bailamos? *Oh, mon chérie, je suis très désolè!!* —La voz de Roger las asustó. Wanda agachó con rapidez la cabeza mientras que Evelyn abrió tanto la boca que le resultó difícil cerrarla. Allí estaba, apoyado sobre la jamba de la puerta, cruzado de manos y piernas, observándolas en silencio y revelando en su mirada un brillo lujurioso—. Puedes marcharte. Yo mismo me ocuparé de mi esposa —ordenó.

Tal como le había dicho, la doncella hizo una leve genuflexión y salió del baño no sin antes echar un leve vistazo a Evelyn, que seguía paralizada y aferrando con fuerza la toalla que cubría su cuerpo.

—¿Así describes nuestro primer baile de casados, *petite sorcière*? —dijo cuando la lacaya cerró la puerta.

Roger no movió ni un solo músculo de su cuerpo. Permaneció en la misma posición esperando a que ella fuera la primera en dar un paso. Sus ojos continuaban clavados en Evelyn y su sonrisa, colmada de lascivia, seguía extendiéndose por su rostro.

—Imaginé que sería inolvidable.

—No deberías estar aquí —masculló enfurecida—. Por si te has perdido, he de advertirte que estás en mi habitación.

—¿Perdido? —preguntó antes de esbozar una enorme y sonora carcajada. Se retiró de la madera e inició un lento caminar hacia ella—. Nunca me he sentido tan cercano a la palabra hogar, tal vez porque, como te dije en el mirador, desde que nos casamos tu cuerpo será mi casa y la tuya será el mío.

—No te acerques... —le ordenó andando hacia atrás hasta que el frío de la pared tocó su espalda.

—Nadie va a impedirme coger lo que por ley me pertenece —murmuró con voz firme y pausada.

—¡No soy una maldita propiedad! —explotó.

Prosiguió aferrando la toalla alrededor de su cuerpo y alzó el rostro de manera desafiante.

—En ningún momento, *petite sorcière*, te he considerado de esa manera. Cuando te digo que me perteneces es porque tu cuerpo entero es mío y, por muchas sonrisitas que ofrezcas a los demás caballeros, nadie podrá gozar de ti salvo yo.

—Me juzgas de manera indebida —se defendió manteniendo en alto su rostro

—. Por si no lo recuerdas, durante tu ausencia fui visitada por muchos...

No finalizó la explicación. Antes de terminar la frase, Roger se abalanzó sobre ella y la besó. Evelyn se volvió a sorprender por la pasión que su marido mostraba en un acto tan básico. Su lengua repetía la conquista, la posesión, conduciéndola a un estado de éxtasis del que solo pudo reaccionar con un suave y mísero gemido. Lo disfrutaba. A pesar de su insistencia en no hacerlo, gozaba de aquella boca, de aquella persuasiva lengua, de la proximidad del inmenso y robusto cuerpo. De repente notó una calidez en la espalda. Su esposo posaba sus manos sobre ella para atraerla hacia él. El pecho femenino rozó el masculino y ambos torsos se acoplaron a la perfección. Pese a la gran altura de quien la aferraba hacia sí, no había incomodidad, sino seguridad y protección. Una unión tan maravillosa que, sin poder evitarlo, la hizo sentirse extasiada.

No obstante, y a pesar de que empezaba a desear lo que él tanto ansiaba por mostrarle, debía mantenerse firme en sus propósitos. No podía regalarle aquello que tanto deseaba porque después de conseguirla, ¿qué haría? La incertidumbre la hizo recobrar la poca sensatez que le quedaba. Abrió los ojos y descubrió que él también los tenía abiertos. La miraba con descaro, con deseo, con erotismo. La pupila se expandía tanto que apenas permitía apreciar el color del iris.

—Eres tan hermosa... —susurró Roger ahogado por el deseo—, que me parece imposible haberte conseguido.

—Y tú eres un hombre tan engreído y repugnante, que me parece increíble que fuera mi hermano quien decidió mi futuro —replicó Evelyn con rabia.

—*Mon Dieu!* —exclamó Bennett airado—. ¿Acaso no puedes aceptar de mi boca ni un solo cumplido? —Dio unos pasos hacia atrás al tiempo que se pasaba la mano por la cabeza—. ¡Eres mi esposa! ¡Maldita sea! Y eso debería revelarte lo que tú tendrás que asumir como tal.

—¿Estás insinuado que debo entregarme porque...? —empezó a decir mientras una de sus manos cubría su boca.

—Solo te advierto que debes complacerme... —indicó malhumorado. Se giró

hacia ella y caminó con más ímpetu del que debía hasta que la volvió a retener contra la pared—. Te poseeré cuándo y dónde quiera. Y por mucho que te niegues, lo haré.

Con una brutalidad impropia de él, la agarró por la cintura y la echó sobre sus hombros para conducirla hasta la cama. Evelyn pataleaba y le pegaba puñetazos en el pecho, pero sus impactos no consiguieron mermar la decisión de su marido.

Roger la arrojó en la cama y, mientras ella intentaba huir, se quitó la chaqueta, se desabrochó los botones de su pantalón y, justo en el momento en el que ella iba a conseguir su propósito, la agarró de un tobillo y la hizo regresar al lecho.

—No pretendía que nuestra primera vez fuera así, pero tu actitud, tu arrogancia y tu poca sensatez, han provocado en mí una ira incalculable —le dijo al tiempo que se colocaba sobre ella—. Me aceptarás por las buenas o por las malas.

—¡Suéltame! ¡Déjame! —clamaba Evelyn.

Unas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos bañando el rostro sonrojado esta vez por el esfuerzo que realizaba por liberarse de las manos de su marido. No se podía creer lo que iba a sucederle. No esperaba que el encantador y embaucador hombre que tenía a su lado finalmente se transformara en un monstruo.

—¡No! —rugió Roger—. ¡Eres mía!

Después de un tiempo forcejeando con su opresor, Evelyn perdió las fuerzas. Las palmas de sus manos, que sostenían los brazos de Bennett, se despegaron de estos y lo liberaron. No podía evitar aquello que ya había decidido su marido. Las lágrimas dieron paso a un gimoteo incesante, un llanto pidiendo clemencia.

Roger, al dejar de sentir el pataleo y la opresión en sus brazos, alzó el rostro y la contempló. El pelo, alborotado por los bruscos movimientos, se extendía por la almohada; la toalla había dejado de cubrirla y dejaba al descubierto una erótica y deliciosa figura. Sin embargo, lo que le partió el corazón en mil

pedazos fue descubrir que ella no dejaba de llorar y suplicar. ¿Dónde estaba la persona que era? ¿Dónde estaba el hombre que amaba y satisfacía a las mujeres? No quedaba nada de eso en él y prueba de ello era la horrible escena que vivía. Deseaba a Evelyn más que a nada en el mundo. Desde que puso sus ojos en ella aquel día, solo soñó en tenerla a su lado, amarla, escucharla gemir de placer. Sin embargo, nunca imaginó que la poseería sin ella desearlo, sin escuchar de su boca que calmara su necesidad.

Abatido por su comportamiento, se retiró lentamente del lecho. Sus ojos seguían clavados en la mujer, observando cómo temblaba de miedo, el mismo que él le había provocado al dejar emerger un monstruo de su interior. En silencio y conmocionado por su actuación, se abrochó el pantalón y, sin mirar atrás, salió de la habitación. Tenía que meditar sobre lo ocurrido, sobre por qué la había tratado de esa forma y sobre todo debía hallar la razón por la que su interior le gritaba que debía hacerla suya para siempre.

## XV



No eran celos lo que sentía. Él jamás tendría unos sentimientos tan estúpidos. El ardor que emergía desde los más profundo de su ser solo era malestar por haber descubierto que él iba a ser el padrino del hijo de William y que, por su enajenación, el puesto lo había ocupado Federith. A pesar de sus propias excusas, no podía apartar la mirada de ella y dejar de gruñir. Evelyn no aminoraba sus gestos de coquetería y, extrañamente, bebía demasiado. Estuvo tentado, en más de una ocasión, en caminar hacia ella y reprocharle su actitud. Necesitaba que entendiera lo inadecuado que resultaba aquel descarado comportamiento para una mujer casada, o mejor dicho, para su esposa. Pero se contuvo. Aguardó con paciencia el momento en el que todo el mundo empezó a marcharse y ella decidió subir a su alcoba. Por supuesto, en la intimidad que les proporcionaría el interior de la habitación, le mostraría a quien debía dirigir sus continuos flirteos.

—¿Ya nos privas de tu presencia? —preguntó Rutland.

Se habían marchado ya todos los invitados y, por fin, podía gozar de unos momentos a solas con sus amigos. Por eso, cuando observó la disposición de Roger a marcharse, intentó evitarlo.

—Has de comprender que me encuentro bastante cansado. Desde que llegué a Londres, no he podido descansar adecuadamente —explicó con tono débil, agotado. Sin embargo, no lo estaba. Su única pretensión era subir las escaleras de tres en tres y buscar a Evelyn.

—Si no recuerdo mal, Beatrice ordenó a Brandon que te preparara una habitación. Él te conducirá hasta ella —dijo William con tranquilidad. No quería decirle de manera brusca que, debido a todo lo acontecido en el pasado

entre el matrimonio, debía tomarse un tiempo de calma. Además, por la actitud que mostró Evelyn durante toda la velada, mucho se temía que no tenía interés alguno en descansar bajo las garras de su esposo.

—¿Yaces tú en otra alcoba que no sea la de tu esposa? —inquirió Bennett enfadado. Sus ojos, inyectados en sangre, se clavaban en la persona a quien siempre había otorgado la posición de hermano.

—Por supuesto que no. Sin embargo, mi situación conyugal es muy diferente a la tuya —señaló.

William frunció el ceño y amusgó los ojos. Odiaba tener que ser él quien llamara la atención de su mejor amigo, pero debía hacerlo. Como dueño de la casa en la que Evelyn se sentía protegida, necesitaba continuar ofreciéndole la paz que le prometió y, por mucho que Roger debía ejercer su respetable papel como marido, todavía no estaba preparada para ello.

—¿Entonces, por qué te interesa tanto el lugar donde descansaré esta noche? —espetó sin mermar su ira.

—Ser esposa conlleva unas connotaciones muy diferentes a las que has encontrado en tus amantes —se entrometió Federith.

Hasta ese momento no había participado en ninguna de las conversaciones que sus amigos habían mantenido. Se quedaba distante, perdido en sus propias divagaciones. Sin embargo, en esta ocasión debía participar para hacer desaparecer la discrepancia que empezaba a emerger entre ellos. Como era lógico, William adoptaba la postura de un hombre experto en convivir dentro de un matrimonio que, por suerte para él, era fructífero. No obstante, Roger acababa de descubrir que la mujer con quien se creía casado no era la que imaginó. Además, no estaba acostumbrado a ser el esposo de alguien sino el amante. Debía olvidar la idea de que su esposa era otra mujer a la que seducir en la cama y adoptar la conducta correcta. Al pensar sobre qué actitud era la apropiada entre cónyuges, su rostro se ensombreció. ¿Acaso era el hombre apropiado para indicarle los pasos a seguir tras casarse? ¿Realmente podía explicarle cómo funcionaba un matrimonio? No, pues claro que no. El suyo, aunque lo intentó al principio, no lo consiguió y, si sus amigos descubrieran lo que escondía en su alma, pensarían que estaba poseído por el mismísimo



diablo.

—¿Acaso ambas no necesitan ser saciadas, excitadas y seducidas por la pasión? —comentó Bennett más enfadado si cabía.

—La diferencia entre ellas, además de tu firma en un contrato legal, es que la amante se contenta con calmar tu apetito sexual. Sin embargo, la esposa necesita algo menos primitivo y más sentimental —afirmó Federith.

—¿Y qué sentimiento necesita una esposa, mi querido Cooper? —Roger enarcó las cejas y su boca se extendió en una sonrisa lenta. Estaba dispuesto a replicarle aquello que fuera a decirle puesto que, si la memoria no le fallaba, su perfecta esposa, esa a la que supuestamente le daba lo que deseaba, era tan especial que evitaba aparecer con su marido en público.

—Amor —respondió.

—¿Amor?! ¿Ese es el secreto de un buen matrimonio? ¿Eso es lo que le brindas a una mujer que es incapaz de aparecer a tu lado cuando se la requiere? —espetó airado.

Federith, al escucharlo, arrojó la copa que tenía en su mano y se lanzó hacia él; levantó los puños e intentó asestarle un golpe. Como era de esperar, Bennett lo esquivó y preparó los suyos para una respuesta dura. Sin embargo, no consiguió tocar a Cooper, el duro tórax de William paró el impacto.

—No permitiré una locura como esta en mi casa —dijo Rutland sin moverse y sin mostrar dolor en el rostro—. Creo que le debes una disculpa a Federith, él tan solo pretendía hacerte entrar en razón.

—No voy a disculparme —dijo apretando los dientes.

—Pues deberías. Tu comportamiento, desde que has pisado mi hogar, ha sido deplorable. Según advierto, tu exilio no ha sido tan benévolo como pensabas. Te ha cambiado y te aconsejo que lo modifiques, porque si sigues manteniendo esa actitud, te pediré, nuevamente, que te marches de Haddon Hall —apuntó cada palabra con tono impasible.

William se hizo a un lado y miró a ambos hombres. Federith continuaba con los puños alzados mientras que Roger los había bajado. Su rostro, ensombrecido, sugería que estaba meditando sobre ello y Rutland esperaba que entrara en razón.

Durante la velada había estado bebiendo como un vulgar alcohólico. Cuando terminaba una botella, comenzaba otra. No era la primera vez que vivía los terroríficos episodios de embriaguez de su amigo. Durante sus pasadas juergas londinenses, más de una vez tuvo que apoyarlo sobre su espalda y llevarlo hasta su residencia. También fue testigo de su mal beber y de la sucesión de conflictos que ello conllevaba. En una, si no recordaba mal, estuvo a punto de morir. Pero el diablo se encontraba bondadoso aquella noche y dejó que continuara respirando. Por eso le había advertido que dejara de tomar y que prestara atención a su esposa.

El consejo fue más desastroso de lo que pretendió. Evelyn no cesaba de flirtear y esa actitud hizo que a Roger le hirviera tanto la sangre, que calmó la ira a base de más brandy.

—Lo siento —dijo Bennett tras unos momentos de silencio—. Mis más sinceras disculpas por mis hirientes palabras. Sabes que te considero un hermano y que tu dolor es también el mío —dijo con voz sosegada y pausada.

—Las acepto —habló Federith al tiempo que extendía la mano.

—*Mon Dieu!!* ¿Solo me das la mano? —preguntó antes saltar sobre su amigo y abrazarlo.

—Bueno, lo normal en este momento sería tomarnos una copa y fumarnos un buen puro, pero mucho me temo que hemos bebido más de lo necesario —indicó William feliz.

—Debo retirarme lo antes posible si quiero partir al alba hacia Hemilton. No quiero privar por más tiempo a mi hijo de la presencia de su padre —expuso Cooper con cierta melancolía.

—Te entiendo perfectamente —respondió el duque—. Pues por mi parte, estás disculpado. Si requieres de cualquier cosa antes de viajar, házselo saber a

Brandon.

—Gracias por permitirme ser el padrino de tu primogénito, ha sido un honor —comentó Federith extendiendo la mano hacia William. Como era de esperar, no la aceptó sino que se acercó a su amigo y le abrazó con su mano derecha.

—Aquí tienes tu casa por si algún día la necesitas —le murmuró al oído—. Tanto Beatrice como yo estaremos encantados de verte aparecer con tu hijo.

El futuro barón de Sheiton respondió a las palabras con un leve asentimiento de cabeza. Luego dirigió su mirada hacia Roger y este lo despidió de la misma manera que William: con un abrazo.

—Algo grave le sucede —dijo en voz baja Bennett cuando se quedaron solos.

—Sí, soy muy consciente de ello, pero es incapaz de contarlo. Lo único que tengo claro es que, desde que se casó con Caroline, no ha sido el mismo. En verdad, si la mente no me falla, de los tres, era el más sonriente pero se ha olvidado de reír. Solo muestra un rostro afligido y apático.

—Quizá pensó que el matrimonio sería algo diferente, yo también lo creí. Sin embargo, aquí me ves, borracho, enfadado y deseoso de subir a la alcoba donde se encuentra mi esposa y saborear cada palmo de su piel.

—No albergues la esperanza de que ella te acepte esta noche. Déjala respirar —dijo al tiempo que se giraba hacia su amigo.

—¿Respirar? —soltó rápidamente. Arqueó las cejas y volvió a extender su boca para dibujar una gran sonrisa.

—Tal como ha dicho Federith, el trato que debes adoptar hacia tu esposa es muy diferente al que has proporcionado a tus amantes. Ella no solo demandará placer en el lecho, sino que pedirá más que unas agradables caricias —comentó William sin apartar la mirada de Bennett.

—¿Qué necesitará? —continuó jocoso.

—Tu corazón. Ahora piensa, ¿estás dispuesto a ofrecérselo?



El suave llanto de Evelyn se escuchaba tras el grosor de la madera, provocando que el sentimiento de culpabilidad de Roger se acrecentara. Se apartó de la fría pared recordando las últimas palabras de su amigo. ¿Estaba dispuesto a ofrecer su corazón? Aquella pregunta lo había dejado aletargado. Nunca se había parado a pensar en ello. Además, ¿él tenía corazón? Según sus amantes, no. Según su madre, tampoco. Así que... ¿cómo iba a dar algo que no poseía?

## XVI



Pese a sus innumerables intentos por levantarse con prontitud de la cama, Evelyn no logró hacer algo tan sencillo. Apenas había dormido y cuando lo hacía, se despertaba sobresaltada al aparecer de nuevo el rostro enfurecido de su esposo sobre ella. El recuerdo de aquel momento, de aquella horrorosa situación, le generó un temblor tan intenso en su cuerpo que, lo que no había conseguido por el cansancio, lo adquirió por el miedo. Apartó las sábanas, posó los pies en el suelo y caminó hacia el ventanal para descorrer las cortinas.

El sol lucía de manera inusual, aunque desde que llegó a Haddon Hall apenas había llovido. Pese a estar en el mismo país, parecía que las nubes no solían aparecer por aquel lugar con tanta asiduidad como en Londres. Evelyn apoyó la frente en el cristal y sollozó. Se sentía infeliz, desanimada y algo decepcionada por todo lo ocurrido. Se culpaba del pérfido comportamiento de su marido. Jamás se había planteado tratarlo de esa manera ni flirtear con los caballeros como una vulgar buscona. ¡Ella no era ese tipo de mujer! Ella era una mujer honesta, cabal y bastante sensata. Cuando descubrió el final que le proporcionó su hermano y después de asimilarlo con dignidad, se dijo a sí misma que debía aceptar su suerte y se entregaría a un esposo tal como su madre se dedicó a su padre. Sin embargo, el desastre estaba hecho. Había conducido a Roger a un estado de locura tan enorme que casi la forzó.

Evelyn suspiró profundamente y apartó con las dos manos las lágrimas que recorrían su rostro. La velada no había salido tal como se imaginó esa misma tarde. Se vistió para agradarle, para mermar el enfado que obtendría por el engaño, para que se sintiera orgulloso de la mujer que tendría el resto de su vida a su lado y tal vez, también lo hizo por ella misma. Estaba cansada de ser la pobre Evelyn. Quería que el mundo no recordara su dramático pasado y, por

supuesto, deseaba agradecer a su marido las atenciones que dejó organizadas a pesar de abandonarla. Porque... ¿qué había hecho Roger desde que se marchó? Cuidarla. Sí, en efecto. Había velado por su comodidad, por su estabilidad económica. Allí donde antes encontraba cierta vacilación al comprar o adquirir aquello que necesitaba para el funcionamiento de su hogar, desde que contrajo matrimonio, no vio en los dependientes ni en los proveedores reproche alguno.

Amabilidad y cortesía, eso es lo que había encontrado desde que se convirtió en la señora Bennett. Sin olvidar la envidia que mostraban las mujeres al saber que uno de los solteros más codiciados de la ciudad había sido capturado. Pero pese al benefactor gesto de su cónyuge, ella seguía manteniendo su actitud. Tenía que dejarle bien claro que no era una amante más a la que utilizar y olvidar. Era su esposa, la mujer con quien viviría el resto de su vida, la que escucharía sus penas o alegrías.

Se llevó las manos al vientre para apretarlo con fuerza. Solo había una cosa que nunca podría darle. Tal vez, si descubría que lo que algún día ansiara no lo conseguiría de ella, albergaría la idea de separarse para siempre de su lado. «¿Desde cuándo te rindes con tanta facilidad? —se preguntó enfadada—. Has padecido miles de pesares en tu corta vida y esto, es uno más. ¿Qué lo hace diferente?». Sus meditaciones la incomodaron tanto que se apartó de la ventana y comenzó a deambular por la habitación. Observó avergonzada que todavía quedaban restos de las consecuencias de su inapropiada conducta. Si no recordaba mal, el vestido quedó manchado y, por lo que podía apreciar, en el suelo se reflejaba una mancha blanquecina que sería imposible hacer desaparecer.

Era una locura. ¡Todo era una maldita locura! Azotada por sus pensamientos y por el dolor de cabeza que le golpeaba las sienes con fuerza, se sentó sobre el colchón, cubrió su rostro con las manos y comenzó un llanto que, difícilmente, podía parar.

—Buenos días, mi señora. ¿Se ha despertado ya? —La voz de Wanda apareció de entre las sombras produciendo un sobresalto en Evelyn.

—Buenos días. Llevo un rato despierta pero no he querido hacerte llamar tan pronto —se excusó.

—Los duques se encuentran en el comedor. Lady Beatrice me ha dicho que la esperan para desayunar.

Sin apenas mirar a la mujer, la criada se dirigió con paso firme hacia el vestidor y descolgó uno de los vestidos adecuados para una jornada matutina.

Evelyn apretó con fuerza los labios para no preguntarle si su esposo se encontraba con ellos. Sería lo normal en esos casos, pero según parecía, Roger no se basaba en los comportamientos habituales y, posiblemente, se habría marchado de Haddon Hall. Con el corazón estrangulado ante tal posibilidad y buscando una excusa que ofrecer a los hospitalarios propietarios cuando le preguntaran por el paradero de su marido, se levantó de la cama y se dejó vestir por su doncella.

—Hace una mañana magnífica para un paseo —empezó a decir Wanda al ver que su señora era incapaz de soltar por su boca ni una sola palabra—. Mucho me temo que antes del almuerzo, la duquesa la invitará a acompañarla a otra de sus interminables excursiones. Por ese motivo, y siempre con su consentimiento, le pondré el vestido de color rosa y los zapatos planos. Así no atraerá a todos los insectos que revoloteen por los alrededores y no llegará con un terrible dolor de pies.

En otro momento, Evelyn hubiera soltado una carcajada ante los comentarios de Wanda, pero solo hizo un leve gesto con la cabeza hacia delante, algo que despertó el interés de su doncella.

—Mi señora, si desea que la excuse para que pueda continuar descansando en sus aposentos, lo haré —indicó la doncella apartando sus manos de los lazos que empezaban a anudar el corsé.

—No hace falta, Wanda. Me vendrá bien despejarme durante un tiempo. Quizá, de este modo, el dolor que me azota la cabeza desaparezca por fin —volvió a justificar su penoso comportamiento.

Sabía que tarde o temprano ella le preguntaría qué había sucedido durante la velada anterior. No de manera indirecta, Wanda jamás mostraba ese descaro, pero sí que encaminaría todas sus conversaciones en esa dirección para conseguir su propósito. No obstante, ¿qué le diría? Que su marido estuvo a

punto de forzarla, de poseerla entre gritos y plegarias de piedad. No, no era correcto ni beneficioso para ninguno de los dos exponer lo sucedido. Antes de que todo el mundo cuchicheara sobre el patético matrimonio Bennett, ellos debían hablar sobre la razón de aquel impropio asunto y zanjar el tema. Solo así podrían vivir en paz.

—Hoy su cabello se ha despertado más rebelde de lo normal. Me está costando la misma vida desenredarlo —señaló Wanda mientras intentaba cepillarlo.

—¿Puedes dejarme unos tirabuzones sueltos?

—Por supuesto. ¿Desea un moño alto o bajo? —Continuaron con un diálogo carente de sentido.

—Bajo, por supuesto.

—Como desee —respondió Wanda.

Los ojos de la criada se entrecerraron y su boca dibujó una extraña mueca de preocupación. Por la expresión de la mujer y la desgana con la que hablaba, sabía que la noche no había terminado como ella se esperaba. Pensó que Evelyn se rendiría en los brazos de su esposo, ella lo habría hecho sin dudarle porque... ¿quién podría negarse a disfrutar de los placeres que puede ofrecerle un hombre tan experto? Por supuesto que una mujer, la única que debía aceptarlo sin oposición: su esposa.

—¿Necesita alguna cosa más? —quiso saber. Dio unos pasos hacia atrás, extendió sus manos sobre el largo del vestido y miró a la señora Bennett sin parpadear.

—Sí, solo una cosa. ¿Puedes informar a los duques que les acompañaré en breve? —dijo. Se levantó, se miró al espejo, se llevó las manos hacia los ojos y se palpó con las yemas de los dedos las ojeras que los rodeaban.

—Por supuesto. —Wanda hizo una ligera genuflexión y se marchó. Cuando cerró la puerta miró hacia el cielo, suspiró y rezó para que el mal que se hubiera producido la pasada noche desapareciera lo antes posible.



¿Por qué le dolía tanto el estómago? ¿Por qué no cesaban las náuseas? ¿Estarían provocadas por la ingesta de alcohol o por el estado de inquietud que la azotaba al pensar que se lo encontraría cuando bajara las escaleras? De cualquier modo, Evelyn corrió al baño, agachó la cabeza sobre el escusado y comenzó a vomitar. Apenas salía nada de su interior. No tenía nada que expulsar, todo lo que contuviera su estómago lo vació la noche anterior. Apartándose los cabellos del rostro, se recompuso. Necesitaba hacer regresar a la mujer que era, a la mujer que no se amedrentaba ante determinadas situaciones.

Antes de abandonar la alcoba, se miró en el espejo del tocador, se pellizcó las mejillas, alzó su mentón y esbozó una sonrisa. Esa era ella. No había duda. La imagen que proyectaba el espejo era la ansiada señora que necesitaba mostrar. Tras suspirar profundamente, abrió la puerta y se marchó.

—¡Buenos días! —exclamó Beatrice levantándose de su asiento y caminando hacia la entrada del comedor para recibir a su amiga—. ¿Has podido descansar?

—Buenos días —respondió sin borrar la sonrisa—. Por supuesto.

—Mi querida señora Bennett —comentó Rutland abandonando su silla—. Mi esposa no ha querido empezar el desayuno sin su presencia. Creo que estaba preocupada por usted.

Beatrice, quien agarraba con fuerza las manos de Evelyn, le dirigió una mirada amenazadora a su esposo.

—¿He dicho algo inapropiado? —preguntó burlón—. Si es así, cariño, te pido mil disculpas.

—Ven, siéntate a mi lado. Imagino que estarás hambrienta después de la velada.

Obviando las palabras de su marido, la duquesa la hizo sentar en una de las sillas cercanas a donde se encontraba el duque y se sentó junto a ella.

—La verdad es que no tengo mucho apetito. Tengo el estómago revuelto desde

ayer. Imagino que me excedí bebiendo —se disculpó. Miró los platos que comenzaban a servirle y arrugó la nariz. No le apetecía llenar su estómago con nada de lo que le ofrecían.

—Mis primeras borracheras me causaron una fea delgadez —dijo Rutland sonriente—, pero con el paso del tiempo, uno se acostumbra a ingerir tanto alcohol como alimento. La naturaleza es sabia...

—¡William! —exclamó Beatrice enfadada—. ¡Las mujeres no somos como vosotros! Gracias a Dios nos otorgaron con el don de la sensatez.

—Jamás he dudado de eso, mi amor —respondió antes de acercar la taza y tomar un largo sorbo de té—. Bueno —dijo tras posar el vaso y mirar con interés a la mujer de Roger—, ¿dónde se encuentra mi amigo? No lo he visto desde que subió las escaleras ayer por la noche.

Evelyn dejó que los cubiertos cayeran sobre el plato emitiendo un ruido ensordecedor. Después, sus mejillas se sonrojaron y el deseo de huir la sobresaltó.

—Mucho me temo —contestó después de tomarse un tiempo—, que no puedo responderle.

—¿No ha dormido con usted? —preguntó alzando sus espesas cejas oscuras.

—¡William! —volvió a exclamar su esposa—. ¿Dónde están tus modales? Perdónale, Evelyn. Creo que esta mañana no solo tu esposo anda desaparecido, sino que la buena educación de mi marido, también.

—Señoras... —habló el duque al tiempo que se levantaba y apartaba su asiento de la mesa—, si me disculpan. Les concederé unos instantes a solas para que charlen tranquilamente. Mientras tanto yo pensaré dónde puedo encontrarle. —Hizo un leve movimiento con la cabeza y, con su típico andar, caminó hacia la puerta.

—¿Sucedió algo horrendo entre vosotros? —preguntó Beatrice cuando estuvieron al fin solas. La mataba la curiosidad y no podía aguantar por más tiempo saber qué había ocurrido entre ellos. Lo último que sabía, lo que le

había contado su marido, era que Roger había insistido en dormir junto a su esposa. Pero, según parecía y gracias a sus plegarias a Dios, al final este había desistido en su empeño.

—¡No! —respondió tan rápido que se sorprendió ella misma.

—¿Entonces?

—Roger apareció en un momento en el que mis náuseas se convirtieron en vómitos y, como era de esperar, me dejó sola para calmar mis pesares. — ¿Había parecido convincente? No estaba muy segura dado que Beatrice entrecerró sus ojos y los clavó en ella. Aun así, para reforzar sus palabras, Evelyn sonrió y continuó con voz divertida—: Tuvo que ser horroroso para él entrar en la alcoba y descubrir a su esposa de tal guisa. Si hubiera sido al revés, yo también habría salido huyendo.

—Si tú lo dices... —murmuró la duquesa antes de pinchar con el tenedor un trocito de tostada y llevárselo a la boca.



Escuchaba ciertos murmullos a su alrededor, pero como no había dormido en toda la noche, se dio la vuelta e intentó proseguir con el sueño.

—Milord, lo que me pide puede producir la mayor desgracia que hemos presenciado en Haddon Hall durante años —decía entre susurros Mathias, el mozo de cuadra.

—Si lo prefieres, viértele el cubo de agua fría y corre. Seré yo quien reciba su furia —respondió William esbozando una sonrisa que cubría el rostro de lado a lado.

—Que Dios se apiade de nosotros... —dijo antes de acercarse a Roger, arrojarle el agua y comenzar una carrera tan veloz que sus talones le golpeaban los glúteos.

—¡Maldita sea! —aulló Bennett incorporándose con rapidez del colchón de

paja donde había descansado. Con el pelo chorreando y las ropas empapadas parecía un perro al que un chaparrón había pillado por sorpresa—. ¿Qué diablos haces?

—Buenos días, Roger. ¿Una mala noche? —le saludó con enormes y sonoras carcajadas.

—¡Maldita sea, William! ¿Por qué me despiertas así? —Apartándose el agua que caía de su cabello, caminó altivo hacia su amigo.

—Es una tradición en el condado de Derbyshire espabilar a los borrachos con un buen baño de agua helada —comentó sin aminorar la burla.

—¡Malditos pueblerinos! ¡Malditas costumbres y maldito seas! —vociferó más enfadado si cabía. Al notar cómo las ropas enfriaban su cuerpo, Roger decidió despojarse de ellas, dejando su torso al descubierto.

—No es adecuado que la gente te vea semidesnudo —repuso Rutland con tono serio.

—¿Adecuado? ¡Ja! ¿E interrumpir mis bonitos sueños como lo has hecho sí lo es? —Lanzó el chaleco y la camisa al suelo y pisó las prendas al salir.

—Roger... —masculló el duque como advertencia.

—William... —respondió el aludido.

Pasó por su lado, le miró de reojo y prosiguió su caminar.

—Te advertí que ella no era como las demás y que una esposa no se puede tratar como a una amante —empezó a sermonearle. Rutland colocó su mano en la espalda y avanzó detrás de su camarada.

—No me recrimines. Si no me falla la memoria, no hace demasiado tiempo te encontrabas en mi misma situación —matizó a regañadientes.

—¡Nunca! ¿Me escuchas? ¡Nunca traté a Beatrice de esa forma! —soltó William enfadado.

—¡Es verdad! Tú, el señor honrado, diste una lección a aquellos que lo pensaron... —prosiguió su malintencionada conversación.

Se giró rápidamente sobre sus talones y observó el rostro enojado de su amigo. ¿Hasta dónde quería llegar con esa actitud? ¿Necesitaba destrozar una amistad por no ser capaz de admitir lo que estuvo a punto de hacer horas antes?

—No me gusta ni tu tono ni las palabras que salen de tu boca —señaló el duque apretando los dientes.

—Ni a mí me gusta ver en lo que me estoy convirtiendo. Me siento igual que el que se lanza desde un precipicio y en mitad de la trayectoria se arrepiente de su tonta acción. Pero... ¿qué puedo hacer sino golpearme contra el suelo? —dijo más sereno, incluso colmado de dolor.

—Tal vez deberías replantearte tus pensamientos, adoptar una conducta correcta. Solo así no te convertirás en ese lerdo que decide saltar —indicó avanzando hacia Roger y colocando su brazo sobre el hombro desnudo.

—Ya no hay vuelta atrás, William. Ayer hice algo tan horroroso que, por mucho que desee enmendarlo, nada ni nadie puede salvarme... —murmuró mientras agachaba tanto la cabeza que su barbilla llegó a tocar su pecho.

—Sea lo que sea, seguro que el tiempo lo hará desaparecer.

—No, esa maldad jamás desaparecerá.

—Estás haciendo crecer mi interés. Sé que no es cortés indagar sobre tu pesar, ni cotillear sobre las intimidades de un matrimonio, pero me resulta imposible contenerme. ¡Por Dios, Roger! ¿Qué hiciste? —El duque abrió los ojos de par en par y contuvo el aliento hasta que observó cómo su amigo tomaba aire.

Nunca lo había contemplado tan afligido. Por norma, él era el único que no mostraba sus pesares en público. Si no se hubiera emborrachado aquella noche en la taberna del puerto, jamás habría sabido que sus padres rezaban para que falleciera y otorgarle el título de marqués a su hermano.

—Dejé que una bestia creciera en mi interior y casi fuerza a Evelyn... —dijo después de tomarse su tiempo para asimilar lo que hizo.

—¿Cómo? —inquirió William asombrado.

—Lo que oyes. Como ella no sucumbió a mis encantos, intenté obligarla.

—¡Imposible! —exclamó incrédulo Rutland—. ¡Eso no es propio de ti! ¡Jamás harías tal aberración!

—Pues la hice y ahora me temo que, si existía alguna posibilidad de que mi esposa terminara aceptándome, se ha esfumado.

Roger alzó levemente su rostro, encarándose al espanto del rostro de su amigo. Sus hombros, inclinados hacia delante, mostraban la figura de un hombre atormentado, mortificado. Volvió a darse la vuelta para proseguir el trayecto que le conduciría hacia la residencia. Necesitaba con urgencia esconderse, desaparecer.

—Soy un monstruo, William. Una bestia malvada que no ha sido capaz de pensar con claridad, que no ha podido controlar su ira, que no ha podido distinguir entre el bien del mal —dijo con un mísero hilo de voz.

—Lo arreglaremos —señaló Rutland muy seguro de sus palabras—. Y os convertiréis en un matrimonio más fructífero que el mío.

—Gracias por tus palabras de consuelo, pero he decidido regresar a Lonely Field esta misma mañana. No quiero que Evelyn vuelva a ver a la bestia que casi le destroza el alma.

—Te voy a preguntar lo que en una ocasión me cuestionó la madre de Beatrice.  
—Bennett siguió avanzado.

—¿Qué? —preguntó justo antes de subir las escaleras que le llevaban hacia la puerta principal.

Pese a la insistencia de su amigo en hacerle cambiar de opinión, él la rechazaría. Había tomado una determinación y nadie le haría retractarse.

—¿Le has preguntado qué desea ella?

—No hace falta que se lo pregunte, sé lo que responderá. Tú mismo lo apreciarás en su mirada. Y ahora, si me disculpas, quiero acicalarme antes de partir. Le pediré a Brandon que me indique dónde está esa habitación. — Respiró hondamente y subió las escaleras de tres en tres.

Las mujeres abandonaron el comedor tras escuchar las voces de ambos esposos. La duquesa blasfemaba sobre el comportamiento de los dos y los comparaba con niños llorones y mimados. Sin embargo, Evelyn se quedó inmóvil y creyó notar cómo se paraba su corazón cuando sus ojos verdes se clavaron sobre la inmensa figura de Roger. Como un vendaval, se adentraba en la casa semidesnudo. Su pelo y las ropas que lo cubrían de cintura para abajo chorreaban gotas de agua. En cada pisada dejaba en el suelo unas marcas húmedas y sus botas emitían grititos extraños. Quiso mirar hacia otro lado puesto que no era propio de una mujer contemplar a un hombre a medio vestir, aunque fuera su marido. Pero le resultó difícil. Estaba asombrada ante la exposición de un torso tan firme y esbelto. Jamás creyó que bajo las ropas, los varones pudieran esconder una figura tan magnífica. Era cierto que durante sus clases de arte, las asombrosas esculturas marmoladas como *El David*, de Miguel Ángel o *El rapto de las sabinas*, de Juan de Bolonia, mostraban sin pudor cómo era un cuerpo masculino. Sin embargo, el de Roger superaba con creces todas aquellas magníficas figuras de mármol.

Intentó recordar si Scott, en las noches que habían dormido juntos, había mostrado algo más que las piernas. No, no lo había hecho. Siempre que hacían el amor él cubría su cuerpo con un largo camisón de algodón y ella también. Respirando entrecortada, confirmó que la única mujer que había imaginado a su marido como corsario luchando mientras protegía a su amada era solo ella. Abochornada, agachó la cabeza. No sin antes advertir que él clavaba sus ojos en ella. No había orgullo en aquella marejada azul, sino horror y temor.

—No tengo ni idea de lo que ha sucedido entre vosotros dos... —La voz de William le hizo volver la atención hacia él—, pero ha decidido marcharse.

—¿Marcharse? ¿A dónde? ¿Por qué...? —Beatrice, asombrada, se giró hacia Evelyn esperando una respuesta, una palabra, algo que le explicara qué estaba sucediendo.

—¿Deseas que se marche? ¿Deseas permanecer sola el resto de tu vida? —presionó el duque con tanta firmeza que sus palabras golpearon con fuerza la cabeza de la aturdida mujer—. Porque si es así, acompáñanos y no subas esas escaleras, pero si estoy en lo cierto y no quieres que tu matrimonio se destruya antes de tan siquiera iniciarlo, ya sabes lo que debes hacer.

—¡William! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué quiere alejarse de nuevo? —lo interrogaba su esposa cambiando la mirada de Roger a su marido.

Rutland se acercó a ella, le susurró algo al oído y, tras ella asentir, regresaron al comedor.

Evelyn se abrazó a sí misma en un vano intento de calmar los temblores de su cuerpo. Estaba aturdida, absorta, perdida. Intentó recordar la mirada de Roger. No había odio sino tristeza, desesperación y dolor, mucho dolor. Se arrepentía de lo sucedido, o eso es lo que esperaba ella que sintiera, arrepentimiento. Con los ojos bañados en lágrimas observó las escaleras. Todavía estaban manchadas tras su ascenso. Dio unos pequeños pasos hacia ellas, agarró la barandilla de madera y alzó el mentón. Que Dios la perdonara. Que Dios tuviera piedad por lo que iba a hacer pero, tal como le había enseñado su madre en los últimos años de existencia, prefería luchar que arrepentirse el resto de su vida.



## XVII



Odio. Eso fue lo que vio en la mirada de Evelyn cuando accedió al hall. La había contemplado un solo instante, el suficiente para comprender que seguía atemorizada, horrorizada al verlo. «¿Qué esperabas? —se preguntó malhumorado mientras se despojaba de las pocas prendas que cubrían su cuerpo—. ¿Acaso imaginaste que te recibiría con los brazos abiertos y lanzándose hacia ti entre sollozos? *Mon Dieu!! Je suis stupide!!*». Enfurecido, golpeó con fuerza la puerta del vestidor. Estuvo a punto de romperla, tal vez ese era su propósito, romper algo, hacerse daño en el impacto, sentir más pesar del que ya padecía. Nunca había sido tan cruel con una mujer. Nunca había tratado mal a una dama y, sin embargo, por primera vez había ejercido esa crueldad con su esposa; la persona que permanecería a su lado el resto de su vida, y sería la madre de sus hijos algún día. No se lo perdonaría jamás. El pesar que le atormentaba perduraría en su interior para siempre.

Sin aminorar su ira ni un ápice, caminó hacia el baño, se mojó la cara y, agarrándose a la palangana, apretó los dientes y gritó como una bestia salvaje. Estaba desesperado, amargado. Desde que nació había luchado con el demonio que crecía en su interior, ese que había heredado de su padre y, ahora, después de tanto tiempo controlándolo, la bestia se mofaba de él saliendo a la superficie. Tenía que alejarse de todos los que le rodeaban con urgencia. Si era cierto, si ya no era capaz de dominar a la fiera, no solo él estaba en peligro, sino todos a los que amaba. Por supuesto que no les dañaría físicamente pero... ¿quién se golpearía el pecho proclamando que mantenía una amistad con alguien como él? Afligido, cogió la toalla que tenía sobre una de las banquetas cercanas a la jofaina y, en vez de limpiarse el rostro, se la enredó en la cintura. La necesidad de salir de allí lo antes posible provocó que eludiera llamar a su ayuda de cámara para vestirse. Lo haría él mismo. Pero en el momento que las plantas de sus pies posaron el suelo de la

habitación, advirtió que no estaba solo.

—¿Qué haces aquí? —gruñó. Su voz era pesada, ronca, apática. Apartó el pelo que cubría el lado izquierdo de su rostro y la miró entrecerrando los ojos —. ¿Te has perdido o vienes a confirmar que mi partida es real? —Recorrió con grandes zancadas la habitación hasta que llegó al ventanal. Una vez allí, recorrió las cortinas y abrió la ventana. Una brisa suave apareció de repente, haciendo que no solo sus cabellos se movieran, sino que la escueta prenda que lo cubría, también.

Evelyn no era capaz de responder. Desde que abrió la puerta y halló oscuridad en aquella alcoba, sintió pánico. Era todo tan tenebroso, tan oscuro, que le impactó. Su miedo aumentó al escuchar el fuerte y desesperado gruñido que Roger emitió desde algún lugar que no consiguió ubicar, y estuvo a punto de darse la vuelta y salir de allí, pero cuando su cuerpo iba a obedecer la orden que le mandaba el cerebro, lo escuchó acercarse. Se agarró las manos y levantó el mentón para enfrentarse a la furia que él mostraría al verla. Sin embargo, su expresión de valor desapareció de repente al verlo de aquella manera. Su marido se hallaba desnudo. Cubierto tan solo por una toalla que, gracias a Dios, escondía sus partes nobles. Intentó mantener la compostura, pero esa determinación se evaporó al admirar un cuerpo tan bello, tan perfecto, tan increíblemente cincelado. ¿Dónde estaba la belleza de la que hablaba su tutora al describirle las perfectas esculturas de Miguel Ángel? Sin lugar a dudas, la figura de Roger hacía mermar la perfección de esas obras maestras.

—¿No hablas? ¿Te has quedado muda de repente? —continuó preguntando Bennett. Dio unos pasos hasta situarse en el centro de la habitación, colocó sus palmas en la cintura y sonrió con una mueca irónica—. ¡Oh, disculpa mi inapropiado atuendo! —dijo burlón al apreciar su sonrojo—. No esperaba ninguna visita, pero no te sofoques, me adecantaré para ti. —Se acercó al armario, sacó algunas prendas y, dándole la espalda a su esposa, se quitó la toalla y empezó a vestirse.

Evelyn deseó darse la vuelta y salir de allí hasta que el cuerpo de Roger se mostrara de una apariencia decente, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Permaneció inmóvil, en la entrada, clavando la mirada en la parte posterior del cuerpo de su esposo y acalorándose por momentos.

—Entonces, *petite sorcière*, ¿qué propósito tan urgente ha provocado que interrumpas mi intimidad? —habló con mofa mientras se colocaba las calzas.

—No me has dejado explicarme —expuso apretando los dientes. Pese a que se había quedado atolondrada al descubrir la hermosa figura de Roger, la ira le hizo volver en sí.

—*Oh, C'est vrai* (3). Todavía no has hablado. —Caminó hacia ella con paso seguro, imparable, resistente. Pretendía asustarla para que echara a correr. Porque, aunque ella no fuera consciente de ello, su presencia, su belleza, su cautivador aroma le estaban volviendo tan demente que sería incapaz de controlar el monstruo de su interior. Sin embargo, la rectitud de su cuerpo, el modo en el que alzaba la barbilla y cómo clavaba sus ojos en él le sugirieron que, a pesar de su empeño en asustarla, ella no tenía miedo ante su cercanía. Había aparecido allí con una pretensión y mucho se temía que tendría que escucharla—. Te lo volveré a repetir una sola vez más —dijo enfadado al no conseguir su propósito—. ¿Qué haces aquí?

—No quiero que te marches —comentó al fin.

—¿Qué? —El enfado de Bennett se evaporó de inmediato. Dio unos pasos hacia atrás, los hombros se relajaron inclinándose suavemente hacia delante, sus cejas rubias se arquearon tanto que se unieron y el labio superior se despegó del inferior para revelar una mueca de desconcierto.

—Que no deseo que... —empezó a decir Evelyn. Deshizo el nudo de sus manos y se envalentonó dando un paso hacia delante.

—*Mon Dieu!* ¡Ya te he escuchado! —gritó levantando una mano para hacerla callar y detenerla.

—Entonces, si me has entendido bien, ¿por qué deseas que lo repita? —le increpó—. ¿Te gusta que la gente te suplique? ¿Te divierte ver cómo los demás se humillan ante ti?

—¿Humillarte? ¿Eso es lo que piensas que haces al subir aquí para pedirme que no me marche? Yo creo que más bien eres una insensata. Una mujer carente de racionalidad —masculló—. ¿Acaso no tuviste bastante con lo

sucedido ayer? ¿Has venido a terminar lo que empecé? —Sus ojos, inyectados en sangre, se fijaron en la mujer como si quisiera fulminarla con ellos. Apretó los puños y quiso darle de nuevo la espalda, pero algo en la debilidad de su voz le detuvo. Parecía como si no tuviera el suficiente aliento para hablar con normalidad y se quedó quieto, atento a sus débiles palabras.

—El alcohol no nos hizo pensar con coherencia. Según tengo entendido, jamás has tratado a una mujer con brutalidad. Quizás tu imparable deseo por ingerir más brandy del que puedes soportar hizo que me enseñaras ese monstruo...

—Soy, exactamente, ese monstruo que descubriste ayer, *mon chérie* —señaló con dureza y acortando con rapidez la distancia entre ellos—. Soy un ser maligno, una bestia, un malvado y perverso hombre que, a pesar de la negativas que me ofreciste, casi tomo lo que por ley me pertenece.

—Tú mismo lo has dicho —dijo sin apenas voz—, casi, pero no lo hiciste.

El rostro enfadado de su marido se distanciaba muy poco del suyo. El calor que emanaba el cuerpo masculino chocaba con el suyo. Evelyn, muy a su pesar, sentía de nuevo una extraña sensación de tranquilidad, pese a que las piernas no podían evitar un tortuoso tembleque. ¿Por qué, a pesar de verlo de aquella manera en la que expresaba tanta violencia, ella se sentía segura a su lado? «Posiblemente —pensó—, porque estás loca».

—*Votre tête ne fonctionne pas avec lucidité?* (4)—preguntó abriendo los ojos como platos.

—*Je t'interdis de me parler de nouveau en français!!! Cela devait plaire à tes maîtresses lorsque tu leur susurras ces mots à l'oreille, mais moi je n'aime pas. Je ne suis pas comme elles, tu comprends! Je ne suis pas comme elles!* (5)—vociferó Evelyn tan alto que un estrepitoso eco recorrió la habitación.

Roger se quedó absorto, inmóvil. Tenía que darle tiempo a su cabeza para asimilar dos cosas; la primera era que nunca habría imaginado que aquella mujer, con ese porte embrujador, no pasara su tiempo curtiendo su físico en vez de su inteligencia. Muchos maridos que hablaban con soltura tras tomarse varias copas se quejaban de la banalidad que hallaban en las conversaciones

con sus esposas. «Solo abre la boca para hablar de los vestidos que piensa comprar, de los escándalos que suceden en la ciudad y de lo adecuado que es caminar juntos para que todo el mundo sepa el matrimonio tan provechoso que hemos alcanzado».

Recordó las palabras de lord Dupuis, uno de los caballeros más famosos de París y quien aplaudía su actitud de libertino. Sin embargo, su esposa, esa desconocida para él, empezaba a romper todas sus convicciones. No solo hablaba francés con una pronunciación mejor que la suya, sino que hasta enfadada, el sonido de sus palabras era un envidiable canto de sirenas. Le podría haber gritado los mayores insultos que él habría mostrado la misma cara de bobo que tenía en esos momentos. Y segundo punto a meditar. Quizás el más importante a tener en cuenta; ella le reprochaba su comportamiento. Ese era el gran problema. Su pasado y su inapropiada conducta, indudablemente, habían llegado hasta los oídos de Evelyn y ella le exigía que no debía tratarla como a las demás. Muy a su pesar, tenía razón. ¿Qué conducta había adoptado desde que la descubrió? La misma que utilizaba con sus posibles amantes: sorpresa, azote, erotismo, seducción y sexo. Aunque como no consiguió esto último, intentó adquirirlo por las malas. Respiró hondo, regresó hacia el vestidor, cogió una camisa y se cubrió el torso. Ya que iban a hablar con seriedad, lo más apropiado era que mantuviera también una imagen adecuada.

—Ahora eres tú el que se ha quedado callado —repuso con cierta soberbia.

—No tengo nada que decir —respondió con voz serena, apacible.

—Pues entonces, debería proseguir. Tengo muchas cosas que exponer.

Con el rostro alzado, caminó hacia él sintiendo su corazón galopar dentro de su pecho y a pesar de que sentía cómo las fuerzas la iban abandonando y su boca se secaba. Lo había sorprendido. Lo había aturdido hasta tal punto que no era capaz de mirarla a la cara.

Con paciencia y siempre manteniendo una distancia prudente, observó cómo se subía el pantalón y lo ajustaba en su cintura antes de dirigirse al rincón donde se encontraban los útiles de aseo. Satisfecha por haber derrotado al hombre soberbio e imperturbable, mientras que él cogía el cepillo para desenredarse el pelo, ella adoptó la misma pose que la noche pasada mostró su marido

cuando la encontró en la bañera: cruzándose de manos y de piernas. No era un gesto muy femenino, pero le ofrecía la aparente seguridad que debía mostrar para que Roger le prestara atención.

—Hasta este momento, te has comportado como un hombre libertino, un depredador buscando una presa a la que levantarle la falda y poseer. No me parece correcto pero deduzco que es normal. Nadie cambia años de mala enseñanza del crepúsculo al alba. —Su voz sonaba más firme y tranquila. Sin embargo, ni la calma ni la firmeza la poseían en esos instantes. Pero si de aquella forma le bastaba para hacerle recapacitar sobre su determinación a marcharse de nuevo, continuaría fingiendo—. Ni tú ni yo hemos decidido permanecer juntos el resto de nuestras vidas y estoy segura de que si hubiéramos encontrado una posibilidad para deshacer el compromiso, lo habríamos hecho. Pero aquí estamos, casados porque mi hermano, al que adoro a pesar de su maldita hazaña, decidió que nuestros futuros debían unirse.

—Eso no me exime de...

—No me interrumpas. Intento dialogar con una persona irracional y te aseguro que es la labor más desesperante que he vivido durante mis años de existencia —señaló enfadada.

Roger se giró hacia ella y sonrió. Debía enojarse por su descaro, por la osadía de hablarle de esa manera, pero provocó el efecto contrario. Se sintió dichoso e incluso algo petulante por haberse casado con una mujer tan temperamental. Quizás, ese era uno de los motivos por el que Colin decidió realizar su patraña. ¿Quién, sino un hombre con carácter, podría dominar a una hembra salvaje?

—¿Lo has entendido? —quiso saber. Le había relatado toda una lista de mandatos que debía acatar para obtener un futuro beneficioso.

—Por supuesto. Todo lo que has dicho se ha quedado aquí grabado —mintió al tiempo que posaba una mano sobre su cabeza.

—Perfecto. Entonces... —Extendió la mano para afirmar el pacto tal como lo hacían los hombres.

—Entonces... —Roger caminó, alargó la suya y aferró con fuerza la de Evelyn —. Olvidemos el pasado e intentemos vivir una nueva etapa —dijo con una sonrisa—. Por supuesto... —Bennett tiró de ella hacia él con tanto ímpetu que sus bocas apenas se distanciaron. Su aliento caliente chocaba con los labios femeninos y viceversa—, haré todo lo que me pidas si con ello logro hacerte dichosa.

Evelyn olvidó respirar. Sus ojos se clavaron en los voluptuosos labios de su marido. Otra vez la embelesó el aroma, su olor masculino. Tragó saliva, pensando que ese gesto le devolvería la cordura. Resultó un error. Roger posó sus ojos en el cuello y relamió su boca como si insinuara lo que haría en la sedosa piel de su garganta. La engatusaba, la dominaba, la hipnotizaba hasta tal punto que ni recordaba si, en alguno de esos puntos, le había indicado que no podía besarla. Porque si era así, si realmente había dicho por su boca tal insensatez, algún día se arrepentiría de ello.

—¿Desea, mi querida esposa, algo más?

La voz melosa y suave le produjo unos inadecuados escalofríos. Era tan seductor, tan terriblemente encantador que, si seguía así por más tiempo, ella sería quien saltara a su cuello e invadiría su boca.

—No... —susurró ahogada.

—Bien. Pues si me lo permites —habló mientras la soltaba y regresaba al dormitorio—. He de bajar y explicarle a mi amigo que finalmente no partiré. Aunque tampoco alargaremos nuestra visita. Tengo cosas pendientes en Londres y estoy seguro de que mi administrador se alegrará de verme.

—Es lógico. Siete meses sin tu supervisión habrá generado una interminable labor, pero el tiempo que permanezcamos aquí, recuerda que debemos comportarnos como si fuésemos un matrimonio afortunado. Ahora, si no tienes nada que objetar, me retiro. Imagino que Beatrice habrá preparado todo para dar un paseo. El aire fresco y los cálidos rayos de este magnífico día nos vendrán bastante bien —comentó de manera altiva al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—Por lo tanto...

—¿Por lo tanto? —repitió Evelyn en forma de pregunta.

Se volvió hacia su marido esperando que, a pesar de su orden número cuatro, avanzara hacia ella, la atrapara entre sus brazos y la besara como la noche pasada en el balcón.

—Ambos estaremos muy ocupados durante la jornada. Que tengas un provechoso día, Evelyn —dijo realizando una exagerada reverencia.

—Igualmente, Roger. —Se giró, abrió la puerta y se marchó.

¿Respiraba? No. ¡Claro que no lo hacía! Era imposible poder pensar con claridad estando tan cerca de un hombre tan impresionante y tomar aire a la vez. Evelyn notó cómo su pecho ascendía y descendía con brío. Tenía que controlar aquella zozobra. Tenía que controlar aquel terrible deseo que notaba crecer en su interior cuando se acercaba, cuando aproximaba su exquisita boca a la suya, cuando...

—¡Basta! —exclamó en mitad del pasillo acentuando su furia con un fuerte pisotón en el suelo—. ¡Se acabó! ¡Ese hombre no me hará pecar! ¡Soy una Pearson!

Y tras resoplar como un toro, echó la cabeza hacia atrás, se atusó el cabello y dibujando una enorme sonrisa, bajó las escaleras.

Roger soltó una enorme carcajada al escuchar el grito de su esposa. Era una mujer divertida, más de lo que ella misma pretendía. A la par que deliciosa, erótica, lujuriosa y muchas cosas más que se le ocurrían en su perversa mente. «Está bien, mi querida bruja, empieza el juego de la seducción —murmuró mientras terminaba de vestirse—. Te haré tan adicta a mí que rogarás que te toque, que te bese y que te posea. Gritarás con tanta fuerza mi nombre cuando me introduzca en tu cuerpo que me dejarás sordo. Desearás con desesperación que mi boca acaricie tus pezones. Te morirás por arañarme la espalda cuando sientas cómo arde tu cuerpo bajo el mío y, por supuesto, me rogarás que no deje de amarte el resto de nuestras vidas. Pero hasta ese momento... ¡que comience el cortejo!».





## XVIII



Había pensado que los duques se encontrarían en el comedor, quizá porque los había visto dirigirse hacia allí, pero después de abrir la puerta, descubrió sorprendida que no había nadie. Caminó sobre sus pasos intentando averiguar dónde se hallarían cuando escuchó la voz de Beatrice en la biblioteca. Debería haberlo supuesto. Era la habitación preferida de ambos. Se pasaban horas allí dentro: la duquesa leyendo alguno de los libros o conversando con su esposo. Los envidiaba. Nunca había visto una pareja tan enamorada. No tenían pudor al proclamar su amor delante de quien fuera. En más de una ocasión, mientras ella charlaba con Beatrice, el duque se acercaba a su esposa y la besaba con intensidad. En la mirada de ella después de su apasionada muestra de amor, nunca encontró reproche o bochorno, solo amor, muchísimo amor.

Evelyn suspiró antes de entrar en la sala. Necesitaba relajarse y prepararse para el sinfín de preguntas que le harían. Dado que permanecía bajo su protección, era normal que se interesaran por lo que sucedía entre Roger y ella. Elevó la barbilla, sonrió y se adentró en la habitación rezando para que pudiera explicar el cambio de decisión de su marido sin tener que aludir al motivo que le condujo a marcharse.

—¡Evelyn! —exclamó la duquesa al verla—. Pasa. Ven, siéntate a mi lado. Elliot ya se ha despertado.

La mujer caminó despacio hacia los tres dibujando una escueta sonrisa. Mientras que Beatrice acogía en sus brazos al pequeño con ternura, el duque le hacía gestos graciosos para que sonriera. Evelyn se regañó por interrumpir un momento tan íntimo, tan familiar, aunque no sería educado contradecir las indicaciones de la duquesa.

Sin apartar sus ojos de la estampa hogareña, su mente retrocedió algo más de una década, justo en el momento en el que la vida empezó a torcerse, cuando las risas se convirtieron en llantos, los sueños en pesadillas y las riquezas... en una inevitable pobreza.

*—No es apropiado que nuestra hija mire así al primogénito de los Wyman. Según tengo entendido no pertenece a una familia respetable —dijo Several Pearson a su esposa el día de presentación en sociedad de Evelyn—. Si son ciertos los rumores, anda a la caza de una esposa con una buena posición social y, como comprenderás, en esta fiesta nuestra hija es la única que posee una dote tan suculenta. Estoy seguro de que si ella no aparta la mirada, ese sinvergüenza pronto alcanzará a besarle la mano.*

*—No te incomodes tanto, querido. No es un joven agraciado. Nuestra hija solo tiene ojos para aquellos que poseen algo más que una mirada seductora. —Sherine agitó el abanico con gracia, sonrió a una de las invitadas y continuó hablándole entre susurros a su esposo.*

*—No fue mi aspecto lo que te enamoró de mí —susurró el señor Pearson.*

*—No, por supuesto que no. —Se volvió para mirarlo y sonreírle—. Fue tu inteligencia. Esa que, por suerte, Evelyn ha heredado. Por eso insisto en que no debes preocuparte. Déjala que disfrute de su primer evento social. Hoy solo quiere ser el centro de todas las atenciones. —La señora Pearson cerró el abanico, lo sostuvo en la mano y besó el rostro de su esposo.*

*—Confío en nuestra hija y en su intelecto. Sin embargo, ese muchacho es avaro, codicioso y creo que si Evelyn no le muestra interés, se las ingeniería para conseguir su objetivo mediante patrañas —señaló el señor Pearson con pesar.*

*—¿Patrañas? —Enarcó la mujer las cejas y aferró con fuerza entre su mano el abanico.*

*—¿Te imaginas lo que podría suceder si la engaña y la pone en un compromiso? Arruinaría su reputación. Si eso ocurriera, si nuestra hija se*

*encontrara en una situación humillante, lo mataría —masculló.*

*—Nadie le hará daño. Siempre estaremos a su lado para protegerla. Siempre...*

Evelyn estuvo a punto de arrodillarse en mitad del salón al recordar la conversación. Nunca estuvo al lado de sus padres aquella tarde, pero su madre se la había repetido tantas veces que se la grabó a fuego en la cabeza. Después de esa noche, Scott la persiguió con ahínco y no hubo fiesta donde ella estuviera en la que él no apareciera. Los días se convirtieron en semanas y, como era de esperar, finalmente se rindió a todas esas palabras e insinuaciones de amor que le decía en su cortejo. A pesar de la negativa de sus padres, terminaron comprometiéndose. ¿Cómo iban a negarse a tal convenio si la señora Wyman los halló en una situación bochornosa? No pudo levantar la cara cuando sus padres acudieron a recogerla en la fiesta de la familia Phaterson. Se sentía avergonzada por hacerles pasar el peor momento de sus vidas, pero fue su última esperanza.

Semanas anteriores había descubierto que sus padres pensaban enviarla con su tía fuera de Londres y estaba tan enamorada que no era capaz de concebir un distanciamiento de tal índole. Por eso, tras comentarle a Scott lo que estaban planeando, el muchacho habló con su madre y ella les dijo exactamente lo que debían hacer para evitar el indeseado destino. Cuando el compromiso se anunció y ya no había vuelta atrás, Scott continuó insistiendo sobre la posibilidad de que sus padres al final la apartaran de su lado; para hacer frente a tal probabilidad le hizo una proposición de la que se arrepentiría el resto de su vida.

*—He soñado todos los días en tenerte así, a mi lado, bajo la luz de las velas —susurró el muchacho mientras le desataba los lazos del corsé y comenzaba a besar su cuello desnudo—. El olor de tu piel, tu sabor, me atormentan hasta tal punto que me resulta imposible vivir. Me levanto pensando en ti, me acuesto pensando en ti. Nada es más importante que tú, mi amor.*

*Evelyn se giró y abrió los ojos encontrándose con las mejillas sonrojadas de su amado; deseó tocarlas y aminorar aquel fuego, pero cuando intentó dirigir las manos hacia ellas, este las cogió con ternura y las besó.*

*—No te robaré tu virtud, amada mía. La tomaré como hacen los maridos a sus esposas. Imagínate que ya estamos casados, que esta es nuestra noche de bodas, que por fin hemos conseguido todo lo que tanto ansiábamos — prosiguió con las manos femeninas en su boca.*

*—¿No deberíamos esperar un poco más? Quizás hasta que celebremos nuestra boda —dijo dubitativa—. Madre dice que no hay mayor regalo para un esposo que disfrutar de la virginidad de su mujer el día en el que se casan.*

*—Para mí, para mi corazón, nosotros ya estamos casados. No necesito un papel, una fiesta y montones de testigos a mi alrededor que me confirmen que estoy unido a la persona que amo —dijo con exagerada tristeza. Se retiró de ella como si las palabras de la joven lo hubieran enojado profundamente y le dio la espalda.*

*—¡Oh, perdóname! —exclamó Evelyn caminando hacia él. Alargó la mano e intentó acariciarle la espalda, pero el muchacho, con un movimiento rápido, esquivó el toque.*

*—Sé que no me amas con la misma intensidad con la que yo te quiero a ti. Es normal que sea así. Yo, un humilde mortal, un hombre que no se distingue por ser el caballero más apuesto de la sociedad, estoy enamorado de la muchacha más bella de Londres —expuso con aparente congoja.*

*—¡Yo también te quiero! ¡Te amo, Scott! —exclamó Evelyn arrodillándose en el suelo y cubriendo su rostro con las manos—. Te quiero tanto que haré todo lo que desees —dijo entre sollozos.*

*—¿Todo lo que desee? —Se volvió hacia ella y al contemplarla tan sumisa, tan dependiente de él, estuvo a punto de carcajearse, pero se contuvo.*

*Todavía quedaba la segunda parte del plan que había elaborado y saber que estaba a punto de conseguirlo le producía tanta euforia que le rezaba a Dios*

*para poseer la suficiente paciencia como para no correr después de poseerla y escupirle al padre de Evelyn que él había desflorado a su virtuosa hija.*

*—Por supuesto —habló agachando la cabeza.*

*—¿Ves? Es todo mucho más fácil si olvidas las dudas que te rondan la cabeza —le aseguró Scott alargando sus brazos para que ella se metiera entre ellos. Evelyn se levantó y se acurrucó en el cuerpo del muchacho—. Nos amamos y lo que estamos a punto de hacer es solo un paso más para reforzar nuestro amor. ¿No estás de acuerdo con mis palabras? —Sus manos se posaron en la enorme camisola que ocultaba la escuálida figura de una niña apenas hecha mujer—. Esta noche y las próximas te haré el amor vestida. Solo cuando te conviertas en la señora Wyman podré verte desnuda —le susurró en el oído—. Y te puedo asegurar que cuento los días para poder contemplarte de esa forma.*

*—Mi padre tiene pensado que se celebre dentro de dos meses —murmuró sin apenas voz. Notaba cómo la boca de Scott comenzaba a calentar su garganta.*

*—¿Dos meses? ¿Por qué tanto, mi amor? —Acercó la boca al oído y empezó a acariciarlo con la lengua.*

*—Porque será cuando la inversión que realizó mi padre a primeros de año dé sus primeros frutos. —Sus manos temblorosas se posaron tímidamente en la espalda del joven.*

*—¿Será una suma considerable? —inquirió Scott más interesado en conocer la respuesta que en excitar a la mujer que tenía a su lado.*

*—Creo que cuatro veces la dote que obtendremos al casarnos.*

*—¿Tanto? —No pudo evitar separarse de ella y abrir los ojos con intensidad.*

*—Fue una gran inversión —respondió Evelyn sorprendida por la actuación de su prometido.*

—*Te amo, amor mío. Te amo como nunca nadie ha amado a una mujer — soltó antes de alzarla entre sus brazos, posarla sobre la cama y quitarle lo único que no debería haberle arrebatado jamás: su inocencia.*

—¿Quieres cogerlo?

La pregunta de Beatrice la hizo volver al presente. Evelyn permanecía inmóvil en mitad de la sala, apretando los puños y los dientes. De repente las mejillas se sonrojaron y sintió vergüenza por su actitud. ¿Cuánto tiempo había pasado manteniendo aquella inapropiada conducta? Quizás el suficiente como para que ellos advirtiesen que sus pensamientos no eran agradables. Intentando ocultar la pesadumbre que sentía en su corazón, avanzó hacia ellos dibujando una gran sonrisa y mostrando un enorme agradecimiento a la duquesa.

—¿Puedo hacerlo? ¿No te importa que lo sostenga un ratito?

—No me importa. Además, creo que será beneficioso que este traviesillo se adapte a sentir otras manos que no sean las de sus padres. —Se levantó de su asiento, esperó a que ella ocupara el suyo y con sumo cuidado lo posó sobre el regazo.

Elliot sonreía y alargaba sus manitas hacia el cabello de Evelyn. La mujer, absorta por la figura regordeta y admirando los ojos oscuros heredados del padre, agachó un poco más la cabeza para que el bebé consiguiera su propósito.

—Algún día tendrás sobre tus brazos tu propio bebé —dijo la duquesa sonriente. Su sonrisa desapareció al advertir que las palabras que le dirigió a Evelyn provocaron más dolor que entusiasmo—. ¿Te sucede algo? ¿He dicho algo que pueda incomodarte?

—No —respondió aguantando esas lágrimas que deseaban salir.

—Finalmente... —interrumpió William al observar el pesar de la mujer—, ¿qué ha decidido mi amigo? ¿Se marcha o se queda?

—Permaneceremos un par de días más, si no os molesta, y luego regresaremos a Londres —contestó prestando su atención hacia él—. Roger me ha hecho saber que tiene bastantes asuntos pendientes y necesita finalizarlos lo antes posible.

—Me parece que ha tomado la decisión correcta. Si me disculpáis, tengo que informar al mozo de cuadra antes de que Roger baje. Nos vendrá bien a los dos cabalgar durante un buen rato. —Se acercó a su esposa, le dio un suave beso en los labios, inclinó levemente la cabeza hacia Evelyn y las dejó solas.

Beatrice no podía dejar de observarla. Estudiaba cada gesto de su amiga con sumo interés. Había percibido el brillo de dolor en su mirada al comentar la posibilidad de engendrar a su propio hijo. ¿Qué habría provocado ese sufrimiento? ¿Sería la primera mujer que no deseaba concebir nuevas vidas? ¿O quizá, al no amar todavía a Roger, era incapaz de meditar sobre la idea de formar una familia a su lado? Entendía que a priori pensara que era un hombre malvado, pero ella sabía que no era así. William le relató cómo había cogido a Rabbitwood del cuello, cómo le murmuró que lo mataría por haberse reído de la debilidad de su amigo y cómo, en más de una ocasión, colocó su propio cuerpo para que el impacto de algún que otro esposo enojado no lo alcanzara.

Si su marido lo adoraba como si fuera su hermano tendría sus motivos y estos eran suficientes para que ella también lo amara. Pese a los rumores que le perseguían, estaba segura de que Roger Bennett escondía lo mejor de sí mismo. ¿Quién, sino un hombre que protege a sus seres queridos, sería capaz de enfrentarse a su esposo sin saber los sentimientos que albergaba en su corazón? En efecto, solo él fue el único que reprochó la decisión de William al dejarla vivir en aquella cabaña. Ninguno de los dos sopesó las terribles consecuencias en el caso de que ella hubiese muerto. A Beatrice no le cabía duda alguna de que Roger era más sensato de lo que aparentaba, más honrado de lo que mostraba y más tierno de lo que fingía. Solo esperaba el momento en el que olvidara quién fue y adoptara el comportamiento de quién debía ser.

—Me apetece dar un paseo esta mañana —sugirió Beatrice mientras caminaba hacia la ventana y observaba a su esposo dirigirse al establo—. Quizás, hasta podríamos almorzar en el campo.

—¿Almorzar? —preguntó Evelyn sin apartar la mirada del pequeño.



—Sí, ¿no te parece buena idea? —Se giró sobre sus talones haciendo que el vestido se arremolinara en sus piernas—. Desde que nació Elliot no he podido disfrutar de un día tan espléndido como este y creo que a él también le vendrá bien un poco de sol.

—Me parece una idea estupenda —coincidió sonriente—. Le ordenaré a Wanda que prepare todo lo necesario para esa excursión.

—No te preocupes, yo misma informaré a las doncellas. No me cabe duda de que la señora Stone ya se habrá adelantado a nuestros planes —aclaró con entusiasmo—. Si quieres, mientras gestiono los preparativos pertinentes, puedes seguir con Elliot. No le gusta permanecer solo durante mucho tiempo.

Beatrice besó la frente de su hijo y tras comprobar que Evelyn afirmaba con un leve movimiento de cabeza, los dejó solos. Deseaba que su amiga sintiera el placer de tener un bebé en el regazo y que de esta manera olvidara ese pesar que la atormentaba. Antes de cerrar la puerta, la volvió a contemplar. Había agachado la cabeza y le susurraba una nana a Elliot. No, no podía ser cierto lo que ella había concluido. Evelyn se sentía feliz con un bebé en sus brazos. Sin embargo, si tener un vástago con Roger no era el problema, ¿qué sería? Con miles de ideas posibles en la cabeza, cerró despacio la puerta y caminó hacia la cocina. Justo al tiempo que iba a posar la mano en la manivela una idea brotó en su mente con tanta fuerza que casi le hace tambalear. «¡Oh, Dios mío! —exclamó para sí mientras se tapaba la boca con la mano—. ¡Eso es! ¡Eso es!».

Parada en seco frente a la entrada, cerró los ojos e intentó recordar los chismorreos de las amigas de su madre sobre Evelyn. Nada de lo que recordó contestaba a su sospecha, pero en un tiempo en el que la honradez familiar debía estar presente por encima de todo, ¿cómo ocultar un acto de tal índole? Respiró varias veces, más de las que debería. Si estaba en lo cierto, si aquello había ocurrido, Roger tendría que plantearse la conquista de su esposa de otra forma y no lo lograría sin ayuda. ¿Quién tiene el suficiente poder como para salvar un alma muerta?

—Mi señora... —la saludó la cocinera al verla entrar.

—Hola, Hanna. Evelyn y yo hemos pensado en hacer un pequeño picnic junto

al río. ¿Podrías preparar algo en tan poco tiempo? Sé que William y Roger cabalgarán por esos parajes y me gustaría darles una sorpresa. Además, el sol no brilla con tanta intensidad todos los días... —concretó la duquesa al tiempo que caminaba de un lugar a otro de la cocina con impaciencia, como si estuviera buscando algo.

—Con mucho gusto me pondré a ello. Ordenaré a Lorinne que saque las cestas y sacuda el polvo de las mantas. —Hanna dejó de lavar los platos, se cruzó de brazos y contempló a la mujer vagar por su cocina con inquietud. Quiso cerrar la boca para no preguntar, pero no lo consiguió. Todo aquello que perturbaba la paz en su señora, perturbaba la suya también—. ¿Qué sucede? —preguntó al fin.

—¡Nada! —exclamó parándose en seco—. ¿Por qué lo piensas?

—No me engaña, lady Rutland —expuso con voz suave—. La conozco lo suficiente para deducir que ese estado de euforia desmedida camufla algo que la inquieta.

—No es algo que me incumbe, Hanna, y puede que mis sospechas no sean acertadas —comentó antes de dar un enorme suspiro.

—¿Qué le grita el corazón?

—¿Cómo? —Beatrice la miró con los ojos muy abiertos. Había escuchado la pregunta pero no entendía que deseaba indicarle con ella.

—Me refiero... ¿qué es lo que su interior le dice?

—Que tengo razón. Que la causa de ese temor se debe a algo que le ocurrió en el pasado —explicó sin hacer referencia a nada más.

—¿Se trata de la señora Bennett? —Como siempre, la señora Stone acertaba en sus suposiciones.

—¡Oh, Hanna! —exclamó caminando hacia ella para que la abrazara como tantas veces lo había hecho—. Creo que su pasado la atormenta.

—Pues que Dios la tenga presente porque no se ha casado con el hombre más

apropiado para calmar su tristeza —sentenció.

## XIX



Cuando William le propuso cabalgar por sus dominios, le pareció una magnífica idea. Necesitaba salir de allí para aclarar sus pensamientos. Le inquietaba saber que Evelyn era reacia a sus encantos, a sus gestos de cortesía. Pero por otro lado, el hecho de tener que cortejarla, cosa que no había tenido que hacer con ninguna mujer, le atraía lo suficiente como para meditar un sinfín de maneras de hacerla caer a sus pies. ¿Quién podría resistirse a una penetrante mirada, a una encantadora sonrisa y a unas manos como las suyas? Hasta que conoció a su esposa, nadie. Sin embargo, Evelyn luchaba con entereza para no caer en su tela de araña.

Meditando cómo elaborar su plan, no se percató de hacia dónde marchaban hasta que se encontró en las llanuras que lindaban con el río Wye. Cercana a donde se encontraban, se hallaba la cabaña donde Beatrice se ocultó durante algo más de medio año. No entendía muy bien la razón por la que William se dirigía hacia aquel lugar. Imaginó que se trataba de cierta melancolía o tal vez seguía pensando en aquello que le gritó el día que descubrió la insensatez de su amigo. ¿Tan ciego estaba para no sopesar que ella podría haber muerto en aquel lugar y las repercusiones que podría haber sufrido? No, no era ceguera sino amor. Rutland estaba tan enamorado de Beatrice que le brindó todo lo que le pedía para hacerla feliz.

De repente escuchó cómo William hacía parar a su corcel. No se bajó de este. Se quedó allí parado, observando la pequeña edificación con el ceño fruncido.

—¿Y pensar qué todo ocurrió en este lugar? —El duque realizó la pregunta de manera reflexiva, sin esperar a que le respondiera.

—No entiendo cómo sigue en pie —comentó Roger a regañadientes—. Si

hubiera estado en tu lugar, yo mismo habría hecho añicos cada piedra.

—Olvidas que tengo una sola mano —respondió William sonriente.

—Una sola mano es suficiente para destrozarla —concretó Bennett sin aminorar el enfado.

—Cada uno elige qué es prioritario en su vida y derribar este lugar no lo es para mí.

—La vida de casado ha cambiado tus prioridades... —dijo burlón.

—Como lo hará contigo —soltó antes de arrear el caballo.

Roger se quedó con la palabra en la boca. Iba a replicar tal afirmación cuando su amigo emprendió una veloz marcha. Sin borrar la sonrisa de su rostro, azuzó al jamelgo y pretendió alcanzarlo, pero a pesar de su intento, no lo consiguió. William seguía siendo el mejor jinete que había conocido hasta el momento. Pensó que aquella destreza se habría mermado debido a su discapacidad, pero no había sido así. Tal vez el hecho de encontrar a Beatrice, de tener una familia por la que luchar, fortaleció el coraje de Rutland más de lo esperado. Durante las épocas en las que ambos caminaban por Londres y frecuentaban lugares poco apropiados para caballeros, la mirada de su amigo era oscura, tenebrosa y siempre parecía enfadado. Desde que ella apareció en su vida, cuando observaba a su amigo, solo hallaba paz y claridad y una sonrisa que le cruzaba el rostro. Ella le había dado esa calma que andaba buscando, ese propósito que tanto requería para continuar viviendo.

Roger aminoró el trote al percibir que Rutland paraba el caballo y descendía. Le sorprendió gratamente que con una sola mano pudiera sostener el peso de su cuerpo sin tan siquiera perder el equilibrio. Sonrió satisfecho, orgulloso de contemplar ese cambio y deseó que algún día él pudiera sentirse así de fuerte para olvidar su pasado y poder vivir un futuro prometedor.

—Si no erro en mis pensamientos —empezó a decir el duque agarrando las cintas del caballo—, mucho me temo que hoy almorzaremos al aire libre. —Miró hacia el cielo y confirmó que no había nubes que pudieran entorpecer el día.

—¿Me vas a invitar a un almuerzo? ¡Oh, Dios mío! ¡Me escandaliza tu proposición! —exclamó burlón sentado sobre su corcel—. He de advertirte que, por mucho que lo desees, no levantaré mis enaguas para complacerte. Soy una mujer honrada. —Se abanicó con la mano izquierda al tiempo que subía y bajaba las pestañas mostrando perplejidad.

—Me refiero... —contestó con tono cansado—, a que nuestras esposas habrán decidido aprovechar un día tan magnífico para salir del hogar.

—No creo que mi querida esposa decida abandonar el castillo y menos sabiendo que andaré cerca —murmuró al tiempo que bajaba del caballo—. Se quedará en la habitación rezando para que no encuentre jamás el camino de regreso.

—Si lo hiciera, la comprendería. Hasta el momento te has comportado como un villano y no has estado a la altura de sus expectativas. Quizá dejaría de esquivar tus atenciones si descubriera quién eres en realidad —dijo Rutland con voz pausada.

—¿Y quién soy, según tú? —Roger enarcó las rubias cejas, alzó su labio superior para enfatizar su fastidio y, dando dos largas zancadas, alcanzó al duque.

—Un mentiroso. Una persona que no es capaz de mostrarse tal como es por miedo a presentar debilidad. Siempre nos han educado para afrontar con entereza cualquier adversidad. Somos hombres, caballeros de la alta sociedad y no está bien visto que exhibamos nuestros sentimientos a los demás. Pero, pese a que lo intentes, no me engañas. Sé que te encuentras perdido. Yo, en tu situación, también lo estaría. No es fácil asumir que, de la noche a la mañana, tu vida se ha puesto del revés. Allí donde antes encontrabas libertad, ahora ves el mundo pasar a través de unos barrotes de acero. ¿Me equivoco? —William enarcó las cejas y esperó la respuesta.

—Tan solo es una nueva etapa... —murmuró Bennett agachando la cabeza—. Solo he de saber cómo sobrellevarla con entereza.

—Un matrimonio es mucho más que una nueva etapa —prosiguió Rutland parando su caminar y contemplando a su amigo. La expresión de Roger se

demudó, aunque intentó disimularlo con una de sus típicas sonrisas—. Ya no estás solo. Hay una persona a tu lado que padece y siente como tú. Cada mañana te despertarás junto a ella y lo primero que desearás es observar su rostro. Necesitarás verla feliz para conseguir tu propia felicidad. Cuando la escuches hablar, cuando opine sobre cualquier tema, advertirás que sus palabras son semejantes a las tuyas. Cada sonrisa, cada muestra de afecto, te congelará y la recibirás con más entusiasmo que cualquier fortuna o herencia ansiada. Terminarás convirtiéndote en parte de ella y ella en parte de ti. Por eso deberías luchar contra los demonios que no te dejan mostrar quién eres en realidad. Si los liberas, si fluyen de tu interior...

—También serán los suyos, ¿cierto? —le interrumpió frunciendo el ceño—. Y, ¿cómo crees que se sentirá mi querida esposa al comprender que se ha casado con un hombre a quien su familia desprecia? ¿Al que desean ver muerto? ¿Podrá luchar contra ese demonio? ¿Será capaz de vivir sabiendo que la madre de su esposo ha intentado asesinarlo en más de una ocasión? ¡Dime, Rutland! ¿Puede alguien vivir conociendo ese horror?

—Muéstrale tu vida. Deja que ella misma descubra con quién vivirá el resto de sus días y no ocultes tus miedos. Solo así hallaréis la paz —contestó con firmeza.

—Tu teoría sobre el buen matrimonio es idílico. Pero en mi caso no es viable —repuso frívolamente.

—No te escondas bajo ese pesar. ¡Sal de tu prisión y vive de una vez! —clamó Rutland con tanta fuerza que su voz se escuchó retumbar entre los árboles.

—Es fácil sermonear cuando no te encuentras en mi pellejo. Sin embargo...

Roger no continuó con su defensa. Las risas de unas voces femeninas le hicieron enmudecer. Tal como había predicho William, en una pequeña pradera junto al río, las mujeres habían extendido unas mantas y preparaban el almuerzo. Beatrice se movía de un lado para otro colocando las cestas sobre las telas mientras que Evelyn jugaba con Elliot. Lo alzaba y bajaba para hacerle reír al tiempo que ella se carcajeaba por las expresiones del niño.

Bennett tragó saliva y sintió que su corazón daba un vuelco. No estaba embelesado por cómo ella disfrutaba con el pequeño, sino por la felicidad que expresaba su rostro. Era una imagen espléndida. Con las montañas de fondo, prácticamente mostraba uno de los famosos cuadros pintados al óleo del alemán Christian Morgenstern. Luz, claridad, sencillez y belleza. Las cualidades principales de una diosa, su diosa. Ella no había reparado en que la mitad de su cabello se había soltado del moño y brillaba con más intensidad que el sol; ni que su vestido se arremolinaba sobre su cintura levantándose lo justo para ver las piernas enfundadas en unas medias de seda blancas. Era una belleza salvaje, pura y seductora.

Roger agarró con más fuerza de la necesaria las cinchas del caballo. Necesitaba sentir el apoyo de algo sólido para no caer al suelo arrodillado ante tanta plenitud. Él no era digno de una mujer así. Nunca había hecho algo tan importante como para que la vida le recompensara con la presencia de una dama tan encantadora. Él solo merecía desprecio, horror y tenebrosidad.

—No escucho tu réplica —dijo divertido William al contemplar lo abstraído que estaba Bennett—. ¿Has cortado tu lengua con los dientes?

—No la merezco... —murmuró Roger.

—Yo tampoco merecía una mujer como Beatrice. Haz memoria, Bennett. Yo fui el culpable de su desgracia, del infierno que pasó sola en esa maldita cabaña. Solo Dios sabe el horror que padeció durante ese tiempo: sola, desprotegida, humillada por los actos de un malnacido, sin nadie que pudiera socorrerla... Pero la vida nos dio una segunda oportunidad a ambos. Gracias a mi esposa soy un hombre afortunado y me siento vivo. No hay mañana en la que abra los ojos y no me sienta dichoso por tenerla a mi lado, por tener una mujer por quien daría mi vida. Ahora te toca a ti descubrir la felicidad, sentir que si ella respira, tú también lo haces. Deja de lado tus sufrimientos o compártelos con ella, pero no permitas que la oscuridad que te rodea destroce no solo tu vida, sino también la de ella —dijo antes de abandonarlo en lo alto de la colina y correr hacia su esposa.

—¡William! ¡William! —gritó la duquesa al observar que su marido corría hacia ella. Se agarró el vestido con ambas manos y salió en su búsqueda saltando los obstáculos que se encontró en el camino—. Sabía que



descubrirías mi plan —dijo Beatrice con entusiasmo. Lo abrazó y le besó con pasión—. Ya no hay secretos entre nosotros dos, ¿verdad? —murmuró cuando sus labios se distanciaron.

—Imaginé que no dejarías pasar un día tan magnífico —contestó Rutland sin soltar la cintura de su esposa.

—Era una pena no aprovecharlo, por eso mismo le sugerí a Evelyn salir de Haddon y disfrutar del sol. Por cierto... —Volvió su rostro hacia Roger quien no apartaba la vista de su esposa—. ¿El paseo ha sido fructífero?

—Más de lo que esperaba. Aunque mucho me temo que necesita un poco más de tiempo. Los sucesos importantes deben meditarse con tranquilidad —expuso.

Beatrice suspiró, apoyó la cabeza sobre el pecho de William y sin soltarse, ambos descendieron la colina. Esperaba que Roger les siguiera, pero cuando se dio la vuelta para comentarle si deseaba calmar su sed, observó que seguía arriba, de pie, agarrado a las cintas del caballo y con la mirada clavada en Evelyn. ¿Qué estaría pensando? ¿Tal vez recapacitaba sobre la conversación que habían mantenido? Fuera lo que fuese, le impedía acercarse a ellos y disfrutar de un excelente plan. Con pesar, se sentó sobre una de las mantas extendidas, dejando libre a su esposo para que saludara al pequeño. Evelyn lo posó con cuidado sobre el brazo y mientras que el padre caminaba con su hijo, la mujer decidió acompañarla.

—Ha sido una estupenda idea —comentó al tiempo que apoyaba la barbilla sobre las rodillas.

—¿El qué? —preguntó Beatrice sin acertar a lo que se refería.

—El venir. El hacer un picnic —respondió levantando las cejas.

—Es bueno salir de casa y sentir la libertad que nos brindan estos parajes.

—Hay ciertas personas que no parecen contentas con la decisión... —dijo con cierto pesar.

—Necesita tiempo. Es un hombre muy especial, Evelyn. No todos se adaptan a un cambio con la misma entereza. —Se acercó a ella y extendió un brazo sobre los hombros afligidos de su amiga.

—¡Es un egoísta, engreído y arrogante! —exclamó enfurecida—. ¿Cómo es capaz de comportarse de esta forma tan descortés?

Beatrice se disponía a contestar cuando unos pasos cercanos se escucharon detrás de sus espaldas. De reojo, la duquesa advirtió que por fin se había decidido a acompañarlos y en cuestión de segundos ideó la manera de dejarlos solos. Debían hablar. Debían abrir sus corazones y expresar los sentimientos que les atormentaban. Si no lo hacían, si no eran capaces de compartir las emociones que les llevaban a realizar tales comportamientos, terminarían arruinando sus vidas.

—¿Sí, mi amor? —preguntó mirando a William. Se levantó y sin decir ni una sola palabra, se dirigió hacia el duque trotando.

Evelyn se quedó en la misma posición; apoyando su barbilla sobre las rodillas. Sus ojos observaban el paisaje; las montañas, los árboles floreciendo, el agua cristalina del río. Todo a su alrededor le proporcionaba una extraña calma. Sin embargo, cuando advirtió que detrás de ella una enorme figura le tapaba el sol, sintió un terrible escalofrío.

—Bonito día —dijo a modo de saludo Roger.

—Sí, en efecto. Hace un día magnífico —afirmó sin apartar la mirada del horizonte.

—¿Te apetecería...? ¿Te gustaría...?

—¿Qué? —inquirió Evelyn moviendo con suavidad su cuerpo hacia donde se encontraba su marido.

¿Se podía detener el tiempo? Porque ella deseaba que en esos mismos momentos, todo se paralizara. Le encantó la expresión dudosa de Roger al hablar. Disfrutó de su tartamudeo y se quedó prendada, nuevamente, de su físico. Vestía con un traje para montar. La chaqueta, como dictaban las normas

de la moda, hasta la cintura y con dos botones dorados que la cerraban por delante. El chaleco, apenas perceptible, era de color ámbar. Pero lo que dejó expectante a Evelyn fueron las piernas, ocultas bajo un ceñido pantalón blanco que perfilaba cada músculo. Intentó apartar la mirada, dejar de observarlo y sentir cómo un poderoso fuego empezaba a quemarla desde su interior. No lo consiguió. Por mucho que lo odiara, por mucho que intentara engañarse creyendo que aquel hombre no era seductor, lo era y bastante.

—Un paseo —expuso al fin—. ¿Te gustaría dar un paseo? —Bennett avanzó lo justo hasta colocarse frente a su esposa, extendió su mano y esperó a que ella la aceptase, pero no lo hizo.

—¿Tienes pensado apartarme de la presencia de los duques para asaltarme de nuevo? —exigió saber con una mezcla de miedo y sorpresa. Apoyó las palmas sobre la tela y ella misma se levantó.

—No sería mala idea... —afirmó burlón—, pero mis intenciones no son tan poco decorosas. Me apetece pasear y mantener una charla distendida. Si tú también lo deseas, por supuesto.

—¿Me besarás? —Alzó las cejas y entrecerró los ojos.

—Solo si está dentro de esas insufribles normas que me relataste en mi alcoba. Aunque mucho me temo que, según escuché, el mandato número cuatro dicta que no debo hacerlo, ¿estoy en lo cierto? —comentó divertido.

—¿Me escuchaste? —preguntó confundida.

—Por si no has reparado en ello, nací con dos orejas y, gracias a Dios, escuchan perfectamente. Otra cuestión es que yo desee oír lo que los demás conversen. —Situó sus manos tras la espalda y, sin esperar a que ella se colocara a su lado, emprendió una marcha lenta.

Se enfurruñó como hacen las niñas pequeñas al no conseguir aquello que tanto ansían. Solo le faltó patalear en el suelo y cruzarse de brazos para expresar su enfado. Otra vez la dejaba con la palabra en la boca. Otra vez salía airoso de un enfrentamiento con ella. Otra vez, por mucho que le pesara, la dejaba noqueada con su figura, con su sensual sonrisa y con esos ojos tan profundos

que parecían desnudarla en silencio.

Con aparente tranquilidad, Evelyn se estiró el vestido y caminó tras él. No aceleró el paso, quería que él redujera el suyo o la esperara puesto que era lo más cortés. Pero no sucedió. Roger seguía el mismo ritmo. Estiraba sus largas piernas tanto que tres pasos de ella se convertían en uno solo de él. Finalmente, se rindió. Avivó su andanza y no la aminoró hasta que se encontró por delante de su esposo.

—Lonely Field no es tan inmenso como Haddon Hall —habló con suavidad mientras alzaba la barbilla y observaba con admiración la naturaleza que les rodeaba—, pero es mi pequeño paraíso. Allí me encuentro muy feliz.

—Seather Low no es ni una décima parte de este lugar y también me hace feliz. No creo que el tamaño de nuestras haciendas sea importante sino los sentimientos que provocan cuando te acercas en el carruaje y observas, a través de la ventana, las puntas del tejado... —precisó dominando la inquietud que le provocaba sentirse tan próxima a él.

—¿Lo añoras? —Roger clavó las plantas de los pies en el suelo y se volvió hacia ella.

El sol intensificaba el color de su pelo, las pestañas se unían con suavidad para proteger los ojos azulados, las manos descansaban en la espalda y mantenía el cuerpo erguido e imperturbable.

—¡Por supuesto! —exclamó rápidamente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Había dado por sentado que, pasado mañana, marcharías a mi lado hacia Lonely. —Su voz era suave, tierna. Sin embargo, la calidez de sus palabras contrariaban los gestos de su cara. Apretaba la mandíbula como si estuviera partiendo una nuez.

—No sé... He de pensar muchas cosas antes de tomar una decisión tan importante. —Evelyn quería soltar una carcajada, pero se contuvo. En lugar de eso, colocó sus manos en la espalda, adoptó la figura erguida que exhibía su marido y caminó sin mirarlo.

—Una mujer como tú —empezó a decir Roger, apretando los dientes para no elevar el tono, y continuando tras los pasos de ella—, tan preocupada por la opinión que poseen los demás, deberías imaginar que, el distanciamiento de un matrimonio recién casado sería un tema muy succulento para cuchichear en los círculos sociales.

—El propósito del chismorreo, mi estimado Roger, se basa en ofrecer una novedad —soltó Evelyn—. Como comprenderás, que nos separemos otra vez después de casarnos, ya no es de interés social. Si pretendes invitarme a vivir en tu hogar, deberías indicarme otra causa más razonable.

—¿Puedes iluminarme? No soy habilidoso en ciertos temas —precisó controlando la ira que empezaba a sobresaltarlo.

—Podrías alegar que necesito hospedarme en tu hogar para intentar que nuestro matrimonio sea fructífero o para que nos conozcamos mejor, puesto que debemos vivir juntos el resto de nuestras vidas. Quizá puedes añadir que si habitamos bajo el mismo techo, podría descubrir quién eres en realidad —alegó con firmeza.

—¿Quieres saber quién soy en realidad? ¿Deseas descubrir qué oculto bajo esta apariencia? —Sus preguntas no evidenciaban mofa sino miedo. Ese temor hizo que Evelyn se detuviera y contemplara el rostro de Bennett. Se quedó asombrada al verlo. Su mirada expresaba oscuridad, tenebrosidad e incluso escepticismo. ¿Qué albergaría en su interior para tener tantas dudas, tanto temor?

—¡Por supuesto que deseo saber quién eres! —bramó alzando los brazos para enfatizar sus palabras—. ¿Acaso no te importa quién soy yo? ¿Qué he hecho antes de conocerte?

—¡No! —exclamó con rotundidad—. Solo me interesa quién eres ahora y en quién te convertirás en el futuro, porque lo que hayas hecho, dicho o sido en el pasado, carece de interés para mí.

—¿Y si soy una delincuente? ¿Y si en el pasado maté a una persona y lo he ocultado durante todo este tiempo? —Se colocó frente a Roger y lo miró desafiante. La desgana por conocerla, por revelar a la persona que

permanecería a su lado, le provocó un terrible enfado. Ella sí deseaba conocer a su marido. Pese a todos los rumores sobre el carácter agrio, esquivo e impúdico que lo definían las personas que hablaban sobre él, Evelyn sospechaba que se trataba de una apariencia errónea y que escondía a alguien más profundo.

—¿Has matado a alguien? —exigió saber.

—No —respondió con rapidez.

—Entonces... ¿por qué voy a pensar que eres una criminal? —Entrecerró sus ojos y miró fijamente a los de ella.

—Era solo un ejemplo. No me conoces lo suficiente como para abrirme las puertas de tu hogar con tanta facilidad. —Relajó su postura, echó unos pasos hacia atrás y prosiguió el paseo. El camino llegaba a su fin. Un pequeño riachuelo, crecido por las lluvias de meses anteriores, zanjaba la vereda.

—No sería la primera vez que tendría que lidiar con una asesina —murmuró para sí.

—¿Disculpa? —Apenas había escuchado las palabras de Roger pero la duda sobre lo que interpretó en ese susurro la hizo girarse de nuevo hacia él.

—Me preguntaba si tu comportamiento esquivo se debe a que todavía conservas tu virtud.

Cambió de tema de manera radical. Por el asombro que mostraba el rostro de Evelyn supo que lo había escuchado y que intentaría indagar sobre su reflexión. Así que decidió abordar un tema muy escandaloso para una mujer.

—¿Cómo?! —preguntó sin poder elevar la voz y enrojecida de vergüenza.

—Me refiero a si eres... —Su sensual boca se extendió en una sonrisa lenta.

—¿Y tú? ¿Lo eres tú? —espetó abochornada y enfurecida.

—¡Por supuesto que no! —exclamó orgulloso.

—Pues yo tampoco —sentenció.

Tras su afirmación, Evelyn se giró con tanta rapidez que el vestido se enredó en sus piernas. Perdió el equilibrio y cerró los ojos al ver cómo le resultaba imposible parar su impacto sobre el suelo. Sin embargo, las fuertes manos de Roger impidieron que cayera no sobre el camino, sino sobre la orilla del río que hacía finalizar el trayecto.

—Así que otro hombre desfloró a mi esposa... —susurró acercando la boca a la de la mujer—. ¿Qué dotes poseería tal personaje para conseguir aquello que a mí me resulta tan difícil?

—Suéltame —masculló.

—No debería... —Aproximó un poco más sus labios a los de ella. La mirada azulada se ennegrecía y los dedos se clavaban en el cuerpo femenino.

—He dicho que me sueltes —repitió presionando con fuerza los dientes.

—¿Estás segura de eso, mi pequeña bruja? —Alzó varias veces sus rubias cejas y elevó su labio superior hacia la derecha.

—¿Acaso esas dos orejas no te dejan escuchar lo que te indico? —refunfuñó.

—¡Como desees! —Y la soltó.

Evelyn cayó de culo sobre algo húmedo y helado. Cuando bajó su mirada hacia lo que la hacía enfriar, empezó a golpear con sus puños. ¡La había arrojado al río! ¡Todo su vestido estaba empapado de agua y de lodo! Con un enojo imposible de sofocar, observó cómo Roger se alejaba de ella sin parar de carcajearse. Cuanto más se reía él, más ira nacía en su interior. Emanando por su boca millones de improperios inadecuados para una mujer, se levantó y pisando el suelo como si quisiera que sus plantas atravesaran la tierra, se dirigió hacia el llano donde los duques estarían disfrutando de un maravilloso picnic.

—¡Dios bendito! —exclamó Beatrice al verla aparecer—. ¿Qué te ha sucedido? —Dirigió la mirada hacia Roger, quien no cesaba sus risotadas, y la

regresó hacia Evelyn. La falda goteaba tras sus pasos dejando una estela brillante; su pelo, alborotado, estaba cubierto de barro y movía las manos con ímpetu para quitarse la suciedad.

—¡Me ha arrojado al río! —bufó enfadada señalándolo con un dedo inquisidor.

—¡Roger! —gritó William airado.

—No me miréis como si lo hubiese hecho a propósito —se defendió—. Ella me suplicó que la soltara.

—¡Pero no sabía que caería sobre el agua! —replicó Evelyn con un intenso chillido.

—No es una excusa —le espetó Beatrice caminando hacia su amiga—. Podrías haberla advertido que si la soltabas, ella podría terminar empapada.

—¿Y perderme el asombro de su rostro? —Enarcó las cejas y prosiguió con sus carcajadas.

—Vamos —dijo la duquesa abrazando a la afligida mujer—. Regresemos a casa. Podrías coger una pulmonía en ese estado.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Rutland avanzando hacia ellas.

—Prefiero que te marches con Roger —lo miró suplicante.

—Está bien —respondió el duque. Acto seguido miró a su amigo y le ordenó airado—. ¡Sube a ese maldito caballo! Tú y yo tenemos que conversar sobre cómo se ha de tratar a una esposa.

—¡Cómo desees! —exclamó divertido—. Mi querida bruja... —dijo dirigiendo sus ojos hacia Evelyn—, esperaré con impaciencia tu llegada. Me preocupa que un acto infantil pueda provocarte una grave enfermedad. Moriría de pena si decidieras abandonarme justo en el momento en el que ya no puedo vivir sin ti.

Agarró las cintas del corcel, se subió a este de un salto y arreó al animal con



energía.

Wanda, expectante a lo acontecido, una vez que los hombres se marcharon, sacudió las mantas en las que los duques habían permanecido y corrió hacia su señora para cubrirla.

—Me he casado con un ser despreciable, con un monstruo —murmuraba entre castañeteos.

—Creo que ahora no es el momento de pedirte paciencia, ¿verdad? —señaló Beatrice sin apartarse de ella.

—No, en este instante la paciencia ha desaparecido, pero han crecido las ganas de asesinarlo —respondió con firmeza.

—Bueno, si te consuela, te diré que de la ira al amor solo hay un pequeño paso —prosiguió Beatrice mientras caminaban hacia los carruajes.

—¿Amor? ¿Hablas de amor cuando todo mi cuerpo está entumecido por el frío? —Levantó las cejas y abrió todo lo que pudo sus ojos—. ¿Cuándo mi esposo se ha marchado sin intentar socorrerme?

—Si yo te narrara las cosas que me decía mi esposo antes de averiguar que entre nosotros no había odio sino amor... —intentó apaciguarla contando alguna anécdota divertida entre ella y William, pero Evelyn la interrumpió enérgicamente.

—Prefiero no escucharlas. No me malinterpretes, Beatrice, todas tus conversaciones son agradables para mí, pero te aseguro que ahora mismo no deseo escuchar nada sobre ese tema. Lo único que quiero es llegar a mi alcoba, darme un buen baño caliente e intentar olvidar lo que ha sucedido. Espero que mañana el horror y la vergüenza hayan desaparecido porque de lo contrario... ¡me quedaré viuda con prontitud!

## XX



Como era de suponer, ninguno de los dos habló durante la cabalgata. Tampoco lo deseaban. Roger estaba tan ansioso por llegar a Haddon Hall que arreó al caballo con tanto brío que el animal quedó exhausto. Cuando entró en las caballerizas, se bajó con rapidez, se lo entregó al mozo y esperó la aparición de William. Mientras que este regresaba, se colocó en la puerta de la cuadra, se llevó las manos hacia el bolsillo de su chaqueta y maldijo en voz alta al no encontrar cigarrillos. No se acordaba que los había arrojado por la ventana cuando Evelyn lo visitó y le enumeró todas aquellas normas estúpidas a las que apenas prestó atención, a todas excepto esa porque le produjo un gran espanto; debía dejar de fumar porque odiaba el olor a tabaco.

Resignado por no calmar su estado de nerviosismo con un vicio que llevaba haciendo desde que cumplió los dieciocho, miró hacia el exterior. El sol empezaba a ocultarse tras las montañas en las que habían permanecido. Era una tarde cálida, posiblemente anunciaba el final de primavera y el principio de un verano caluroso. Bennett sonrió de medio lado al cavilar sobre el estado de ira que perduraría en Evelyn. La recordó de nuevo sentada sobre el caudal del río, golpeando el agua inerte como si con ello pudiera saciar su rabia. Ella no se imaginaba la perfección que exhibía con sus movimientos, con su nariz arrugada y con el brillo que proyectaban sus mejillas al ser tocadas por los rayos del sol. Estaba tan enojada que no era consciente de la belleza salvaje que presentaba con cada gesto, con cada gritito e incluso con cada maldición. De repente, un extraño e inesperado dolor en su pecho le hizo que se llevara una de las manos hacia su torso. No estaba acostumbrado a reírse de aquella forma y su cuerpo se lo recriminó con aquella punzada. O quizá no se trataba de una llamada de atención de sí mismo, sino algo más intenso que no deseaba imaginar ni deducir.

—El caballo ha venido fatigado —le indicó el mozo con cierto recelo.

—Ha hecho una buena carrera. Recompénsalo —respondió con desdén.

Sin decir nada más, Mathias regresó al interior del establo, acarició al animal y le susurró algo en el oído que Roger fue incapaz de descifrar. Aunque por la mirada de repudio que le ofrecía, intuyó que lo estaba maldiciendo. Justo cuando decidió caminar hacia la entrada de la casa y esperar allí a William, este apareció por el sendero. No galopaba sino trotaba, como si alargara de manera consciente la llegada a su hogar.

—Dale agua a los caballos. Han hecho un gran esfuerzo —dijo al bajarse de su semental. Le dio una palmada en las nalgas al jamelgo y, sin mirar a su amigo, se dirigió hacia el jardín.

—¿No me vas a recriminar mi acto descortés? —preguntó Roger caminando detrás del duque.

—¿Serviría de algo? —William se giró sobre sus talones y se enfrentó con la mirada a Bennett. Sus ojos, oscuros como una noche sin luna, estaban inyectados en sangre. Parecía que, con esas penetrantes pupilas, pudiera carbonizarlo al igual que un fuego hace cenizas un bello paisaje.

—No fue mi culpa —se excusó de nuevo—. Ella me dijo que...

—Ella me dijo, yo le dije, ella me hizo, yo le hice... —comentó enfadado—. ¿No te das cuenta de que os comportáis como niños? ¿Habéis olvidado la madurez que suscita tener algo más de tres décadas de vida?

—Si Evelyn fuera más sumisa, más accesible... —señaló frunciendo el ceño.

—¿Crees que si ella te hubiera aceptado con rapidez estarías ronroneándole como un gato doméstico? ¡Bobadas, Roger! Si tu esposa se comportara igual que todas las mujeres con las que has yacido, no estarías tan desesperado ni tan entusiasmado por alcanzarla. ¿Acaso no te observas? ¿No eres consciente de cómo la miras? ¡La tomarías delante de todos si ella te aceptara!

—No me siento tan hechizado como para...

—¡Mientes! Y lo peor de todo eso es que te engañas a ti mismo. ¿Sabes lo que pensé cuando la conocí? Que Dios había sido generoso contigo porque te había regalado una mujer con valía. No solo tiene el físico que tanto ansiabas encontrar en una esposa sino que su carácter, ese que tanto te afanas por aplacar, es tan semejante al tuyo que no eres capaz de asumirlo. —Volvió a girarse e intentó conseguir su propósito: llegar a la biblioteca para tomarse una copa de brandy.

—¡Es testaruda, terca, indomable, resentida, perniciosa! —clamó sin apenas respirar y elevando sus brazos hacia el cielo.

—¿Y tú? ¿Cómo eres tú, Roger? —indicó antes de abrir la puerta y cerrarla con fuerza, dejando a su amigo en el exterior.

Bennett se quedó parado a escasos palmos de la entrada. De pronto tuvo ganas de correr hacia el jardín que había bajo el balcón de su alcoba y buscar, como un perro sabueso, todos los cigarros que había arrojado por la mañana. Pero se lo pensó mejor al comprender que no era una actitud apropiada para un caballero como él. La opción correcta era mandar a Anderson a que los recogiera mientras que se dirigía hacia la biblioteca, lugar donde su amigo se ocultaba cuando se enfadaba o necesitaba estar en calma.

Agarrando la redonda y dorada aldaba con fuerza, golpeó la puerta hasta que el señor Stone le abrió. El mayordomo no le recriminó su inapropiado gesto. Ni una mirada airada, ni palabras que le indicaran su inadecuada acción surgieron de la boca del anciano. Solo se apartó para facilitarle el paso hacia el interior y agachó la cabeza. Bennett caminó con rapidez hacia la habitación. Cuando accedió a esta descubrió que William se había quitado la chaqueta y que dejaba extendido el brazo inerte. En la otra soportaba una pequeña copa colmada de líquido ambarino. Solo giró ligeramente el rostro al escucharlo entrar. Luego, como si la presencia de Roger no le perturbara, caminó despacio hacia la ventana que mostraba el sendero por el que debían de aparecer los carruajes en cualquier momento. Era de imaginar que necesitaba confirmar que tanto Beatrice, Elliot y Evelyn llegaban sin contratiempo alguno.

Mientras se dirigía hacia el pequeño mueble bar, Bennett meditaba sobre el cambio que se había producido en Rutland desde que encontró a su esposa. No era el mismo, o tal vez siempre había estado ahí esa conducta bajo la coraza

oscura que presentaba a los demás. Esa infinita protección, ese deseo de amar a la mujer que lo acompañaba, eran, para Roger, intereses extraños. Porque, pese a que él era consciente de que su vida había cambiado, no albergaba en su interior ese afán de custodiar a Evelyn cada momento del día.

—Indicaré a Anderson que prepare esta misma tarde el equipaje para partir mañana —dijo con voz pausada, relajada pero a la vez firme.

—Evelyn me hizo saber que os marcharíais, pero no tan pronto. Si no recuerdo mal, dijo que vuestras pretensiones eran dirigiros a Londres pasado mañana —respondió sin apartar la mirada del exterior y tomando un pequeño sorbo de su copa.

—Es la mejor opción dado que nuestra presencia aquí perturba vuestro sosiego. Además, antes de desembarcar, recibí una misiva de mi administrador requiriendo mi presencia lo antes posible —comentó relajadamente. Se llevó la copa hacia sus labios y bebió un poco de brandy despacio, deleitándose cuando este pasaba por su paladar.

—Antes... —Se volvió hacia su amigo y lo miró con los ojos entreabiertos—, deberías explicarle a tu esposa la decisión que has tomado. Creo que ella también tendrá algo que opinar al respecto.

—No voy a obligarla a viajar a mi lado. Tres días en el mismo carruaje, sin poder huir, aguantando mi malhumor y contemplándome más cerca de lo que ella desea, convertirá un arduo viaje en un infierno. Estoy seguro... —Volvió a dar otro sorbo—, que decidirá abandonar tu hogar días después de mi marcha.

—De todos modos, házselo saber. Aunque si estuviera en tu lugar, primero subiría a su alcoba y le pediría disculpas por mi inapropiado acto infantil.

—¿Subir a su habitación? —preguntó Roger alzando las rubias cejas—. Si vuelvo a pisar su dormitorio, no saldré vivo.

—Pienso igual que tú, pero debes intentarlo. Si falleces allí arriba, te prometo que prepararé el mejor funeral que Londres haya tenido en años.

Ambos, por fin, soltaron juntos una enorme carcajada. Era la primera vez en

mucho tiempo que no se reían con tanta intensidad. Tras aproximarse, brindaron por el futuro y gritaron salut. En esos instantes, la voz chillona de Evelyn creó un eco maligno por toda la casa. Quisieron cubrir sus orejas y evitar el atroz ruido, pero aquello solo provocó que las risotadas continuaran hasta que la puerta se abrió y apareció Beatrice con Elliot en brazos.

—¡Está hecha una furia! —exclamó. La duquesa avanzó por la sala y no cesó su caminar hasta que el cuerpo de William tocó el de ella. Por la expresión desencajada de su rostro, ambos caballeros se figuraron cómo había sido el trayecto de regreso a casa. Nada apacible, por supuesto—. Creo que la señora Stone debería de prepararle una infusión de tilo si desea calmar esa rabia.

—¿No ha mermado su ira? —preguntó Rutland besando el cabello de su esposa.

—¿Mermar? Más bien diría que lo ha aumentado. ¡No cesaba de maldecir! He tenido que cubrir a Elliot con mis brazos para que su primera palabra no sea...

—¿No sea? —le interrumpió Roger burlón.

—Malnacido, sinvergüenza o canalla —respondió ofuscada—. Lo que has hecho no ha estado bien. La has humillado delante de nosotros —dijo con enfado.

—No era mi intención, Beatrice. Ella me dijo que la soltara y obedecí su mandato —repuso frívolamente.

—Aun así, no ha sido apropiado. Tardará algo más de una semana en tranquilizarse y, mucho me temo, que cuando te vea, su rabia crecerá.

—Bueno, eso tiene solución —dijo antes de beber lo que quedaba en su copa y posarla sobre la mesa.

—¿A qué te refieres? ¿Qué piensas hacer? —Miró primero a uno y luego a otro.

—Pretende marcharse mañana —le respondió William.

—Al alba, si es posible —matizó Roger.

—Pues si ese es tu propósito —indicó Beatrice sin apartar sus ojos de él—, deberías informarla lo antes posible. Ha de preparar muchas cosas antes de partir.

—No pretendo que me acompañe —señaló con voz firme y pausada.

—De todos modos, explícale cuáles son tus pretensiones y que Evelyn decida qué desea hacer. No vuelvas a elegir por ella porque si lo haces, el significado de perdón desaparecerá de su vocabulario —sentenció. Y tras sus palabras, alzó a Elliot para que el pequeño rostro tocara el hombro materno, y se marchó.

—¿Otra copa? —le ofreció William al observar la expresión dubitativa de su amigo.

—O cuatro... —respondió antes de suspirar profundamente.

Evelyn entró en la habitación sin poder cerrar la boca. De ella brotaban miles de insultos hacia su marido y cada vez estos eran más enérgicos. La había ofendido, degradado delante de los duques. Sin contar que también le había destrozado el vestido, arruinado su elaborado peinado y herido su orgullo. Lo odiaba con todas sus fuerzas no solo por arrojarla al río, sino por el comportamiento risueño que este había mantenido tras su inapropiada actitud. Era un ser despreciable, malvado, cabezota, instigador y sobre todo pernicioso.

Evelyn estiró las manos y apretó las telas del vestido que alcanzaron las palmas. ¿Por qué la había arrojado al río? ¿Por qué no impidió que sus pies tocaran el agua como haría cualquier caballero? Hasta el idiota de Scott, que apenas miraba otra cosa que no fuera su vanidad, tendió su chaqueta en el suelo para que sus zapatos no tocaran un charco que le impedía proseguir un paseo. Sin embargo, su marido, el hombre que debía protegerla el resto de su vida, prefería mofarse de su acto mientras que ella sufría una pulmonía. ¿Por qué la dejó padecer esa bochornosa situación? Quizás el motivo no era otro que la negación continua a besarlo. O tal vez, porque le confesó que no poseía su virtud.

Afanada en hallar una razón lógica, rememoró el momento exacto en el que las grandes manos de Roger dejaron de sostenerla. «Así que mi esposa se desfloró con otro hombre... —le había susurrado mientras su boca se acercaba a la suya—. ¿Qué dotes poseería tal personaje para conseguir aquello que me resulta difícil de alcanzar?». No. Ese no había sido el instante en el que la arrojó sino cuando ella insistió en que la soltara. Además, su marido no la miró con ira cuando escuchó que había dejado de ser virgen. Sus ojos, tras la confesión, se tornaron negros, advirtiéndole que lo único que sentía en ese instante era un terrible deseo. Enfadada al darse cuenta que Roger tan solo había acatado su mandato, comenzó a desnudarse sola a pesar de la insistencia de Wanda por ayudarla a desvestirse.

—No te quedes ahí parada —le gruñó a la desconcertada doncella—. Prepárame un baño caliente.

—Sí, señora —respondió la criada agachando la cabeza y saliendo de la alcoba con prontitud.

Cuando la mujer se marchó, Evelyn se arrepintió de su descortesía. Nunca había tratado de aquella manera a Wanda. Ella no era una mujer soberbia, ni altanera para expresar un mandato tan lleno de ira. Sin embargo, estaba desquiciada. Tal vez ya poseía esa locura desde que supo que debía casarse con un desconocido y, por supuesto, no había decrecido al descubrir que la persona con quien debía permanecer el resto de su vida era un ser repugnante. Por unos momentos, cuando lo vio aparecer tras su marcha después de meses de ausencia, creyó que había cambiado, que había meditado sobre el inesperado futuro y que ello le provocaría una modificación en su personalidad, pero no fue así. Seguía siendo un canalla, un sinvergüenza, un hombre que no respondía al papel que debía ostentar: el de un esposo ejemplar.

Se dirigió hacia el tocador y cuando observó la suciedad de su cabello, gritó de nuevo. El barro, ya seco, se agarraba con fuerza a los mechones de pelo. Con brío, fue arrancando cada montículo de lodo que bajo la presión de sus manos se desvanecía. El rostro, enrojecido por la ira, no mostraba las pequeñas y presumibles pecas que le ofrecían una apariencia juvenil. Estaba sucia, no solo en el exterior, sino también en el interior. ¿Dónde se hallaba la mujer que una vez fue? ¿Dónde se escondía la honorabilidad, la educación y el



saber estar que ella tanto cuidaba? Habían desaparecido. Todo aquello que labró durante años para poder convertirse en una mujer respetable ante la sociedad, se habían evaporado tras conocer a su esposo. Era un diablo y ella se estaba transformando en otra aberración similar. «Los hombres —recordó las palabras de su madre después de comentarle que estaba enamorada de Scott—, no son lo que aparentan. Bajo esa figura correcta, serena e inquebrantable, se haya una persona muy diferente. Una vez que obtienen lo que tanto ansían, desvelan su verdadero ser». Pero Roger no mostraba ese comportamiento. No ocultaba sus inapropiados deseos y obraba a su antojo. Si la afirmación de su querida madre era correcta, ¿qué hallaría bajo esa apariencia? ¿Más maldad? ¿Más crueldad? Antes de poder responderse, Wanda apareció con dos calderos de agua caliente. Evelyn se levantó de su asiento y caminó tras ella.

—No se quite todavía las enaguas —alegó la criada al ver que su señora estaba dispuesta a desnudarse por completo—. Faltan unos cuantos cubos más para llenar la tina.

Evelyn asintió y regresó a la habitación mientras que la criada salía de nuevo para terminar lo antes posible su cometido. Algo más calmada, caminó de nuevo hacia el tocador y tomó asiento en la suave banqueta de terciopelo negro. Se derrumbó, llevándose las manos hacia la cara en un gesto de agotamiento y desesperación. ¿Cómo iba a sobrevivir el resto de sus días junto a una persona como Roger? ¿Cómo iba a aparentar que eran un matrimonio favorable cuando solo deseaba arrancarle el corazón con sus propias manos? Era imposible adoptar el papel de buena esposa. Llevaban algo menos de cuatro días juntos y en vez de crecer en su interior cierto aprecio, brotaba todo lo contrario. Estaba destrozada, derrumbada, cansada. Sus emociones eran incorrectas. Debía, muy a su pesar, controlar ese mal genio y alzarse de nuevo para convertirse en quien fue: una mujer respetable. Una mujer que luchaba con entereza ante las adversidades que le ofrecía la vida. Resignada comenzó a llorar, rompiendo la promesa que se hizo años atrás: no derramaría ni una sola lágrima más por un hombre.

—No me gusta que las mujeres lloren. —La voz espesa de Roger apareció entre las sombras.

—Si no te gusta, ¿por qué te afanas en conseguirlo? —soltó después de dirigir

su rostro hacia él.

—No imaginé que refrescarte podría perturbarte tanto —comentó cruzando los brazos y los pies como si estuviera relajado, pero no era así. Su mandíbula, apretada con fuerza, indicaba que se encontraba intranquilo, preocupado.

—¿Refrescarme? —preguntó con una mezcla de ira y sorpresa. Evelyn no se lo pensó, miró hacia todo aquello que había sobre el tocador y empezó a lanzárselo—. ¡Eres un ser maligno! ¡Una aberración de la naturaleza! —gritaba a viva voz—. ¡Márchate! ¡Lárgate ahora mismo! ¡No quiero volver a verte jamás!

Roger tuvo que moverse para no ser alcanzado por los artículos que ella le arrojaba. Solo el bote de perfume estuvo a punto de impactar en su cara. Divertido, más que enfadado, esquivaba todo aquello que le proyectaba con una agilidad inhumana. Le encantó observar que no había mermado su carácter, que cada vez que se encontraba presente, ella luchaba con afán para apartarlo de su lado. Esa batalla, aunque debería de asustarlo y ahuyentarlo, le proporcionaba un efecto tan placentero que, por mucho que Evelyn deseaba su distanciamiento, le provocaba más interés por permanecer junto a ella. Pero debía marcharse. Necesitaba que ella calmara su ira y tomara de nuevo la lucidez.

Cuando ya no había nada más que lanzarle, Evelyn se levantó del asiento y caminó hacia él con los puños alzados.

—¡Te odio! ¡Te maldigo! ¡No puedo vivir con un hombre tan despreciable! —Siguió clamando hasta que sus manos se encontraron con el duro pecho masculino y empezó a golpearle.

Roger no se defendió. Dejó que ella calmara su rabia sobre su cuerpo. Tenía razón. Por mucho que le doliera asumir que le había hecho daño, se lo hizo. No fue hasta que notó cómo bajaba la intensidad de sus golpes cuando decidió extender sus brazos y agarrarla de la cintura. Los sollozos no mermaron, sino que aumentaron de intensidad haciendo que él se sintiera ese ser malvado que ella proclamaba con tanto ahínco.

—Lo siento... —murmuró sin apenas voz—. Siento mucho haberte hecho

enfadar, el haberte humillado delante de mis amigos, de no haber sido capaz de encontrar la manera de hacerte feliz.

—No es justo... —susurró Evelyn colocando su frente en el torso de su marido—. No es justo... —repitió una y otra vez.

—Lo sé —respondió con tono suave—, por eso he decidido marcharme. Creo que la mejor opción para no provocarte más daño es alejarme de ti.

—¿Cómo? —Se apartó de él, se limpió las lágrimas y lo miró desconcertada—. ¿Vas a abandonarme de nuevo?

—¿No es lo más sensato? Piensa un poco, Evelyn. ¿Qué ha sucedido entre nosotros desde que estamos juntos? Nada bueno. Apenas hemos tenido un momento de paz. Siempre discutimos, siempre nos dañamos. ¿Qué otra alternativa nos queda? —Se volvió hacia la puerta, colocó sus manos en la espalda y permaneció inmóvil.

Lo miró sin parpadear, abstraída por la multitud de sentimientos y divagaciones que la azotaban en esos momentos. Renunciaba a ella de nuevo. Ni siquiera se dignaba a luchar por el matrimonio. La tristeza y el ver cómo su corazón se hacía añicos, la perturbó tanto que notó una extraña debilidad en las piernas. ¿Por qué, si sabía que debía cambiar su carácter para satisfacerla, no lo hacía? «Es la primera pregunta que sabes contestar —se dijo para sí—. Porque no te ama».

Conmocionada, se giró y caminó hacia los pies de la cama. Agarró el primer dosel de madera que encontró y agachó la cabeza.

—Huyes como un cobarde —dijo con firmeza—. Ni tan si quiera has contemplado la posibilidad de luchar por este matrimonio.

—No quiero hacerte daño. No te lo mereces —habló sin mirarla—. Han llegado hasta mis oídos que sufriste en el pasado. Que te reclusiste en tu hogar durante años para no padecer la humillación que otra persona te ocasionó. Aunque mis actos no han deseado provocar tal sentimiento, lo han hecho, y no quiero que vuelva a suceder. Soy una persona solitaria, Evelyn. He gozado de la libertad que yo mismo me he creado y nunca —recalcó—, nunca, he herido

a una mujer. Como advertirás, que tú seas la primera en sufrir mis inapropiados actos, me hace plantearme muchas cosas.

—¿Por eso te marchas? —Lo miró desafiante—. ¿Porque soy la primera mujer que no cae en tus brazos enloquecida de deseo?

—Son muchas las razones por las que pretendo alejarme de ti, y te puedo asegurar que ninguna de ellas contempla lo que dices —respondió con firmeza.

—Entonces, ¿qué te aparta de mí? —insistió.

—No lo sé, Evelyn. Estoy confundido. Es la primera vez que no puedo actuar como debo. O tal vez, estoy tan acostumbrado a ejercer un papel, que no soy capaz de retractarme.

—¿Y por qué no lo intentas? ¿Por qué no me dejas ver quién eres en realidad?  
—Se aferró con tanta fuerza al dosel de la cama que, si hubiese sido la garganta de una persona, le hubiera roto el hioides.

—¿Quieres ver la persona con quien te has casado? —espetó volviéndose hacia ella. Sus ojos brillaban tanto que no hacía falta la luz de las velas para distinguirlos—. ¿Quieres indagar en mi interior?

—Sí —contestó con aparente firmeza.

—Pues soy la persona que, a pesar de sentirse como un bellaco, como una bestia cruel y depravada, está contando los segundos que faltan para tenerte en mis brazos, para que mi lengua juegue con tus senos y consiga alzarlos demandando más. Para que mi sexo te posea, para escuchar tus gemidos ante la llegada del placer... ¿Eso es lo que deseas, Evelyn? ¿Quieres oír la verdad? Pues soy un libertino, un mujeriego, un hombre que...

—¡Basta! —gritó la mujer enfadada—. ¡No prosigas!

—Te lo advertí. Es mejor que me marche. —Se giró sobre sus talones y alargó la mano hacia la manivela para salir lo antes posible de allí.

—¡Continúas mintiendo! —prosiguió con la voz alzada—. Y aunque me cueste

la vida, aunque hallar la verdad requiera un terrible suplicio por mi parte, la hallaré.

—Haz lo que desees... —murmuró con la cabeza gacha—. Pero te advierto que solo encontrarás decepción —sentenció antes de marcharse.

Evelyn quedó petrificada. Su madre tenía razón. Los hombres mostraban una apariencia y tras conseguir lo que tanto ansiaban, desvelaban su verdadera personalidad. Su marido le había ofrecido una mísera señal de lo que escondía bajo aquella magnífica figura marmolada. En efecto, bajo la frialdad que tanto ansiaba exhibir, halló un halo de sensibilidad. No era mucho, apenas una pincelada, pero lo suficiente para indagar sobre quién era la persona con la que estaba casada y por qué actuaba de esa manera.

Evelyn aflojó su agarre sobre el dosel y caminó hasta poder sentarse sobre el filo del colchón. Tenía que darle aquello que tanto se afanaba en tener. Debía entregarse a él si de verdad quería descubrirlo. Pero... ¿estaba dispuesta a ofrecer su cuerpo para tal propósito? ¿Tan desesperada se encontraba por averiguar qué escondían aquellos azulados e intensos ojos? Sí, por supuesto que sí. Lo único que requería era averiguar cuándo era el momento idóneo para entregarse a su marido sin que este sospechara sobre la finalidad de esa entrega.

—¿Se encuentra bien, señora? —La voz de Wanda la hizo despertar de sus pensamientos.

—Sí —respondió con rapidez.

—He visto... He tropezado con el señor —tartamudeó ante la preocupación.

—Ha venido a informarme que se ha adelantado la partida. Marcharemos mañana —explicó caminando tras ella.

—¡Señora! ¡Es imposible prepararlo todo en tan pocas horas! —exclamó la doncella aterrorizada.

—Me basta con un baúl. Prepararás el resto de mis pertenencias tras mi partida —indicó mientras se despojaba de las pocas prendas que cubrían su

cuerpo.

—¿Se irá sola? —preguntó con asombro.

—Me marcho con mi esposo, Wanda. No hay nada que temer.

—Yo no estaría tan segura, mi señora. Yo no estaría tan segura...

## XXI



No podía dormir. Hacía bastante rato que no escuchaba a nadie merodear por los pasillos, así que supuso que sería más de medianoche. Se levantó despacio de la cama intentando no despertar a Wanda; la pobre doncella había decidido echar un colchón sobre el suelo y dormir junto a ella por si se despertaba alterada al recordar el acontecimiento de la tarde.

Evelyn no había sido capaz de cerrar los ojos ni un solo instante. Sus divagaciones sobre cómo debía rendirse al placer carnal que tanto ansiaba su marido sin que descubriera su verdadero propósito le impedían conciliar un sueño reparador. Posó con suavidad los pies en el suelo, caminó hasta el butacón de terciopelo rojo y cogió la bata de seda negra. Era la última prenda que le recordaba su tiempo de luto, su pasado, su periodo de agonía. Estaba sola, sin nadie que la consolara, que la cuidara o frenara sus desmesurados episodios de ira. No podía apoyarse en Roger, puesto que él estaba más preocupado en ocultar su verdadera personalidad que en ocuparse de las necesidades de su esposa.

Mientras anudaba el cordel de la bata, meditó sobre las razones que llevaron a Colin a creer que sería un buen marido. ¿Qué descubriría para tramar un plan tan aberrante? ¿Quizás observó esa pequeña pincelada que ella advirtió en la habitación? ¿Esa insignificante muestra de consideración le había conducido a pensar que sería el esposo ideal? Fuera lo que fuese, ya no había vuelta atrás, ni tampoco podía gritarle que se había equivocado al tomar tal decisión. Ahora ella debía continuar con lo que Colin empezó y averiguar quién era Roger Bennett porque si no lo hacía... ¿qué clase de matrimonio serían?

Miró a la doncella y sonrió al verla descansar con tanta paz. La adoraba. Se había convertido en la madre que necesitaba, que añoraba. La quería tanto que

no podía vivir sin ella, pero no podía contarle el plan que había trazado.

Sobre sus pies descalzos, caminó por el suelo hasta alcanzar la salida. Daría un pequeño paseo. Desde muy pequeña, cuando no conciliaba el sueño, salía de su alcoba y meditaba sobre aquello que la perturbaba arropada por la paz y el sosiego del crepúsculo. Rara vez no lo conseguía. La noche, el momento en el que todo el mundo descansaba bajo la suavidad de las sábanas, ella se relajaba abrazada por la oscuridad. Con lentitud abrió la puerta y la cerró. Una vez en el pasillo, respiró profundamente. Necesitaba alejarse de allí para recapacitar y buscar cómo iniciar su trama. No le resultaría fácil entregarse a un hombre de nuevo. Sentía pavor. Tan solo de pensar que otra vez sería tomada con ansiedad, con necesidad, sin importar sus sentimientos, la destrozaba. Scott no había sido muy considerado con ella. Utilizó su cuerpo para conseguir su diabólico objetivo y luego, cuando ya no le importó, la abandonó a su suerte. No tuvo piedad al saber que ella estaba encinta, ni siquiera meditó sobre el dramático futuro del hijo que crecía en su vientre. No le importaba nada salvo el dinero.

Afligida al recordar aquella horrenda época, continuó su camino. Apoyó la mano derecha en el pasamanos y descendió con todo el sigilo que pudo. No deseaba llamar la atención de ningún criado, ni que la descubrieran merodeando por la casa ataviada con un camisón y una bata. No le cabía duda alguna lo que se imaginarían: que tras su episodio de ira, había enloquecido.

Su respiración empezó a agitarse cuando consiguió alcanzar la puerta principal. Debía desencajar el cerrojo con gran maestría, ya que en el silencio de la noche, en una casa tan grande, cualquier pequeño ruido se escucharía con gran estruendo. Evelyn alargó la mano hacia el pestillo y, justo cuando lo iba a girar, descubrió atónita que no estaba echado. ¿Cómo era posible que una persona como el señor Stone hubiese olvidado cerrarlo? Por lo poco que lo conocía, daba por sentado que el mayordomo rondaba y confirmaba la seguridad de la casa unas diez veces antes de descansar. Absorta en el pequeño detalle, posó los dedos en los bulones, los echó para atrás y la gran hoja de madera se abrió sin apenas esfuerzo.

La oscuridad de la noche la recibió. No había brisa que la enfriara, ni el tiempo había terciado. El ambiente era cálido, placentero, al igual que había sido la tarde. Con cuidado de no dañarse con las piedrecitas de la entrada,



anduvo hasta llegar a la baranda marmolada. Desde allí podía observar el paraíso que rodeaba la residencia de Haddon Hall. La propiedad del duque era inmensa. Tanto que su vista no lograba alcanzar los límites de esta. Apoyó los codos y colocó su rostro en las palmas para admirar mejor la belleza silvestre del paisaje. Su residencia era muy pequeña comparada con la del duque. Quizá ni alcanzaba esa décima parte que le había indicado a Roger durante el paseo, pero era cierto que su hogar le ofrecía todo aquello que precisaba. Nunca pasearía por un jardín con una variedad incontable de flores, o no gozaría de una cabalgada de más de dos horas, sin embargo, Evelyn no cambiaba sus tardes leyendo en el porche o el sonido del manantial que crecía a las espaldas de su hogar por nada. «Y sin embargo —se dijo para sí—, dejaré todo lo que amo para luchar por un matrimonio que, tal como auguro, está destinado al fracaso». Entristecida de nuevo por su reflexión, apartó las manos de la baranda y se dio la vuelta.

—Buenas noches, mi querida bruja. —Roger, con la agilidad de un felino, se había colocado tras ella. Su proximidad era tal que al girarse su pecho rozó el de su marido, que como venía siendo una costumbre en él, llevaba al descubierto—. ¿Sufres de insomnio?

—¿Qué haces aquí? —espetó malhumorada por el repentino asalto.

—Eso mismo me preguntaba yo, ¿qué suceso tan inoportuno haría que mi esposa abandonara su alcoba ataviada con tan solo una fina prenda de seda negra? —Sus ojos se clavaron en ella con la misma intensidad que una daga atraviesa el pecho de un adversario.

—Hueles a brandy —señaló sin mermar su enfado.

—Pero... —dijo apartándose de ella y sonriendo—, eso no estaba dentro de tus mandatos. Solo hiciste referencia al apestoso aroma del tabaco, ¿me equivoco?

—Necesitaba tomar un poco de aire fresco —respondió a la pregunta omitiendo la mofa que destilaban sus palabras.

—Bien, pues entonces, hemos venido los dos con el mismo propósito —afirmó. Se alejó de ella y comenzó a caminar.

Descendió por las escaleras y empezó a merodear por el amplio jardín. Evelyn lo seguía con la mirada. Deseó regresar a su habitación y encerrarse en ella hasta el alba, pero algo en su cabeza le gritó con fuerza que no lo hiciera, que si de verdad iba a llevar a cabo su plan, necesitaban intimidad. Tragó saliva y con paso firme le siguió.

—Deberías marcharte... —murmuró Roger al descubrir que ella lo perseguía  
—. No soy una persona sensata cuando bebo.

—Confío en ti —afirmó sin titubeos. Hasta ella misma se sorprendió de tal afirmación, así que no le extrañó que Roger se girara y mostrara perplejidad en su masculino rostro.

—Unas palabras bastantes insensatas después de lo acontecido entre nosotros.  
—Prosiguió su andanza hasta llegar a una fuente de piedra. Bennett la observó con el ceño fruncido. Sabía lo que había sucedido en aquella pequeña fontana y conocía la historia de cómo y quién la destruyó.

—¿Me harás daño? —insistió Evelyn sin frenar su paso.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Roger enojado—. No soy un monstruo, aunque no me cabe duda de que albergues tal posibilidad después de todo lo que he hecho tras conocerte. Pero te he prometido que no insistiré en tocarte y cumpliré mi palabra. Aunque para ti sea un caballero sin honor, no lo soy.

—Sé que cumplirás lo acordado. Prueba de ello es que has dejado de fumar  
—dijo en voz baja.

—Me está resultando una ardua tarea —confesó burlón—. Durante esta tarde pensé en recoger todos los cigarros que había lanzado por mi balcón y fumármelos de una sentada.

—¿Pero? —insistió Evelyn dibujando una pequeña sonrisa en su rostro.

—Pero como te he dicho, me gusta cumplir mis promesas —aclaró con solemnidad.

—No entiendo la razón por la que te afanas en ocultarme quién eres en

realidad —murmuró Evelyn de manera reflexiva. Izó la mirada y lo contempló parado delante de una pequeña fuente de piedra despedazada.

No comprendió la razón por la que, en un lugar tan cuidado y mimado, el duque no la había reconstruido. Resaltaría aún más la belleza del jardín y estaba segura de que ofrecería una imagen perfecta si, al acceder a la entrada del cautivador edén, las miradas se centraran en el apacible brote de agua.

Roger enmudeció al escucharla. Apretó los puños con fuerza y deseó contribuir al destrozo que comenzó William tiempo atrás. En vez de eso, suspiró profundamente, se sentó sobre una de las piedras quebradas de la fuente y agachó la cabeza. ¿Qué debía responderle? ¿Sería sensato contestar la verdad? ¿Para nada! Hasta el momento, ninguna mujer se preocupó en averiguar sus sentimientos, sus pesares o sus angustias. Tan solo les valía hallar un buen amante en la cama y ser lo suficientemente buenas como para que él volviera a visitarlas. Pero Evelyn era diferente. Lo supo antes y lo confirmaba en esos instantes. Ella lucharía con afán por hallar al verdadero Roger. Sin embargo, ¿le gustaría descubrirlo? ¿Viviría feliz tras conocer la realidad?

—Tu hermano no fue sensato al hacerte casar conmigo. No sé qué vio en mí para darle a entender que sería un buen marido, pero fuera lo que fuese, se equivocó —dijo con pesar—. Solo te haré daño y no te mereces vivir de esta forma. Según tengo entendido, tu pasado no ha estado repleto de felicidad.

—¿Ves? —le dijo extendiendo la sonrisa que mostraba su rostro—. Ya tenemos algo en común. Ambos creemos que mi hermano erró en su propósito, pero aquí nos encontramos, en mitad de un idílico paraíso, hablando sobre la incorrecta determinación de Colin. —Se sentó a su lado entrelazando las manos.

—¿Es cierto lo que me escribió el señor Lawford? —preguntó tras unos instantes de silencio. Tiempo que invirtió en obligarse a no extender su brazo y acurrucarla bajo su cuerpo para que no sintiera frío al levantarse una suave brisa.

—Desconozco el contenido de esa carta —explicó entrecerrando los ojos—, así que no puedo confirmarte si era o no cierto. —¿Tenían una conversación

distendida? Evelyn estaba sorprendida de lo que sucedía entre ellos. Por fin podían hablar de algo sin que la avasallara con insinuaciones inapropiadas. Sin embargo, después de tomar la decisión de entregarse a él, prefería que comenzara una especie de cortejo puesto que, de esa manera, su propósito sería más creíble.

—Que le rompiste su mejor botella —concretó antes de soltar una carcajada. Se relajó tanto que estiró las piernas y colocó sus brazos en forma de cruz tras la cabeza.

—No sabía que era su mejor licor, pero sí, tenía razón. Aunque en mi defensa alegaré que fue en un ataque de rabia. No suelo comportarme de ese modo habitualmente —aclaró.

Sus mejillas se tiñeron de un intenso color rojo, avergonzada de aquel comportamiento. No era propio de una dama como ella dejarse llevar por la ira hasta tal punto, pero al no poder liberarse del entramado que elaboró Colin, enloqueció.

—Me reí muchísimo, tanto que, cuando me sentía triste en alta mar, la volvía a leer —matizó arrogante—. Aunque parezca una locura, me sentí orgulloso de tu conducta. Créeme si te digo que no me gustaba la idea de estar casado con una mujer dócil.

—Pero mi comportamiento fue despreciable. ¿Cómo puedes vanagloriarte de eso? —espetó asombrada.

—No fue despreciable, Evelyn. Actuaste como una mujer de valía. Además, se lo tenía merecido. Ese ratero es muy vanidoso y presume de realizar unas labores insuperables —explicó mirando hacia el cielo.

—¿Cómo calmaste su angustia? Porque imagino que su propósito al escribirte era obtener una recompensa por mi inapropiado acto. —Se giró hacia él y lo contempló como un pintor observa su obra acabada.

—Le pagué la cuantía de esa botella y le envié seis más. Así, si decidías regresar y romperle otra, no lamentaría tanto la pérdida. —Volvió su semblante hacia ella y sonrió levemente—. Bueno, mi pequeña bruja —dijo

levantándose del asiento—, he de regresar a mi alcoba. Debo descansar un poco antes de partir.

—¿Me abandonas de nuevo? —murmuró con pesar.

La pregunta y el tono que empleó para hacerla lo dejaron congelado. No esperaba que después de lo sucedido entre ellos, mostrara tristeza sino más bien entusiasmo. Pero erraba de nuevo. No entendía cómo podía equivocarse tanto con ella puesto que, hasta que la conoció, sabía con exactitud qué deseaban las mujeres.

—Como te expliqué, permanecer a mi lado solo te produciría pesar y no quiero hacerte más daño —razonó.

—¿Y si quisiera marcharme contigo? —Se levantó y se colocó a menos de dos palmos de distancia. El calor que desprendía el cuerpo de Roger calentó el suyo con tanta intensidad que creyó quemarse. Estaba frente a un hombre que, por mucho que lo evitaba, empezaba a apreciar. El acto que tuvo con el señor Lawford o incluso el advertirle que a su lado no sería feliz, hicieron que Evelyn se sintiera dichosa, más de lo que nadie la había hecho sentir hasta ese momento.

—No quiero que pienses que tienes la obligación de hacerlo. —Colocó sus brazos en la espalda, se giró y agachó la cabeza—. Imagino que, hasta ahora, todo el mundo te ha indicado lo que deberías de hacer y yo no quiero ser uno más. Con el tiempo descubrirás que valoro muchísimo la palabra libertad. Me encanta, me siento vivo si soy capaz de hacer todo aquello que deseo y no es justo que tú no consigas lo mismo. Por eso —empezó a caminar de regreso al hogar—, quiero que te tomes un tiempo para meditar sobre lo que te apetece hacer. Te prometo que sea cual sea tu decisión, la respetaré.

Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas. Era la primera vez que alguien le ofrecía la oportunidad de elegir. Nadie en su familia, ni tan siquiera Scott, había escuchado sus deseos; siempre, lo que ellos dictaban era un mandato que debía cumplir inmediatamente. Sus padres le habían recriminado una y otra vez su conducta puesto que no era una hija respetable; a Scott le había urgido poseerla y convertirla en su esposa, hasta que descubrió que ya no poseía la dote que le prometieron y se esfumó; y por último su hermano... El pobre

Colin antes de morir también le marcó el futuro que debía padecer.

Se apartó las lágrimas que recorrían su rostro para advertir que Roger se había alejado de ella. La dejaba sola para que recapacitara y supo que sus premisas sobre él eran ciertas, que bajo aquella coraza metalizada se escondía un hombre más profundo y generoso del que mostraba. Tenía que romper ese blindaje y luchar con uñas y dientes para desvelarlo, averiguar quién era la persona con la que debía vivir el resto de sus días.

Miró cómo caminaba hacia las escaleras con la cabeza agachada y los hombros inclinados ligeramente hacia delante. «Dios mío —rezó—, ayúdame. Si lo que estoy a punto de hacer es una locura, que caiga sobre mí tu ira. Pero si por el contrario, la imprudencia que voy a realizar logra mi propósito, déjame que continúe». Alzó su rostro hacia el cielo, esperando una respuesta. En el firmamento no había ni una sola nube, estaba tan despejado que podía contar las estrellas. Evelyn apretó sus manos y...

—¡Roger! —gritó corriendo hacia él—. ¡Roger! —insistió al ver que él no se giraba.

—Que... —respondió.

Al volverse y contemplarla, se quedó inmóvil. Trotaba hacia donde estaba con una apremiante necesidad; su pelo rojo se ondulaba por el viento como una de las pequeñas velas de su barco, el lazo de la bata se desnudó y desveló el fino y casto camisón blanco con el que se cubría. Por un instante, Roger pensó que sus piernas perdían la fuerza y que las rodillas se clavaban en el suelo. Por un instante pensó que se había acostado, que estaba durmiendo y que lo que contemplaba era tan solo un producto de su imaginación. Por un instante, solo por un instante, desapareció el Roger que todos conocían y emergía el que realmente era: un hombre afortunado por haberse casado con una diosa.

—Dime... —acertó a decir.

—¡Bésame! —clamó. Se quedó parada frente a él, elevando su rostro todo lo que alcanzaba. La respiración, agitada por el esfuerzo, hacía que su boca se abriera más que de costumbre.

—¿Cómo? —preguntó asombrado.

—¡Bésame! —repitió con fuerza.

—¿No era la norma número cuatro la que me advertía que...?

No alcanzó a terminar su pregunta. Evelyn alargó sus brazos, le rodeó el cuello y unió su boca con la de él. Fue un beso casto, sin apenas pasión, pero el suficiente para que la mujer temblara de emoción. Era la primera vez que se lanzaba a un hombre. Era la primera vez que deseaba ser besada.

—¿Eso es para ti un beso? —inquirió Roger cuando ella separó sus labios.

—¿No te ha gustado?

Evelyn agachó la cabeza y se sonrojó por la vergüenza.

—Me ha sabido a poco... —murmuró mientras levantaba con suavidad la barbilla femenina—. Demasiado poco...

Se apoderó de sus labios con anhelo. Su lengua invadió la boca de la mujer con pasión, con ansia. Alargó las manos y la atrajo hacia él. El cuerpo de Evelyn encajaba a la perfección con el suyo. No eran dos figuras unidas, sino una. Cada roce, cada caricia que la lengua realizaba, calentaba a la mujer hasta límites inimaginables. Ambos empezaron a temblar por la sensación de plenitud que les provocó ese beso. Contra su voluntad, Roger se apartó de ella. Sus ojos permanecían cerrados. Su pecho se alzaba con afán tocando el suyo. El camisón, esa prenda minúscula que ocultaba la bella figura de su esposa, no evitó que los pezones endurecidos se clavaran en su torso.

—Esto, mi querida bruja, es un beso —susurró ahogado por la lujuria.

Evelyn no pudo responder. Todavía intentaba controlar los zarandeos que azotaban su cuerpo, su ser. Regresó esa incansable quemazón entre sus piernas y por primera vez en su vida, notó un palpito en otro lugar que no fuera el pecho.

—Buenas noches, Evelyn —dijo Roger apartándose de su esposa a regañadientes.

—Buenas noches, Roger —contestó sin apenas voz.

Dejó que caminara delante de él. Como si la protegiera de cualquier peligro, su espalda tocaba el tórax desnudo de su marido. Con aparente entereza, se adentró en el *hall* y ascendió por las escaleras. Todo le daba vueltas y empezaba a marearse. Se aferró al pasamanos con fuerza y pisó cada escalón como si quiera atravesarlo. Antes de girarse hacia su habitación, volvió la vista hacia él. Permanecía inmóvil, observándola sin parpadear. Evelyn suspiró y avanzó con lentitud hacia su alcoba. El cuerpo le pesaba más de una tonelada haciendo imposible realizar movimientos gráciles. Con suavidad se metió en su habitación. Sin hacer ruido se tumbó en la cama, se echó la sábana y cerró los ojos.

Quizá no había sido buena idea elaborar el plan. Quizá debería retractarse y abandonarlo lo antes posible porque, si con tan solo un beso la exaltaba hasta el punto de perder la razón, qué no pasaría cuando esa lengua dominante lamiera cada parte de su cuerpo. Temblando por la excitación y arrepintiéndose de su propósito, se quedó dormida.

Roger estuvo mirándola hasta que desapareció. Controló sus ansias de correr hacia Evelyn, alzarla entre sus brazos y conducirla hacia su habitación para poseerla tantas veces como su sexo le permitiera. Pero se contuvo. Le costó un enorme e intenso dolor en sus partes nobles, pero lo consiguió. Su esposa no era como las mujeres que había conocido, no se abalanzaba sobre él para obtener placer sino para regalarle un beso. Un beso tan infantil que lo dejó pasmado. No lograba concebir cómo una mujer que había gozado de la compañía de un hombre podía besar igual que una jovencita de dieciséis años. «No te martirices —se dijo—. Recuerda que ese prometido suyo murió antes de casarse. Tal vez, como presente ante la partida, le ofreció su virtud y no consiguió saber cómo se disfruta de un verdadero acto sexual». Aquel pensamiento excitó aún más a Roger. Si sus divagaciones eran ciertas, si Evelyn era casta en la cama como lo era al besar, él tendría el honor de ser su maestro y hacerla gritar de placer. Muy a su pesar, su mente le ofreció la imagen de ella, desnuda en su cama, moviendo la cabeza y agitando su cabello al poseerla. El pensamiento le pareció tan real que hasta notó en su espalda



cómo clavaba las uñas al ser sacudida por el clímax. Agachó la cabeza, y respiró tantas veces como le fueron necesarias para calmar la excitación que había crecido bajo su pantalón. No era el momento idóneo para hacerla suya. Pretendía que, al igual que le pidió un beso, le pidiera todo lo demás. Sería la primera vez que se frenaría por yacer con una mujer, pero estaba seguro de que la espera valdría la pena.

Tras inspirar con profundidad, se dirigió hacia la biblioteca. Debía calmarse lo antes posible y una botella de brandy era una buena alternativa.

## XXII



—¿Está segura de lo que va a hacer? —preguntó Wanda por quinta vez. Seguía insistiendo porque no le parecía correcto que Evelyn emprendiera un viaje tan largo sin una doncella que pudiera asistirle.

—Muy segura —afirmó sin dudar—. Es justo que acompañe a mi marido. Además, nada me sucederá a su lado.

—No me refiero a eso, mi señora. Sabe bien que no es propio de una mujer permanecer sola durante tanto tiempo con un hombre. ¿Qué pensarán aquellos que la vean? —Cepilló el pelo con suavidad y lo aferró en un moño bajo.

—Pero resulta que ese hombre es mi marido y, como buena esposa que soy, voy a acompañarlo en su viaje hacia Londres —respondió levantándose de su asiento.

—Pero...

—¡No hay peros, Wanda! He tomado una decisión y no voy a echarme atrás. Si quiero que este matrimonio funcione, si deseo vivir tranquila el resto de mis días, he de hacerlo. —Se miró de nuevo al espejo y sonrió. Por suerte, apenas quedaban señales en su rostro del desvelo de la noche. Nadie podría imaginar que no consiguiera alcanzar un sueño reparador. Solo ella y Roger sabían lo sucedido.

—Le he preparado un solo baúl —señaló la doncella con pesar—. El resto de sus pertenencias las empaquetaré a lo largo del día. Y si Dios es bondadoso, podré partir mañana al amanecer.

—Dirígete hacia Lonely Field, será allí donde me hospede —indicó al tiempo

que abandonaba la alcoba.

Wanda frunció el ceño y la observó sin pestañear. El cambio de actitud de su señora no le parecía coherente. No entendía cómo la tarde anterior el diablo se había apoderado de ella para odiar de manera inhumana a su esposo y, horas después, se había levantado sonriente y con ganas de asimilar una vida conyugal. Dedujo que había meditado durante la noche. Prefirió pensar que Evelyn había reflexionado concienzudamente sobre qué debería hacer para conseguir un buen matrimonio; o tal vez, tras la ira sufrida, su cabeza había quedado trastornada y la conducía hacia pensamientos incoherentes. Cabizbaja y sin cesar de preguntarse qué opción de las dos imaginadas había conducido a Evelyn hacia su determinación, abandonó la estancia.

—Buenos días —la saludó Roger al verla bajar las escaleras.

Evelyn lucía un bonito vestido de color malva con encaje blanco y dorado. Su pelo, recogido en un moño bajo, apenas exhibía su esplendor bajo el sombrero blanco y, como era habitual, sus manos se hallaban escondidas bajo unos guantes del mismo color que el sombrero. Bennett, cuando ella se acercó, le abrió la puerta del carruaje para que ocupara su lugar en el interior. Intentó, en vano, eliminar de su rostro la satisfacción que le produjo la decisión de Evelyn por acompañarlo. Quizá había una posibilidad entre ellos de ser felices, o tal vez, cuando descubriera quién era el hombre con quien se había casado, lo abandonaría con rapidez. Pero hasta que llegara ese momento, disfrutaría de su compañía que, por suerte, cada vez era más placentera.

—¿Preparada para emprender un arduo y tedioso viaje? —preguntó enarcando las cejas.

—Buenos días, Roger. Estoy lista para afrontar cualquier adversidad —respondió trazando una leve sonrisa en su rostro.

Estuvo a punto de subirse al carruaje cuando advirtió que su marido miraba hacia la entrada de la mansión. Evelyn se volvió hacia esa dirección y se sintió muy afortunada de haber encontrado unos amigos tan leales. Los duques, a pesar de no haber amanecido, se habían levantado para despedirlos.

—Creo que has tomado la decisión adecuada —le susurró Beatrice cuando la

abrazó—. Busca a la verdadera persona que está a tu lado. Que nada ni nadie te frene y estoy segura de que terminarás amándolo. Estos hombres son duros, recios y parcos para expresar sus sentimientos. Sin embargo, cuando alcances su corazón, hallaréis la felicidad.

—Gracias —respondió conteniendo sus lágrimas.

—Me satisface ver que finalmente habéis limado vuestras asperezas —habló William con voz solemne.

—Me hubiese gustado limar otras cosas pero creo que no tardaré demasiado en lograrlo —comentó sonriente Bennett. Extendió su mano hacia el duque y este la apretó con fuerza.

—Si la dejas actuar tal como hiciste ayer por la noche... —susurró tan bajo que solo ellos dos escucharon las palabras—, será más fácil conseguir lo que pretendes.

—¿Me estás diciendo que te escondiste entre las sombras y nos observaste como un vulgar mirón? —exigió saber con una mezcla de asombro y burla.

—Es mi deber como dueño de este hogar, confirmar que mis huéspedes se encuentran cómodos bajo mi techo y, tal como aparecisteis tras la pequeña excursión en el jardín, era algo más que confort lo que expresaban vuestros rostros —indicó burlón.

—No sé lo que ocurrirá cuando descubra la verdad, William, pero mucho me temo que no dudará en abandonarme —matizó reflexivo.

—Yo sé tu verdad, Roger y ¿te he abandonado? ¡Nunca! —exclamó bajito—. Es más, desde que me hablaste de ello me has tenido a tu lado siempre. ¿Por qué no se lo cuentas a Evelyn? Tarde o temprano lo descubrirá y, a mi parecer, es mejor que el secreto que guardas con tanto afán lo conozca de tu boca a que lo averigüe de otra fuente menos fiable —alegó con firmeza mientras su amigo intentaba no mostrar pesar delante de las mujeres.

—La señora Stone ha preparado suficientes viandas para el camino y creo que mi esposo le permitió que añadiera en una de las cestas alguna botella de vino

de las que guarda con fervor en la bodega —explicó Beatrice al tiempo que caminaba hacia atrás hasta ser acogida por el brazo de William.

—Mi señora... —dijo Roger abriendo la puerta y realizando una leve genuflexión—, después de vos.

Evelyn miró a Beatrice. La mujer le sonrió y afirmó despacio con la cabeza. Después, se giró hacia su marido y apoyando su mano en la de él, se metió en el carruaje.

—Como habrás averiguado, para mí, ellos son mi única familia —habló con cierto halo de tristeza—. Nadie podrá superar el amor que siento por William y por Beatrice.

—Te entiendo... —susurró al tiempo que decía adiós a su amiga con la mano.

No se reclinó en el asiento hasta que los picos de los tejados de Haddon Hall desaparecieron. Apenada, se desató el lazo del sombrero, lo posó en el asiento delantero y colocó su cabeza en la almohadilla.

—Todavía estás a tiempo de retractarte —dijo Roger con firmeza.

—No voy a cambiar de opinión —respondió con rotundidad. Volvió la vista hacia él y frunció el ceño al ver cómo posaba sus pies en el asiento de enfrente.

—Tengo las piernas muy largas, por si no te has dado cuenta —se defendió.

Se cruzó de brazos y echó la cabeza hacia atrás. Esa mañana, había decidido amarrar su pelo en una cola baja y, al parecer, por fin el ayuda de cámara consiguió recortarle la barba.

—Si las colocara como tú, se quedarían tan entumecidas que tendrían que amputármelas.

Evelyn sonrió ante la confesión de Roger. No había pensado en ese inconveniente. Por suerte, ella no padecía ese problema. Sus piernas fácilmente se estiraban sin apenas tocar el asiento delantero. Sin embargo, sabía que realizar un viaje tan largo con las piernas en la misma posición,

terminaría pasándole factura.

—Descansa un poco —dijo Bennett con voz melosa—. Apenas ha amanecido y te prometo que te despertaré cuando decidamos parar.

—No estoy muy cansada, pero sí que cerraré un ratito los ojos. —Se giró ligeramente hacia la derecha y apoyó de manera adecuada la cabeza. No pretendía que, tras unas horas de viaje, fuera azotada por un terrible dolor de cuello.

Respiró con profundidad concentrada en el aroma que su nariz atrapaba al inspirar. Era una mezcla tan embelesadora como seductora; una combinación de colonia masculina y esencia varonil. Sin abrir los ojos se preguntó cómo podía oler la fragancia de su marido desde cierta distancia, cómo era capaz de llenar un lugar tan amplio con su aroma. En contra de su voluntad, alzó con suavidad las pestañas y cuando advirtió que su cabeza estaba echada sobre el pecho de Roger, se paralizó. ¿En qué momento se había quedado tan dormida que no había sido consciente de haberse reclinado hacia él? Asombrada y un poco avergonzada estuvo a punto de apartarse con rapidez, pero prefirió seguir disfrutando del pequeño y suave balanceo del torso masculino al respirar. Era pausado, tranquilo, reconfortante.

Dirigió la mirada hacia su propio hombro y comprobó que una de las mantas que había colocado Wanda en el interior la arropaba. Él se había preocupado de que no tuviera frío, de mantenerla cálida. Aunque estaba segura de que no le haría falta aquella prenda mientras su cuerpo permaneciera al lado del de su marido. Una extraña sensación de plenitud hizo que su pecho se ensanchara de manera inusual. Comprender que la cuidaba, que velaba por su bienestar, la hizo sentirse muy afortunada. Hasta ese momento, solo Wanda se preocupaba de ella tras quedar encinta; de sus padres solo obtuvo reproches, angustia y muestras de repudio, ni su madre, quien debería haberla apoyado puesto que nació de sus entrañas, fue capaz de aparecer por su alcoba después de perder al bebé. La apartaron de ellos como si tuviera la peste. En cuanto pudo poner un pie en el suelo, encontró sus pertenencias empaquetadas para enviarla con la hermana de su padre a Francia. Tres años duró su expulsión. Y regresó porque su pobre tía murió debido a las fiebres. Cuando llegó a su casa nadie le dio una cálida bienvenida salvo Colin, que apenas contaba con cinco años de vida. Sin embargo, al enfermar su madre, ella no la abandonó. Estuvo al pie

de su cama durante todo su padecer. La ayudó en todo aquello que requería e incluso ella misma la amortajó tras fallecer. No podía odiarlos por sus actos. Habían obrado tal como dictaban los protocolos sociales. Ella era una mujer maldita, una mujer que, a pesar de no alcanzar los diecinueve años, había maldecido a su familia.

Evelyn fue incapaz de parar sus lágrimas. Seguía sufriendo. Por mucho que evitara recordar su agonía, aparecían diminutos detalles en su presente que le recordaban lo vivido y, muy a su pesar, volvían a provocarle un profundo dolor.

—¿Estás despierta?

La pregunta de su marido hizo que los terroríficos pensamientos se desvanecieran. No fue la demanda sino el tono de voz que empleó lo que la reconfortó. Había vivido un pasado que no debía olvidar, pero auguraba que su futuro, si jugaba bien sus cartas, sería más placentero de lo que imaginó.

—Sí —respondió levantando la cabeza. Lo observó durante unos instantes en los que apreció que él no había descansado. Tenía los ojos enrojecidos y mostraba un rostro fatigado—. ¿Has conseguido dormir?

—Poco, pero lo suficiente para continuar activo el resto del día —aclaró con voz carrasposa.

—Siento si he sido la culpable de ello. No me he dado cuenta de que me incorporé hacia ti —intentó disculparse.

Se colocó correctamente en el asiento y volvió a mirar por la ventana. No sabía dónde se encontraban pero aquel lugar era precioso. Las lindes del camino estaban repletas de árboles frondosos cuyas hojas no dejaban apreciar si el sol había salido o se ocultaba tras las nubes. A lo lejos descubrió una pequeña llanura, un lugar ideal para detenerse y poder almorzar.

—¿Sería inapropiado parar aquí? —quiso saber girándose hacia él—. He visto un lugar precioso detrás de esas arboledas. —Lo señaló con el dedo.

Roger asintió. Golpeó tres veces la pared del carruaje y este empezó a

aminorar la marcha. Evelyn abrió los ojos todo lo que pudo al ver que la sugerencia, para él, había sido como un mandato y volvió a sentirse afortunada. Cualquiera otro hombre le habría dado millones de excusas para continuar la marcha: llegaremos tarde, pronto se hará de noche, este lugar está demasiado deshabitado, podrían asaltarnos..., pero él no. Roger aceptaba su proposición sin tan siquiera hablar. Cuando el carro paró, Bennett se levantó con rapidez de su asiento. No esperó a que Anderson abriera la puerta sino que él mismo la abrió.

—Ten cuidado —le advirtió tendiéndole la mano—, el camino es pedregoso.

Ella aceptó su ofrecimiento. Cogió el vestido con su mano derecha y se agarró a la de su esposo con la izquierda. Tras posar sus pies en el suelo comprendió la razón por la que Roger la avisaba. No solo encontró agujeros al caminar sino que también enormes piedras podrían propiciarle una caída si no andaba con cuidado.

—Almorzaremos en ese lugar —señaló al mayordomo—. La señora Stone ha preparado todo lo necesario para hacer un pequeño alto en el trayecto.

—Sí, milord —respondió Anderson antes de dirigirse hacia las cestas que habían colocado en la parte trasera del vehículo.

—Si eres tan amable... —dijo Roger a Evelyn ofreciéndole su brazo—. Te ayudaré a avanzar.

Por supuesto que ella se cogió del brazo de su esposo. No porque no supiera saltar los obstáculos, ya que desde su tierna infancia había recorrido trechos más dificultosos, la razón que la llevó a aceptarlo fue el tono cariñoso de su voz y la expresión que mostró al mirarla. Era como si la considerara una pieza de porcelana, una frágil esfinge que, en cualquier momento, podía romperse.

—He decidido pernoctar en una posada que hay a unas horas de aquí —explicó mientras Evelyn caminaba segura sobre la hierba—. No es muy lujoso pero atienden como es debido a los clientes.

—Perfecto —respondió.



Se había olvidado el sombrero y los rayos de sol calentarían más de lo deseado su rostro. Quiso ordenar a Anderson que se lo trajera pero se lo pensó mejor. Si su esposo lucía una piel tostada por los rayos solares y no le provocaba malestar, a ella tampoco le supondría molestia alguna broncear un poco su cutis.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Roger con cierto interés.

—¡Por supuesto! —exclamó. Al girarse, descubrió que el mayordomo había extendido una manta y su esposo se posaba en ella. Caminó despacio para no tropezar y se sentó junto a él.

—¿Por qué me acompañas? —Bennett extendió la mano hacia un cuenco de frutas y cogió una manzana.

—¿Por qué no debería hacerlo? —preguntó a su vez sorprendida. Metió sus dedos en la vasija de barro y atrapó un racimo de uvas.

—Porque no soy una buena persona —dijo antes de morder la pieza.

—Me repites eso una y otra vez —dijo exasperada—. ¿Por qué no me dejas que sea yo quien llegue a esa conclusión?

—No te enojés. No era mi intención hacerte enfadar. Solo me pregunto qué causa te ha hecho que cambies de parecer con tanta rapidez. —Volvió a hincarle el diente a la fruta.

—¿No te parece suficiente motivo el estar casados? —inquirió levantando las cejas.

—Es una razón... —murmuró. Miró los restos de la manzana y los lanzó como si fuera una piedra.

—Es la única razón —aclaró antes de empezar a devorar de una a una las uvas.

Dieron por zanjado ese tema para comer con tranquilidad. Ambos sabían que, si continuaban charlando sobre los posibles motivos por los que Evelyn decidió acompañarlo, terminarían arrojándose la comida y, debido al largo

trayecto que debían realizar antes de llegar a la posada, necesitaban alimentarse para sobrellevar el arduo viaje.

Cuando Roger se encontró saciado, se tumbó sobre la manta, colocó sus brazos simulando una almohada y cerró los ojos. Evelyn descubrió que el sueño lo había atrapado después de escuchar cómo su respiración se hacía más profunda. Con mucho cuidado, se levantó y empezó a caminar hacia un bosquecillo que había cercano. Ahora que nadie la perseguía con la mirada, podía realizar cierta necesidad humana con tranquilidad. Se giró varias veces para confirmar que Roger seguía descansando sobre la manta y que los sirvientes permanecían sentados junto al carruaje. Era el momento. Ya no podía aguantar más. Se encontraba en una situación muy bochornosa pero era eso o hacérselo encima.

Al llegar a la pequeña alameda descubrió maravillada que justo en el pie de los árboles emanaba un riachuelo. Le resultó tan espectacular que decidió bajar hasta él. Detrás de un árbol, y acechando como un águila a su presa, Evelyn se alzó el vestido e hizo lo que necesitaba hacer con tanta urgencia. Tras acabar, suspiró gustosa. «Un poco más y mi vejiga estalla», se dijo divertida. Sopesando el tiempo que Roger permanecería durmiendo, se envalentonó y se quitó los zapatos y las medias. El agua fría calmaría la hinchazón de sus pies y los refrescaría. Depositó sus enseres en la orilla del río y empezó a caminar por el caudal. No era muy hondo, así que podía salvar el vestido alzándolo hasta la rodilla. El frescor alivió esa pequeña molestia y la relajó tanto que no cesó su paso hasta que apenas distinguió dónde había colocado sus pertenencias.

De repente, la invadió la prisa. ¿Cuánto tiempo podía haber transcurrido? «No más de media hora», meditó. Pero aquel sitio era tan parecido a su hogar, olía tan semejante que, cuando cerró los ojos, creyó encontrarse de nuevo en Seather. Apresuró su regreso, no quería que Roger se despertara y descubriera que ella no se encontraba a su lado. Podía imaginar que su verdadero propósito para viajar junto a él era desaparecer en cuanto tuviera la más mínima ocasión. Sonriente al figurarse la cara de espanto y asombro que pondría al no hallarla, caminó por el río sin advertir el peligro que la había acechado durante todo ese tiempo. No la vio hasta que extendió las manos hacia las medias y justo, en ese momento, gritó aterrada.

Roger se despertó sobresaltado porque había escuchado en sueños un grito aterrador de Evelyn. Al sentarse, se llevó la mano al pecho para calmar la inquietud que le había producido la pesadilla. Entonces miró hacia el lugar donde debería estar sentada su esposa y no la encontró. Allí no había nada salvo el espacio que ella tenía que ocupar. Aturdido, se levantó con rapidez y dirigió sus pupilas hacia el carruaje. Al observar que los criados se habían levantado a su misma vez y que Evelyn no se encontraba cerca, su corazón se agitó de manera sobrehumana. Estuvo a punto de gritar a los sirvientes si alguno sabía dónde permanecía su mujer cuando escuchó otro alarido.

—¡El arma! —aulló aterrado. Anderson abrió la puerta del carruaje, levantó uno de los asientos y sacó dos armas—. ¡La escopeta es mía! —Volvió a gritar Roger.

El mayordomo corrió hacia él y se quedó atónito al observar la palidez de su rostro. Nunca había visto ese pánico reflejado en la cara del hombre ni tampoco unas mandíbulas tan desencajadas.

Antes de alcanzarlo, le lanzó el arma y Roger corrió hacia el lugar donde creyó oír el grito de Evelyn. Sus piernas, aunque daban unas zancadas grandiosas y firmes, temblaban por el pánico. El corazón había dejado de latirle y apenas podía respirar, no podía concebir que le hubiera sucedido algo horrible a su esposa, y el temor por ella hizo que el pequeño trayecto le pareciera una eternidad.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sus dientes rechinaron y no encontró algo de tranquilidad hasta que la encontró, llorando en mitad de un río, con la falda subida hasta las rodillas y con una cara repleta de espanto.

—Evelyn... —susurró para que ella se relajara y le indicara dónde estaba el peligro.

La mujer estaba tan asustada que no pudo ni hablar, solo logró mover la mano hacia unas prendas que había en la orilla del río. Entonces fue cuando la vio. No era muy grande, pero había alzado su cabeza hacia la figura de su esposa y, si se movía, podía atacarla.

—Tranquila, pequeña, y no te muevas —murmuró.

Roger ajustó su arma en el hombro, precisó el punto de disparo y, tras contener la respiración, disparó.

—¡Roger! ¡Oh, Roger! —clamó corriendo hacia él.

Este tiró la pistola al suelo y abrió sus brazos para que ella se acurrucara entre ellos. No cesaba su llanto, ni mermó la agonía que había pasado ante el peligroso animal.

—Cálmate, cariño —le dijo besando el cabello y acariciando la espalda—. Todo ha terminado.

La abrazó con fuerza y se disponía a conducirla hacia el carruaje cuando advirtió que estaba descalza. La cogió en brazos y la llevó hacia el vehículo mientras ella apoyaba la cabeza sobre su pecho y pasaba los brazos alrededor del grueso cuello masculino, sin dejar de sollozar ni temblar.

—¿Por qué te alejaste tanto de mi lado? —No fue una pregunta a modo de regañina sino de interés.

—Necesitaba... Deseaba... Tenía que hacer... —intentó decir, pero la abochornaba explicarle la razón de su distanciamiento.

—No pasa nada —la consoló al descubrir con rapidez el motivo por el que se había aventurado a alejarse de donde se encontraba—. No pasa nada...

Continuó en sus brazos hasta que llegaron al carruaje. El cochero, quien no se había movido del lugar para evitar posibles robos, les abrió la puerta. Roger la dejó en el interior y se colocó a su lado abrazándola.

—Sus pertenencias —le informó Anderson posando sobre el suelo las medias y los zapatos—, aunque han quedado manchadas de sangre.

—¡Tíralas! —exclamó enfadado—. Ya compraremos otras en el siguiente pueblo.

Anderson asintió levemente con la cabeza, las arrojó en el camino y cerró la puerta.

—Emprenderemos la marcha cuando recoja los utensilios del picnic —explicó el mayordomo al cochero.

—¿Te encuentras mejor? —quiso saber Roger. Seguía con el cuerpo de su esposa aferrado al suyo y sus manos no mermaban las caricias para reconfortarla.

—No —respondió con rapidez—. Si no me hubiera dado cuenta, si ella me hubiese mordido...

—Gracias a Dios estás bien y eso es lo que me importa —dijo con firmeza—, pero la próxima vez, cuando tengas ciertas necesidades, avísame —insistió—. Te prometo que te daré la libertad que requieras sin descuidar mi obligación de protegerte.

—Lo haré. Te lo juro. —Evelyn agarró con fuerza la cintura de su marido, continuó apoyando la cabeza sobre el pecho agitado del hombre e intentó calmar su inquietud mediante el confort que le provocaba estar al lado de su esposo.

## XXIII



Durante el largo trayecto a la posada, Evelyn no se separó de Roger en ningún momento. El miedo perduraba en ella y cada vez que cerraba los ojos volvía a ver a la serpiente levantando la cabeza y abriendo la boca para morderla. Nunca había sido una mujer miedosa. Siempre había logrado vencer ciertos temores, pero nunca superó el de permanecer cerca de un animal tan peligroso. Su marido seguía posando la mano derecha sobre su espalda y la acariciaba con ternura intentando calmarla; muy a su pesar, se había convertido en su salvador, en su protector. La imagen de él, parado frente a ella, portando un arma en la mano con el rostro desencajado por el pánico, no había cesado de repetirse en su mente.

No entendía por qué él insistía tanto en que no era un buen hombre, si no lo fuera, si no le importara lo que le sucediera, ni tan siquiera se habría levantado de la manta. Sin embargo, corrió en su búsqueda, apuntó sin vacilar al animal y lo mató. Y luego, como si fuera el primer día de casados, la alzó en sus brazos y la puso a salvo.

Evelyn suspiró profundamente al sentirse confundida. No lograba entender cómo una persona que era un egoísta había puesto en peligro su vida por la de ella. Porque si no se hubiera parado, si hubiese caminado un poco más, le habría mordido a él. La mujer sollozó con tanta suavidad que Roger no alcanzó a escucharla. Por mucho que lo intentara no lograba entender a su marido. ¿Qué oscuridad ocultaba y por qué le aterraba tanto que ella lo descubriera? Confundida a la par que intrigada por desvelar el secreto, se dijo que continuaría con su objetivo. Dejaría a un lado todos los prejuicios que tenía sobre él y le daría la oportunidad de conocer al verdadero hombre con quien se había casado. Mucho se temía que lo mostrado no era, ni de lejos, su verdadera personalidad.

—Hemos llegado —le dijo con voz dulce y melosa.

Su mano dejó de acariciarla y se reclinó lo justo para que ella pudiera incorporarse con facilidad.

Evelyn parpadeó varias veces. La oscuridad reinaba en el exterior y sus pupilas no se adecuaban con rapidez a la penumbra. Con cierto desagrado, porque se encontraba bastante cómoda reclinada sobre el cuerpo de su marido, se enderezó en el asiento y movió levemente la cabeza.

—Marcharé primero. Quiero confirmar que hay habitaciones libres antes de que salgas del carruaje —dijo agarrándole las manos; se las apretó y las condujo hacia su boca para besarlas—. El cochero permanecerá fuera. Si necesitas algo, si deseas cualquier cosa mientras hablo con el posadero, pídeselo a él, me lo hará saber con rapidez.

—No me pasará nada —dijo dibujando una sonrisa. La pequeña caricia, el insignificante tacto de sus labios sobre sus manos, provocó en la mujer una repentina emoción de calidez—. Si ocurriera algo, ya sé dónde escondes las armas...

—Ni se te ocurra tocarlas... —le advirtió respondiéndole con otra sonrisa—. Creo que el mundo no está preparado para una combinación tan peligrosa.

Estuvo a punto de replicar sus palabras cuando abrieron la puerta por el lado del que debería salir Roger.

—Su señoría —dijo Anderson—, he apreciado que no hay muchos carruajes por los alrededores. Quizá tengamos suerte y podamos pernoctar en esta posada.

—De todas formas quiero confirmarlo. En ocasiones los huéspedes esconden los carruajes para que no les roben durante su estancia. No tardaré, Evelyn, y ya sabes, nada de cosas peligrosas —comentó con mofa antes de bajar y cerrar la puerta.

Estuvo a punto de cruzarse de brazos y refunfuñar como una niña pequeña. No era justo que le hablara de aquella forma. Él mismo señaló las adversidades

que podía haber por los alrededores y lo sensato habría sido que ella aferrara entre sus manos algo con lo que defenderse. Terminó por pegar la frente en el cristal y entrecerrar sus ojos para averiguar qué había en el exterior. Solo halló oscuridad. Así que Roger tenía razón. Era el lugar perfecto para ser asaltado por hábiles ladrones. Tras resoplar, se echó hacia atrás, cogió la manta y se cubrió con ella. No lo hacía por frío, sino para ocultarse de posibles miradas provenientes del exterior. Jamás admitiría que empezaba a inquietarla el permanecer en un lugar tan sombrío. ¿Quién podría prometerle que no había alguien acechando por los alrededores? ¿Quién podría jurarle que esa persona no se acercaba al carruaje, que no pensaba golpear al cochero hasta dejarlo inconsciente y que no pretendería robar el coche en el que permanecía escondida? «Tranquila, Evelyn —se habló entre susurros al tiempo que sacudía suavemente la manta con las palmas de las manos—. Eso solo pasa en los libros que tanto te gusta leer. No puede suceder nada de eso porque...».

Se quedó callada, enmudeció de repente al escuchar un ruido aproximándose a ella. Quiso cubrirse hasta la cabeza con la prenda que, al ser oscura, podía ocultarla con facilidad, pero se lo pensó mejor. Apartó la manta, alargó la mano hacia el cojín de seda roja que cubría el asiento y lo levantó con cuidado. «¡Dios mío!», exclamó aterrada. No se asustó al ver el inmenso arsenal que escondía su esposo sino de otra cosa.

Al principio creyó que se trataba de un mero juguete. Un posible recuerdo de la infancia, pensó. Pero cuando lo cogió, cuando sus manos pudieron palpar la rugosidad y percibir la solidez de los huesos, comprendió que no era un juguete sino el cráneo de un niño. Con rapidez, lo colocó en su sitio, se cubrió con la manta y asustada, esperó la llegada de su marido.

—¿Puedes salir o necesitas mi ayuda? —La pregunta de Bennett la pilló por sorpresa. No lo había visto acercarse, ni le había escuchado abrir la puerta y al oír su voz se sobresaltó—. Ven, te cogeré entre mis brazos para que no te hagas daño en los pies. —Extendió sus manos y esperó a que Evelyn las aceptara—. Siento si finalmente no hemos encontrado un lugar donde adquirir otros zapatos y medias. Le he preguntado al posadero si hay un pueblo cercano y me ha respondido que el más próximo se encuentra a doscientas millas de aquí.



—Wanda metería algo en el baúl —comentó con suavidad intentando menguar el sentimiento de pánico que la azotó tras hallar el pequeño cráneo.

—Entonces le ordenaré a Anderson que lo lleve a nuestra alcoba.

—¿Nuestra alcoba? —inquirió abriendo los ojos con ímpetu y exhibiendo un rostro de asombro.

—Lo siento, querida, solo quedaba libre una habitación decente. Pero no te preocupes, no haré nada que te cause malestar. Dormiré en uno de los sillones que habrá en el interior —aclaró sin expresar burla o mofa en su voz.

¿Se le había parado el corazón? Sí, por supuesto y también notó una presión tan fuerte en la garganta que le impedía respirar. ¡Iban a dormir en la misma habitación! ¿Cómo iba a descansar sabiendo que él estaba a su lado? ¿Que en cualquier momento podría asaltarla? Aterrada por la idea, se aferró con más brío al cuerpo de su marido y este entendió, sin necesidad de hablar, que la idea de dormir junto a él le provocaba pavor.

—Estaré abajo —dijo tras abrir la puerta del dormitorio y posarla con cuidado en el suelo—. Traeré algo de comida. Creo que te encontrarás más cómoda en la habitación que en el comedor de la posada; hay demasiados hombres y, tal como he observado, el alcohol pronto les hará perder la razón.

—Me parece una idea bastante sensata. Por hoy, ya he tenido suficientes sobresaltos —respondió con apenas un hilo de voz.

Caminó por el interior, contemplando la pequeña pero confortable alcoba. La cama era amplia y parecía cómoda. Tal como le explicó, había un extenso sofá de color marrón oscuro junto a los pies del lecho. Con rapidez, calculó cómo dormiría allí el cuerpo de su marido y llegó a la conclusión que sus largas piernas sobresaldrían de este. Se volvió hacia Roger al percibir que él también se movía. Se quitaba la chaqueta, la corbata y el chaleco, quedándose solo con la camisa blanca y los pantalones del traje oscuro.

—Anderson traerá el baúl en breve —dijo tras dejar la última prenda sobre el sofá—. He de serte sincero si te digo que pensé que sería más grande —comentó dibujando una sonrisa.

—No me diste tiempo para mucho... —murmuró mientras observaba la zona de aseo. No había una tina en la que pudiera limpiar las secuelas de un día caluroso y agotador. Solo encontró una palangana, varias garrafas metalizadas, que imaginó estarían colmadas de agua, y un bacín. Regresó al dormitorio y advirtió que Roger había caminado hacia la puerta; se marchaba con la intención de darle privacidad. Sin embargo, ninguno de los dos había pensado que ella necesitaba una doncella para desnudarse.

—Si precisas de algo que no guardes en ese pequeño equipaje, házmelo saber. Intentaré conseguirlo —dijo alargando la mano hacia la manivela.

Estaba muy tensa, no solo por lo que había vivido en el prado, sino por algo más. Su sobresalto al verlo aparecer en la puerta del carruaje, el rostro de espanto que mostraba y los temblores de sus manos le apuntaban que el miedo aún permanecía en ella. Pero... ¿cómo demostrarle que a su lado podía estar segura? Podría creer que intentaba calmarla para que, en un descuido durante la noche, la asaltara olvidando su promesa de no tocarla. De pronto, justo en el momento en el que decidió preguntarle la razón de su nerviosismo, llamaron a la puerta.

—Milord —habló Anderson portando el pequeño baúl de Evelyn—. Las pertenencias de la señora.

—Déjalas ahí. —Le señaló con el dedo un pequeño hueco que había al lado de donde se encontraba la mujer.

—Sí, señor. —Con movimientos ágiles y silenciosos, el mayordomo posó el equipaje, hizo una leve genuflexión y los dejó de nuevo solos.

Evelyn miró con detenimiento el baúl. Después lo abrió y buscó un camisón con el que cubrir su cuerpo para dormir.

—Roger... —llamó su atención cuando reparó que este intentaba alejarse.

—¿Sí? —preguntó volviéndose hacia ella y enarcando las cejas.

—Necesito ayuda para desatarme el vestido —dijo con cierto bochorno.

—Le preguntaré al posadero si bajo este techo hay una doncella a la que pagar por sus servicios —contestó con rapidez.

—No hace falta —aclaró ruborizada—, solo me basta con que me desates los lazos del vestido. Lo demás puedo hacerlo sola.

Roger asintió, se acercó a ella y esperó a que se girara para realizar la mísera tarea que le había encomendado. Alargó sus grandes manos hacia los lazos y fue soltando uno a uno los nudos de la prenda. Cuando terminó, el vestido cayó al suelo con facilidad, dejando expuesta la espalda de la mujer y las enaguas que sostenían la sedosa vestimenta.

—¿Algo más? —preguntó con voz estrangulada.

—Nada más, gracias. —Sus manos temblaban, al igual que su voz.

Su respiración se hizo lenta, demasiado pausada para poder mantener una inspiración correcta. Levantó las piernas y abandonó el vestido en el suelo. No quería dirigir sus pupilas hacia Roger, no podía hacerlo porque si lo hacía, si lo contemplaba, podía desmayarse. Mientras él le ayudaba, notó cómo su respirar se agitaba y los dedos, supuestamente hábiles para otras mujeres, fueron torpes, imprecisos

—Voy a refrescarme —dijo al ver que su marido no se movía—. Creo que mis mofletes empiezan a arder y quiero calmar esta quemazón.

—Será por el sol. Advertí que no llevabas puesto el sombrero —matizó entre intensas y profundas exhalaciones.

—Me lo dejé olvidado en el carruaje y no quise pedirle a Anderson que me lo hiciera llegar. —¿Estaba hablando? ¿Le salían palabras de su boca? No entendía cómo podía conseguirlo si la presión en su garganta era cada vez más intensa.

—La próxima vez hazlo. No estás acostumbrada al sol y este puede dañarte al permanecer tanto tiempo expuesta a sus rayos —señaló antes de darse la vuelta para alejarse todo lo rápido que sus piernas le permitieran—. No me esperes despierta —dijo al cerrar.

No fue capaz de girarse hasta que escuchó cómo atrancaba la puerta. En ese instante, Evelyn cayó de rodillas al suelo. El palpitar de su corazón era más intenso que nunca. El suave roce de las yemas masculinas la había extasiado hasta tal punto que podía haberse rendido con facilidad. «¿Acaso no es tu propósito? —se preguntó al tiempo que dirigía sus manos hacia el rostro—. ¿No es ese el motivo por el que te encuentras aquí?». En verdad, ese había sido su primer propósito, pero ahora, después de ver aquel cráneo bajo el asiento, su objetivo había cambiado.

Deseaba averiguar por qué guardaba algo tan escabroso en el carruaje y mucho se temía que la respuesta le explicaría la razón por la que su esposo era tan oscuro. «No soy un hombre bueno para ti», la frase de Roger emanaba de su mente sin cesar. ¿Sería verdad? ¿Estaría en lo cierto? Solo una persona con un pasado turbulento podía permanecer al lado de algo tan horrendo. «¡Dios mío! —exclamó entre sollozos—. ¡Ayúdame! No sé qué descubriré pero sea lo que sea, dame fuerzas para afrontarlo con entereza». Se levantó del suelo y limpió sus lágrimas con el agua que vertió en la jofaina.



—¿Una copa, milord? —le ofreció el tabernero al observar el rostro desencajado del hombre.

—¿Qué ocultas en tu bodega que consiga hacerme desmayar con tan solo una copa? —preguntó llevándose la mano hacia su bolsillo y sacando dos coronas.

—Para usted, el mejor whisky escocés que haya probado —afirmó el hombre con orgullo. Se inclinó hacia la izquierda, cogió una botella que escondía en algún hueco de la barra y la colocó sobre esta. Tras dar Roger su aprobación, el cantinero acercó un vaso y lo colmó de licor—. ¿Un viaje duro, señor?

—Ni te imaginas cuánto —respondió antes de bebérselo de un trago y poner el vaso vacío sobre la barra de madera para que continuara llenándolo.

—Entonces, bien merece un par de tragos más. —Y le sirvió de nuevo.

No estaba ebrio, al menos no lo suficiente como para poder caminar recto y

sin tropezar. Podría aguantar unos cuantos vasos más del buen licor que le ofreció el tabernero, pero deseaba descansar lo suficiente antes de partir. No había dormido bastante durante los días anteriores y debía estar lúcido por si Evelyn volvía a enfrentarse a una situación peligrosa. Arrugó la frente al recordarla en el río, con el vestido alzado y atemorizada por una pequeña serpiente. Podría haberla mordido, podría haber enfermado si aquel animal la hubiese tocado. Gracias a Dios, llegó a tiempo.

Enfadado, abrió la puerta con más ímpetu del que debiera para no hacerla despertar. Por suerte, no lo hizo. Reprochándose una y otra vez su desacertada actitud, cerró con cuidado. Lo que menos pretendía era que ella se levantara de la cama vestida con el camisón y lo mirara con espanto. Sin embargo, al girarse y contemplarla, la vio tumbada sobre el lecho, oculta bajo una sábana algo raída. Se acercó sigiloso y se quedó maravillado al observar su pelo rojo extendido por la almohada y la insinuación de su silueta bajo la tela. Dormía de manera muy semejante a cómo lo hacía él; entrelazando sus manos contra el pecho y alargando las extremidades de una punta a la otra.

Con una sonrisita tonta en el rostro, caminó hacia el sofá. Esa mueca de satisfacción desapareció con rapidez al comprender que descansaría mejor en el suelo que en aquel mísero diván. Sin vacilar, cogió la colcha que Evelyn no había necesitado, la estiró en el suelo, se despojó de la camisa, se sentó y tras quitarse las botas, se tumbó. Con los brazos en cruz haciendo la función de almohadón, miró al techo. Nunca había dormido junto a una mujer de aquella manera. En realidad, después de poseerlas, jamás había permanecido al lado de ninguna. Las abandonaba para descansar en su cama. Era la forma más adecuada de actuar dado que lo único que necesitaba obtener de una amante era saciar sus deseos sexuales. Nada de susurros nocturnos, nada de palabras cariñosas después de conseguir su propósito. ¿Qué podría decirles? «Ha sido un coito bastante satisfactorio. Tal vez mañana regrese para repetirlo». ¡Bobadas! Él no era un amante tierno o cariñoso. Él solo deseaba hacerlas sudar por la pasión y la lujuria durante un rato y luego ya se vería si repetía o no... Pero ella era su esposa y no tenía nada que ver con las demás.

Algo le unía a Evelyn y no se trataba solo de un papel firmado que manifestaba que estaban casados, sino otra cosa que no conseguía nombrar con exactitud. Asumía que desde que gritó en el prado y advirtió que ella corría peligro, un

extraño sentimiento había brotado de su pecho provocándole una ira irracional. «No quieras ver más allá de lo que hay —gruñó—. Ese maldito instinto de protegerla, de cuidarla, solo brotó porque si algo le sucede durante el camino, William te matará». Aun así, la inquietud que le produjo descubrir que ella no estaba a su lado y que si le ocurriera algo no volvería a tenerla, le produjo un atípico dolor en el torso. Cabreado por sentir esa molestia incesante, cerró los ojos y se obligó a descansar. Todavía quedaban dos días de viaje y necesitaba reponer fuerzas.

No había alcanzado a caer en los brazos de Morfeo cuando escuchó un leve lamento. No le dio importancia y continuó su afanoso deseo por dormir. Sin embargo, el lamento volvió a repetirse, esta vez más profundo. Desvelado por saber de dónde procedía ese minúsculo quejido, se levantó del suelo y, entre murmullos de enfado, se dirigió hacia la ventana. Después de apartar con cuidado la cortina, descubrió asombrado que en el exterior todo estaba en calma. Ningún borracho se quejaba de su ingesta de alcohol o lloraba tras una mala disputa. Regresó hacia la colcha, se tumbó y... ¡volvió a escucharlo! De un salto, porque dedujo quién emitía los pequeños gemidos, se incorporó y se colocó en el lado derecho de la cama. Evelyn se movía inquieta, fruncía el ceño y apretaba los ojos. Su rostro, pese a la penumbra que ofrecían las dos velas que tenía encendidas, mostraba un preocupante color carmesí. Apoyó la rodilla izquierda sobre la cama, extendió la mano hacia la cara y se apartó con rapidez al sentir fuego en su piel.

—¡Dios Santo! —exclamó aterrorizado—. Evelyn... Evelyn... —Intentó despertarla con una voz suave, pero ella no atendía a sus llamadas. Seguía agitada, moviendo su cabeza de derecha a izquierda y arrugando la frente.

Corrió hacia la palangana buscando con desesperación un paño que mojar y con el que apaciguar el ardor de la mujer. Vertió con rapidez agua en la palangana de porcelana, metió la primera prenda que encontró y regresó junto a ella.

—Esto te aliviará... —susurró al tiempo que posaba con ternura la tela mojada sobre el rostro de Evelyn—. Shh... tranquila. Estoy aquí para cuidarte —le dijo al continuar oyendo los minúsculos lamentos.

Sin embargo, el agua fría no la calmó lo suficiente. Los mofletes seguían

enrojecidos y Roger observó que la delicada piel empezaba a levantarse en forma de diminutas pompas. Sin pensárselo dos veces, salió de la habitación, bajó los peldaños de madera que había hasta llegar al recibidor y con paso firme se dirigió hacia el tabernero que, por suerte, seguía atendiendo a todos aquellos que demandaban más licor.

—Si necesita otro vaso de whisky debo advertirle que...

—¿Tiene algo que pueda sanar las quemaduras de la piel? —le interrumpió desesperado.

—Yo no, pero... hoy se hospeda... —vaciló el hombre.

—¡Habla de una vez! —gritó alargando su mano y cogiendo al tabernero del cuello de su camisa.

—Una gitana, señor. Se hospeda una especie de bruja que visita el pueblo del que le hablé cada mes —atinó a decir.

—¿Y? —Enarcó las cejas, apretó los dientes y continuó agarrándole con fuerza.

—Se vanagloria de que vende pócimas para todo... quizá... tal vez...

—¿Qué habitación? —gruñó.

—¿Su señoría? —respondió el posadero asombrado.

—Dime en qué habitación descansa esa bruja —habló cada palabra con una pausa exagerada.

—La siete. En la misma planta que usted pero en la dirección opuesta —dijo finalmente.

Roger soltó al hombre y en dos zancadas subió las escaleras. Corriendo más que andando, llegó hasta la habitación de la mujer. Sin aminorar su prisa, golpeó sin cesar hasta que esta le abrió.

—Mmmm... —murmuró la mujer abriendo los ojos como platos al contemplar

frente a ella a un hombre con el torso descubierto y con una figura tan esbelta —. Cuando el posadero me informó que tendría un buen servicio, nunca imaginé que sería tan bueno... —Sonrió complacida.

—¿Es usted la bruja? —preguntó apresurado obviando las insinuaciones de la mujer.

—Me gusta más llamarme curandera o sanadora. ¿Necesitas que te alivie algo? Tengo unas manos muy beneficiosas y pueden calmar dolores en zonas que nadie alcanzaría imaginar... —continuó con esa voz aterciopelada, melosa.

—Mi esposa se ha quemado por el sol —dijo con firmeza—. Me vendría bien algún remedio de los que poseas que tenga como ingrediente caléndula.

—¿Caléndula? —repitió. Arrugó el rostro, se llevó la mano derecha hacia la boca y puso los ojos en blanco.

—Sí, caléndula. Es una flor que...

—¡Sé qué hace esa maldita planta! —exclamó levantando la mano de su rostro y haciéndolo callar. Estaba enfadada y era normal. Se había hecho a la idea de tener en su lecho a un hombre tremendamente seductor y este, en vez de necesitar sus caricias, ansiaba una pócima para curar a su descuidada mujer. Cerró la puerta, trasteó en la habitación y luego la abrió—. Debes verter en un paño limpio medio bote de este frasco. Cuando se alivie, cambias de pañuelo y echas el resto. Por la mañana, cuando sus delicados pies toquen el suelo, no tendrá rastro de sus dolencias —dijo con desdén.

—¿Qué le debo? —Roger alargó la mano para coger el frasco y en ese momento su piel tocó sin querer la de la mujer.

—¡Santo diablo! —exclamó la mujer aterrorizada—. ¿Quién eres tú? —Dio unos pasos hacia el interior de su habitación aferrando con fuerza el botecillo en la mano.

—Solo un hombre que busca sanar a su esposa —comentó asombrado por la inesperada reacción de la mujer.



—¡No! ¡Eres un acompañante de la muerte! —Sus labios temblaron tanto que el inferior cubrió varias veces el superior—. ¡Toma! —le tiró el frasco—. ¡Cuida de tu esposa! Y no vuelvas a aparecer.

—Dígame qué le debo —insistió malhumorado.

—¿Qué puede pagarme un ser que camina con una decena de almas en pena a su espalda? —clamó antes de cerrar la puerta y murmurar plegarias en un idioma que Bennett no consiguió distinguir.

Se giró y, sin hacer caso a lo que le había gritado la gitana, corrió hacia su dormitorio. Cuando abrió la puerta halló a Evelyn igual que la dejó; sollozando y moviéndose inquieta. Caminó por la habitación hasta que alcanzó su chaqueta, sacó del bolsillo un pañuelo, vertió el líquido y se dirigió hacia la mujer. Con mucho mimo, se lo posó por toda la cara. No tardó mucho en ver el resultado de dicho remedio. Las ampollas, aumentadas en su ausencia, disminuían con rapidez. Se sintió aliviado al ver cómo aminoraba las quemaduras y, mientras continuaba con su tarea, se juró que no la volvería a dejar salir al exterior sin un sombrero que la protegiera del sol. «El más grande —se dijo—. Le compraré el más grande en cuanto lleguemos a ese maldito pueblo que hay a doscientas millas de aquí», masculló.

## XXIV



Algo le impedía levantar las pestañas. Dirigió las manos hacia el rostro y tocó una prenda suave. Se lo apartó con rapidez y se incorporó sobre la cama. ¿Quién le había tapado los ojos y por qué motivo? Cuando pudo observar con claridad a su alrededor, se llevó una mano a la boca y evitó dar un grito. Roger estaba a su lado, arrodillado sobre el suelo y apoyando medio cuerpo en la cama. Extendía los brazos hacia ella como si quisiera alcanzarla; su cabello, revuelto, dejaba apreciar la mitad del rostro varonil.

Evelyn clavó las pupilas en aquella boca deliciosa que se escondía bajo una espesa barba rubia. De pronto, un extraño ardor sacudió su cuerpo, haciendo que un inaceptable frenesí se adueñara de ella. Era un hombre tan seductor, tan encantador que, aun dormido, provocaba el deseo de tocarlo, de acariciarlo.

Comprendía por qué su fama de galán se había extendido por Londres como la pólvora y por qué las mujeres emitían sonrisas nerviosas cuando él estaba presente: ¿qué fémica no sueña con tener a su lado un hombre así?

Desvaneciendo de golpe los sentimientos de placer y lujuria que se adueñaban de su mente, se movió despacio para no despertarlo. Necesitaba alejarse de él lo antes posible; no le cabía duda de que habría llegado tarde y borracho. Tal vez, debido a su estado de embriaguez, adoptó esa postura al no alcanzar el sillón donde debía descansar. No fue hasta que intentó posar los pies en el suelo cuando vio la silla junto a la cama. En ella había una palangana repleta de agua, la misma con la que se refrescó la noche anterior en el baño. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué hacía la jofaina allí?

Consiguió que su mente rememorara lo transcurrido la noche anterior; Roger se había marchado y ella, al fin, pudo desvestirse. Se afanó en aliviar el

terrible dolor que había aparecido en su rostro, pero no lo logró y, derrotada, regresó a la cama. No pudo conciliar el sueño hasta bastante tiempo después, la imagen de ese pequeño cráneo aparecía una y otra vez en su mente provocando que un sinnúmero de preguntas surgiera en su cabeza sin cesar. No encontró ninguna razón lógica que explicara por qué dicho objeto permanecía bajo el asiento y, finalmente, alcanzó el sueño pero no descansó.

Una terrible pesadilla dominó su reposo. Se vio en el prado caminando hacia el sol y notando cómo la gran bola de fuego le quemaba el rostro. Era incapaz de aminorar su paso aunque se vio envuelta en llamas y gritó al ver que su vestido ardía y todo su cuerpo también. Cuando se rindió al fatídico final, observó una enorme figura aproximándose y colocándose frente a ella. Su grandiosa sombra hizo que dejara de sentir calor y que el fuego desapareciera de repente.

Evelyn volvió la mirada hacia Roger. Tanto en su pesadilla como en la vida real, él la cuidaba. Dejaba a un lado el ser arrogante y egoísta que tanto se afanaba en mostrar y la protegía sin importarle lo que él mismo padeciera. La mujer dejó de fruncir el ceño y, con cuidado, rodeó la cama hasta colocarse tras la espalda de su marido. Desde esa cercanía contempló maravillada cómo descansaban sus fuertes brazos, que con facilidad podrían ser como cuatro de los suyos, y su musculatura era tal que le resultaba incapaz de compararlo con otro hombre. Las piernas, esas largas extremidades de las que se quejaba al sentarse en el carruaje, se alargaban sobre el suelo adoptando una postura indeseable. Pero no fue la magnitud de la figura masculina la que le hizo llevarse de nuevo las manos a la boca, sino unas pequeñas cicatrices que afeaban la atlética espalda. ¿Quién le habría azotado con tanta fuerza como para señalar una piel tan ruda? ¿Lo habrían hecho prisionero en alguno de sus viajes en el barco? ¿Lo habrían asaltado los temidos piratas? Quiso alargar la mano y tocarlas con suavidad, pero no era apropiado hacerlo mientras él descansaba; si de verdad deseaba tocarlo, si de verdad quería que sus dedos rozaran la piel masculina, debía hacerlo cuando Roger permaneciera despierto, así podría retroceder al más mínimo gesto de acritud. Enfadada por los pensamientos pecaminosos que despertaba su esposo en ella, se giró con sigilo y caminó hacia el baúl. Necesitaba adecentarse antes de despertarlo. Si era cierto, si él había pasado la noche velando su agonía, no habría reposado lo suficiente y el trayecto hacia Londres seguía siendo largo.

—¿Te encuentras mejor? —La voz rasposa de su marido la hizo girar con brusquedad.

—Sí. Mucho mejor. ¿Por qué lo hiciste? —Enarcó las cejas y esperó escuchar la respuesta con interés.

—¿Por qué no lo iba a hacer? —Al incorporarse frunció el ceño. Había permanecido tantas horas en la misma posición que, al levantarse, sintió molestias en las piernas—. Te expusiste durante mucho tiempo al sol y sufriste unas leves quemaduras —aclaró con cierto desinterés. No quería que ella le diese importancia a un hecho tan banal—. Si no las hubiera tratado, hoy no podríamos emprender la marcha.

—Ya entiendo... —dijo con pesar.

Había encontrado la razón de su cuidado. No fue el que esperaba pero era el más lógico. Si ella enfermara tendrían que permanecer en la posada más tiempo del que pretendía y eso retrasaría la llegada a Londres. Evelyn miró hacia el suelo, evitando que Roger descubriera las pequeñas lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos.

Le dolía descubrir que seguía sin despertar cierto interés sentimental en su marido. Esa apatía los separaba y la distanciaba de averiguar la verdadera personalidad de su marido. Si continuaba de esa forma, ni su plan resultaría infalible.

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —habló sin ser capaz de evitar cierta aflicción en sus palabras—. Apenas llevamos dos días de viaje y me has salvado de ser atacada por una serpiente y te he hecho pasar la noche en vela para calmar un destrozo que yo misma he realizado por imprudente. Lo más sensato sería que me dejaras aquí para que Wanda me recogiera.

—¡No voy a abandonarte! Permanecerás a mi lado en todo momento, ¿entendido? —dijo enfadado.

—¿No te das cuenta de que solo entorpezco tu vida? —Levantó el rostro y dejó que sus lágrimas fueran advertidas por el hombre.

—Bobadas... —gruñó acercándose a ella—. Cualquiera podría ser asaltado por un peligroso animal si camina por el campo y, quienes no están acostumbrados a los rayos solares, padecen este tipo de reacciones — respondió con tono suave. Alargó la mano hacia el rostro y lo acarició con mucha suavidad. Mientras le apartaba las lágrimas con los pulgares, observó cómo Evelyn cerraba los ojos al tocarla y apretaba sus deliciosos labios. Estuvo a punto de besarla, de degustar de nuevo su sabor, pero se contuvo. No deseaba aprovecharse de ella en un momento de debilidad—. Por suerte, no te quedarán secuelas. —Se giró hacia la derecha y dio unos pasos hacia delante dejándola a su espalda.

—¿Roger? —llamó su atención.

—¿Qué? —preguntó alzando la cabeza hacia el techo esperando cualquier reproche por haberla tocado sin ella pedírselo.

—Gracias... —No era esa la palabra que había deseado decir.

El sentir sus manos sobre ella, el notar cómo se aceleraba su pulso al ser acariciada y cómo su boca se quedaba fría sin los labios de su marido, avivó una inesperada ansia por tenerlo a su lado sin prendas que entorpecieran el roce de ambos cuerpos.

—No tienes por qué dárme las. Hice lo que debía y continuaré haciéndolo el resto de mi vida. Y ahora, si me disculpas, he de adecentarme. Imagino que Anderson ya ha preparado el carruaje para emprender el viaje.

—¡Roger! —repitió con énfasis. ¿Se quedaría ahí parada? ¿Esperaría a que ese deseo y esa necesidad por tenerlo a su lado se desvanecieran con el tiempo? ¿De verdad tenía tantas ganas de entregarse a él tras descubrir que nunca se apartaría de su lado y que la cuidaría el resto de su vida? ¿Era suficiente escuchar tal cosa para ofrecerse sin restricciones?

—¿Qué? —preguntó esperando conocer la razón por la que no lo dejaba asearse con tranquilidad.

Evelyn no se lo pensó. Corrió hacia él y saltó sobre el cuerpo semidesnudo de su marido. Los pequeños brazos se entrelazaron en el cuello y su boca tocó la

de Roger. Este, asombrado por la reacción de la mujer, se quedó pétreo.

—Con un simple gracias tengo suficiente —comentó con apenas un hilo de voz cuando ella liberó su boca.

No se esperaba esa actuación de Evelyn ni tampoco aquel suave beso. Si así agradecía su deber por cuidarla, lo haría con más gozo del que pudiera imaginar. Sin embargo, por mucho que le agradara la recompensa, no quería que ella se entregara a él por ese motivo. Deseaba, y cada vez más, que entre ambos surgiera algo especial. Quizás algo parecido a lo que tenían William y Beatrice, aunque suponía que jamás alcanzarían ese nivel de amor.

—Lo sé —dijo clavando sus verdosos ojos en los de Bennett.

—¿Entonces? —Continuó sujetándola colocando sus grandes manos bajo los redondos y gustosos cachetes. Los pezones de Evelyn rozaban su torso y se estaba volviendo loco al intentar mantener relajada cierta parte de su cuerpo que actuaba por su cuenta—. ¿Entonces? —insistió arqueando las cejas.

—Quiero ofrecerme a ti... —murmuró agachando la cabeza para que no pudiera descubrir el sonrojo que le provocaba su osadía.

—¿Así, sin más? ¿Quieres que te haga el amor como premio por haberte salvado de una serpiente o por haber calmado unas pequeñas ampollas? —Fue abriendo sus manos para que Evelyn se deslizara hasta el suelo. Cuando ella apoyó los pies en el piso, la miró con los ojos entornados—. Te he dicho que con un simple gracias tengo bastante. No deseo someterte, ni obligarte a nada por algo como es mi deber de esposo.

Evelyn se quedó paralizada. Por más que intentaba levantar el rostro y mirarlo desafiante, no lo lograba. Su bochorno, su vergüenza, era tal que no podía ni hablar. Con un esfuerzo sobrehumano, dio unos pasos hacia atrás, dándole la posibilidad a Roger para que cerrara la puerta y la dejara sola en aquella habitación que, en esos momentos, le pareció enorme. Sin embargo, él no se movió. Sus pies, esos que solo alcanzaba a ver, seguían pegados al suelo.

—¿Evelyn? —Ahora fue él quien llamó su atención—. ¡Mírame! ¡Levanta de una vez ese rostro y mírame! —gritó con aparente malhumor.

Lo hizo. En contra de su voluntad, levantó la barbilla y lo miró. Las lágrimas recorrían su rostro sin poder evitarlo, sus manos se aferraban con fuerza formando dos pequeños puños. Se había humillado de nuevo. Se había degradado otra vez ante un hombre y este no tenía consideración ante su acto. Enfadada por lo sucedido, alzó los puños, caminó hacia él y empezó a golpearle en el pecho con ímpetu.

—¡Te odio! ¡Maldito seas! ¡Te odio! —gritó entre sollozos.

—Entonces... ¿por qué quieres entregarte? ¿Por qué quieres que te toque, que te bese, que te posea? —insistió sin impedir que continuara golpeándole.

¿Cómo podía hablar? ¿Cómo podía explicar lo que su mente le proponía si su garganta estaba presionada por el deseo? Quizás el único motivo por el que lograba soltar esas palabras no era otro que escuchar, de la boca de Evelyn, que lo necesitaba tanto como él a ella.

—¡No me toques! —clamó Evelyn al sentir las manos de Roger entrelazándose en su cintura—. ¡Suéltame!

—Solo cuando me respondas —dijo con firmeza—. Solo así te dejaré libre.

—¿Qué quieres que te conteste? —inquirió ruda.

—La verdad —respondió más sosegado.

—¿La verdad? —Volvió a agachar la cabeza pero Bennett, tras apartar sus manos de la cintura, usó una para colocarla bajo su barbilla e izarle el rostro.

—Sí —afirmó con solemnidad.

—La verdad —le interrumpió—, es que nadie se ha preocupado por mí durante todos estos años. La verdad es que todo aquel que se ha acercado ha sido para obtener algo a cambio. La verdad es que nunca he tenido a una persona a mi lado que apaciguara mis dolencias, mis inquietudes o me ofreciera su protección sin un motivo o razón alguna —soltó sin respirar.

—¿Y ese prometido tuyo? ¿Ese que te robó aquello que me pertenece? —gruñó masticando cada palabra y mostrando la ira que le provocaba el conocer

ciertas cosas del pasado de su esposa que no imaginó.

—Ese menos que ninguno... —murmuró al tiempo que dejaba caer sus brazos hacia el suelo.

Roger la observó tan abatida que deseó aferrarla a su cuerpo para que no se alejara de él, pero se lo pensó mejor. Ella necesitaba su propio espacio, su momento de libertad, para poder hablar con tranquilidad.

—Solo me quería por la dote que ofrecían mis padres... —susurró mientras caminaba hacia la cama y se sentaba sobre esta—, pero al no conseguir su propósito me abandonó.

¿Podía arrancar los marcos de la puerta a mordiscos? Porque eso es lo que deseaba hacer en esos momentos. Necesitaba focalizar su ira, su rabia y desesperación hacia algo. Sin embargo, tras respirar con profundidad y hallar algo de sensatez, anduvo hasta ella, se arrodilló y colocó sus palmas sobre las rodillas de la mujer.

—Me dijeron que había muerto... —le confesó. Sabía que le iba a responder que continuaba vivo, así que su mente no cesaba de idear la manera de buscarlo y hacer realidad la mentira. Si ya estaba muerto... ¿quién condenaría el asesinato de un cadáver?

—Tenía dieciséis años. Mis padres me presentaron en sociedad con mucha alegría e ilusión. Por aquel entonces, la familia era bastante pudiente así que mi padre ofreció una buena dote para el hombre que decidiera casarse conmigo. —Hizo una leve pausa, la suficiente para recobrar algo de sosiego—. Él me cortejó y me sedujo. Terminó por enamorarme y finalmente nos comprometimos. Poco después, mi padre anunció que las riquezas familiares habían desaparecido por una mala inversión. Cuando se lo conté, cuando le narré la agonía que estábamos padeciendo, creí que nos ayudaría, que lucharía contra la persona que engañó a mi padre y que gracias a su valentía obtendríamos lo robado. Pero no lo hizo. Decidió marcharse. Me abandonó sin tan siquiera pensar en lo que yo albergaba en mi interior...

—¿Estabas... Te quedaste...? —Abrió tanto los ojos que pensó que estos se iban a salir de las cuencas.



—Sí. Aunque al poco tiempo de su partida lo perdí. Tropecé por las escaleras al sufrir un desmayo y cuando desperté, el bebé había muerto —sollozó agónicamente.

—Lo siento... —habló con tristeza. Quitó las manos de las rodillas y se levantó. Las ganas por romper algo, por estrangular al malnacido que le había hecho daño, no mermaron. Pero no era el momento de actuar con agresividad. No deseaba que Evelyn se asustara al pensar que la ira se debía a su confesión y no al hecho de descubrir el triste pasado que había vivido.

—No tienes por qué sentirlo, Roger, me lo merezco. Me merezco todo lo que me ha pasado y lo que pasará —murmuró Evelyn dirigiendo sus ojos hacia la figura alterada de su marido.

Deambulaba de un lado para otro. Se llevaba las manos hacia el cabello y se lo apartaba sin cesar. Sabía que tras conocer qué escondía, que al desvelar su pasado, lo desilusionaría. ¿Quién podría vivir junto a una mujer mancillada? Ahora solo quedaba esperar lo que tanto había temido; que otra persona la abandonara. Supuso que, aunque le prometió cuidarla, su declaración le daría la oportunidad de alejarse de su lado como hicieron los demás.

—Yo... yo... —intentó decir, pero le resultó imposible explicarle lo que pensaba. Alguien llamaba a la puerta con insistencia. Con grandes zancadas se dirigió hacia esta, la abrió y ladró—: ¿Quién es?

—Su Excelencia —respondió Anderson agachando con rapidez la cabeza al escuchar el tono enfurecido de su señor—. Disculpe las molestias. Pero he de informarle que todo está preparado para emprender el viaje.

—¿Qué hora es? —preguntó con tono airado.

—Casi las siete, señoría.

—Está bien. —Miró de reojo a Evelyn. No se había movido de su asiento. Seguía con la cabeza agachada y aferraba sus manos con fuerza. ¿Qué debía hacer? Era la primera vez en su vida que no sabía cómo actuar con una mujer. Si se marchaban, si se preparaban para partir después de su confesión, ella podría pensar que le habían hecho daño sus palabras y que la repudiaba por

ese pasado que tanto le dolía. Pero si cerraba la puerta, si se dirigía hacia ella y le hacía el amor, creería que solo intentaba aprovecharse de su fragilidad.

—Señor... —interrumpió de nuevo sus pensamientos el criado.

—Avisadme cuando sean las diez de la mañana. No he descansado lo suficiente como para aguantar estoicamente un trayecto tan largo.

—Por supuesto. Le volveré a llamar a esa hora. —Anderson hizo una leve reverencia y se alejó.

Roger cerró la puerta y se apoyó en ella. Respiró con profundidad y contempló el afligido cuerpo de su esposa. No sabía si lo que le dictaba el corazón era correcto o no, pero si su interior le gritaba que lo hiciera, lo haría.

## XXV



Se giró cuando escuchó cerrarse la puerta. Sorprendida al escuchar que la salida se retrasaba, observó sin pestañear a Roger, que apoyó la espalda en la hoja de madera cruzado de brazos y clavando sus pupilas en ella. Tragó saliva al advertir cómo la tenebrosidad aparecía en el rostro masculino; apretaba la mandíbula con tanto afán que podía escuchar con facilidad el crujir de sus huesos. El pecho, fornido por el trabajo que habría realizado en el barco, se alzaba y bajaba con brío a pesar de soportar el peso de los grandes y musculosos brazos. Evelyn tembló. Allí estaba, un titán de pelo rubio y piel oscura atravesándola con la mirada. Supuso que era lógico, todo el mundo que escuchaba su pasado sentía ira o lástima y, para ser sincera, ella prefería el odio, puesto que solía defenderse mejor a los ataques verbales que a las palabras repletas de misericordia.

Quiso romper el silencio incómodo que se había producido entre ambos preguntándole si quería que se marchara, si deseaba descansar tal como le había indicado a Anderson o si deseaba terminar la frase que había comenzado antes de ser interrumpidos. Había palidecido al descubrir que había perdido al bebé. Al parecer, los rumores no le informaron de la parte más odiosa de la ruptura de su compromiso: la pérdida de un diminuto ser. Tampoco le habrían dicho que ella no podía tener más hijos. «Colin no lo advertiría en el contrato matrimonial», se dijo irónica. Deseó hablar sobre algo que lo despertara del *shock* en el que se encontraba, pero no lo consiguió.

De pronto, Roger descruzó los brazos y caminó con solemnidad hacia ella. Evelyn estiró las manos por el camión en el primer paso. En el segundo, su corazón dio un vuelco al apreciar que en realidad el rostro masculino no mostraba tenebrosidad, sino lascivia. No estaba enfadado, no deseaba apartarla de su lado. Lo que pretendía era poseerla como un salvaje. «¡Grita,

Evelyn, grita! ¡Sálvate de él! ¡Corre, huye!», escuchaba una voz exaltada en su cabeza. Pero la hizo callar con rapidez.

Roger se acercaba como un depredador se aproxima a su presa, pero en esta ocasión, la presa deseaba ser alcanzada.

—Te prometí que no te tocaría hasta que me lo pidieras —dijo con voz ronca. Su tercer paso lo dejó a menos de cuatro palmos de ella.

—Sí —le respondió sin mermar esa excitación que le auguraba lo que iba a suceder si era incapaz de negarse.

—Y hasta ahora he actuado tal como has dictado —continuó con el mismo tono. Paró de andar hasta que se colocó frente a ella. Advirtió que ella temblaba ante su cercanía. Estaba seguro de que el calor que emanaba su propio cuerpo chocaba con fuerza en el de la mujer.

—Sí... —logró decir mediante una profunda inspiración.

—Evelyn... quiero respetar tus decisiones. No habrá nada en el mundo que me impida hacerlo. Por eso te pregunto, ¿quieres que te toque? ¿Quieres que te bese y te posea con el fervor que siento desde que puse mis ojos en ti? —Alargó las manos para acariciarle los suaves y sedosos cabellos que caían en forma de cascada por sus hombros.

—Roger... —murmuró.

—Dime... —respondió después de respirar profundamente.

—Sí.

—¿Sí qué, Evelyn?

—Sí, lo deseo.

Bennett no se contuvo más. Las manos abandonaron el cabello para agarrar con fuerza la cintura de la mujer. La atrajo hacia él mientras su boca chocaba con la de ella. Su lengua volvía a dominarla, a conquistar su interior. Observó satisfecho cómo Evelyn se dejaba llevar por el deseo, cerrando los ojos y

sollozando pequeños y musicales gemidos de placer al tenerla en sus brazos. Todo aquello que pensó, todas aquellas dudas que le impedían avanzar para hacerla suya se desvanecieron al sentir las manos de su mujer acariciándole la espalda. Ardían. Ambos desprendían un fuego abrasador. En contra de su voluntad, Roger fue arrugando entre sus manos el camisón de Evelyn muy despacio. A pesar de querer arrancárselo, creyó oportuno ser delicado con ella puesto que imaginó, por sus palabras, que jamás había sido amada tal como se merecía. Necesitaba indicarle con cada caricia, con cada beso, que era una diosa para él y así la trataría. Cuando la prenda se levantó hasta la pequeña cintura, Bennett posó sus grandes palmas sobre los glúteos desnudos. Los acarició, los apretó, e incluso clavó sus dedos en ellos para marcarla, para demostrarle que era suya y de nadie más. Pero sucedió algo que lo dejó atónito. No se esperaba que Evelyn, tras notar sus manos en las nalgas, abriera lentamente sus piernas invitándole a proseguir. Le daba acceso a su sexualidad. Un gruñido de satisfacción salió de su garganta. Esa muestra de aceptación lo volvió tan demente que su control se desvaneció. Con la misma voracidad que un sediento bebe agua en el inhóspito desierto, Roger terminó por despojarle del camisón. Evelyn, al verse completamente desnuda, intentó cubrirse con sus manos, pero Roger se las apartó con delicadeza mientras se arrodillaba ante ella.

—No me ocultes tu belleza, mi pequeña bruja —murmuró. Su boca besó el vientre en el que un día hubo vida dentro—. No quiero que te escondas de mí.

Esperó a que ella le respondiera, pero no lo hizo. Solo posó las manos sobre sus hombros para no caerse. Sus dedos regresaron a los cachetes para acariciarlos con devoción. Volvió a observar cómo Evelyn separaba lentamente sus piernas. Las manos caminaron despacio por los muslos hasta alcanzar los labios hinchados y húmedos. Tras inspirar el aroma erótico de su esposa, acarició con ligereza aquellos pliegues mojados. Sus dedos le facilitaron el trayecto, separando con suavidad las delicadas protuberancias sexuales.

—¿Notas mis caricias? —exigió saber con una mezcla de lujuria y ahogo.

—Sí... —musitó sin apenas ser consciente de ello.

—¿Quieres que siga? ¿Quieres que continúe, mi amor? —Ni él mismo fue

consecuente de haber dicho esa palabra. Nunca la había puesto en su boca con anterioridad, pero a pesar de entrecerrar sus ojos al escucharse, no se arrepintió. La adoraba, la deseaba, la necesitaba y, ¿eso no era la base del amor?

—Sí, por favor —le rogó.

Su cuerpo se zarandeaba con tanta fuerza que se agarró con ímpetu a los hombros de Roger. Apenas podía levantar sus párpados y se avergonzaba por ser incapaz de cerrar la boca y no hacer parar aquellos diminutos gemidos provocados por el placer. Eso no era lo normal, o tal vez sí. No tenía con qué compararlo salvo con Scott y, donde sus manos habían provocado frialdad, las de su marido la hacían arder.

—Déjame conocer todo tu cuerpo... —murmuró despacio mientras el dedo corazón palpaba el interior de sus labios buscando el pequeño botón del clímax—. Déjame que explore cada rincón de tu piel... Déjame demostrarte cuánto te necesito...

—Hazlo... —dijo sin voz.

—Agárrate con fuerza a mis hombros, mi amor. Voy a hacer que desfallezcas de placer —le advirtió antes de mover su dedo con rapidez sobre el pequeño clítoris.

Gotas de sudor empezaron a bañar su piel. No se imaginó que con un simple dedo pudiera enloquecerla hasta el punto de flexionar su cuerpo hacia delante y caer sobre Roger. Su respiración era intermitente, apenas conseguía dos inspiraciones seguidas sin gritar. Las piernas perdían su fuerza y podía notar cómo empezaban a encorvarse. Pero su marido la alzó, la colocó como él quería que estuviera y entonces sucedió algo que, si no hubiese estado la cama detrás, habría caído desplomada al suelo. Toda la agitación que sentía allí donde él tenía el dedo, allí donde era azotada sin fin, se calmó con la lengua de Roger.

—¿Estás bien? —Bennett saltó sobre ella asombrado.

—¿Qué... qué era eso? —preguntó aturdida.

—Eso, mi amor... —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—, es algo delicioso. —Dirigió su boca a la de ella y la besó con fervor. Su lengua se apoderó de ella, la poseyó y la disfrutó. Evelyn descubrió que el sabor de Roger se mezclaba con otro algo ácido, afrutado. Se sonrojó al saber de dónde procedía, pero no se amedrentó, quería más. Mucho más.

—Repítelo —le ordenó dibujando una sonrisa pícaro en su rostro.

—¿Es una orden? —preguntó burlón.

—Es otro mandato que acabo de añadir a la lista. —Sus ojos verdes brillaban por el deseo. Le urgía sentirlo ahí abajo y lo necesitaba ya.

—Pues como te dije, acataré todas tus normas, querida.

Empezó a recorrer el cuerpo femenino con su boca. Hizo varios altos antes de llegar al lugar al que tanto ansiaba su mujer. Primero besó el cuello y lamió cada milímetro de su piel hasta que alcanzó el lóbulo donde debería lucir unos pendientes de diamantes. Lo acarició despacio, haciendo que el vello se erizara al húmedo tacto. Prosiguió hasta sus pechos. Aquellas pequeñas montañas con sus cúspides oscuras lo volvieron loco. Absorbió, mordió y apretó con sus dientes los alzados pezones para escuchar sus gritos. Adoró oírla. Adoró observar cómo sus senos se movían agitados por el placer. Continuó su trayecto hacia abajo generando un camino brillante tras el paso de su lengua. Era una tortura haber tardado tanto hasta alcanzar su sexo, pero no tenían prisa, ya no. Las grandes manos se colocaron sobre los muslos, separándolos con suavidad. Después de apartarlos, Roger admiró el fuego que ella escondía entre estos. Acercó su nariz, para volver a llenar sus pulmones del delicioso aroma de Evelyn. Lo hizo varias veces, quizá más de las que debiera. Ni intentó cerrar sus ojos al aproximar su lengua hacia los mullidos labios. Necesitaba contemplarlo todo. Por mísero que fuera el movimiento de su mujer al rozarla, deseaba averiguarlo.

No podía parar los tembleques. Sus piernas, arqueadas y abiertas, se sacudían de un lado para otro. En más de una ocasión pensó que golpearía la cabeza de Roger con las rodillas, pero no fue así. Mientras él acariciaba el sexo con sus labios y con su lengua, agarraba con solidez las piernas para que dejaran de agitarse. Era imposible permanecer quieta cuando todo el cuerpo se

zarandeaba debido a las convulsiones que se propagaban por cada milímetro de la piel. Evelyn gritó al notar la presión de los dientes ahí abajo. Se llevó las manos hacia la boca para no repetir el aullido, aunque solo lo silenció. Continuó gritando, chillando, aullando por el placer que su marido le daba entre las piernas. En más de una ocasión vislumbró el firmamento repleto de estrellas brillantes en el techo de su alcoba. No era posible. Lo que hacía su marido no era real.

—Mi pequeña bruja... —susurró Bennett alzándose sobre ella—. Eres puro fuego. Jamás he necesitado tanto estar dentro de una mujer. Me vuelves loco, Evelyn. Me perturbas, me robas la poca racionalidad que tengo.

Ella estiró las manos para agarrarle el rostro y atraerlo hacia su boca. Deseaba volver a degustar de esa deliciosa mezcla que él guardaba.

—Quiero poseerte, quiero hacerte mía —murmuró. Al ver cómo su esposa asentía posó los pies en el suelo, se quitó el pantalón y las calzas y regresó a la cama—. No te dolerá, te lo prometo.

Evelyn no estaba tan segura de ello. Si el cuerpo de Roger era inmenso, su sexo no era menos. Alargó las palmas de la mano y, curiosa, empezó a tocarle. Su piel le pareció sedosa pero a la vez ruda y rígida. Abrió los ojos como platos al notar la humedad en sus manos. ¿A eso se refería cuando le decía que perdía el control? ¿Habría escupido su semilla antes de introducirse en su interior? Si fuera eso, si él ya había estallado, entonces comprendería la razón por la que Scott sufría esos percances. La deseaba tanto que no era capaz de controlarse.

—Evelyn... —llamó su atención—. Yo nunca... jamás... en mi vida... — Agachó la cabeza y la besó con deseo. Mientras, con una mano, fue enderezando su miembro hasta encontrar el lugar en el que debía entrar.

No fue capaz de controlarse. Quería hacerlo lento, despacio, sin embargo, no lo consiguió. Al sentir la calidez de ella, apretó sus glúteos, apoyó las palmas de sus manos sobre el colchón y la invadió con fuerza.

—Lo siento, lo siento, pero no puedo controlarme. Quiero hacerte mía, quiero sentirte, quiero...



Las manos de Evelyn se colocaron en la espalda masculina. Sus dedos se apretaron tanto en ella que terminó clavándole las uñas. Cada penetración, cada embate, ella lo sufría con enérgicos espasmos. Podía sentir el inicio del sexo de Roger taladrándole el interior, parecía que deseaba alcanzar lo que nadie podía conseguir. Intentó cerrar los ojos. Necesitaba cerrarlos para dejarse llevar. Aunque no pudo hacerlo, deseaba apreciar cómo era el rostro de Roger, cómo cambiaba el color de sus ojos, cuando el clímax lo sucumbía.

—¡Evelyn! ¡Evelyn! —gritó con tanto ímpetu su nombre que los tendones se marcaron en la garganta.

Los zarandeos se hicieron más intensos, rápidos e imparables. El sudor de ambos se mezcló. Una extraña esencia se extendió alrededor de ellos. En cada inspiración, cada vez que ella olía esa mezcla a especias, más excitada se encontraba. Apretó con más fuerza sus uñas en la piel de Roger, alzó la barbilla y cuando estaba a punto de gritar, la boca de su marido la poseyó. No dejó de besarla hasta que dejaron de temblar, hasta que ambos corazones relajaron sus latidos, hasta que las respiraciones se acompasaron.

—Lo siento...—Roger saltó de la cama, se dirigió hacia la palangana y cogió el paño húmedo—. Lo siento de verdad. —No dejaba de excusarse mientras la limpiaba—. Es la primera vez que vierto mi semilla... Es la primera vez que no controlo...

Evelyn se incorporó en la cama y agarró la mano de su esposo que limpiaba su zona erógena. No sabía qué pensar al escucharle decir que era la primera vez que su semilla se introducía en una mujer. Quizá le mentía pero, al verlo tan inquieto, tan asombrado, la duda se disipó. Sin embargo, no debía temer por un posible embarazo. No con ella.

—Roger no sufras —dijo dibujando una pequeña sonrisa en el rostro—. No sucederá nada de lo que piensas.

Bennett dejó caer la prenda al suelo. Sus ojos se abrieron todo lo que pudieron, su corazón dejó de latir; la expresión de agonía que mostró su rostro al comprender que podía dejarla encinta antes de averiguar si entre ellos había crecido el amor se disipó con brusquedad. ¿No podía tener hijos? ¡Era imposible! Ella le había dicho que estuvo embarazada. Solo una mujer que...

Lo comprendió con rapidez. Algo había sucedido en aquel aborto que la dejó estéril. Al ser consciente de que Evelyn le tendía la mano para que se colocara a su lado, extendió la suya y se tumbó junto a ella. La abrazó con fuerza contra su cuerpo y le besó el cabello.

—Tengo frío. —No fue un mandato sino solo una mera información.

Roger alargó el brazo y cogió la sábana para cubrirla. Ella se acercó aún más a él convirtiéndose de nuevo en una sola figura.

—Descansa un poco —le susurró con ternura—. Te despertaré antes de que toquen la puerta. —La mujer asintió con un suave movimiento de cabeza.

Bennett, pese a estar cansado, fue incapaz de cerrar los ojos. Un centenar de pensamientos golpeaban su mente sin tregua. ¿Qué sucedería ahora? ¿Seguirían así todo el viaje hasta llegar a Londres? Eso esperaba porque tenerla de aquella forma calmaba sus miedos. Sin embargo, ¿qué ocurriría cuando Evelyn descubriera el pasado de su marido? «Será ella quien te abandone — reflexionó con tristeza—. ¿Quién puede vivir junto a una persona como yo?». Pese al inevitable final, Roger priorizó uno de sus objetivos: antes de que ella se alejara, antes de que Evelyn decidiera separarse de él, buscaría con afán al supuesto muerto y haría realidad el rumor. Él mismo le arrebataría la vida con sus propias manos. Tras besar de nuevo el cabello de su esposa e intensificar su abrazo, miró hacia la ventana y suspiró.

Pese a su insistente negativa, Roger la ayudó a vestirse y a peinarla. Adelantándose a la llamada de Anderson, ambos estaban preparados para retomar el viaje. Cuando escucharon unos pequeños golpecitos en la puerta, se miraron sonrientes. Evelyn creyó que su marido daría sus típicas zancadas para llegar a la salida y contestar al mayordomo, pero en vez de eso, la abrazó y la besó con pasión.

—Estoy deseando que llegue de nuevo la noche —le susurró en el oído—. Voy a contar las horas que restan para tenerte otra vez desnuda en mis brazos.

Ella se ruborizó al escuchar las insinuantes palabras y notó en su bajo vientre

un increíble palpitar. Lo deseaba. Evelyn también deseaba que llegara ese momento para volver a sentir el placer que le provocaban las caricias de su esposo. Antes de salir, se miró en el espejo y se sorprendió al ver un rostro repleto de felicidad. Las ojeras le parecieron maravillosas, el enredado pelo, recogido en un torpe moño, le pareció el peinado más surrealista que había mostrado hasta el momento y sus labios, enrojecidos por el roce de la barba, se exhibían más voluminosos que de costumbre. Era muy difícil ocultar lo que había sucedido durante las horas anteriores en aquella habitación. Aunque empezó a descubrir atónita que no le importaba lo que pensarán los demás.

—Adelántate —le indicó Roger soltándola de la cintura—. Voy a pagar al posadero y después correré hasta alcanzarte.

Evelyn hizo lo que le propuso con tanto cariño. Alzó su mentón y caminó hacia el carruaje sin mirar atrás. Al salir de la posada se asustó al advertir cómo el sol volvía a tocar su cara y le hacía daño. Izó la mano derecha, agachó levemente la cabeza y caminó deprisa hacia el vehículo, pero cuando estuvo a punto de llegar, en el momento en el que Anderson le abría la puerta para facilitarle el acceso, notó una presión en la mano izquierda tan intensa que se giró hacia ese lado.

—Señora... —Una mujer de algo más de cincuenta años y vestida de riguroso luto era quien le impedía alcanzar el coche—. ¿Es su marido el hombre que ayer me pidió una pócima para calmar sus quemaduras? —preguntó sin apenas respirar.

—Buenos días —respondió con cortesía—. Sí, puede que sea él.

—Tenga cuidado, milady, no es un hombre bueno. Lleva a sus espaldas la marca de la muerte —habló con pavor. Su rostro, arrugado por el paso de los años, enfatizaba sus palabras.

—¡No lo conoce! —exclamó enfadada. Miró hacia Anderson para pedirle auxilio y este, no muy cortés, apartó a la anciana de su lado.

—¡Es usted quien no sabe cómo es la persona que está a su lado! —clamó desesperada.

Evelyn subió deprisa, cerró la puerta y miró para el lado contrario. No quería escucharla ni mirarla, pero era tanto el interés que le provocaba la extraña mujer que terminó por girarse hacia ella. Cuando la anciana apreció que era observada, echó un vistazo a su alrededor y advirtiéndolo que no sería retenida de nuevo por el lacayo, caminó hacia el carruaje. Estuvo a punto de decir algo, pero al tocar el coche con sus manos, los ojos de esta se abrieron todo lo que podían alcanzar, dio unos pasos hacia atrás y se santiguó.

—No es el diablo... —murmuró aterrada—. Es su sangre la que ha sido germinada por esa abominación...

—¿Sucede algo? —inquirió Roger enfadado al ver a las dos mujeres.

—Lucha por liberarte del mal. Haz todo lo posible por hacer desaparecer hasta la última gota de tu sangre. Solo así te liberarás de tu destino —comentó la anciana a Bennett antes de correr hacia la posada susurrando palabras en un idioma que ninguno de los dos consiguió descifrar.

—¿Quién era? —quiso saber Evelyn cuando su esposo se sentó a su lado y extendió el brazo para acercarla hacia él.

—Solo una vieja loca que me dio un remedio a base de hierbas para calmar tus quemaduras —respondió antes de darle un beso en la cabeza—. ¿Te ha molestado? ¿He de bajarme y recriminar su actitud hacia mi esposa? —preguntó enarcando las cejas.

—No. Creo que la pobre ya tiene suficiente con su demencia —alegó antes de aferrar la cintura de su marido y posar su cabeza sobre el duro torso.

Pero las palabras de la anciana no cesaron de repetirse una y otra vez en su mente. No entendía muy bien lo que intentaba expresar, sin embargo, cuando cerró los ojos para descansar antes de llegar al próximo pueblo y comprar ese sombrero que según Roger necesitaba, los abrió de par en par al recordar lo que estaba escondido bajo el asiento.

## XXVI



Tal como auguró, el trayecto hacia Londres se hizo largo, pero gracias al comportamiento de Roger lo disfrutó más de lo que esperaba. Por supuesto, cumplió sus palabras sobre lo que sucedería la siguiente noche cuando pernoctaran en otra posada, aunque en esa ocasión llenó la habitación de alimentos para reponer la energía que gastaron durante la velada. Los sonrojos en su piel, por las caricias y besos, aumentaron hasta tener que comprar, en uno de los pueblos que visitaron, un remedio para calmar su delicado cutis. Sin embargo, Evelyn no ocultaba las marcas de su placer. Las exhibía con altanería. ¿Quién no podría proclamar que un matrimonio, creado de un pacto inadecuado, empezaba a dirigirse por el buen camino? Ni ella misma lo habría creído. Recordó el momento en el que Roger apareció en Seather, con el papel que autorizaba el contrato matrimonial, su desmayo, la tosca ceremonia, su abandono y, por supuesto, su regreso. No había transcurrido mucho tiempo desde que su marido desembarcó, pero era el suficiente para confirmar que no deseaba que se marchara de nuevo. Y ahora menos que nunca. Estaban a punto de llegar a Lonely Field, el hogar de su esposo que también se convertiría en el suyo. Allí, si Dios la ayudaba, encontraría las respuestas que tanto azotaban su cabeza. ¿Quién era en realidad Roger Bennett? ¿Qué pasado intentaba ocultar? ¿Por qué se transformó en un ser egoísta y petulante? Y sobre todo... ¿por qué había cambiado tanto su actitud tras poseerla?

—¡Mira! —exclamó Bennett con entusiasmo alzándose del asiento—. ¡Ahí está mi hogar! —Volvió la mirada hacia ella, sonrió y murmuró—: Nuestro hogar...

Evelyn se reclinó y miró por la ventana. A lo lejos empezó a divisar el enorme tejado de lo que Roger llamaba hogar, pero desde aquella distancia apenas pudo hacerse una idea de cómo era. Su marido le indicó que no sería más

grande que la de los duques, pero no hizo caso a sus palabras. Un futuro marqués, y nada menos que el de Riderland, de cuyo imperio hablaban sin cesar en los corrillos sociales, tendría un palacio semejante al de Haddon Hall. Sin embargo, cuando el carruaje se adentró a las lindes de la finca, Evelyn se llevó las manos hacia la boca.

—Te advertí que no era una gran extensión —le dijo con cierto pesar al contemplar el rostro de su esposa.

—¡Es magnífica! —exclamó. Dirigió las manos hacia las de su marido, las apretó y estuvo a punto de besarlas, pero Bennett se lo impidió al asaltar su boca con la suya.

—Mi corazón está agitado... —ronroneó—. Me siento tan feliz de que estés aquí que soy incapaz de contener un grito de satisfacción.

Evelyn se carcajeó al escucharlo. Sabía que era cierto lo que le exponía. Podía apreciar el entusiasmo en su rostro: dibujaba una enorme sonrisa, sus ojos brillaban y relajaba la mandíbula; sin embargo, sus manos temblaban. No alcanzaba a averiguar si se debían a la excitación que sentía o por miedo a su opinión sobre el futuro hogar. Fuera lo que fuese, ella apretó las temblorosas manos e intentó calmarlo.

—Esos setos —indicó separando su mano derecha del cálido amarre—, los plantamos Anderson y yo. Aunque te aseguro que no soy el autor de darles esas trabajadas formas.

La mujer dirigió la mirada hacia donde le señalaba su esposo y corroboró lo que le explicaba. El camino que conducía a la entrada de la casa estaba adornado de dos hileras de enormes y frondosos arbustos. Todos ellos adoptaban figuras diferentes; unas eran altas y delgadas, como si quisieran asemejarse a los picos de una montaña, otras, por el contrario, eran curvilíneas y algo más gruesas. Pero según se aproximaban, advirtió que todas tenían en el interior la forma de animales. ¿Cómo podían realizar tal proeza con unos simples setos?

—Son tótems —aclaró Bennett al apreciar el asombro en su mujer—. Según su autor, que conocerás en cuanto estacionemos, muestran símbolos de mi

carácter.

—¿Tótems? —preguntó asombrada—. ¿Eso no es propio de los...?

—Indios —aclaró afirmando con la cabeza—. Sí, el creador de esas bellezas es indio. Lo encontré en uno de mis viajes por América. Estaba a punto de ser colgado por un crimen que, según se afanaba en proclamar, no cometió. Yo creí en su inocencia y lo compré.

—¿Lo compraste?! —Levantó tanto las pestañas que pudo sentir las acariciar sus cejas.

—Todo se compra allá donde vayas —le dijo con ternura—. Si tienes una bolsa de monedas con la cuantía que se espera obtener nadie es capaz de negarse.

—¡Dios mío! —exclamó tapándose de nuevo la boca.

—Todos mis criados, salvo Anderson, provienen de muchas partes del mundo, Evelyn. Aquí se les trata con el respeto que se merecen. Jamás nadie les pondrá la mano encima ni los utilizarán como si fueran animales —comentó con solemnidad.

La mujer miró absorta a su marido. No sabía qué contestar. Nunca había imaginado que Roger albergara en su hogar criados de otro lugar que no fuera Londres. Quizá porque solo la gente autóctona conocía, mejor que ninguna otra, las costumbres inglesas. Pero empezó a no extrañarle lo que comenzaba a conocer de su marido. Nadie podía igualársele. Nadie podría asemejarse a un hombre tan inusual.

—Vamos, querida. Creo que todos desean conocer a mi esposa —sugirió Bennett con una sonrisa de oreja a oreja al descubrir que no faltaba nadie por salir fuera de la residencia para presentarse ante su mujer.

Evelyn aceptó la ayuda de Roger para bajar del carruaje. Con el sombrero que este le había comprado colocado sobre su cabeza, apenas podía ver más allá del suelo. Angustiada por no contemplar lo que había a su alrededor, terminó por quitárselo y arrojarlo al suelo. Entonces se quedó sin respiración. Diez

personas permanecían en la entrada esperándola. Cuatro de ellas eran de piel oscura, tres algo más clara y los demás eran tan pálidos como ella, pero quien llamó su atención fue un hombre de pelo largo y color azabache. Tenía el pecho descubierto, pese a que intentaba ocultarlo bajo un chaleco de color marrón. Dirigió sus ojos hacia su marido y esbozó una pequeña sonrisa. Ya sabía de dónde procedía la insistencia de Roger por enseñar su torso con descaro. Sin pensar demasiado, dedujo que también él era el autor de las figuras esculpidas en los arbustos. ¡No podía errar en una cosa tan clara! De repente notó la presión de la mano de su marido sobre la de ella. Evelyn imaginó que adivinaba sus pensamientos y le respondió con una sonrisa extensa.

—Querida, ella es Sophie, nuestra ama de llaves.

—Encantada de conocerla, señora —dijo mientras realizaba una ligera reverencia—. Nuestro señor nos ha hablado mucho de usted, pero se le olvidó describir su belleza. —Sophie miró a Roger como si le estuviera regañando.

—Puedo asegurarte que ni yo mismo sabía cómo era —afirmó antes de soltar una carcajada y rascarse la cabeza con la mano derecha.

—Es una larga historia —matizó Evelyn al contemplar el asombro de la ama de llaves—. Si deseas escucharla, te la contaré en breve.

—Estaré deseosa de que llegue ese momento, milady —dijo dando unos pasos hacia atrás.

—Él es Yeng. —Señaló Roger a un muchacho con ojos rasgados y una piel un poco ambarina—. En su antiguo trabajo era crupier pero aquí se encarga del mantenimiento de Lonely.

—¿Crupier? —preguntó asombrada.

—Sí, mi señora —respondió Yeng saludándola de la misma forma que había hecho Sophie.

—¿De dónde eres? —dijo bastante interesada.



—De Francia.

—No todos los que tienen un aspecto asiático han nacido allí —le murmuró Roger al oído de manera burlona.

Evelyn se sonrojó con rapidez. Notó cómo le ardían las mejillas ante un desliz tan infantil, pero cuando Roger besó con suavidad uno de sus pómulos, ese calor disminuyó. Uno a uno se fueron presentando. Todos tenían una historia interesante que narrarle sobre las diversas procedencias y la manera que conocieron a su marido. Aunque se quedó anonadada cuando el indio apareció frente a ella. Al contemplarlo más de cerca divisó unas marcas alrededor de su cuello. No eran blancas, sino oscuras y tenían un interesante dibujo. Lo observó sin pestañear mientras hablaba con Roger. Su comportamiento, su actuación hacia su marido, era muy diferente del que tenían los demás. Ni Anderson, el fiel mayordomo y posiblemente la mano derecha de su esposo, tenía tanta confianza como para llamarlo por su nombre de pila.

—Finalmente —dijo Bennett—, lo bautizamos con el nombre de John. No nos pareció conveniente a ninguno de los dos llamarlo con su apelativo real. La gente suele apartarse cuando lo ve.

—Señora... —John se acercó a ella, le cogió la mano y la besó con suavidad.

—Puedes llamarme Evelyn —respondió con suave hilo de voz.

—Bueno, ya conoces a todos los que habitan Lonely y ahora, si te parece bien, te enseñaré el interior de mi hogar. Estoy seguro de que te asombrará lo que ocultan estos muros —apuntó Bennett orgulloso.

—Estoy deseosa de descubrirlo —comentó aceptando la mano de Roger y caminando hacia el interior.

Cuando la pareja desapareció de los ojos de todos los trabajadores, estos miraron con rapidez a John. Permanecía inmóvil, pétreo y con las pupilas clavadas en la entrada del hogar.

—¿Es ella? —Yeng rompió el silencio.

—Sí —respondió el indio con firmeza.

—¡Pues no tiene pinta de poder salvar nada! —exclamó Sophie poniendo los ojos en blanco—. Es una mujer escuálida. Algo alta para ser una dama y no da la impresión de tener agallas para enfrentarse a todo lo que le va a suceder.

—¿Acaso el fuego nace con intensas llamas? —alegó John sin expresar emoción en su rostro.

—¿Fuego? Mira John... —Sophie se acercó a él y le señaló con un dedo inquisidor en el pecho—, como ella no sea ese fuego que tanto necesita el señor, dile a tus etéreos espíritus que cogeré el hacha con la que corto el cuello de las gallinas y, uno a uno, destrozaré los setos en los que pasas tanto tiempo rezando.

—Me encanta cuando te enfadas —murmuró solo para ellos dos.

—Pues te advierto que lo estoy y mucho. Si ella no lo salva, si no es capaz de conseguir lo que esas arpías con piernas de galgo no han logrado, piensa en buscarte otra mujer que calme tus necesidades espirituales —recalcó antes de girarse y adentrarse también en el hogar.

—Lo hará... —susurró para sí.

## XXVII



Cada habitación que encontraba era diferente a las demás. Ninguna se asemejaba ni tan siquiera en una pieza de decoración. Roger había hecho de su hogar un pequeño mundo. El salón comedor, la primera sala que visitó, era muy parecida a la que tendría cualquier mansión londinense: una gran mesa central, con una decena de sillas bajo la hermosa hoja de madera, vitrinas talladas, repisas en las que posaban candelabros de laboriosos dibujos, enormes lámparas de cristal que se iluminaban mediante la reclamada luz de gas, enseres de porcelana... Sin embargo, las paredes no estaban cubiertas de pinturas de sus antepasados. Enormes y floridos tapices ocupaban esos lugares. Seis contó. Dos de ellos solo eran paisajes de montañas donde un río atravesaba el tapiz. Eran pequeños paraísos en medio de la nada, mudos antes los oídos de quienes intentaban escuchar el paso del agua, pero espléndidos para todos los que fueran capaces de admirarlos con los ojos. Uno de ellos le recordó el lugar en el que los duques ofrecieron el picnic. Las montañas ocultaban el sol, el caudal, rebotante de vegetación, fluía a su paso con libertad y percibió que la imagen transmitía la misma tranquilidad que ella obtuvo en aquel lugar salvo cuando fue arrojada al agua. Sonrió de medio lado al recordar la infantil escena; se volvió a ver golpeando el inerte líquido mientras que Roger no cesaba de reír.

Algo había cambiado entre ellos. Lo supo en cuanto descubrió que si sucedía de nuevo, ella le abriría los brazos para que se uniera a su cuerpo mojado. Abochornada por sus pensamientos, dirigió la mirada hacia un tapiz donde había figuras de mujeres ataviadas con ropa desgastada por el uso. A ambos lados tenían unas cestas de mimbre y, por las prendas que ellas agarraban en sus manos e intentaban limpiar en el agua, dedujo que se trataba de una escena habitual entre lavanderas. Pero el que llamó verdaderamente la atención a Evelyn, el que no pudo dejar de mirar, fue un inmenso lienzo que permanecía

solo al final de la habitación, justo detrás de la silla que Roger debía de ocupar. Se lo imaginó allí sentado, conversando con algunos invitados y exhibiendo la magnitud que proyectaba el tapiz sobre él. Evelyn caminó hacia el inerte objeto. Su fascinación aumentó al contemplarlo de cerca. El imponente caballero vestido con una armadura gris, montado sobre un corcel blanco que alzaba sus patas delanteras, era tan majestuoso que alargó la mano para tocarlo.

—¿Te gusta? —Roger, sin dejar de observar a su esposa, se colocó a sus espaldas, la cogió de la cintura y apoyó su barbilla sobre el hombro derecho de la mujer.

—¿Quién es? —preguntó intrigada.

—Según el vendedor es don Juan de Austria (6).

—¿Qué representa? —volvió a preguntar sin aminorar su deseo por descubrir qué había tras el jinete.

—La batalla de Lepanto (7). ¿Ves el fuego que hay al fondo? —Evelyn asintió —. Según me narró el comerciante a quien se lo compré, son los últimos pueblos otomanos que batallaron con fervor.

—Es precioso... —susurró.

—Sí, a mí también me lo parece. Por eso regateé su precio. Aunque sé que valía lo que me pedía el comerciante, no estaba dispuesto a perder mi pequeña fortuna en él. Bueno, mi querida esposa, ¿proseguimos o seguimos aquí parados observando a un caballero sobre su semental?

—Continuemos... —respondió aceptando su mano.

—Estupendo, porque estoy deseoso por enseñarte nuestra habitación —le dijo en voz baja.

A Evelyn se le hizo un nudo en la garganta.

—Todo lo que ves —empezó a contar mientras se alejaban del comedor y se dirigían hacia las escaleras que les conducirían a la planta superior—, ha sido

adquirido en mis exploraciones.

—¿Tanto has viajado?

—Mucho. Si la memoria no me falla, desde los veinte años. Cuando conseguí el *Liberté*, mi barco —comentó con orgullo.

—Tiene que ser precioso navegar por alta mar y poder visitar nuevos y paradisíacos lugares —apuntó Evelyn manifestando entusiasmo.

—A veces sí y otras no tanto...

—¿Cuándo no? —Se giró hacia él y lo miró sin pestañear.

—Cuando se tiene una mujer tan bella como tú y no puede acompañarme —respondió burlón.

—Eres un canalla... —dijo al tiempo que dibujaba una extensa sonrisa.

—Lo sé —respondió antes de besarla.

Subiendo las escaleras más rápido de lo que debiera, Roger fue explicándole dónde dormían las personas que había conocido en la entrada, dónde permanecerían los invitados que decidieran visitarles y por último la condujo hacia su alcoba.

—Adelante... —dijo tras abrir la puerta y dejándola acceder primero—, puedes pasar al lugar donde pasaremos la mayor parte de nuestras vidas.

Evelyn entró con cierto temor. No sabía qué se encontraría en un lugar tan íntimo para su esposo. De repente, la asaltó la duda. Se preguntó si de verdad ella deseaba descansar durante el resto de su vida a su lado. Hasta ahora, no había sido consciente de lo que eso significaba. Se hallaba en una nube, en un momento de éxtasis desmesurado que apenas le permitía pensar con claridad. ¿Era suficiente una vida sexual activa para vivir un matrimonio con plenitud? Miró de reojo a su marido. Este mostraba el mismo entusiasmo que un niño al tener en sus manos un regalo. ¿Por qué él no sentía miedo? ¿Por qué mostraba tanta seguridad? No supo responderse, aunque unas palabras aparecieron en su mente golpeándole con fuerza: «Amor mío», le había susurrado Roger cuando

yacieron juntos, pero eso no la tranquilizaba.

Scott había utilizado las mismas palabras para engatusarla, para atraerla como lo hace la miel a un oso. ¿Y después? Después se marchó.

De todos modos, no podía compararlo con aquel titán que la observaba con entusiasmo, eran diferentes y la situación también: Scott buscaba el matrimonio mientras que Roger lo había obtenido sin desearlo. Suspiró varias veces y, pese al temblor de sus piernas, caminó por el interior del dormitorio. La primera impresión que tuvo fue de amplitud. Sí, era la alcoba más grande que había visto. Podía albergar, con facilidad, dos veces la suya de Seather. Frente a ella, dos cortinas de color negro se amarraban a cada lado del ventanal. Despacio, con demasiada calma incluso, prosiguió divisando cada objeto, cada elemento que guardaba Roger en ella. Abrió los ojos como platos al contemplar la cama.

Estaba segura de que, aunque estirara sus brazos y piernas por ella, nunca tocaría el final de cada extremo. Sonrió de medio lado. Era lógico que su marido hubiese adquirido el lecho más colosal de cualquier tienda, puesto que, fácilmente sobrepasaba varios palmos de aquel que se autoproclamara el hombre más alto de Londres. Sobre la colcha de color vino, tres gruesos almohadones le ofrecían una visión confortable. Deseó coger uno y achucharlo para confirmar su suavidad, pero desistió. Ya lo haría en otro momento. Miró hacia arriba, apreciando la anchura del dosel. Entrecerró los ojos para intentar averiguar qué indicaban los dibujos tallados en la oscura madera, pero desde donde se encontraba no distinguió ni uno solo. A continuación, clavó sus pupilas en las cortinas que pendían del dosel. ¿Estaban bordadas en oro? ¿El color dorado de aquellas prendas era realmente oro?

Volvió la vista hacia su marido. Este permanecía en el marco de la puerta, con los brazos y piernas cruzadas. Intentaba aparentar que estaba relajado, pero tal como apretaba la mandíbula, Evelyn supo que no lo estaba.

—Me la regaló un sultán —dijo con voz de ultratumba—. Yo jamás compraría una cosa tan ostentosa.

No le respondió con palabras, solo asintió y continuó investigando. Al pie de la cama una enorme alfombra de color azul marino invitaba a ser pisada sin

zapatos que entorpecieran captar la suavidad de su tacto. Dirigió sus ojos hacia el sofá. No, no era un sofá cualquiera, era un interminable diván. Si ella intentara tumbarse sobre él la piel que lo forraba la haría resbalar hasta terminar sobre el suelo.

—Soy grande... —señaló al verla tan asombrada por las dimensiones del sillón.

Evelyn contestó a su afirmación con una grandiosa sonrisa. No hacía falta que le indicara que su tamaño era bastante considerable, ya lo había advertido el día que apareció en el funeral de su hermano. Siempre se acomplejó por su altura, era la más alta de sus amigas, pero el día en el que Roger apareció a su lado, tuvo que levantar mucho la cabeza para poder conseguir mirarle a los ojos.

Se descalzó. No debía hacerlo pero no quería manchar con las suelas de sus zapatos la preciosa alfombra. Caminó sobre esta hasta alcanzar una estantería que ocupaba todo el ancho de la pared y que se hallaba entre el balcón y la chimenea. Lo normal, lo habitual para los demás, era tener una biblioteca en el piso de abajo. Por lo menos así lo tenía distribuido el resto del mundo. Pero poco a poco iba confirmando que su marido era un hombre peculiar y muy distinto a todos los que había conocido.

—Me gusta leer sin que nadie me moleste —aclaró de nuevo Roger al observar las muecas de extrañeza que mostraba su mujer en cada cosa que hallaba.

—No malinterpretes mis reacciones —apuntó girándose sobre sí misma—. Todo lo que he encontrado hasta el momento no me ha producido malestar sino fascinación. Me resulta increíble que un hombre como tú haya adecuado su hogar con tanta... ¿cómo lo diría? —Puso los ojos en blanco al no encontrar la palabra exacta.

—¿Exquisitez? —intervino divertido.

—Sí, exquisitez está bien —sonrió.

—¿Qué te imaginabas? —Se descruzó y caminó hacia ella—. ¿Cómo pensaste

que sería mi hogar? —Se paró antes de llegar a la alfombra.

—Ten en cuenta que lo único que escuché de ti en Londres fue que eras un libertino, un hombre enloquecido por levantar las faldas de todas aquellas mujeres que se abanicaban con sus propias pestañas. Sin olvidar la fama de bebedor y jugador empedernido —continuó sonriendo a pesar de haberle definido como un indeseable.

—Los rumores exageran... —gruñó.

—Eso veo... —susurró con un suspiro. De pronto sus ojos se clavaron en una puerta que había tras las espaldas de Roger.

—Es solo la habitación de aseo. —Su tono de voz volvió a ser fantasmal—, pero me estoy planteando dejar la puerta cerrada hasta otro día, quizás hasta dentro de varios meses...

La intriga la hizo correr hacia aquella entrada, alargó la mano y cuando abrió la puerta se quedó atónita. Sus pestañas tocaron de nuevo sus cejas y apenas pudo cerrar la boca. Era de esperar que fuera grande pero nunca se imaginó que una bañera pudiera tener la anchura y la profundidad de un pequeño estanque. Las paredes no estaban revestidas de papel o de gruesas capas de pintura, sino de láminas rectangulares de porcelana color marfil. El escusado, del mismo material, tenía un depósito del que pendía un cordel. Se volvió hacia Roger sin poder contener su asombro.

—Lo sé —comentó Roger con una extraña mezcla de entusiasmo y miedo—, nunca has visto algo semejante.

—¿De dónde...? ¿Cómo has conseguido...?

—Pues no sé si decirte la procedencia de este magnífico baño. —Se llevó la mano derecha hacia la barba y se la acarició despacio—. Después de haberme descrito con tan hábiles palabras, ¿qué pensarás cuando te diga que esta belleza la descubrí en un burdel de París?

—¿En un burdel?! —Enarcó las cejas y su asombro aumentó hasta límites incalculables.



—¿Ves? ¡Sabía que ibas a poner esa cara! —dijo divertido—. Evelyn, cariño, ninguna de las tinas que vi en Londres podían albergar mi tamaño. Cada vez que intentaba asearme tenía que hacerlo por partes.

—Claro... y viajaste hasta París y te metiste en un burdel para encontrar la que necesitabas —le interrumpió con una mezcla de ira y sarcasmo. Roger alargó su mano pero ella esquivó el roce.

—No fue así exactamente... —Dejó que ambas manos se extendieran hacia el suelo—. En uno de mis viajes a Francia conocí a un caballero que frecuentaba dichos locales pecaminosos. Un día había tomado más copas de las que pude soportar y me ofrecieron una habitación donde pasar mi estado de embriaguez. Entonces, al abrir la puerta para refrescarme, me quedé fascinado por esa inmensa bañera. Le pregunté a la madame quién había construido ese impresionante baño y me dio con rapidez la dirección del arquitecto.

—Por supuesto... Me pregunto... ¿Qué le ofrecerías para que actuara con tanta prontitud? —dijo con aparente desdén mientras caminaba hacia el inmenso espejo que se encontraba en el lado opuesto de la gran tina. Miró para un lado y luego para el otro y se le paró el corazón al comprender que, lo que sucediera dentro de aquella bañera, se reflejaría en el espejo.

—Se trataba de un afamado italiano que solía pasar largas temporadas en París para proveer a sus clientes de espectaculares cuartos de baño —continuó hablando para no darle importancia al pequeño ataque de celos que mostró su mujer. Debía enfadarse ante una actuación tan infantil, pero le produjo el efecto contrario, se sintió tan orgulloso que se le ensanchó aún más el pecho—. Hablé con él, le invité a venir a Londres y cuatro meses después de su llegada, mi pequeño paraíso relajante estaba construido.

—No sé qué pensar... —dijo un tanto aturdida.

—Te comenté que no me importaba tu pasado y que esperaba que no juzgaras el mío —comentó con voz pesadosa. Se acercó a ella muy despacio, la giró hacia él y la miró fijamente—. Evelyn, a mí solo me interesa quién eres ahora, no lo que fuiste antes de conocerme.

—Sí, ya me advertiste de eso, pero por mucho que lo intento, no puedo

disminuir una extraña ira que crece en mi interior al pensar que otra mujer estuvo aquí y que gozó de tus caricias ahí dentro —masculló.

—No he traído ninguna mujer a mi casa salvo a ti —apuntó antes de soltar una carcajada—. Eres la única que ha puesto sus bonitos pies en este lugar —dijo acercando sus labios a los de ella—. Y la única que lo hará...

—¡Júralo! —gritó apartando la cara para que no la besara.

—Te lo juro... —Sus manos atraparon el rostro de Evelyn y la inmovilizó para finalizar lo que se había propuesto, besarla.

Cuando abrió los ojos descubrió que se hallaba en la habitación. Roger la había posado sobre la alfombra. Sus manos se dirigían hacia los lazos del vestido con la intención de desnudarla para poseerla otra vez. Los cerró de nuevo, haciendo que se intensificaran los roces de los dedos al caminar por la espalda. La lengua masculina recorría el interior de su boca provocando unas suaves y cálidas caricias. Pese a los sutiles movimientos, su dominancia, su deseo de hacerla suya, se percibía con claridad. Cada beso que le ofrecía era diferente al anterior. Evelyn, obnubilada, recordó la sensación que obtuvo la primera vez que sus bocas se unieron. No había ternura en él. No encontró calidez en su primer beso, solo lujuria. Sin embargo, desde que yacieron juntos antes de emprender el regreso a Londres, sus besos se habían enternecido hasta tal punto que empezaron a destruir el objetivo que le condujo a seducir a su marido. Respiró profundamente cuando Roger liberó su boca. Esta, apenas podía cerrarse, necesitaba que continuara besándola, conquistándola, disfrutándola.

—He de confesar que iba a darte un tiempo para que descansaras después del viaje —comentó Roger con voz oprimida. Se arrodilló ante ella, metió sus manos bajo el vestido y fue bajando con lentitud las medias—, pero mucho me temo que no voy a concedértelo.

Evelyn echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. No le extrañó escuchar aquella insinuación de su esposo. Era más, le hubiese entristecido que la hubiera dejado sola. Con apremio, levantó sus pies para despojarse de la suave tela. Notó que Roger posaba sobre cada pierna una mano y las acariciaba con increíble sosiego. Cada ascenso y descenso sobre su cuerpo lo

disfrutaba tanto que empezó a sentir la opresión de su pecho contra el vestido y una imparable calidez bajo su vientre.

—Eres hermosa, descaradamente hermosa... —susurró mientras dirigía las palmas hacia el sexo de su esposa. Rozó levemente sus labios húmedos con los pulgares, impregnándolos de su miel. Aquel sutil gesto provocó lo que tanto ansiaba; que ella le permitiera continuar—. Aférrate a mis hombros, voy a beber de tu dulce manantial.

Azotada por la pasión que empezaba a despertar en su interior, ella posó sus temblorosos dedos sobre cada una de las partes superiores del torso masculino. Volvió a abrir su boca al notar cómo la lengua de Roger lamía su interior. Presionó con más fuerza el cuerpo de su marido al sentir la presión de los dientes sobre sus abultados salientes. Tiraba de ellos y colocaba la boca en el interior para absorber su esencia. Se encontraba extasiada. Tanto que podía rozar con la yema de sus dedos aquello que denominaban locura. Él era fuego, llamas que la quemaban y la hacían derretirse cuando la tocaba.

—No me saciaré nunca de ti —musitó antes de incorporarse y besarla—. Nunca —recalcó tras el beso.

—Hoy quiero hacer una cosa...

—¿El qué? —Colocó sus palmas sobre los pómulos de Evelyn y la atrajo hacia él para besarla de nuevo.

—No lo recuerdo... —susurró sin voz.

—Entonces... mientras haces memoria... —La condujo despacio hacia atrás hasta que la espalda de la mujer tocó la pared—. Déjame que yo haga otra...

La mano masculina fue bajando por la figura de Evelyn. Acarició el escote, metió los dedos en el interior de la prenda y sacó un pezón. Dejó de besar los labios femeninos para dirigirse hacia el duro botón. Lo mordió, lo succionó al tiempo que esa mano traviesa continuaba la trayectoria hacia la pierna izquierda de la mujer.

—Mi pequeña bruja... —murmuró estrangulado por el deseo—. Por mucho

que lo intento... no puedo saciarme de ti. —Izó la mano por el muslo hasta que llegó al epicentro de Evelyn. Volvió a buscar el pequeño e hinchado clítoris. Al hallarlo, lo acarició con la misma intensidad que la primera vez. Sin embargo, en esa ocasión buscaba algo más pecaminoso, más deshonesto. No pararía hasta que el interior de los muslos de su esposa terminara bañado por su jugo. Más tarde, cuando ella estuviese expuesta, recorrería cada milímetro de su piel con la lengua.

—¡Roger! ¡Roger! —gritó Evelyn como una demente—. ¡Roger!

—Sí, pequeña bruja —le susurró mientras mordía y lamía el lóbulo derecho femenino—. Di mi nombre. Grítale al mundo entero quién es tu marido, quién te ama y quién te vuelve loca de lujuria. —Con cada palabra, con cada presión de sus dientes en la oreja, el dedo del hombre se introducía y salía del sexo femenino como si fuera su miembro erecto. No paró hasta que notó la sacudida del orgasmo, hasta que Evelyn plisó los dedos de sus pies, hasta que no mojó sus piernas—. Te deseo tanto... —continuó susurrándole sin dejar de besarle el rostro—. Te necesito más de lo que te imaginas...

—Roger...—alcanzó a decir. Sus mejillas ardían, sus ojos brillaban y el cuerpo entero seguía sometido a continuas convulsiones.

—Dime...

—¿Me dejas que te desnude?

—¿Desnudarme? —preguntó asombrado.

—Sí, eso es lo que quería decirte. —Sonrió con suavidad.

—Si es lo que deseas, aquí me tienes —contestó Roger dando dos zancadas hacia atrás y abriendo los brazos en cruz—. Soy tuyo y puedes hacer lo que se te antoje.

Tuvo que respirar varias veces antes de acercarse. No sabía cómo empezar. Su cabeza seguía dándole vueltas y se avergonzaba al notar que sus muslos estaban húmedos de su propia esencia. Respiró. Suspiró. Y después de unos instantes dudosos, caminó hacia él. Quitó el nudo de la corbata y la lanzó

hacia algún lugar de la habitación. Luego continuó con la chaqueta. El paso de esta por el cuerpo rudo y musculoso hizo que su corazón golpeará con fuerza contra el pecho. Con torpeza, fue desabrochando la camisa. Esta cayó al suelo sin esfuerzo alguno. Al observar aquel pecho, se mordió el labio inferior y sus ojos brillaron tanto que ninguna estrella del firmamento pudo asemejársele. Posó sus manos sobre el torso desnudo, que ascendía y descendía agitado por el deseo, y lo acarició regocijándose en cada milímetro de piel. Sonrió satisfecha al ver cómo su marido cerraba los ojos e inspiraba con fuerza. Le excitaba. Sus caricias, sus toques, lo enloquecían. De pronto Roger gimió con más ímpetu del que había esperado. Evelyn lo miró desconcertada por la inesperada reacción.

—Es una tortura que me toques y que yo no pueda hacerlo —señaló dibujando una pícara sonrisa en su rostro—. Si sigues así, mucho me temo que terminaré arrodillado de nuevo.

Evelyn entrecerró sus ojos advirtiéndole, con esa forma de mirar, que no se moviera. Era su momento, su deseo, su gran placer. Pese a la advertencia de cómo terminaría si seguía torturándole de esa manera, no cesó de acariciarle, de enredar entre sus dedos el rubio vello. Advirtió, sorprendida, que a él también se le endurecían los diminutos pezones. Sin pensárselo dos veces, dirigió su boca hacia ellos y los mordió. Entonces descubrió que él sufría los mismos espasmos que ella al ser asaltada en esa zona erógena. Con una enorme sonrisa por el deleite de la experiencia, lo miró con descaro mientras bajaba despacio sus manos hacia el pantalón. Desabrochó el botón y dejó que este descendiera con la misma lentitud que la camisa. Roger sacudió rápidamente las piernas, lanzando la prenda más lejos que donde terminó la corbata.

—¿No me dejarás así, verdad? —exigió saber con una mezcla de agonía y desesperación.

—¿Y si lo hago? —respondió desafiante.

—Se me olvidará, de repente, la última norma que añadiste en la posada —dijo burlón.

Evelyn se mordió otra vez el labio inferior. Clavó la mirada en el bulto del

pantalón y entrecerró los ojos. Él era grande y su sexo también. Prueba de ello era que, a pesar de la presión de la cinta de la calza, sobresalía por encima de esta. Atolondrada por el frenesí, metió las manos en el interior del calzón y aferró entre ellas el duro miembro. Esa caricia, ese leve contacto de sus palmas con la erección, hicieron que todo el cuerpo masculino comenzara un acompasado vaivén. Su marido, con los ojos cerrados y con la cabeza inclinada hacia atrás, empezaba a moverse de la misma forma que solía hacer cuando se introducía en su interior. Debía apartar las manos, debía retirarse ante tal obscenidad, pero no lo hizo. Se quedó allí parada, contemplando el pausado traqueteo hasta que escuchó un grito de su marido. No fue un alarido usual. Fue más bien un largo y profundo aullido que provenía de lo más profundo de Roger. ¿Había liberado de nuevo la bestia? O más bien... ¿el monstruo había liberado a su marido? Al apartar las palmas, sintió cómo algo húmedo la quemaba. Curiosa por averiguar qué era aquello que le producía tanto calor, las aproximó al rostro. «¡Oh, Dios mío! —exclamó para sí—. ¡Es su simiente!».

—Jamás... Nadie... Nunca... —empezó a decir Roger aturdido. Se despojó de la prenda que cubría sus caderas y avanzó hacia su mujer con paso firme, sólido, enérgico—. Nadie, Evelyn —subrayó con vigor—, ha conseguido de mí lo que tú has logrado. —Abrió sus brazos para que ella se acercara a su cuerpo y cuando la tuvo cerca de su pecho, la apretó con fuerza—. Eres única, mi amor. Única.

¿Qué debía de pensar? ¿Deseaba que aquellas palabras fueran verdad? Sí, lo deseaba. Necesitaba que no la tratara como otra más. Que cuando se marchara y la dejara sola en la casa, no buscara otras caricias que no fueran las suyas. No, ya no. Evelyn quería ser la única.

—Y ahora deberías quitarte ese precioso vestido color cielo si no quieres que termine empapado —le advirtió.

—¿Empapado? —Se distanció de él y enarcó las cejas.

—¿Crees que lo que hemos hecho ha sido suficiente? No, mi pequeña bruja, esto ha sido solo el principio de una larga jornada de amor. —Sonrió—. Y el primer lugar donde voy a poseerte en esta casa —le dijo con susurros en el oído al tiempo que la alzaba de nuevo en sus brazos—, será en esa inmensa

bañera. Estoy ansioso por ver cómo tu cuerpo retoza sobre mí mientras el agua se agita por el fervor de nuestra pasión.

—Estás loco... —respondió antes de esbozar una pequeña risita y mover las piernas.

—Por ti —dijo tan bajito que Evelyn no pudo escucharlo debido al sonido de su propia risa.

## XXVIII



El agua ya estaba tibia, pero al mantenerse cerca de Roger, apenas notó cómo disminuía la temperatura. Sentada sobre él, admiraba la fortaleza de sus piernas y la longitud de sus pies. Las manos masculinas no cesaban de acariciarla, de palparla sin cesar, pero lo que embelesó realmente a Evelyn no fue el magnífico cuerpo de su marido sino los momentos de risas que pasaron dentro de aquella bañera. Ambos sentían un pequeño dolor en sus mandíbulas de tanto reír. Recordaron el día que se conocieron, la boda, la partida y lo sucedido tras el regreso.

Ella le narró cómo fue despachando uno a uno a los caballeros que la visitaban en su hogar con el propósito de convertirla en su amante. Evelyn percibió cómo el cuerpo masculino se tensaba al narrarle esos momentos, pero lo tranquilizó colmándolo de besos y caricias. Él le habló de su viaje, de los lugares que visitó durante los siete meses fuera de Londres. Las tempestades que sufrió en alta mar, cómo actuaba su tripulación, y cómo terminó por descubrir que, aquello que le proporcionaba malestar en sus entrañas era tan solo la necesidad de regresar a su tierra natal y enfrentarse con entereza a su futuro.

—Y de repente —dijo alargando los grandes brazos para abrazarla—, observo que todas las miradas de los caballeros se dirigen hacia un punto de la sala. —Su barbilla se posó sobre el hombro de la mujer, acariciando con su aliento la aterciopelada piel de Evelyn—. Miré hacia esa parte del salón y...

—¿Y? —insistió la mujer volviéndose hacia él. Se sentó sobre sus caderas, las piernas se cruzaron por la espalda y ambos torsos volvieron a unirse.

—Y encontré a una pequeña bruja de cabello color de fuego exhibiendo un



precioso vestido rojo con un delicioso escote que me invitaba a posar mis labios en él. —Alzó la barbilla para contemplar la diversión que expresaba el rostro de su esposa y la besó.

—¿Por qué no cesas de llamarme así? —Colocó sus manos sobre el rostro masculino y apartó los mechones rubios que le impedían ver los azulados ojos.

—¿Mi pequeña bruja? —preguntó mientras dibujaba una sonrisa. Evelyn asintió—. Porque eres la única mujer que ha sido capaz de hechizarme —aclaró con voz serena, pausada y firme.

Los brazos femeninos se entrelazaron de nuevo en el cuello de su esposo. Acercó la boca y lo besó. La pequeña muestra de cariño despertó de nuevo la lujuria en Roger. Posó sus manos en la espalda de Evelyn y la acarició como si fuera una frágil flor. Volvieron a agitar el agua, volvieron a calentar el interior de la bañera, volvieron a dejarse llevar por ese insaciable deseo por convertirse en un solo ser.

Cuando terminaron, Evelyn posó la frente sobre el pecho agitado de su marido. Las mejillas se habían convertido en dos pequeñas bolas de fuego. Extasiada y a la vez cansada, suspiró.

—Creo que va siendo hora de ofrecerte un descanso —murmuró Roger después de alejar con cierto desagrado el cuerpo de su mujer del suyo—. Si continúo así, podría matarte.

—¿No me acompañas? —Se levantó con cuidado para no resbalarse y esperó a que su esposo la ayudara a salir de allí.

—He de hablar con John de ciertos temas —indicó cubriendo la desnudez de Evelyn con una toalla blanca—. Llevo mucho tiempo fuera de casa y he de ponerme al día. —La alzó en sus brazos y la condujo hasta la cama. La tendió con sumo cuidado y se colocó sobre ella—. Te prometo que en cuanto arregle mis asuntos, subiré para hacerte el amor hasta que amanezca.

—¿Sabes? —dijo alzando de nuevo los brazos y enredándolos en el cuello de Roger—. Eso mismo me sugeriste la primera noche en casa de los Rutland.

—Pues como has comprobado, siempre cumplo mis promesas. —Agachó su cabeza y la besó.

Le costaba dejarla allí sola, pero su deber como dueño de ciertos negocios le reclamaba. Era cierto que había pasado mucho tiempo fuera de su hogar y estaba seguro de que John ocupó su puesto con acierto. Sin embargo, debía confirmar que ciertos temas seguían controlados, sobre todo aquellos de los que tanto rehusaba hablar con Evelyn y que posiblemente los distanciaría. Tras vestirse con un pantalón y una camisa, bajó al despacho.

John no tardó en aparecer. Era tan suspicaz que había sentido la presencia de Roger en la pequeña sala.

—Pensé que no saldrías de esa habitación hasta pasada una semana —dijo el indio burlón.

—Te mentiría si te dijera que no lo he pensado, pero algo me dice que tienes noticias frescas, ¿estoy en lo cierto? —Se llevó la copa hacia la boca y arqueó las cejas.

—Apareció cuando partiste —comentó John mientras se acercaba a la licorera para acompañar a su amigo—. Parece que tiene un don especial para averiguar cuándo y dónde apareces.

—Suele pasar cuando su sangre es la misma que la mía —gruñó. Caminó con pesar hacia el butacón que había junto a la chimenea y se sentó de golpe.

—Habló con Sophie, ya sabes que es incapaz de dirigirse a mí, le doy asco.  
—Se dirigió hacia su amigo y se sentó a su lado.

—Más bien creo que la palabra acertada es odio. No puede soportar el hecho de que me salvaras de sus garras. —Sonrió de medio lado. Después de mantener unos instantes de silencio, prosiguió—: ¿Con qué propósito apareció en mi hogar esta vez?

—Invítaros a su casa —dijo al tiempo que clavaba sus marrones ojos en los de su amigo.

—¿Invitarnos? —Se reclinó del asiento y apretó la copa con fuerza.

—¿Qué esperabas? Ya no tiene una roca en su camino sino dos.

—¡A ella no la tocará! ¡Jamás la alcanzará! —clamó enfadado al tiempo que lanzaba el vaso hacia el interior de la chimenea—. Antes le pongo fin a su asquerosa vida con mis propias manos.

John, imperturbable, se reclinó sobre el asiento, volvió a tomar un sorbo de su bebida y reflexionó durante un buen rato. Si sus espíritus tenían razón, si lo que ellos le indicaban era cierto, Roger no debía rehusar la invitación. Necesitaba enfrentarse, de una vez por todas, a la maldad de su madre y, si sus premisas no erraban, su esposa le salvaría del infierno en el que vivía desde algo más de una década.

—¿Cómo va todo por Children saved? —Cambió de tema.

—Bastante bien. Hablé con tu administrador y por ahora todas las necesidades están solventadas. Ese último viaje llenó las arcas de la residencia. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —repitió Roger intrigado.

—La pequeña Natalie está muy triste. No para de preguntar dónde está su hermano y creo que deberías visitarla lo antes posible. Hace unos días estuvo bastante enferma. El médico dijo que era propio de su edad, pero no estoy muy seguro de eso. Desde ese día, apenas puede salir de la casa. Pasa las horas en la habitación y su madre está muy preocupada.

—Mañana sin falta iré a visitarla. No quiero que piense que la he abandonado. Es muy pequeña para comprender ciertos temas. —Roger estiró las piernas, se acarició la barba y adoptó una mirada pensativa. De repente rompió su silencio—. ¿Ha aparecido durante mi ausencia alguno más?

—No. Siguen siendo veinte —respondió antes de levantarse, andar hacia el mueble bar y llenar su vaso de nuevo—. ¿Un puro? —preguntó mostrando la caja en la que guardaba los mejores habanos.

—No. Dejé de fumar hace unos días. A Evelyn no le gusta el olor a tabaco — aclaró sin ofrecer emoción alguna.

—Esa mujer... —empezó John a decir sin poder eliminar la sonrisa de su rostro.

—Esa mujer... —insistió Roger entrecerrando sus ojos y apretando los dientes.

—Tranquilo, no voy a decir nada malo de ella —expuso antes de soltar una carcajada al ver cómo su amigo se ponía a la defensiva.

—Esa mujer, mi mujer, es intocable —sentenció—. Por eso no quiero que ella se acerque a Evelyn. La destrozará como ha hecho con todos aquellos que se interponen en sus propósitos.

—Dudo mucho que tu madre se arriesgue tanto...

—Tú no la conoces como yo —masculló—. Tiene sus manos manchadas de tanta sangre inocente que le resulta imposible continuar sin ella. Es una víbora, un ser sin escrúpulos.

—Si yo estuviera en tu lugar, pensaría seriamente en hacerla parar de una vez —dijo John mientras caminaba hacia la ventana. Una sonrisa se dibujó en su rostro al observar cómo Sophie agitaba un bastón para quitar el polvo de las alfombras que tenía tendidas sobre una cuerda.

—Si decidiera tal cosa, primero tendría que matar a mi hermano y, en estos momentos, no quiero hacerlo. ¿Qué haría Evelyn con su marido encarcelado?

—¿No has pensado que algún día tendrás un hijo y ellos podrían intentar conseguir lo que no hicieron contigo? Han matado a una decena, ¿qué importa uno más? —John, a pesar de tener la mirada sobre la mujer que amaba, no la observaba. Sus pensamientos estaban en otra parte del mundo.

—Evelyn no puede tener hijos —gruñó Roger al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia el botellero—. Según entendí, al perder el que esperaba sufrió una infección o algo similar y se quedó estéril.

—¿Estuvo casada? —John giró la cabeza hacia su amigo y entrecerró sus ojos. Si era cierto, si ella había vivido un matrimonio anterior, no sería la mujer que le indicaron sus ancestros. Estos le hablaron de una mujer sin enlace, de una mujer rota por la tristeza de un pasado tortuoso y que solo hallaría la paz cuando su amigo estuviera al borde de la muerte.

—Casada no, comprometida sí. Pero el compromiso se rompió. Ese malnacido la abandonó cuando descubrió que la riqueza familiar había desaparecido tras una mala inversión del padre de ella —explicó apretando la mandíbula.

—Podría buscarlo. Sabes que soy bastante hábil en encontrar personas desaparecidas —comentó ansioso de que su amigo le dijera que sí.

—No quiero investigar el pasado de Evelyn. Le he prometido que solo me interesa saber qué hace desde que nuestras vidas se cruzaron —señaló antes de volver a tomarse el líquido ambarino de un sorbo.

—Como quieras... Pero he de advertirte que me ha entristecido tu decisión.

—¿Y eso? —preguntó enarcando las cejas.

—Hace mucho que no corto una cabellera —señaló antes de soltar una carcajada.

## XXIX



Evelyn estiró las manos hacia el lugar donde debía permanecer Roger pero al no hallarlo, abrió los ojos. Se sentó en la cama, ocultando su desnudez con la sábana y lo buscó con la mirada. No estaba. Se había marchado. Suspiró por el pesar que le producía no tenerlo a su lado y se volvió a recostar. Fijó sus pupilas en el dosel e intentó rememorar dónde podía estar. Sin embargo, en vez de recordar las conversaciones que mantuvieron para lograr responderse, su mente le ofreció las imágenes de ellos dos amándose durante la velada. El cuerpo de su marido sobre el suyo, calentándolo, haciéndolo arder de deseo... rodando por el ancho de la cama, siempre unidos, siempre tocándose. No había una sola parte de su figura que Roger hubiese dejado sin acariciar. Sonrió al apreciar que, con tan solo recordarlo, lo necesitaba de nuevo. Asombrada por las emociones que habían despertado en ella, volvió a alzarse y buscó algo con lo que cubrir su desnudez. Necesitaba salir de aquella habitación donde sus pensamientos pecaminosos no tenían fin. Posó sus pies en el suelo y se dirigió hacia el balcón, descorrió las cortinas y encontró que en la entrada estaba estacionado el carruaje en el que debía llegar Wanda. Buscó con la mirada la bata que la noche anterior lanzó Roger hacia algún lugar de la alcoba y, después de hallarla detrás del diván, corrió para ponérsela.

—¡Wanda! —exclamó bajando las escaleras como una niña alterada.

—Señora... —comentó la doncella asombrada al ver a Evelyn vestida con una simple bata y con los cabellos alborotados.

—¡Oh, Wanda! ¡Cuánto te he extrañado! —dijo al abrazarla.

—Dudo que lo haya hecho viéndola de esa guisa —refunfuñó la criada.

—No seas mala... —Dio unos pasos hacia atrás y se ruborizó.

—Veo que su plan está siendo eficaz —le susurró.

—El plan —recalcó—, ha desaparecido. Ahora no quiero descubrir quién es mi marido sino disfrutar de la vida que tanto desea ofrecerme.

Wanda estuvo a punto de soltar un enorme insulto cuando Sophie apareció de algún lado de la casa.

—¿Desea desayunar? —le preguntó a Evelyn con interés.

—Sí, claro. Muchas gracias Sophie por ser tan atenta —comentó con una sonrisa.

—¿Desayunar? —inquirió Wanda con un susurro—. Yo diría más bien que es la hora del almuerzo —replicó.

—Esta noche no he podido descansar todo lo que necesitaba —alegó sin dejar de sonrojarse—. Sophie —llamó la atención de la sirvienta que ya había empezado a dirigirse hacia la cocina—. ¿Serías tan amable de llevarnos el desayuno a mi habitación?

—Por supuesto, señora —afirmó haciendo una leve reverencia.

—¡Ven! —Evelyn agarró la mano de Wanda para hacerla subir las escaleras con rapidez—. ¡Voy a enseñarte la casa!

Después de mostrarle el dormitorio que habían preparado para ella, la condujo hacia su estancia. Los ojos de la sirvienta no habían sido capaces de cerrarse ni un solo instante. Mostraba la misma expresión de asombro que ella al comprender cómo era el interior de la casa de su marido.

—Y esta es nuestra habitación —indicó cuando abrió la puerta.

—¿Nuestra? —quiso saber al tiempo que enarcaba las cejas.

—Mi esposo no desea descansar alejado de mí —expuso ruborizada.

—Y mucho me temo que usted tampoco sería capaz de descansar sin su presencia, ¿me equivoco?

—¡Las cosas han cambiado! ¡Todo ha cambiado! —exclamó girándose sobre ella misma un par de veces—. No es el hombre que me dijeron. ¡No es el hombre que creí!

—Bueno... —empezó a decir mientras buscaba un asiento—, eso debe de alegrarme.

—¡Claro que sí! —Caminó hacia ella, se arrodilló y puso su cabeza sobre las rodillas de Wanda—. ¡Las dos tenemos que alegrarnos! Por fin viviremos felices...

La doncella acarició el cabello de Evelyn al tiempo que suspiraba con vehemencia. Esperaba, no, más bien rogaba, que esta vez no le rompieran el corazón. Porque si sucedía, si volvían a destrozarla, ella no actuaría de manera pasiva. Le arrancaría al futuro marqués el corazón con sus propias manos...

—¿Qué es ese ruido? —Evelyn se levantó con rapidez y caminó hacia la puerta. Al abrirla, escuchó la voz de una mujer. Hablaba con autoridad y alzaba su tono en cada palabra.

—¡Ni se le ocurra salir así! —La advirtió Wanda colocándose frente a ella—. Iré a ver qué sucede.

Evelyn asintió, dio unos pasos hacia atrás y dejó que saliera. Cuando se quedó sola anduvo hasta la cama, se sentó y apretó las manos. ¿Quién aparecería en el hogar de su marido dando órdenes y levantando su voz de forma desafiante? Miró hacia la puerta y notó cómo su pulso se aceleraba. Debía de haberlo supuesto. Para llegar a Lonely tuvieron que atravesar medio Londres y más de un londinense saludó al carruaje al contemplar el estandarte colgado en el lateral de este. Todo el mundo sabría que el señor Bennett había regresado. Tal vez, incluso alguna de sus amantes descubrió que Roger permanecería en su hogar y apareció demandando aquello que en su tiempo le ofreció. Sí, debía ser eso. Una mujer no podía alzar la voz de aquella manera salvo que se enojara al ser informada que su amante se había casado y que ya no la



necesitaba. Unas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y la tristeza le oprimió el corazón. Tenía que haberlo sospechado. Tenía que haber considerado que, pese a la noticia del casamiento de Roger, más de una mujer no renunciaría a perderlo como *affaire*. ¿Quién, en su sano juicio, desistiría de unas manos y una boca como la de su marido?

—¡Dios santo bendito! —exclamó Wanda después de cerrar la puerta tras su entrada—. ¡Vístase!

—¿Quién es?

—¿Quién es?! —repitió la doncella alzando los brazos y poniendo los ojos en blanco—. ¡Su Ilustrísima, mi señora! ¡La mismísima marquesa de Riderland ha venido a conocerla!

—¿La madre de Roger? —Se levantó de un salto de la cama y se llevó las manos a la boca.

—¡La misma! Y le ha gritado a... ¿Sophie? —preguntó dudosa—, que no se marchará hasta averiguar quién es la mujer que ha logrado casarse con su hijo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —gritó Evelyn corriendo de un lado para otro.



Muy a su pesar, tuvo que dejarla en la habitación. Le hubiese gustado verla despertar, observar cómo le brillaban los ojos al verlo a su lado y cómo extendía los brazos para acogerlo de nuevo en su cuerpo. Pero tenía otras cosas que hacer antes de regresar con Evelyn. Bajó del caballo y soltó una enorme carcajada cuando fijó sus pupilas en la entrada de la residencia.

—¿No dijiste que estaba enferma? —preguntó divertido.

—Te prometo que así era —respondió John asombrado.

Una pequeña de unos seis años corría hacia ellos. Su cabello ondulado volaba

sobre su pequeña cabeza y el color rubio se hacía blanco cuando los rayos solares lo alcanzaban. Agarraba con sus manecitas el vestido esmeralda para no caerse en la carrera. Roger abrió los brazos, se arrodilló y esperó a que la niña impactara sobre su cuerpo.

—¡Roger! ¡Roger! ¡Has vuelto! —gritó Natalie antes de lanzarse sobre Bennett—. Te he echado de menos.

—¡Hola, princesa! Yo también te he añorado. ¿Cómo estás? —preguntó sin dejar de abrazarla—. John me ha dicho que estuviste enferma, siento si no estuve a tu lado, pero tuve que partir hacia un lugar muy lejano. Aunque veo que te encuentras mejor. —La cogió en brazos y la llevó de nuevo al interior de la casa.

—El señor Bell le dijo a madre que eran anginas —dijo con la cabeza alzada y mirando a su hermano mayor con entusiasmo—, y he tenido que tomarme una medicina con un sabor amargo. —Hizo un mohín.

—Vaya... ¿Y no te recomendó que tomaras muchos helados? —dijo divertido.

—¿Helados? —Abrió tanto los ojos que el azul de sus pupilas se volvió transparente.

—Ya veo que no...—Sonrió de lado a lado—. Bueno, pues hablaré con tu madre para que nos sirva dos grandes copas de helado de vainilla.

—Sí, por favor... —murmuró Natalie—. Ella siempre te hace caso.

—Su Excelencia... —Ywen, la madre de la niña, hizo una pequeña reverencia al verlo entrar.

—Buenos días, Ywen. Creo que Natalie desea tomar dos bolas de helado. —Dejó a la niña en el suelo y caminó por la entrada de la residencia. Todo estaba igual que antes de marcharse. Gracias a Dios nada había cambiado y esperaba que nunca lo hiciera.

—¿Helado? —Ywen arqueó las cejas castañas y miró a la niña enfadada. Natalie se escondió tras las piernas de Roger y este volvió a soltar otra

carcajada.

—Si eres tan amable de servirnos dos copas de helado... —señaló divertido.

—Se ha enfadado... —susurró la niña sin moverse.

—¿Cómo lo sabes? —Giró la cintura hacia la derecha y la observó jocoso.

—Porque ha arrugado la nariz...

—Roger, deberías ir a visitar a los demás. Estarán en el invernadero —indicó John.

—¿Me hará el honor de acompañarme, milady?

Bennett hizo una exagerada reverencia a la niña.

—El honor será mío, caballero —respondió cogiendo su vestido con ambas manos y contestándole con otra genuflexión.

Agarrada de la mano, Natalie daba saltitos en vez de caminar. Estaba tan feliz de tener de nuevo a su hermano que le era imposible andar como le indicaba su insistente institutriz. Alzó varias veces el rostro para confirmar que estaba allí, junto a ella, y que nada ni nadie los separaría jamás.

—Buenos días a todos. —Roger abrió la puerta del invernadero y saludó a los niños que se encontraban estudiando botánica con la señora Simon, encargada de enseñarles materias como álgebra, ciencia y piano.

—¡Roger! —exclamaron al unísono. Antes de que Natalie pudiera soltarle la mano, los niños corrieron hacia Bennett para abrazarlo.

—Su Excelencia —le saludó la profesora con una reverencia—. Bienvenido.

—Buenos días, señora Simon. ¿Qué tal han sido sus clases en mi ausencia?

—Salvo por el comportamiento habitual del señorito Logan, he de decirle que todo perfecto —explicó orgullosa.

El niño aludido se enderezó, se llevó la mano a la cabeza y resopló. Roger quiso regañarle y reprender su actitud, pero cuando lo miró a los ojos, se vio a él mismo. Nunca había sido un buen estudiante. Siempre esquivaba las clases que le aburrían y hacía desesperar a cualquier institutriz que se autoproclamara tranquila y sosegada. Pero por suerte, su madre calmaba su ira cuando alababan la caballerosidad, la inteligencia y la sensatez de Charles, el hijo pródigo, quien debería haber sido el encargado de ostentar el título que, por cinco minutos, él tenía que poseer.

—No quiero volver a escuchar a la señora Simon indicarme que tu comportamiento no es el adecuado —dijo finalmente. Se recordó a su padre. Allí, frente a la puerta de su dormitorio, con los brazos en la espalda y alzando el mentón con ímpetu—. Si en menos de un mes tu conducta no cambia, tendré que hablar con tu madre para elegir qué hacer contigo. No puedo perder el tiempo ni mi dinero malgastándolo en aquellos que no lo valoran.

—Sí, señor. Le prometo que cambiaré. —Agachó la cabeza y apretó los dientes.

«¡Dios! —pensó Bennett—. ¿Cómo puede ser tan semejante a mí?».

—Roger... —John llamó su atención—, el administrador acaba de llegar. Te espera en el despacho.

—Dile que no tardaré. —Su amigo asintió y se marchó—. Bueno, he de irme. Espero que los pequeños incidentes no se vuelvan a repetir. Señora Simon...

—Señor Bennet...

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Sin embargo, se quedó parado al ver que Natalie no se movía. Permanecía al lado de la profesora.

—Quiero escucharla, si no te importa. Quiero aprovechar el tiempo y el dinero —apuntó la niña muy seria.

Bennett sonrió y continuó su camino. Mientras se dirigía hacia la oficina recordó el día en el que apareció Ywen en Lonely Field. Lloraba desesperada mientras mostraba un bebé en los brazos. Al principio no quiso mirarlo. Solo

pensó que era otro más. Otro ser desamparado al que, al igual que los demás, le unía la misma sangre, pero cuando Ywen apartó la manta que cubría el pequeño rostro, Bennett se quedó paralizado. No estaba viendo la hija de su padre sino la suya. Tenía el mismo tono de ojos, su misma nariz puntiaguda y el cabello, esa diminuta mata de pelo que cubría la cabecita, era del mismo tono. En ese momento, al ver a Natalie, comprendió que todo su esfuerzo, todos sus pesares valían la pena si su hermano era tratado con la dignidad que se merecían. ¿Por qué debían sufrir las consecuencias del egoísmo de un padre incapaz de reconocer a sus vástagos? Además, en la residencia los mantenía a salvo de las garras de su madre. Al recordar el instante que desveló las atrocidades que ella realizaba para eliminar a todos los niños que nacían de las infidelidades de su marido, Roger apretó la mandíbula y respiró con profundidad. No, no les ocurriría nada malo. Él los protegería siempre.

—Con los últimos ingresos hemos podido solventar todas las facturas. —El administrador, rodeado de papeles, mostraba a Roger uno a uno los recibos pagados—. He de decirle que fue una idea excelente recortar los gastos al hacer que las madres trabajaran en la residencia. Hemos podido prescindir de cocineras, lavanderas, doncellas e incluso varias de ellas cuidan el jardín mejor que cualquier jardinero que se enorgullezca de serlo.

—Me alegra escuchar eso. —Roger adoptó la postura de un hombre de negocios. Su cuerpo recto parecía más inmenso si cabía y sus manos ocultas tras la espalda lo magnificaban.

—Pero también he de advertirle que si hallásemos algunos hijos ilegítimos más de su padre...

—Según me ha informado John, llevamos un año sin que aparezca ninguno y no creo que, a sus setenta años, pueda continuar con esa desdichada costumbre —masculló Bennett.

—Bueno, nunca se sabe qué fue capaz de hacer en el pasado, pero es cierto que desde hace un año nadie ha aparecido y dudo que pueda engendrar más hijos debido a su enfermedad.

—¿Enfermo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí. Su Ilustrísima lleva postrado en el lecho al menos cuatro meses. Según mis contactos, podría fallecer en cualquier momento y usted poseería el título.

—¿Y cómo no me hiciste llegar una noticia así? —inquirió furioso.

—Señor, se lo dije. Le indiqué en la misiva que le envié cuando estaba navegando que debía de visitarme por dos motivos importantes. Pero cuando desembarcó, no apareció por mi oficina —explicó con voz temblorosa.

—Tienes razón... —Se calmó un poco—. Tuve que ocuparme de otros asuntos antes de marcharme hacia Haddon Hall. —Deambuló por la oficina sin poder fijar la vista en ninguna parte. Si era cierto, si su padre estaba en sus últimos días, ¿cómo aceptaría su madre ser la viuda y que su despreciable hijo consiguiera el título? ¿Y su hermano? ¿Permanecería impasible mientras él aceptaba su legado? Roger arrugó la frente. Sabía que debían estar tramando algo, el qué, no alcanzaba a imaginárselo, pero sería algo maligno, de eso no le cabía duda. De repente se quedó pétéo, miró fijamente al administrador y espetó—: ¿Cuál es el segundo motivo?

—Usted... —La voz temblorosa apareció de nuevo.

—¿Yo? —Roger entrecerró los ojos y miró al hombre con suspicacia.

—Sé que no puede ser cierto, su Señoría. Por más que he estado pensando en ello, no me salen las cuentas.

—¿Cuentas? ¿De qué cuentas hablas? —Caminó hacia la mesa cubierta de papeles y apoyó las palmas sobre ellos.

—Le ruego que no se enfade conmigo, señor. Le juro por mi vida que no creo ni una sola palabra de esa sinvergüenza.

—¿A qué sinvergüenza te refieres? —gruñó.

—A la viuda del señor Myers, Excelencia —dijo al fin.

—¿Eleonora? —Apartó las manos, las cruzó delante de su pecho y enarcó las cejas—. ¿Qué quería esa mujer de ti?

—No se trata de mí, sino de usted. —El administrador hizo una pausa para poder tomar aliento. Sabía que lo que iba a exponerle no le iba a causar agrado alguno—. Cinco meses después de su enlace matrimonial apareció en mi oficina —empezó a decir—. Venía enfurecida y se fue aún más enfadada cuando le indiqué que no sabía dónde se encontraba y que no podía hacerle llegar la información.

—¿Qué deseaba esa arpía? ¿Qué información debías darme? —preguntó sorprendido a la par que confundido.

—Según ella usted... —titubeó de nuevo—. Usted...

—¡Maldita sea! ¡Habla de una vez!

—Esa mujer dice que el hijo que espera es suyo.

Roger no tuvo tiempo a reaccionar ante la noticia cuando John abrió la puerta de un portazo.

—Tenemos un grave problema —manifestó con el rostro desencajado.

—¿Qué sucede? —preguntó Bennett caminando hacia su amigo con rapidez.

—Yeng está fuera. Lo ha enviado Sophie. —Se giró y corrió hacia la salida. Bennett lo imitó. Su corazón no palpitaba y apenas podía respirar. Si su ama de llaves había enviado a alguien en su búsqueda era por una razón: Evelyn.

—Dime que mi esposa no está en peligro —exigió saber mientras se montaba en el caballo.

—No puedo decir tal cosa porque tu madre y tu hermano están con ella —soltó John antes de arrear con brío al corcel.

## XXX



—¿Estoy perfecta? —Evelyn se acarició el vestido y dejó de respirar. Wanda había sido hábil al hacer llegar el arca que transportaba en el carruaje y podía lucir una de las prendas que compró bajo la atenta mirada de Beatrice.

—Por supuesto —afirmó la doncella ultimando el peinado.

—Estoy tan nerviosa... ¿Qué pensará la marquesa? ¿Le pareceré la mujer perfecta para su hijo? Espero... Ruego que no hayan llegado a sus oídos las desdichas que he padecido en el pasado —sollozó.

—Relájese. De verdad que debe tranquilizarse un poco antes de bajar. Además, le guste o no a su Ilustrísima, ya se casó con su hijo y nada puede hacer para deshacerlo. Sea usted misma, no quiera aparentar aquello que no es y ya verá lo orgulloso que se siente su marido cuando sepa que ha recibido de manera correcta a su madre —comentó con voz suave y apacible.

—¡Los guantes! —exclamó Evelyn mirando a su alrededor. Se movía con tanto brío que Wanda pensó que el laborioso peinado no permanecería mucho tiempo tan perfecto.

—No creo que sea apropiado... —empezó a decir en voz baja.

—¡Tengo que llevarlos! —respondió agitada—. ¡Dios mío, tengo que llevarlos!

—Respire... por favor, respire... —Wanda observó que las prendas que buscaba con desesperación yacían sobre el tocador y, que debido a su estado de nerviosismo, no los había visto. Se acercó, los cogió y se los mostró.



—Es muy importante para mí causarle buena impresión —dijo algo más serena mientras la doncella le ponía los ansiados guantes—. Es la marquesa, la madre del hombre de quien estoy... —enmudeció rápidamente. No, no podía decirlo todavía. Por muy feliz que se sintiera junto a Roger todavía no podía hablar de algo tan importante, tan profundo.

La criada respiró hondo, extendió sus manos por el vestido y caminó hacia la puerta. No hacía falta que Evelyn terminara la frase que tanto temor le producía. Ella ya sabía las palabras con las que finalizaría. Estaba enamorada. El hombre de mirada penetrante, perturbadora y embelesadora había utilizado todas sus artimañas para seducirla y atraparla. Solo esperaba que él sintiera lo mismo por ella y olvidara al resto de las mujeres.

—¿Preparada? —quiso saber tras abrir la puerta y esperar a que Evelyn se decidiera a caminar hacia el exterior.

—Sí —respondió tras suspirar y alzar el mentón.

—No olvide respirar, es muy importante para evitar desmayos inoportunos... —le susurró cuando pasó por su lado.

Evelyn sonrió levemente. Caminó más erguida de lo que debiera y se paró cuando llegó a las escaleras. Miró hacia la entrada y observó que allí no había nadie. Seguramente Sophie había dirigido a la marquesa hacia el comedor. Se relajó y, tal como le indicó Wanda, respiró. Posó la mano en la barandilla y descendió despacio, sin aparente prisa, aunque la fuerza con la que latía su corazón podría impulsarla hacia abajo sin llegar a tocar el suelo con los pies.

—Buenas tardes... —Apareció una voz masculina justo antes de sortear el último escalón.

Evelyn no pudo ocultar la sorpresa que le produjo ver a un hombre tan parecido a su esposo, aunque advirtió notorias diferencias: su marido tenía los ojos más claros, era el doble de corpulento y, por suerte para Roger, el pelo y la barba abundaban más en él que en aquella persona que la miraba sin parpadear.

—Por el asombro que contemplo en su bello rostro, mi querido hermano no le

ha informado sobre mí, ¿estoy en lo cierto? —Enarcó la ceja derecha, sonrió y alargó su mano para tomar la de ella y dirigirla hacia su boca.

—Buenas tardes. La verdad es que hemos hablado de muchas cosas, tal vez me lo dije y lo olvidé —lo excusó. Intentó recomponerse del *shock* que le había producido la aparición de otro Bennett y sonrió.

—En ese caso, mi querida cuñada, me presentaré como es debido. —Hizo una ligera genuflexión y prosiguió—: Soy Charles Bennett, el hermano gemelo de su esposo —aclaró con una voz tan melosa que Evelyn sintió un extraño cosquilleo en su estómago.

—Encantada de conocerle, puede llamarme Evelyn si le parece correcto —dijo mientras aceptaba el brazo que le ofrecía para dirigirla hacia la pequeña salita que Roger tenía al lado del comedor.

La mujer frunció sutilmente el ceño. No esperaba que Sophie los hubiese conducido a un lugar tan privado para su marido. Según le contó cuando le hizo el breve recorrido por la casa, allí era donde se reunía con los comerciantes, abogados y administradores que trabajaban para él y donde guardaba documentos que nadie debía tocar.

—Evelyn... —susurró con tono aterciopelado—. Bonito nombre. ¿Qué significado tiene un antropónimo tan asombrosamente bello?

—Proviene de una palabra griega, *hiyya*, que significa fuente de vida —respondió sorprendida. Era la primera vez que alguien se interesaba por el origen de su nombre—. Aunque creo que la verdadera razón por la que mis padres decidieron ponerme este nombre se debe a una...

—¿Novela? —le interrumpió antes de apretar inapropiadamente su mano con la de él.

—Sí, en efecto, a una novela. A mi madre le gustaba mucho leer y me imagino que halló el nombre en algún personaje femenino —contestó dibujando una leve sonrisa mientras retiraba su mano del brazo masculino con sutileza.

—Madre... —saludó Charles tras abrir la puerta y permitiendo que Evelyn

accediera primero—, le presento a Evelyn, la esposa de nuestro querido Roger.

—Ilustrísima... —Evelyn caminó hacia ella, hizo una reverencia y se quedó parada hasta que la mujer, de no más de cincuenta años, se acercó a ella abriendo sus brazos.

Ninguno de los dos había heredado ni el color de sus ojos ni el del cabello. La madre poseía ojos negros y pelo castaño. Tampoco se asemejaban en altura. Era más bien una mujer bajita y regordeta. Sin embargo, todo su ser desprendía poder, dominación y arrogancia. Cualidades que sí poseía su esposo.

—¡Eres preciosa! —exclamó la marquesa mientras la abrazaba—. Roger siempre tuvo buen gusto al escoger a sus mujeres y veo que continúa teniéndolo. Aunque hasta ahora nunca eligió una con el pelo rojo. Imagino que ese habrá sido el principal motivo por el que ha terminado casándose contigo. Eres diferente.

Evelyn parpadeó varias veces, apretó los dientes y continuó sonriendo pese a que su mente le ofrecía mil maneras de disculparse y salir huyendo de allí hasta que Roger apareciera y le explicara la verdadera razón por la que estaban casados.

—Mientras te esperábamos, le he pedido a la criada que nos prepare una tetera de agua caliente —comentó. Cogió la mano derecha de Evelyn y la condujo, con un caminar firme, hacia los dos butacones que había junto a la chimenea.

—Me parece una idea muy acertada. Siento si les he hecho esperar más de lo debido. Después del largo viaje, he necesitado bastante tiempo para reponerme —respondió Evelyn sin saber si sus palabras eran las adecuadas.

—Me lo imagino... —dijo la mujer mientras se posaba en uno de los sillones.

—¿Puedes creer que mi querida cuñada no sabía de mi existencia? —comentó Charles con una sonrisa divertida—. Deduzco que mi hermano no le ha hablado mucho sobre su familia.

—¿No? —preguntó la marquesa mostrando un increíble pesar en el rostro.

—Tenga en cuenta que apenas hemos permanecido juntos. Después de casarnos, Roger tuvo que emprender un largo viaje de negocios. —Volvió a disculparlo sin poder evitar sonrojarse al tener que responder cuestiones tan íntimas.

—Mi querido hijo no es muy hablador, ¿verdad? Él prefiere atraer a las mujeres con otro tipo de artes más... pecaminosas.

—He apreciado —comenzó a decir Evelyn después de tomar aire y contener la huracanada ira que empezaba a nacer en su interior—, que tanto Charles como Roger son bastante parecidos.

—Sí, mi gestación fue un regalo de Dios. Creímos que venía un solo bebé y nos llevamos una grata sorpresa al descubrir que mi seno albergaba dos criaturas barones. Aunque Charles es tan solo unos minutos más pequeño que Roger —dijo sin ocultar su desdén.

—¿Te parecemos iguales? —El aludido se acercó tanto que volvió a sentirse incómoda ante tal proximidad. En contra de su voluntad, Evelyn pudo oler el perfume de su cuñado. Pese a ser tan parecidos, los dos poseían esencias muy diferentes. La de Roger producía en ella un efecto embriagador, sin embargo, el de Charles la asqueaba.

—Un poco... —Se reclinó levemente sobre su asiento, para distanciarse antes de mostrar cualquier signo de repugnancia en el rostro, y vertió agua caliente sobre la taza en cuyo interior había unas ramitas verdes.

—Me he permitido el lujo —continuó hablando la mujer—, de traerte unas infusiones de mi hogar. Espero que sean de tu agrado.

—Muchas gracias, seguro que sí. —Acercó la taza a su boca pero al notar el agua más caliente de como solía tomarla, la dejó de nuevo sobre el plato.

—Cuando eran pequeños nadie sabía quién era uno y quién era otro, pero por suerte, una madre nunca se equivoca. —La marquesa frunció el ceño al ver que Evelyn colocaba el vaso sobre la mesa—. Y hablando de niños... ¿habéis

pensado en tener descendencia con prontitud? Mi esposo, al ser veinte años mayor que yo, se afanó por dejarme encinta desde la primera noche que me convertí en su esposa.

—Pero Roger y yo somos de la misma edad y creemos que antes de traer un bebé al mundo tenemos que conocernos un poco más. —¿Había sonado locuaz? Eso esperaba porque no deseaba tener que ser ella la que le dijera a la marquesa que jamás tendría esa ansiada descendencia.

—Pues no deberíais tardar mucho. Por si no lo sabes, el marqués está muy enfermo —dijo con aparente tristeza—. Y si no mejora, pronto quedaré viuda.

—Eso significa que Roger... —Tragó saliva y volvió a coger la taza. ¿Le temblaban las manos? Sí, claro que lo hacían. Escuchó un leve tintineo al intentar levantar la taza.

—Sí. Pese a su insistencia en rehusar al título que por nacimiento le pertenece, no puede evitarlo. Cuando su padre muera, él será el nuevo marqués de Riderland —prosiguió su exposición con una desmesurada aflicción en el anciano rostro—. Como ya te habrá indicado, odia tanto la responsabilidad que conlleva ser marqués que jamás ha aceptado un solo chelín de la familia.

—¿Perdón? —dijo sin pensarlo.

—¿No te lo ha contado todavía? Lo siento, quizá me estoy metiendo en temas que no me incumben, pero no es justo que pienses que te has casado con un hombre diferente al que es en realidad: tu marido, querida, vive de lo que ese barco le proporciona. —La marquesa alargó la mano y tocó con suavidad la de Evelyn.

—Entonces... todo esto...

Se llevó el vaso a los labios. Debía darle un buen sorbo para poder digerir lo que estaba escuchando, pero cuando la taza tocó su boca, un enorme portazo se escuchó en la sala. Al levantar la mirada, observó a Roger con los ojos inyectados en sangre. Sin pensárselo un segundo, este corrió hacia ella, cogió el vaso y lo tiró hacia el interior de la chimenea.

—¡Marcharos de aquí ahora mismo! —gritó con tanta fuerza que el eco de su voz retumbó por cada rincón de la casa. Al mover la cabeza de un lado para otro algunos mechones de la coleta se soltaron para arremolinarse sobre su cabeza. ¿Alguna vez había visto un hombre tan enojado? ¿Alguna vez había presenciado cómo un titán podía convertirse en una bestia tan amenazadora?

—Hijo... —murmuró la marquesa levantándose de su asiento y extendiendo las manos hacia él—. Hijo mío...

—He dicho que os marchéis —masculló. Su pecho se alzaba y bajaba con una velocidad inverosímil. De pronto, Evelyn observó, asustada, que los ojos de su marido se oscurecían y que su boca se torcía en una sonrisa satánica—. O lo hacéis por las buenas... o por las malas —sentenció.

En ese preciso momento John apareció en la entrada. En su mano llevaba una pistola y sonreía de satisfacción.

—¡Vamos, madre! —ordenó Charles extendiendo la mano hacia ella—. No se humille más.

—Pero, hijo... —insistió la marquesa con lágrimas en los ojos.

—¿Has bebido algo? ¿Has tomado algún mísero sorbo de eso? —Roger, inquieto, le cogió la mano, la levantó del sillón, caminó con ella hacia la salida y cuando estaban en mitad del salón, regresó a la mesita para lanzar la tetera al mismo lugar que había arrojado la taza.

—No... —dijo temerosa—. No he tomado nada, ¿por qué lo dices? ¿Qué sucede, Roger? ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué los has echado de ese modo de nuestra casa?

—Cariño, te prometo que te lo explicaré todo cuando me encuentre más calmado, pero ahora mismo no soy capaz de razonar. Solo deseo... —Soltó otra vez la mano de su mujer y anduvo hacia la puerta principal.

—Se van como dos hienas después de la llegada del león —indicó John antes de soltar una carcajada.

—Lo siento, señor, no pude evitar que... —empezó a decir Sophie sin dejar de llorar.

—Tranquila, lo entiendo. Hiciste lo correcto. —Roger la reconfortó.

Evelyn fue incapaz de moverse del *hall*. No podía asimilar qué había sucedido ni por qué. Su esposo le había dicho que se lo explicaría cuando estuviera más tranquilo pero... ¿y ella? ¿Cuándo se tranquilizaría ella? Aturdida, se levantó el vestido con las dos manos y comenzó a subir las escaleras con rapidez. Necesitaba estar sola. Necesitaba digerir lo que había sucedido en menos de una hora.

—¡Evelyn! —gritó Roger al verla caminar por el piso de arriba—. ¡Evelyn!

—No subas —le dijo John posando la mano derecha sobre el hombro de su amigo—, déjala hasta que encuentres la paz que necesitas para hablar con ella.

—No voy a darle tiempo para que su mente piense lo que no es, debo aclararle todo lo que ha sucedido, pero antes de subir debes hacerme un favor.

—Dime.

—Eleonora comenta que está esperando un hijo mío y no es cierto —dijo con rotundidad.

—¿Estás totalmente seguro de que no es tuyo?

—Totalmente —declaró tajante.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

—Busca al hombre con quien se ha estado viendo a escondidas. Puede que la visitara incluso cuando estuvo conmigo. Esa mujer tenía un maligno propósito cuando yacía en mis brazos. No creí a los que me advirtieron que, en diversas ocasiones, la vieron comprando brebajes de fertilidad en Whitechapel, pero ahora sé que tenían razón cuando me avisaron que buscaba ser la futura marquesa de Riderland —comentó enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta con anterioridad.

—Esa mujer siempre me ha producido escalofríos... —dijo John haciendo temblar de manera exagerada su cuerpo.

—No tardes en encontrarlo. Creo que Evelyn no será capaz de afrontar tantas cosas a la vez —dijo mirando hacia la segunda planta.

—Si te quiere, lo hará —determinó John antes de marcharse para comenzar la búsqueda del misterioso amante.



## XXXI



Pese a querer darse algo más de tiempo para hablar con Evelyn, no pudo contenerse. Cuando vio a John montarse en el caballo y dirigirse hacia Londres, Roger subió las escaleras de dos en dos. Le urgía contarle la razón por la que había actuado de esa manera y que ella entendiera el motivo de su ira. Caminó por el pasillo con más lentitud de la que pretendía. Su corazón latía con fuerza y apenas podía controlar los temblores de sus manos. Se quedó parado en la puerta, con la cabeza agachada y los hombros inclinados hacia delante. Era el momento para que su esposa descubriera su pasado aunque ello implicara un inevitable distanciamiento entre ambos.

Cuando accedió al dormitorio, observó a Wanda sentada al lado de su mujer. La abrazaba y le murmuraba palabras de consuelo mientras ella sollozaba. Se le estranguló la garganta y notó cómo sus fuerzas se desvanecían ante la triste imagen. Dio dos pasos hacia delante, esperando a que la doncella notara su presencia. En cuanto ella lo descubrió al girar con suavidad la cabeza hacia la puerta, se levantó, hizo una pequeña reverencia y empezó a dirigirse hacia él.

—Gracias, Wanda —le agradeció con una voz inusual en él.

—Excelencia...

Wanda cerró la puerta tras salir. Inspiró hondamente y clavó sus ojos al final del pasillo. Se sorprendió al ver que Sophie la esperaba con los brazos cruzados delante del pecho. Sin pararse a razonar por qué estaba allí, se dirigió hacia ella.

—Puedo contarte toda la historia mientras tomamos un té —señaló la mujer con tono suave.

—Preferiría un buen vaso de whisky —matizó Wanda.

—Entonces, le diré a Yeng que nos suba una botella de la bodega.

No se atrevía a acercarse. Evelyn continuaba sentada sobre la cama, mirando hacia la ventana.

—Si quieres que me marche, lo entenderé —dijo al fin.

—Creo que antes de alejarte deberías explicarme lo que ha sucedido ahí abajo —contestó temblorosa.

—Evelyn yo... yo no quiero perderte —comentó con tono estrangulado.

—Prueba a decirme la verdad y yo sopesaré qué debo hacer, pero no des por sentado algo que todavía no he decidido —apuntó. Se volvió hacia Roger y se quedó muda. Su pelo continuaba alborotado, sus ojos ya no eran oscuros sino cristalinos, y su cuerpo, ese que adoraba por la magnitud que expresaba, permanecía encorvado, abatido.

—Como has comprobado —empezó a decir caminando hacia ella—, la relación con mi familia es un tanto peculiar.

—Todos tenemos ciertas diferencias entre los miembros de una familia, pero jamás creí que alguien intentara subsanarlos de esa forma —señaló Evelyn apática.

—No siempre fue así, según me contó la mujer encargada de nuestra crianza. Ella no tuvo preferidos hasta que cumplí los quince años. Y era cierto, ella trataba a los dos por igual. Sin embargo, mi carácter empezó a manifestarse sobre esa edad y nos fuimos distanciando.

—Mis padres también se enojaron conmigo cuando descubrieron que no era la hija que esperaban, pero nunca llegué a despreciarlos tanto como para tratarlos de esa manera —indicó Evelyn esperando que Roger no quisiera contarle una historia falsa.

—Evelyn... —murmuró al tiempo que se arrodillaba frente a ella.

—Prueba de nuevo, Roger. Si de verdad deseas que me quede a tu lado, cuéntame la verdad.

—¿Y si no eres capaz de soportarla? ¿Y si no eres capaz de mirarme de nuevo a los ojos?

—Inténtalo...

Bennett agachó la cabeza, dejó los brazos laxos y prosiguió.

—La fama de adúltero de mi padre era cada vez mayor. Recuerdo cómo discutían cuando pensaban que nadie les escuchaba, cómo mi madre le gritaba que ella no se merecía padecer ese tipo de bochornos y que estaba cansada de recibir a todas sus amantes con niños en los brazos declarando que eran hijos suyos. «Me casé contigo por tu inteligencia —le dijo mi padre una de las veces que hablaron sobre el tema—, y confío que sabrás cómo hacer desaparecer tu insufrible vergüenza». Jamás imaginé que se tomara aquellas palabras de manera tan literal, pero creo que, aquello que la condujo a tomar esa decisión tan horrenda, fue el deseo de velar por nuestra posición social.

—Evelyn extendió sus manos hacia los hombros de su esposo para reconfortarlo con su leve toque—. Pero apareció un niño... Una extraña criatura que no contaba con más de siete años se presentó en la puerta de la residencia familiar con su madre de la mano. Hasta ese día, hasta ese preciso momento, la marquesa cuidó con increíble pasión que tanto mi hermano como yo no fuéramos testigos de ese tipo de visitas. Sin embargo, aquel día me escapé de mi dormitorio y me oculté en el establo. Necesitaba salir de la casa y hacer desaparecer, por unas horas, la presión que sentía al ser instruido para convertirme en el futuro marqués. Recuerdo que la propia marquesa los recibió, y tras hablar con la mujer, el niño se quedó en la entrada mientras veía cómo se alejaba su madre. Con una sonrisa extraña en su rostro, lo condujo hacia el interior de la casa. Durante las dos semanas siguientes, estuve buscando a ese niño por toda la residencia. Incluso me atreví a preguntarle a las criadas si lo habían visto. Nadie había oído hablar de él, pero mi curiosidad era tal, que no mermé mi empeño por encontrarlo. Un día, mientras jugaba con Charles, me aventuré a recorrer el sótano. Allí, en mitad de un muro de piedra, una puerta de pequeña envergadura permanecía cerrada con la

llave dentro de la cerradura. Deseoso de ganar el juego, abrí la puerta y cuando descubrí lo que había en el interior me asusté tanto que fui incapaz de moverme.

—Estaba allí, ¿verdad? —le interrumpió Evelyn arrodillándose frente a su marido.

—Sí. Lo había amarrado a unas cuerdas para que no intentara escapar. Recuerdo el suave y lento ritmo de su respirar y la extrema delgadez. Estaba tan escuálido que podía apreciar con claridad los huesos ocultos bajo su piel. Quise desatarlo, liberarle de esa prisión, pero escuché un ruido a mis espaldas y me escondí.

—¿Quién era...? —preguntó colocando sus manos en los pómulos de Roger. Le levantó el rostro y observó un río de lágrimas recorriendo sus mejillas.

—Mi madre. Era mi madre —le tembló la voz al afirmarlo.

—¡Oh, Dios mío, Roger! —exclamó abrazándolo con fuerza.

—Lo mató delante de mis ojos, Evelyn. Fue muy cruel escuchar los sollozos de aquel niño rogando, en su último aliento, piedad hacia su asesina. — Bennett continuó llorando mientras las cálidas manos de su mujer le acariciaban e intentaban darle el consuelo que, hasta ese momento, nunca había encontrado—. Cuando estuvo segura de que el niño no respiraba, cerró la puerta y se marchó como si nada hubiera ocurrido. Durante los tres días siguientes, bajé para averiguar qué plan tenía mi madre para deshacerse del cadáver. Y lo que descubrí fue tan aberrante que perdí el juicio. La cocinera, una mujer de incalculable confianza para mi madre, troceaba el cuerpo del niño con un hacha. La vi allí, tendida en el suelo, levantando el arma y asestándola con fuerza para romper los huesos aferrados a la carne. Luego, todas las partes troceadas las metía en un caldero y los tiraba a la lumbre de la cocina. Los utilizaba como míseros leños.

—Pero el olor... El hedor a...

—¿Quién se iba a imaginar que lo que avivaba la lumbre eran restos de un ser humano? —comentó apartándose las lágrimas con sus manos y levantándose

con rapidez. Evelyn se quedó mirándolo, rota de dolor al escuchar lo que le contaba—. Cuando en la cocina no hubo nadie que fuera testigo de la locura que iba a cometer, cogí una rama del suelo y saqué un hueso de ese niño.

—Su cráneo... —murmuró Evelyn llevándose las manos hacia la boca.

—Sí —dijo Roger volviendo su mirada hacia ella y entornando los ojos.

—Lo vi en el carruaje... —desveló con temor.

—Te prometo que no trataba de alcanzar un premio, ni algo que quisiera tener como recuerdo de las demencias de mi madre. Necesitaba aferrarme a algo para liberarme de la maldad que me rodeaba, Evelyn. De confirmar que yo no era como ella, pese a que su sangre riega mi cuerpo.

—¿Qué pasó después? —Se levantó y se colocó tras las espaldas de su marido.

—Me marché. Con tan solo quince años, abandoné mi hogar y decidí buscar un futuro distinto del que me habían marcado. Viví algunos meses en las calles, ocultando mi identidad. Y de repente un día, un caballero que cubría su cuerpo con una gran capa negra y que se acercó a mí para darme una moneda se apiadó de ese niño delgado y mugriento que le rogaba una limosna para poder comer. Me ofreció marcharme con él a Francia y convertirme en un hombre respetable. No me preguntes la razón de esa ofrenda, jamás la investigué, pero lo que sí puedo afirmar es que gracias a su misericordia me salvé de morir hambriento en cualquier calle de Londres. Cuatro años después de mi desaparición, cuando todo el mundo me creyó muerto, aparecí en Tower, la residencia de mis padres. Mi padre lloró al verme y me abrazó como nunca antes había hecho. Sin embargo, mi madre y mi hermano no se acercaron a mí. Creo que no fueron capaces de asimilar mi regreso. —Suspiró hondamente. Miró hacia el exterior de la ventana y prosiguió—. No pretendía quedarme a vivir con ellos, ni volver a ocupar el puesto que por nacimiento me pertenece, pero necesitaba esperar el momento idóneo para confesarle a mi madre que sabía lo que había hecho con los hijos ilegítimos de mi padre. Como era de esperar, ella se enfureció, me gritó que había enloquecido durante mi ausencia y que solo eran historias que mi mente juvenil imaginó.

—Roger... —Alargó las manos, le cogió de la cintura y posó su cabeza sobre la espalda masculina.

—Poco tiempo después de mi imaginario testimonio comencé a enfermar. Tenía náuseas, mareos y muchas fiebres, demasiadas. Mi padre, aterrado al pensar que había contraído alguna enfermedad contagiosa, hizo llamar al médico para que me tratara, pero ni este pudo decir con claridad qué me sucedía. De repente, una persona se apiadó de mí. Un criado que llevaba poco tiempo sirviendo a mis padres y que observaba con tesón lo que acontecía en la finca. Él descubrió que mi madre había plantado belladona en un lugar apartado del jardín y que me la preparaba como infusión. Al razonar que intentaba matarme por envenenamiento, no se lo pensó. En mitad de una noche, echó mi casi inerte cuerpo sobre sus hombros, bajó hasta la entrada y, con gran esfuerzo, me metió en un carruaje.

—Anderson... —murmuró Evelyn aferrando con más fuerza el cuerpo de su marido.

—Pero el odio de mi madre no iba a cesar nunca. Esperó con paciencia el momento para conseguir su fin y casi lo logra de nuevo. Encargó a un hombre que me siguiera, que me acechara. En una de mis salidas nocturnas en las que no podía ni tenerme en pie por la embriaguez, fui asaltado y maniatado. Me resistí con afán al ataque, pero no logré escapar. Cuando abrí los ojos tras el desmayo, una voz empezó a hablarme detrás de mí. Antes de poder responderle, de increpar su acto, noté un escozor en mi piel.

—Tus marcas... —Evelyn liberó la cintura de Roger y posó con suavidad sus palmas sobre la tela que cubría las señales de los latigazos.

—Pero el destino me volvió a salvar. La misma noche en la que fui asaltado, estuve jugando a las cartas con William y Nother, el antiguo propietario de mi barco. Rutland apareció por la residencia en la que me hospedaba y al no hallarme, me buscó desesperado por todo Londres. Creo que se sentía culpable por haberme abandonado a mi suerte mientras él calentaba el lecho de una amante. Entonces tropezó con Yeng, el croupier que nos atendió en el club. Cuando le preguntó si me había visto, le informó que, tras salir del club, dos personas soportaban mi cuerpo. También le dijo que me introdujeron en un carruaje y que se dirigieron hacia las afueras. William le agarró del cuello y le

hizo que le mostrara el lugar donde me condujeron. Solo recuerdo que, cuando lo di todo por perdido, cuando vi la muerte acercándose a mí, se escuchó un disparo y después, la presión de mis manos finalizó.

—Oh, cariño... —sollozó abrazándolo de nuevo.

—Desde ese momento me prometí a mí mismo que lucharía hasta el final de mis días y que ningún ser inocente que tuviera mi misma sangre moriría en manos de mi madre. Yeng decidió permanecer a mi lado y fue mis ojos mientras realizaba largos viajes en el barco. Se encargó de recoger a todos los niños que se dirigían hacia Tower para reclamar la paternidad del marqués y los albergaba en un hospicio que yo pagaba. Poco después adquirí varios terrenos. En uno construí Lonely y en el otro... —Se giró hacia su mujer. Deseaba contemplar cómo hacía frente a lo que estaba a punto de desvelar. Se sintió un ser maligno al ver sus lágrimas vagar por el rostro.

—¿Y en el otro? —insistió Evelyn.

—Construí una pequeña residencia a la que llamé Children Saved.

—Niños salvados... —murmuró la mujer con apenas un hilo de voz.

—Sí. Al principio, creo que solo lo hice por salvar mi propia conciencia, que no cesaba de recriminarme día tras día que podía haber impedido las muertes de esos niños.

—Pero no podías hacer nada... —Evelyn levantó las manos hacia Roger y posó sus palmas en el rostro—. Eras muy pequeño... —insistió sollozando.

—Pero un día, apareció en mi puerta un ángel. Un diminuto ser que casi me hace arrodillarme y suplicar que me perdonara sin haberle hecho nada aún. Mi pequeña Natalie... —suspiró—. Ella me hizo comprender que esperaban de mí algo más que un lugar donde cobijarles o alimentarles. Necesitaban afecto, al igual que yo. Con el tiempo, mis viajes se hicieron más duraderos y abundantes. Pese a la fama que creé en Londres para humillar aún más mi apellido, todos los comerciantes requerían de mis servicios. Casi todas mis ganancias se destinaron a la mejora de la residencia y a contratar personal cualificado para ofrecerles la educación que se merecían.

—¿Cuántos niños hay en Children Saved?

—Veinte.

—¿Veinte?! —repitió sorprendida.

—Demasiados, lo sé. Gracias a Dios, mi padre enfermó y tuvo que abandonar el insaciable deseo de engendrar un sinnúmero de posibles herederos. —Sonrió de medio lado ante su propio sarcasmo.

—Quiero conocerlos a todos —murmuró mientras acercaba la boca de su marido hacia la de ella.

—¿Estás segura? —apenas pudo hacer la pregunta por la emoción.

—Sí, muy segura.

Roger besó con pasión a Evelyn. Después se quedó mirándola sin parpadear, la agarró de la cintura y la alzó sobre su cintura.

—Te quiero, señora Bennett. Te quiero más de lo que nunca pude imaginar que lo haría. —Caminó hacia el lecho y la posó muy despacio.

—Roger... —murmuró mientras su marido comenzaba a meter las manos bajo el vestido y acariciaba con lentitud las piernas.

—Que...

—Yo también te quiero.

Escuchar esas palabras de su esposa le produjo tal emoción que estuvo a punto de derrumbarse sobre ella y ponerse a llorar. Todo su pasado, toda la oscuridad que había vivido en él desde que descubrió aquellas muertes desapareció. El sol brillaba en su interior, y en cada caricia, en cada beso que Evelyn le ofrecía, los rayos lo iluminaban aún más. La besó despacio, perfilando con su lengua el dibujo de la boca que adoraba, que amaba. Se sintió gozoso al advertir que las manos de ella se colocaban en su pecho para despojarle de la camisa. Se alejó, levantó los brazos y dejó que continuara palpando su torso sin prendas que le impidieran sentir el suave tacto de las



yemas. Sus manos regresaron a los muslos femeninos. Evelyn arqueó la cintura, invitándolo a poseerla con prontitud, con el mismo ardor y deseo que él sentía por ella.

—Repíteme que me quieres —murmuró antes de morder el labio inferior de ella y tirar con suavidad hacia él.

—Te quiero, Roger... Te quiero... —Cerró los ojos al percibir cómo el sexo de su marido se aproximaba al suyo.

No hubo ternura entre ellos. No fue un acto lento, ni suave. Fue la primera vez que Roger necesitaba unirse a ella para aliviar su dolor. Pero no solo calmó su suplicio, sino que en cada gemido, en cada sollozo, en cada invasión hacia el interior femenino, Evelyn también se liberaba de toda la presión que había acumulado en su vida. No fue solo un acto de amor, sino de verdadera plenitud.

—Evelyn... —susurró junto a la boca de ella cuando el clímax estaba a punto de llegar.

—Roger... —Clavó las uñas en la espalda de su marido e intentó hacer desaparecer aquellas marcas con sus propias manos.

Un clamor brotó de la habitación con tanta intensidad que Sophie y Wanda se levantaron de sus sillas asustadas.

—El sonido del amor... —dijo Sophie antes de emitir una pequeña risita—. Solo espero que esa pasión pronto dé frutos.

—No creo que los dé... —murmuró Wanda tras sentarse y mirar el octavo vaso de licor que tenía en sus manos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó la mujer tomando asiento.

—Mi señora jamás podrá quedarse encinta —comentó con pesar.

—¡Explícate! —insistió Sophie mientras que, con un salto, aproximó la silla hacia la mesa.

—Cuando era joven perdió un bebé y, tras el aborto, sufrió una grave infección. El médico que la atendió informó a los padres que su útero había quedado estéril y que le sería imposible quedarse embarazada de nuevo —explicó antes de beberse el licor de un trago.

—Pero ese doctor no conocía la persistencia de nuestro señor... —apuntó antes de soltar una carcajada.

## XXXII



—¿Estás despierta? —La encantadora voz de Roger le susurró en el oído la pregunta mientras su aliento calentaba la piel que rozaba tras su paso.

—Ahora sí —respondió volviéndose hacia él.

Bennett apoyó el codo en el almohadón y la miró con tanta ternura que Evelyn sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

—Gracias por no abandonarme, por no alejarte de mí después de escucharme —le dijo antes de acercar su mano derecha y acariciarle una mejilla.

—No tienes por qué dárme las. Además, no creo que deba perdonar un pasado del que no has tenido nada que ver. Las maldades las realizó tu madre, no tú —señaló acercándose a él y dándole un suave beso.

—Siempre me he culpado por no haberlo descubierto antes. Quizá de ese modo, hubiera salvado más vidas —comentó frunciendo el ceño.

—Pero has salvado muchas, veinte para ser exactas. —Extendió sus brazos y Roger se enredó en ellos. Esta vez fue él quien posó su cabeza sobre el pecho de su mujer y quien dejó que los delicados dedos de su esposa acariciaran con suavidad el largo cabello dorado.

—Sí, veinte aunque... ¿cuántas perdieron la vida en manos de mi madre? Evelyn, estoy seguro de que hubo bebés, niños que no consiguieron llegar a cumplir los cinco años...

—No te martirices por eso, Roger. Tu conciencia deber alcanzar la paz. Es ella quien está manchada de sangre inocente. —Posó sus labios sobre el rubio

cabello y lo besó—. Cuéntame cómo es Children Saved —le dijo después de unos momentos de silencio en el que solo se escuchaban sus pausadas respiraciones.

—No es muy grande, pero lo suficiente como para albergarlos cómodamente. Tiene dos plantas. Abajo está la cocina, un enorme comedor y una biblioteca, aunque con las últimas reformas, esa sala la convertimos en un lugar donde la señora Simon imparte las materias. Arriba no hay distinciones entre un ala u otro. Según subes, te encuentras un largo pasillo con más de quince dormitorios. Allí descansan todos los que habitan en la residencia.

—¿A qué te refieres cuando dices todos?

—En Children Saved no solo viven mis hermanastros, sino que sus madres también residen allí.

—¿Dios santo, Roger! ¿A cuántas bocas alimentas? —preguntó sorprendida.

—Cuarenta y siete. —Levantó la cabeza y contempló el asombro que mostraba el rostro de Evelyn—. Tienes que entender que algunos de ellos apenas habían cumplido el año de edad cuando aparecieron en la puerta y no vi justo que las madres se despegaran de sus hijos pequeños.

—¿Cómo puedes solventar esos gastos? Tendrás que continuar realizando muchos viajes... —preguntó interesada.

—Con tres al año son suficientes. Tanto el administrador como yo estudiamos la manera de recortar gastos y se nos ocurrió que la única forma de no excedernos en los presupuestos anuales era haciendo partícipes a las madres de las tareas que se requieren en el mantenimiento de esa residencia. Varias son cocineras, otras lavanderas e incluso, según fui informado ayer, otras han decidido emplearse como jardineras —comentó feliz al ver que Evelyn no le reprochaba su labor sino que, por el contrario, la alababa.

—¿Tenéis jardín? —continuó interesándose. Mientras Roger hablaba, ella se imaginaba cómo sería aquel pequeño paraíso en el que vivían felices tantas criaturas.

—Dos hectáreas de pradera rodean la casa. Aunque te parezca inmenso, no lo es cuando todos salen a jugar. —Sonrió—. Hay un pequeño parque donde han plantado flores de todas las clases. Una fuente con la escultura de un niño se sitúa en el centro y abastece de agua ese pequeño edén. Hace un par de años, Yeng se encargó de construir un invernadero donde la señora Simon imparte clases de botánica o ciencia.

—Tiene que ser precioso... —murmuró con suavidad.

—Lo es. ¿Sabes? Creo que es la primera vez que estoy ansioso para que amanezca. En cuanto tomemos el desayuno te llevaré allí y contemplarás con tus propios ojos lo que he construido durante estos años —dijo colocando su cabeza de nuevo sobre el torso femenino—. Cuando te vean aparecer, cuando todos descubran que eres mi esposa, se volverán locos de emoción y no te van a dejar descansar ni un solo instante.

—Háblame de ellos.

—Todos son muy semejantes aunque se diferencian en el color de su pelo o en el de sus ojos. Hay dos que son tan parecidos a mí que cuando les veo me reflejo en ellos.

—¿Cómo se llaman? —continuó con las caricias sobre el cabello de su marido.

—El chico es Logan. Tiene catorce años. Rubio, alto, quizá demasiado alto para su edad. Pero el color de sus ojos no es azul, sino marrón. No hay duda que los heredó de su madre. Aunque lo que le hace tan parecido a mí es su actitud. Es rebelde, no acata las normas como hacen los demás. Siempre intenta rebatir ciertos temas y no cesa de investigar por su cuenta. Sé que el día de mañana, cuando yo no puede hacerme cargo de mi barco, estará encantado de ser él quien se quede en mi puesto.

—¿Eso te asusta?

—No, al contrario, me halaga. Es grato saber que alguien continuará lo que yo comencé —expuso con orgullo.

—¿Quién más?

—La otra personita que me deja en estado de shock cada vez que la veo es la pequeña Natalie... —dijo el nombre con un inmenso gozo.

—Háblame de ella, Roger. Me interesa mucho saber sobre ese ángel que te impulsó a darles aquello que eras incapaz de ofrecer.

—Le llamo princesita porque en realidad lo es. Tiene el cabello tan rubio que cuando los rayos del sol lo tocan se convierte en blanco. Su madre se afana en hacerle largos tirabuzones, pero en cuanto puede, ella se recoge el pelo como lo hago yo, en una coleta. —Volvió a dibujar una enorme sonrisa en su cara al recordar las continuas discusiones entre las dos por mantener el peinado intacto—. Su nariz es idéntica a la mía y el color de sus ojos también. Si Ywen no me hubiese dicho que el padre de la criatura era el mismo que el mío, habría pensado que lo era yo. Le encanta investigar. Todo el tiempo está preguntado los motivos de esto, de lo otro o incluso por qué sale el sol al ser de día y la luna cuando oscurece. A veces desespera a la institutriz. Dice que su afán por saber es inaudito en una niña tan pequeña.

—Espero que me acepte... —murmuró Evelyn dibujando una inmensa sonrisa.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Roger alzó la cabeza y la miró desconcertado.

—Ni te imaginas lo posesivas que somos las mujeres cuando amamos a un hombre —respondió sin disminuir esa risa.

—Estoy seguro de que en cuanto te vea, te preguntará la razón por la que tienes el pelo rojo, cómo me conociste y por qué te has casado conmigo —dijo antes de soltar una carcajada.

—Bueno, evitaré decirle que me ganaste en una partida de cartas. —Hizo un pequeño mohín.

—¡La mejor partida de cartas de mi vida! —exclamó antes de colocarse sobre ella y volver a besarla de nuevo.

Evelyn había cerrado los ojos para sentir las manos de su marido recorrer su

cuerpo cuando, un golpe en la puerta hizo que ambos se retiraran como si les quemara la piel al tocarse.

—¿Quién es? —gruñó Roger saltando desnudo de la cama.

—John —respondió el indio entornando la puerta.

—Pasa —indicó tras confirmar que Evelyn se ocultaba bajo la sábana—. ¿Qué sucede?

—Hay un incendio en Children saved —soltó agitado.

—¿Cómo? ¿Un incendio? ¿Cómo ha sucedido?—Corrió hacia el butacón, se empezó a vestir y antes de ponerse la camisa salió al exterior cerrando la puerta tras su salida.

—No lo sé. Acaba de llegar Logan y no para de gritar que todo está ardiendo.

—¡Maldita sea!—gritó mientras bajaba las escaleras sin advertir que estaba descalzo—. ¿Dónde está el chico? ¿Dónde está Yeng?

—Ambos están en el establo preparando los caballos.

—¡Maldita sea! —clamó Roger—. ¡Maldita sea!

Si su marido pensaba que iba a permanecer en la casa esperando averiguar qué había sucedido, se equivocaba. En cuanto cerró la puerta, Evelyn saltó de la cama, se colocó un camisón y la bata que estaba tirada sobre el suelo y corrió hacia el pasillo. Si era cierto, si la residencia donde vivían los niños estaba ardiendo, toda la ayuda que llegara sería poca.

—¡Wanda! ¡Wanda! ¿Dónde estás? —gritó cuando salió de la habitación.

—¡Dios santo, señora! ¡Estoy aquí!

—¿Y Sophie? ¿Dónde está Sophie? —continuó vociferando mientras bajaba al piso inferior.

—Creo que estaba en la entrada, preparándose para salir hacia una casa que

está siendo pasto de las llamas.

—¡Que ni se le ocurra marcharse sin nosotras! En esa casa viven más de cuarenta personas a las que hay que salvar.

El camino, aunque era corto, se le hizo eterno. Durante el tiempo que duró, Roger no cesaba de preguntarse cómo se habría producido el incendio. Sopesó muchas razones; que se inició en la cocina, tal vez se debió a un defecto en la instalación de gas... Sin embargo, ninguna le convencía. Siempre habían sido muy cuidadosos. Las madres nunca se marchaban a descansar sin cerciorarse que todas las luces estuvieran apagadas, las puertas cerradas o incluso encajaban con precisión las ventanas. Había mucho control en Children Saved, muchísimo, como para que aquello sucediera.

Cuando llegó al camino de tierra que le conducía hasta la residencia, sintió pánico. El fuego iluminaba la colina. Enormes nubes de humo negro cubrían el cielo que tantas veces contempló junto a sus hermanos. Estaba seguro de que, si el infierno existía, sería muy parecido a la imagen que observaba. Roger bajó del caballo y corrió hacia las personas que se habían agrupado alrededor de la fuente. Habían sabido elegir el lugar donde resguardarse; allí no les alcanzarían las llamas, los cristales que estallaban por el calor ni los brotes de fuego que salían disparados del interior de la casa.

Pese a intentar mostrar un comportamiento firme, locuaz y seguro para que ellos se tranquilizaran, no albergaba en su cuerpo nada de eso. La imagen de los niños aterrorizados, llorando bajo los brazos de las madres, iluminados por la luz de las llamas, lo consternó.

—¿Estáis bien? ¿Estáis todos bien? —insistió gritando mientras se acercaba.

En ese momento, tras comprender que sería inútil afanarse por apagar el incendio, se centró en confirmar que, por lo menos, nadie había resultado herido en la evacuación. Pero ninguno le respondió. Estaban tan consternados por lo sucedido que les resultaba imposible dejar de llorar para hablar. De repente, su pánico aumentó. No estaban. Ywen y Natalie no se hallaban en el grupo y nadie se había dado cuenta de sus ausencias.



—¿Dónde están Natalie y su madre? —preguntó atemorizado. Miró a John, este encogió los hombros, luego a Logan, el rostro pálido del muchacho y la agonía que mostraban sus ojos le confirmaba que él tampoco sabía nada de ellas—. ¿Alguien sabe dónde pueden estar? —Rezó para escuchar una respuesta. Sin embargo, al no obtener lo que esperaba, corrió hacia el interior de la casa sin pararse a pensar que ponía su vida en peligro.

Cubriendo su cabeza con el brazo izquierdo accedió al interior de la casa. El calor era asfixiante y el humo tan denso que apenas podía distinguir qué había frente a él. Con decisión se dirigió a la cocina. Gritaba una y otra vez el nombre de las dos, pero no respondían. Frunció el ceño al observar que salvo el humo, las llamas todavía no habían alcanzado la planta baja. «El fuego empezó en los dormitorios», concluyó con una mezcla de sorpresa e inquietud. No era lógico que ardieran primero las habitaciones salvo que fuera... «¡Provocado!», exclamó para sí. Sin mermar su empeño por encontrarlas, continuó llamándolas y buscándolas en la planta inferior. Cuando recorrió hasta el último rincón, decidió subir. Tal vez el miedo las dejó tan aterradas que eran incapaces de salir de la habitación. Se agarró a la barandilla, puso un pie en el primer escalón y se quedó petrificado al ver quiénes permanecían justo al final de la escalera.

—Te estábamos esperando... —comentó una voz familiar—. Me entristece ver que has tardado demasiado. Quizá, si hubieses llegado antes, habrías evitado la muerte de esa. —Señaló con su mirada un cuerpo que yacía tendido sobre el suelo.

—Charles... ¿qué has hecho? —Tenía ganas de correr hacia ellos, soltar a la niña de las sucias manos de su hermano y darle una paliza, pero estaba paralizado. Ver a la pequeña Natalie con su camisón manchado de sangre, llorando presa del pánico y rogándole con la mirada que la ayudara, le hizo concentrarse en pensar una forma más sensata de liberarla.

—¿Y tú? —le increpó Charles—. ¿Qué has hecho tú, Roger?

—Suéltala... Ella no tiene nada que ver con esto... —intentó disuadirlo.

—¡Mentira! Ella tiene mucho que ver —dijo con una enorme sonrisa—. Hasta que la vi corriendo hacia mí, porque inocentemente creía que eras tú, pensé

que solo albergabas en este miserable hogar a los hijos que nuestro padre creó. Pero cuando aprecié lo parecidos que sois, descubrí que, no solo permanecían los hijos de ese monstruo, sino que continuabas con el maldito legado que comenzó.

—Es muy pequeña... —comentó intentando buscar en Charles algo de piedad.

—¿No eres capaz de nombrarla como se merece, verdad? ¿No eres capaz de confesar que es tu hija? —habló con tono airado.

—No es mi hija, Charles, es nuestra hermana —declaró con suavidad.

—¡Mientes! ¡Mientes cómo lo ha hecho nuestro padre todo este tiempo! Aunque es normal, madre siempre lo ha sabido; eres tan sucio como él. ¿Por eso te apiadaste de los hijos de satanás? ¿Por eso construiste este hogar lleno de depravación? Sí, claro que sí. Porque pese a tus promesas, eres igual que él. —Sus palabras sonaban cada vez más duras, siniestras e hirientes—. Pero el fin ha llegado. Toda la maldad que ha padecido nuestro apellido se verá sanada por mi gran proeza. —Charles alzó la mano derecha y sacó el arma que ocultaba en ella. Apuntó a su hermano y justo cuando iba a dispararle, sonrió.

—¡Charles! —exclamó una voz femenina tras las espaldas de Roger.

Al girarse y ver que se trataba de Evelyn, quiso gritarle que se fuera, que se alejara de allí lo antes posible, pero en mitad de aquella confusión, solo pudo dar unos pasos hacia ella y ocultarla detrás de su cuerpo.

Cuando llegó a lo alto de la colina y no halló a Roger entre el grupo de personas que había en el jardín, su corazón se oprimió. ¿Dónde estaba? Al decir quién era, todas las madres le abrazaron como si fuera una salvadora, como si ella pudiera protegerlas de todas las penurias que estaban padeciendo. Aunque Evelyn no pudo consolarlas como requerían. Ella tan solo pensaba en su marido. «Ha ido a buscar a Natalie y a su madre», le confesó alguien al fin. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia el interior de la casa evitando las manos de Wanda y de Sophie. Sin embargo, cuando sus ojos pudieron adaptarse al humo y contempló la escena que había frente a ella, no lo dudó y avanzó hacia Roger.

—Mi querida cuñada... Me alegro de que hayas venido. Quiero que veas con tus propios ojos lo que tu marido ha hecho durante todo este tiempo —expuso con una voz cálida.

—Tienes razón —respondió apartándose de Roger y, pese a los intentos de este por hacerle parar, ella ascendió dos peldaños—. Se ha comportado como el demonio que es. Ahora entiendo por qué me visitasteis, queríais protegerme.

—Ella sí lo entiende... —murmuró Charles mirando a su hermano con los ojos entornados—. Ella es la única que nos comprende...

—Por supuesto que lo hago, Charles. Y te aseguro que cuando salgamos de aquí, todo esto habrá terminado. Tu tortura, los niños, esas madres, ¡todo desaparecerá!

—¿Me ayudarás? ¿Me ayudarás a finalizar lo que mi madre empezó? —Bajó lentamente el arma y disminuyó la intensidad con la que apretaba a la pequeña Natalie en su cuerpo.

—¿Dudas de mi palabra? —preguntó con aparente enojo—. ¿Acaso no entendiste cuando me mirabas, cuando hablábamos, que me resultaste más agradable que el despreciable de tu hermano?

—Sí que lo aprecié. —Sonrió satisfecho—. Pero no lograré darte la posición que te mereces si él está vivo. —Charles levantó el arma, apuntó hacia su hermano y disparó.

—¡No! —exclamó Roger con desesperación.

Evelyn notó un terrible dolor en su vientre. Quiso llevarse las manos hacia el lugar donde sentía esa horrorosa quemazón, pero no lo consiguió. Las fuerzas la abandonaban poco a poco y su cuerpo empezó a caer. Le costaba respirar. La visión se nublaba. La bala que iba a impactar sobre el corazón de su marido la alcanzó a ella. Debería gritar o llorar de tristeza al ver que su fin estaba próximo, pero no podía, se sentía feliz por haber impedido que el hombre que cuidaba a todas las personas que vio en el jardín, continuaría haciéndolo aunque ella no estuviera. A lo lejos, demasiado lejos para

escucharlo con precisión, escuchó la voz de su marido que le insistía en que no la abandonara y de repente... otro disparo.

—¡Salid ahora mismo de aquí! —gritó John que, tras aparecer, observó cómo Evelyn se desplomaba y cómo el hermano de Roger acercaba el arma hacia su boca y se disparaba—. Me encargaré de Natalie. —Subió las escaleras, agarró a la niña de la mano y corrió hacia el exterior todo lo rápido que pudo.

—¡Evelyn! ¡Evelyn! —clamaba Bennett mientras salía de aquel infierno con ella en brazos—. ¡Aguanta, amor mío! ¡Te pondrás bien! ¡Te quiero! ¿Me escuchas? ¡Te quiero!

## XXXIII



### Oficina del señor Lawford. Tres semanas después.

—Imagino que con las firmas del marqués nada ni nadie podrá invalidar los documentos, ¿verdad? —insistió Roger mientras observaba a través de la ventana cómo la gente corría de un lado para otro intentando resguardarse de la lluvia.

*Una semana después del disparo a Evelyn, Roger apareció en Tower y, pese a los intentos que realizó su madre para impedir que consiguiera su propósito, logró llegar hasta la alcoba de su padre. El anciano marqués se apoyaba sobre los almohadones y sollozaba la pérdida de uno de sus hijos. Bennett se colocó al pie de la cama, con las manos sobre la espalda y le contó la verdadera historia. Su padre negaba despacio todo aquello que le narraba; agarraba las sábanas con fuerza y rechazaba categóricamente lo que escuchaba.*

—¡Es mentira! —gritó una de las veces—. ¡Tu madre sería incapaz de hacer algo así!

*Pero Roger no mermó su intención de abrirle los ojos al marqués. Le describió cómo estuvo presente en la muerte de aquel niño, la razón de su huida con quince años y el motivo por el que regresó años después. También le indicó que tanto Charles como su madre habían descubierto el hogar que había construido para sus hermanos y que, tras no alcanzar el primer plan*

*que era envenenar a su esposa, Charles decidió tomarse la justicia por su mano.*

*—Por eso quiero que los reconozcas —dijo tras su larga exposición—. Aunque Evelyn consiguiera sanarse por completo, jamás podrá tener un hijo mío. La herida en su vientre ha hecho imposible que pueda quedarse embarazada.*

*—¡No voy a reconocer a ninguno de esos malditos bastardos! —clamó el padre con la poca fuerza que le quedaba—. ¡Son hijos de satanás, no míos!*

*—Haremos un trato —masculló apretando los dientes. Caminó hacia el cabecero de la cama y acercó su rostro hacia el del padre—. Reconoce al menos a dos de ellos, un varón y una hembra, para que alguno de los dos pueda continuar con este maldito título.*

*—¿Y si no lo hago? —El anciano arqueó la ceja derecha y miró a su primogénito de manera desafiante.*

*—Si no lo haces —continuó relajando la mandíbula y enseñando un rostro de satisfacción—, tendrás el placer de ver cómo tu querida esposa es encarcelada y sentenciada a muerte por todos los asesinatos que cometió.*

*—Ella... ella... lo hizo porque me ama... —balbuceó.*

*—¿A eso lo llamas amor? —Se había girado sobre sus talones para no mirarlo pero aquella reflexión tan absurda sobre en qué consistía el amor entre un matrimonio le hizo volverse hacia su padre—. ¡Eso es maldad, padre!*

*—Está bien —dijo el marqués después de un tiempo enmudecido—, reconoceré a dos pero a cambio debes darme tu palabra de que tu madre jamás será juzgada por los actos de amor que cometió y que, tras mi muerte, continuará viviendo aquí sin carencias económicas.*

*—Por supuesto —afirmó satisfecho—. Esta misma tarde tendrás la visita del señor Lawford, es uno de los adminis...*

—*¡Ya sé quién es ese malnacido!* —exclamó el marqués más enfadado si cabía.

—*Pues como veo que ya le conoces, te aconsejo que no pretendas realizar ninguna treta, te advierto que el señor Lawford es muy bueno en su oficio. Y ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo que hacer.* —Se dirigió hacia la puerta, golpeó las botas, inclinó levemente la cabeza hacia delante y se marchó.

*Cuando cerró, incluso antes de poder encajar los bulones, su madre apareció por el pasillo. Permanecía inmóvil, mirándolo de manera altiva. Roger pasó por su lado como si no estuviera, pero antes de bajar las escaleras y salir de la casa que odiaba, se giró hacia ella para decirle:*

—*¿Cómo te sientes al ver que después de tener manchadas las manos de sangre inocente no has conseguido tu propósito?* —No le contestó, ni se dignó a darse la vuelta y responderle. Al comprender que no tenía la intención de defenderse, porque no se arrepentía de sus maldades, continuó su camino hacia la salida.

—No creo que sea el hombre más indicado para poner en duda mi trabajo. —Lawford levantó las gafas con el dedo y miró al marqués fijamente—. Recuerde que le fue imposible deshacer el compromiso.

—Tiene razón, disculpe si le he ofendido —respondió con una media sonrisa. Con las manos en la espalda, caminó hacia la mesa en la que el administrador mostraba un sinfín de carpetas.

—Hablando de matrimonio... —dijo de manera reflexiva Arthur—. ¿Cómo se encuentra hoy la futura marquesa? —Agrupó los papeles que había venido a buscar su cliente y los golpeó suavemente sobre la mesa.

—Las fiebres han cesado, pero el doctor dice que tengamos paciencia. La herida aunque fue grave, no rozó ningún órgano vital salvo su útero —comentó con tristeza.

—Bueno, no creo que le apene no tener descendencia. El señorito Logan continuará con el título de marqués y tienen la tutela de la pequeña Natalie. Creo que ambos actuarán como los hijos que ya no tendrán.

—No tenía ningún deseo en ser padre ni ahora ni antes. Lo único que quiero es que Evelyn despierte y vuelva a ser la mujer que era —expuso Roger tras respirar hondo.

—No pierda la esperanza, señor. Su esposa es la mujer más fuerte que he visto en años. Todavía recuerdo cómo entró en esta oficina y también... cómo salió.  
—Sonrió.

—Jamás la perderé... —Roger también sonrió. Extendió la mano y cogió los documentos que necesitaba para que sus dos hermanos pudieran hacer oficial su apellido. Le habría gustado ver la expresión de Evelyn al informarle de su proeza, de la charla que había mantenido con su padre y los rostros de sorpresa que mostraron Logan y Natalie al indicarles que, legalmente, ya eran unos Bennett. Aunque tendría que esperar un poco más para ello—. Anderson le hará llegar seis botellas más a lo largo de esta semana —le informó antes de salir del despacho—. Es, además del pago a su labor, una manera de agradecerle lo que ha hecho por nosotros.

—¡Oh, gracias, su Excelencia! ¡Muchas gracias! No tenía que haberse molestado... —Arthur se levantó del asiento, se dirigió hacia Roger y le tendió la mano.

—Gracias a usted, señor Lawford, pese a la cuestionable forma que halló para que mi esposa y yo nos conociéramos, siempre le estaré agradecido por no haberse negado a la propuesta de Colin.

Arthur asintió y se llenó de orgullo ante las palabras que escuchó del marqués. Cuando se cerró la puerta volvió a su asiento. «Yo solo le acercaré ese collar —recordó las palabras del joven Pearson—. Él solito dejará que Evelyn se lo abroche». El muchacho tenía razón. Bennett se había enamorado de su mujer hasta tal punto que dejó que le cerrara esa cadena. Sin embargo, ¿qué ocurriría si ella no se recuperaba? «Señor, escucha mis plegarias. Sé que hace mucho tiempo que no voy a la iglesia ni cumplo todos tus mandamientos, pero no te pido por mí, sino por ellos. Haz que la señora Bennett sane con prontitud». Se



sentó en la silla, sacó la botella de brandy, se sirvió una copa y tras brindar por la mujer, se lo bebió de un trago.

Mientras caminaba hacia el exterior Roger miró los papeles y los leyó con interés. Le hubiese gustado que su padre reconociera a todos, pero se contentaba con lo poco que consiguió. Al abrir la puerta y advertir que la lluvia no había cesado, ocultó los documentos bajo la chaqueta. Corrió hacia el carruaje y, sin esperar a que Anderson le facilitara la entrada al interior, saltó con rapidez.

—Roger —empezó a decir el indio al verlo entrar—, este es el señor Pemberton.

—Encantado de conocerle —respondió alargando su mano hacia el hombre—. ¿Le ha informado mi amigo sobre la razón por la que le he hecho llamar?

—Sí, milord. Este caballero ha sido muy explícito.

—¿Qué tiene usted que decir al respecto? —se interesó Roger. No apartaba la mirada de aquel hombre. Le pareció extraño que Eleonora decidiera seducir a un ser tan insólito. Apenas tenía cabello en su cabeza, su barba mostraba varios colores y su bigote se estiraba hacia ambos lados de su rostro en una trabajosa línea recta.

—He ido a verla más de un centenar de veces desde que supe de su estado, pero nunca quiso recibirme. Siempre me arrojó a la calle como si nuestro amor jamás hubiera existido —comentó con pesar.

Roger sacó la cabeza por la ventanilla, le indicó al cochero la dirección y regresó a su asiento.

—¿Está completamente seguro de que usted es el padre de esa criatura? —insistió. No quería aparecer frente a Eleonora y confrontarse con ella ofreciéndole un padre erróneo. Si él no había sido su único amante durante el tiempo que la visitaba, ¿quién podría corroborar que el señor Pemberton no la compartió con otros caballeros?

—Sí, milord. Si mis cálculos no me fallan, Eleonora se quedó encinta en un

viaje que hicimos a Cheshunt.

—¿Cheshunt? —repitió Roger atónito. La mujer era reacia a viajar más de dos horas en carruaje. Según ella, su cuerpo se debilitaba con el traqueteo del coche.

—Sí —afirmó el hombre con un pequeño movimiento de cabeza—. Tuve que desplazarme hasta allí porque mi madre falleció.

—¿Qué consiguió ella a cambio? —Sabía que no era propio de un caballero realizar ese tipo de preguntas pero la curiosidad era tan inmensa que no pudo contenerse.

—¿Perdón? —Pemberton levantó las pestañas, se llevó las manos hacia el bigote y retorció cada punta con las yemas de sus dedos.

—Me imagino que el propósito de acompañarle en un viaje tan arduo sería uno más succulento para ella que simplemente dar el último adiós a su madre.  
—Sonrió picaronamente.

—Todas las joyas que ella posee se las regalé con gusto, señoría. Ella las rechazó con firmeza, pero yo insistí en que las tuviera —respondió ofendido.

—Por supuesto, no dudo de su palabra... —Roger se reclinó en el asiento y miró a John. Este mostraba una sonrisa tan grande que podía ver el blanco de sus dientes. Pero él no sonrió. En el fondo sentía lástima por el pobre infeliz.

—Entraré primero —dijo Bennett cuando el carruaje paró y abrió la puerta para salir—. Usted debería esperar en la entrada oculto tras de mí hasta que nos permitan acceder al interior. No me cabe la menor duda de que si la sirvienta le descubre, no abrirá la puerta e informará a Eleonora de su presencia.

—Haré lo que me ordena. Con tal de poder hablar con ella, de suplicarle que me deje ver a mi hijo, me tiraré al suelo si hace falta —indicó el hombre colocándose bajo el pequeño techo de la puerta.

Roger lo miró sin pestañear. Aquel hombre era capaz de arrodillarse ante la

mujer y rogarle que no lo abandonara mientras se aferraba a los tobillos de esta. Era, sin duda, el mejor marido que Eleonora podría encontrar: sumiso, accesible, carente de personalidad y con los bolsillos repletos. No entendía cómo teniendo una oportunidad de ser feliz junto aquel desdichado, se afanaba tanto a conseguir lo que no estaba a su alcance.

Tras comprobar que Pemberton se había ocultado, llamó a la puerta y esperó con aparente paciencia que fuera recibido.

—¿Su Excelencia?! —exclamó la doncella con entusiasmo y asombro.

—¿Está la señora? —preguntó dando un paso hacia el interior de la casa y obligando a la sirvienta a que le permitirá el acceso.

—Está en el pequeño salón, milord. ¿Quiere que lo anuncie? —De repente su mirada se clavó en la persona que había tras Roger. La mujer no pudo evitar llevarse las manos a la boca para hacer callar un grito. Intentó cerrar la puerta, dejar al señor Pemberton en la calle, pero Bennett cogió con fuerza la hoja gruesa de madera y le impidió tal propósito.

—Quédese aquí, yo le haré una señal cuando sea el momento apropiado —ordenó Roger caminado hacia el saloncito.

—Mi señor... milord... se lo ruego —susurraba la lacaya sin poderse mover de la entrada—. Ella... ella...

Pero Bennett no escuchó la súplica. Estaba decidido a terminar el rumor que Eleonora había extendido por Londres. Todos aquellos que lo miraban lo comparaban con su padre y eso no lo iba a tolerar. Cuando Evelyn despertara, cuando al fin abriera sus ojos, no deseaba que se entristeciera al escuchar falsos testimonios sobre su marido. Él le había sido fiel desde que se casaron. Por eso regresó a Londres tras su largo viaje. Si hubiese entrado en aquella casa, si la noche de bodas se hubiera entregado al falso amor de Eleonora, jamás habría conocido a su esposa ni habría conseguido descubrir lo que era amar a una mujer.

Cuando abrió la puerta del salón, encontró a Eleonora de pie con su niño en los brazos. Lo acunaba y le cantaba una melodiosa canción al tiempo que lo

balanceaba con ternura. Al escuchar que alguien permanecía en la entrada, dirigió sus ojos hacia él y sonrió.

—Me alegro de que al final hayas decidido conocer a tu hijo —dijo con una sonrisa triunfal.

—Buenos días, Eleonora. No vuelvas a decir que ese hijo es mío porque sabes que no es cierto —declaró con solemnidad.

—¡Claro que lo es! —insistió la mujer acercándose a Roger.

—Siempre he sabido que eres una arpía, pero jamás imaginé que tu maldad te llevara hasta tal punto. Es injusto lo que has hecho, es injusto que hayas dejado crecer en tus entrañas una criatura que sufrirá tus maldades. Aunque esta vez no has logrado tu propósito. He descubierto quién es el verdadero padre de ese niño —apuntó sin moverse de donde permanecía.

—¡Tú! —clamó de nuevo—. ¡El padre de este niño eres...! —Se quedó sin palabras cuando advirtió que Bennett levantaba una mano y aparecía tras él otro hombre.

—Hola, Eleonora —dijo Pemberton al acceder al interior del salón.

—¿Qué haces aquí? —gritó la mujer aferrando a la criatura con más fuerza sobre su cuerpo. Sus ojos se dirigieron hacia Roger, quien sonreía de forma triunfal, y luego se clavaron en el otro hombre.

—He venido a conocer a mi hijo —respondió con firmeza.

—¿Tu hijo? —increpó la mujer dando unos pasos hacia atrás—. ¡Este no es tu hijo!

—Sí que lo es. No lo niegues, mi amor. No puedes oponerte a que su verdadero padre vele por él —señaló Pemberton con tristeza.

—¡No, tú no! —exclamó entre lágrimas—. ¡Fuera de aquí! ¡No quiero verte en mi casa!

—Me casaré contigo, te convertiré en la señora Pemberton y le daremos a

nuestro hijo lo que le pertenece. —Caminó hacia ella y se arrodilló—. Te prometo que nada os faltará. Tendréis todo lo que necesitéis. Eleonora, yo te quiero, te amo. No me alejes de vosotros, te lo suplico —rogó entre sollozos.

Roger no aguantaba más la escena que contemplaban sus ojos, se dio media vuelta y salió de allí con paso ligero. Cuando regresó al carruaje continuó observando la sonrisa de John y la cara de satisfacción de Anderson. ¿Habrían pensado alguna vez que el hijo era suyo? Por supuesto que sí. Ambos lo conocían y sabían cómo había sido antes de conocer a Evelyn pero desde que la vio, desde que la besó por primera vez, se convirtió en un hombre diferente.

Durante el regreso a casa los tres hablaron de cómo se desarrollaban las obras de la nueva residencia. Bennett había decidido construirla con más habitaciones y más salones. No quería que en este nuevo hogar madres e hijos tuvieran que descansar en las mismas alcobas. John volvió a indicar que finalizado el trabajo, él y Sophie se instalarían en la residencia para custodiar a los niños. Roger sonreía cada vez que hablaban sobre ese tema. Estaba seguro de que su amigo había meditado mucho acerca de la relación que tenían y que, por fin, daba el paso que todos esperaban.

El trayecto hasta Lonely se hizo corto entre las risas y las burlas hacia su amigo por la decisión. Tras bajar, Bennett se dispuso a subir con rapidez las escaleras y caminar hacia la habitación para cerciorarse de que Evelyn continuaba igual, pero sintió que alguien le agarraba la mano y le impedía su propósito.

—Hemos de finalizar aquello que comenzaste —dijo John a su amigo.

Él asintió, regresó al carruaje, levantó el asiento y cogió el pequeño cráneo. Las manos le temblaron al tener los huesos sobre sus palmas. Volvió a ver al niño dentro de aquella oscura habitación, amarrado, y escuchó con claridad los gritos de socorro. Estuvo a punto de arrodillarse, de llorar por la desesperación de no haber sido capaz de liberarle de aquel final, pero la mano cálida de John lo reconfortó.

—Su alma debe descansar en paz —le susurró.

—Lo sé. Pero después de tanto tiempo, después de todo lo que ha sucedido, no

me veo capaz de desprenderme de él. Creo que si lo dejó ir, si me desprendo de lo que significan estos huesos para mí, olvidaré lo que me impulsó a luchar contra mi familia.

—No podrás olvidarlo, Roger. Tienes a tu lado muchas personas que conseguirán darte la fuerza que necesitas para seguir luchando.

Después de unos momentos en los que Bennett meditó sobre la veracidad de las palabras de su amigo, ambos caminaron hacia la cancela metálica que daba paso a la propiedad. John había preparado un lugar donde cuidaría de las almas que vivirían en aquel lugar.

Roger se arrodilló frente al agujero y metió el pequeño cráneo.

—Sube con tu esposa —le indicó John al ver a su amigo inmóvil e incapaz de enterrar el cráneo—. Creo que te necesitará más que él.

Sin mediar palabra, Roger se dirigió a su hogar, subió las escaleras sin poder ni tan siquiera hablar con las personas que le saludaban. Deseaba meterse en la habitación, tumbarse al lado de Evelyn y no moverse de su lado hasta que decidiera despertarse de ese amargo sueño que duraba ya tres semanas.

Al abrir la puerta sonrió. Era de esperar que la pequeña Natalie ocupara su lugar mientras él permanecía ausente. No la dejaban sola, no deseaban, ninguno de los que habitaban bajo el techo de Lonely, que ella abriera sus ojos y se encontrara sola. Sin embargo, pese a que el comportamiento de la niña era alabable, debía reñirla. Se había perdido un día de clases y la señora Simon le recriminaría que la tratara diferente a los demás.

—¿Acaso las clases de hoy no eran de tu agrado? —le dijo mientras caminaba hacia el butacón, sacaba los documentos para apoyarlos sobre este y se despojaba de la chaqueta mojada.

—Hoy no puedo dejarla sola —comentó la niña con una felicidad tan extraña que Roger se quedó inmovilizado al escucharla.

—¿Por qué... hoy no puedes dejarla? —repitió mientras su corazón se agitaba, su pulso se aceleraba y se aproximaba a la cama con miedo.

—Porque se ha despertado.

Roger dio dos largos pasos hacia ellas. Su corazón no latía, galopaba en su interior, pero se quedó parado al descubrir que Evelyn estaba despierta. ¡Por fin abría sus ojos! Se arrodilló junto a la cama, cogió la mano que ella extendía hacia él y la besó mientras lloraba.

—Mi amor, mi vida. Por fin has despertado. —Continuó sollozando sin poder separar la mano de su boca—. Te quiero, Evelyn. Te quiero tanto que no habría podido vivir sin ti.

—Ni yo sin ti... —murmuró Evelyn antes de ver cómo su marido se levantaba y besaba sus labios sin importarle que Natalie estuviera presente y se tapara los ojos para no ver cómo se besaban.

# Epílogo



## Tres meses después.

Con mucha ternura, Roger acarició el rostro de Evelyn con sus dedos. Fue apartando los mechones de cabello hasta poder observar con claridad su gesto al dormir. Era la primera vez que discutían de esa forma. La primera que había salido del dormitorio y había bajado hasta el salón para beber hasta caer muerto.

Evelyn le reprochó su actuación, le recriminó que se comportara como un monstruo, pero no pudo evitarlo. ¿Quién podría contenerse al ver que su esposa es agarrada con fuerza por un ser despreciable? Pese a que ella le insistió que la situación estaba controlada, él no lo advirtió así. El famoso Scott, ese hombre que destrozó la juventud de su mujer, apareció en la fiesta que Caroline ofreció en Hamilton. Iba del brazo de su esposa, con quien se había casado después de abandonar a Evelyn.

Se mordió los labios cuando Federith desveló su nombre. Intentó tranquilizarse, aunque cuando observó que iba tras su mujer, todo el control se esfumó. Esperó paciente en el balcón; acechó el movimiento de aquel personaje mientras se acercaba a su esposa y escuchó con atención la conversación entre ambos. Él no cesaba de decirle que la añoraba, que se arrepentía de lo que tuvo que hacer en el pasado y que, si ella quería, volverían a estar juntos. Como era de suponer, lo que le proponía era que se convirtieran en amantes. Hasta ahí, pudo soportarlo. Pero cuando Evelyn le dijo que estaba enamorada de su marido y que no deseaba saber nada de él, este no se conformó, la agarró del brazo y evitó que ella se alejara de su lado.



—¿Algún problema? —preguntó saliendo de su escondite.

—¡Roger! —exclamó Evelyn con sorpresa.

—Lo repetiré una vez más, ¿algún problema? —Su enfado era tal que apenas podía mantener un hilo de cordura. Apretó los puños y su mandíbula estuvo a punto de desencajarse.

—No —respondió ella—, ningún problema. Ahora mismo me disponía a regresar con Beatrice.

—Hazlo, yo iré después —dijo sin apartar la mirada de aquel que había osado tocar a su esposa.

—Roger, por favor... —le suplicó.

—Vete, Evelyn —intercedió Scott—, no creo que tu marido se atreva a...

No pudo terminar la frase. Las manos de Roger se aferraron a su cuello y lo levantó dos palmos del suelo.

—¿A qué no me atreveré? —gruñó.

—¡Suéltame! —gritó el hombre moviendo sus pies.

De repente, como si advirtieran que algo malo sucedía, aparecieron en la entrada William y Federith. Estos caminaron hacia Roger al presenciar la escena.

—Roger... —habló William—. ¿Qué sucede?

—Este sinvergüenza ha osado tocar a mi esposa —bramó.

William miró a la asustada Evelyn y esperó a que confirmara las palabras de su amigo, pero estaba tan nerviosa que no fue capaz de responderle.

—Evelyn, entra. Nosotros arreglaremos esta situación —indicó Federith con

*tu típica voz tranquilizadora.*

*—¿Por qué la has tocado? —inquirió el duque sin hacer que su amigo desistiera en su empeño por asfixiarlo.*

*—Se cree con el derecho de hacerlo —respondió Roger apretando con más fuerza sus manos—, porque como bien sabéis fue pretendiente de mi esposa.*

*—Piensa una cosa —volvió a hablar William—, tu mujer está asustada y gracias a Dios podéis vivir una vida tranquila. ¿Crees que merece la pena destrozar esa felicidad por un miserable como este?*

*—¿Qué hiciste tú, William? —gruñó de nuevo Bennett.*

*—Lo correcto. Por eso quiero que tú hagas lo mismo.*

*Tras sus palabras, Roger aflojó el amarre y dejó libre al hombre. Este después de toser y maldecir, corrió hacia el interior del salón.*

*—Tu esposa sabía que Wyman fue el pretendiente de Evelyn —soltó William. No era una pregunta, sino una afirmación.*

*—Mi esposa es un ser despreciable y os pido mil disculpas por su inapropiado comportamiento —comentó Federith afligido.*

*—Como comprenderás, mientras que estés con ella, mi visita a tu hogar está anulada —masculló Roger al tiempo que se daba la vuelta y caminaba hacia la entrada.*

*—Roger, por favor... —dijo Federith al ver cómo su amigo se alejaba de él.*

*—No es el momento. Deja que se le pase la ira. Sabes que no piensa con claridad cuando está cabreado —apuntó William.*

*—Esta mujer... —comentó Cooper moviendo la cabeza de un lado a otro.*

*—Si estuviera en tu lugar la observaría con más detenimiento —le dijo el duque al tiempo que echaba su brazo sobre el hombro de su amigo—. Mira más de lo permitido al señor Graves.*

—*Mira con detenimiento a todo hombre que no sea yo... —respondió triste.*

Todavía seguía con los ojos cerrados. Parecía que no deseaba despertarse, o tal vez no quería verlo a su lado. Roger se movió de la cama e intentó dejarla sola, pero en ese momento notó la mano de su esposa en la espalda.

—Perdóname —murmuró con la cabeza agachada—. Siento lo ocurrido. No quise avergonzarte ni humillarte delante de todo el mundo.

—No debiste comportarte de esa manera aunque si te soy sincera, me alegro de que ocurriera —respondió sentándose en la cama para abrazarlo—. Sabía que tarde o temprano nuestras vidas se cruzarían y mi único temor era descubrir cómo lo afrontarías. No quiero que nada ni nadie nos separe.

—¿Cómo puedes imaginar una cosa así? —preguntó mientras se giraba y tumbaba a su esposa de nuevo—. Por si no te has dado cuenta, eres mía, solo mía.

—Mmmm... eso ha sonado demasiado primitivo... —susurró. Levantó los brazos y los enredó en el cuello de su esposo. Deseaba que todo lo acontecido la noche anterior desapareciera lo antes posible y la mejor forma de conseguirlo era dejarse llevar por las caricias y los besos de Roger.

—¿Me quieres, señora Bennett? —preguntó enarcando las cejas.

—Muchísimo, señor Bennett.

Cuando los labios del hombre se posaron en los de su mujer, llamaron a la puerta.

—Voy a tener que dejarles claro que... —farfulló el marqués.

—¡Milord! ¡Su Excelencia! —gritó Anderson tras la puerta.

—Pasa —contestó después de levantarse y cerciorarse de que Evelyn cubría su cuerpo con la sábana—. ¿Qué sucede?

—Disculpe la interrupción pero el duque de Rutland le espera en el hall. Ha ordenado que se presente lo antes posible —expuso el criado sin apenas respirar.

Extrañado por la visita, Roger salió de la habitación, bajó las escaleras de tres en tres y cuando apreció el rostro desencajado de William estuvo a punto de sentarse en el suelo.

—¡Vístete! —le gritó Rutland—. Tenemos que dirigirnos a Londres lo antes posible.

—¿Qué sucede? ¿Acaso ese sinvergüenza de Wyman ha...? —intentó preguntar al tiempo que convertía sus manos en dos duros puños.

—Han encontrado esta madrugada el cuerpo sin vida de Caroline y acusan a Federith de su muerte.

# Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a mi familia la infinita paciencia que han tenido mientras he creado al marqués. Han sido muchas horas alejada de ellos y negándoles mi ayuda. Espero que al final tenga su recompensa.

En segundo lugar a mis amigas. Gracias por el apoyo que me habéis ofrecido, por aguantar las interminables horas al teléfono y por darme ánimos cuando estuve a punto de tirar la toalla.

Por supuesto a ti, Paola. Por seguir trabajando a mi lado y haciendo que mis novelas no dejen de brillar.

También he de agradecerle a mi querida compañera y amiga Ahna Shtauros por su ayuda cuando necesitaba expresiones en francés. Siento si te avasallé de mensajes de wassap aquella mañana a las cinco de la madrugada cuando estabas dormida.

Y por supuesto a ti, lect@r, que has elegido de entre un millar de historias, la mía.

# Sobre la autora

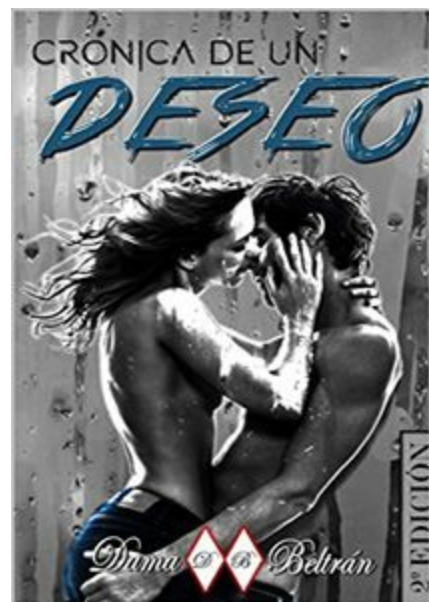


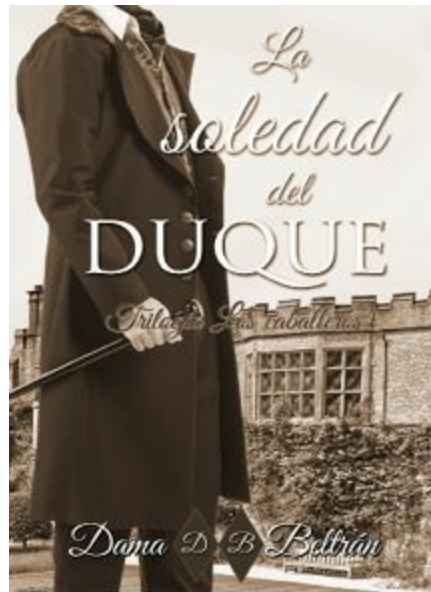
Sin lugar a dudas soy una escritora de brújula. Aunque intento estructurar mis novelas, no lo consigo. No sé cómo, pero mis personajes toman el control y finalmente son ellos quiénes me indican qué debo escribir y en qué momento.

Mi afición a este mundo de locos se remonta a mi niñez. Me encantaba escuchar a mis profesores eso de *inventa un cuento*, aunque en mi caso era una novela entera... En mi adolescencia dejé aparcadas mis historias para intentar ser yo la protagonista. No me quejo, pero descubrí que todo lo que brilla no es oro. Encontré una persona maravillosa, con quien tengo dos diablillos y que, en contadas ocasiones, puede llegar a comprender mi afición.

Escribí mi primera novela en el 2013 y, aunque pensé que sería la única, os prometo que hay Dama para años.

# Otros títulos







1. No pasa nada

2. Por supuesto que sí

3. Es verdad

4. ¿Tu cabeza no funciona con lucidez?

5. ¡Ni se te ocurra hablarme otra vez en francés! Puede que a tus amantes les haya enamorado escuchar esas palabras cerca de sus oídos, pero a mí no. No soy como ellas, ¿me entiendes? ¡No soy como ellas!

6. Don Juan de Austria (Ratisbona, 24 de febrero de 1545 o 1547 — Bouge, 1 de octubre de 1578), hijo ilegítimo del rey Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, y de Bárbara Blomberg; fue miembro de la Familia Real Española, militar y diplomático durante el reinado de su hermano (por vía paterna) Felipe II.

7. El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar una batalla naval en el golfo de Lepanto, entre el Peloponeso y Epiro, que enfrentó a los turcos otomanos contra una coalición cristiana, llamada Liga Santa, integrada por el Papa, la República de Venecia y la monarquía de Felipe II.